La Rompebodas



VOY A POR TI, CAZAFORTUNAS

ROSE GATE

La Rompebodas

Voy a por ti, cazafortunas

Rose Gate

COLECCIÓN milamores

La Rompebodas
Voy a por ti, cazafortunas

ISBN: 9788419542793
ISBN ebook: 9788419542311

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Rose Gate
© de la ilustración de cubierta: @arte.ensaturno
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

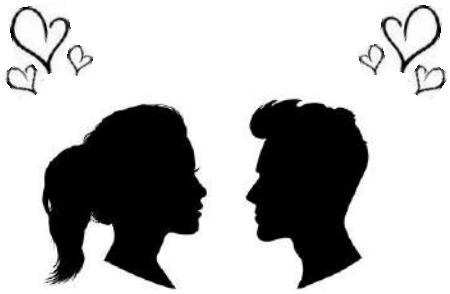
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

“El amor es solo una palabra.
Hasta que alguien llega para darle sentido”.

Paulo Coelho

Introducción



Me llamo Cassey Sullivan y nací en 1996, en California.

Lo hice con prisa, berreando como un demonio, con los ojos demasiado abiertos, más arrugas que una rodilla de elefante y un único propósito: no parecerme a ella. A mi madre.

Me gusta considerarme su némesis, venida al mundo con el único fin de llevarle la contraria y desoír cada uno de sus consejos.

Allá por donde pasa Sophia Rodríguez —ese era su apellido de soltera—, deja de crecer la hierba, o, mejor dicho, deja de haber dinero en el banco. No en el de ella, sino en el del ricachón de turno que tiene la osadía de ponerle un anillo en el dedo. Porque mi madre, además de ser guapa, lista y con una capacidad de seducción que querría para sí la gran mayoría, es cazafortunas y no una de poca monta, como podrías pensar. Ha hecho de coleccionar maridos y vaciar cuentas un auténtico arte.

No fue siempre millonaria, ni una de las mujeres más codiciadas del país. Como ella misma cuenta en su libro *De Cenicienta a Reina del Universo*, toda corona surge de un pasado envuelto en ceniza.

El suyo empezó en un pueblecito sureño perteneciente al Condado de Clay, Alabama. Los diecinueve kilómetros de población se quedaban cortos para sus largas piernas. Sin pensárselo dos veces, se subió al tren de los concursos de belleza y no hizo parada hasta ser erigida primera dama de honor en Miss Estados Unidos 1995, justo un año antes de que yo naciera.

Le bastó la fiesta posterior al concurso para conocer al primer eslabón de su cadena: mi padre; un hombre guapo, rico y algo corto de miras quien, un par de meses después, le ofreció el contrato mercantil que le abrió las puertas al negocio de su vida: el matrimonio.

Mi madre sostiene que es del único hombre del que se ha enamorado, aunque se le agotó el amor al mismo ritmo que el saldo de su tarjeta VISA.

Mi padre solo sabía gastar dinero, así que cuando el abuelo falleció, solo necesitó cinco años para dilapidar la fortuna familiar. Logró sacarle la casa de Malibú y una buena suma antes de que los acreedores se le echaran encima. Bueno, eso y el divorcio. Invirtió el capital obtenido en el único activo de su empresa: ella misma.

Cuando logró cazar al segundo hombre que la haría pasar por el altar, un exjugador de la NFL, se hizo con un tiburón con toga especializado en acuerdos de divorcio. Cuanto más sacaba ella, mayor porcentaje se llevaba el escualo.

Mi infancia se convirtió en una clase de geografía forzosa. Las idas y venidas entre los distintos estados me enseñaron a no encariñarme demasiado, que el apego solo servía para sufrir y que las personas que llegaban a mi vida eran como las tapas del yogur, todas tenían fecha de caducidad.

Y no me malinterpretes, mi madre me quiere a su manera, nunca me ha faltado nada y me ha dado algunas de las cosas más importantes de mi vida: un objetivo, una profesión y una mirada analítica que me permite diseccionar a cualquiera como a una rana en una mesa de laboratorio.

Puedo presumir de haber aprendido de la mejor, ya que sabiendo los trucos de la maestra, resulta un juego de niños cazar a sus discípulos, por eso soy tan buena en mi trabajo.

La falta de apegos emocionales me sirvió para volcarme en los estudios. Tengo una doble licenciatura en Economía y Relaciones Internacionales por la universidad de Standford, en la que conocí a mis dos únicos amigos.

Mi bolsa de futuros clientes está llena de posibilidades gracias a los contactos cortesía de los muchos matrimonios de la señora X —así llamo a

mi madre con mis amigos, puesto que cambia de apellido con la misma frecuencia que yo de bolso— y a que soy muy buena en lo que hago.

Junto a Akon y Ash, a quienes conocí en la carrera, fundé W.C. Enterprise, donde soy accionista mayoritaria, puesto que la idea era mía y el capital inicial, en gran parte, también. Y no, no nos dedicamos al sector de los urinarios, ni es un trabajo de mierda, aunque sí arrojemos mucha por el desagüe. Somos *Wedding Crushers* o, dicho de otra manera, trituradores de bodas.

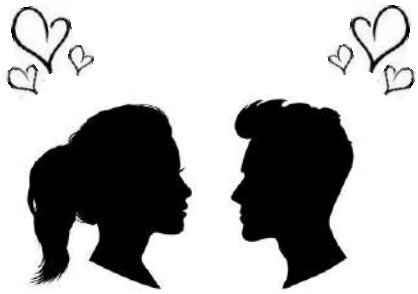
Como gerente, he sido nominada a los premios IABI —International Award for Business Innovation— en la categoría de mujeres empresarias emprendedoras más jóvenes y voy a por él, es justo el reconocimiento que necesito para asomar la nariz en la lista FORBES y demostrarle a mi madre que no me hace falta un hombre al lado para forjar mi propio imperio.

Tengo un nuevo encargo, el magnate inmobiliario Cheston Hill me ha contratado para truncar la boda de su hijastra, *lady* Camille Grosvenor, lo que puede hacer equilibrar la balanza a mi favor, puesto que es uno de los miembros más importantes del jurado.

El único inconveniente es que apenas me queda tiempo, es un encargo de última hora y no tengo a ninguna tentadora lista para el papel. Aun así, he aceptado el trabajo y no pienso renunciar, mi futuro está en juego y voy a echar toda la carne en el asador.

Desenmascararé al cazafortunas de Jayden King antes de que lleve al altar a *lady* Camille, palabra de Rompebodas.

Capítulo 1



La primavera calentaba con fuerza ese año. Estábamos a mediados de junio, aunque con la chicharrera que caía podría ser julio en plena ola de calor.

Ash y Akon tenían que estar al caer. Los había invitado para hablar sobre el nuevo encargo en casa. Una reunión algo informal y apresurada teniendo en cuenta que estábamos a domingo por la mañana y que apenas podíamos planificar la estrategia, lo que me tenía de los nervios.

Ayer mismo recibí la llamada que cambiaría nuestros planes en los próximos treinta días, y no era un encargo al que me pudiera negar. Primero, por la desesperación en el tono de voz del mismísimo Cheston Hill y, segundo, por el giro radical que podía suponer aquel premio para nosotros.

Conocía a mis amigos y sabía que en cuanto les dijera lo que ocurría se subirían al barco de inmediato y no se negarían a tomar el primer vuelo rumbo a Santa Mónica, aunque eso nos supusiera tener que cruzar el país y residir los tres en la propiedad que nos dejó mi padre a mi madre y a mí.

Contemplé desde la cristalera la figura de mi progenitora embutida en un biquini último modelo, que no había derecho que le sentara mejor que a mí y eso que me sacaba veintiún años. Una pamela gigante que la protegía de futuribles arrugas, inexistentes gracias a la gran cantidad de cuidados a los que se sometía, y un Martini helado con un par de aceitunas coronaba su mano derecha, mientras Ling Mey le realizaba la pedicura.

Hice rodar los ojos. Odiaba tener que seguir viviendo bajo el mismo techo que ella. No porque nos lleváramos mal, mi madre me impusiera sus normas o tuviera algún tipo de limitación. Era porque el simple acto de mirarla se convertía en un comecome sobre lo que no quería ser, y estaba convencida de que a la larga me generaría una úlcera. ¡Era muy joven para tener que medicarme por su culpa!

Si no hubiera invertido todo mi dinero en la creación de W.C. Enterprise con todo lo que conllevaba, obras en la oficina, la campaña de *marketing*, sueldos de los tentadores, etc., en ese momento podría vivir en mi propio apartamento con vistas a las aguas turquesas de Bahía Vizcaína.

Ahora, el señor Hill me ofrecía una vía para insuflar dinero en vena, me había prometido un gran cheque que doblaba el precio de mis servicios por la falta de preaviso; eso sí, si lograba impedir el enlace, por lo que me iba a dedicar en cuerpo y alma a él.

El timbre de la entrada me apartó de mis pensamientos. De inmediato, sonreí. Grité un «ya voy» que reverberó en la casa. Sabía que, por la hora que era, mis *amisocios* estaban tras la puerta.

Akon y Ash vivían en Miami, igual que yo. Diría, sin miedo a equivocarme, que, aunque suene algo tópico, aquel fue el principio de nuestra amistad.

Las motivaciones que nos llevaron a estudiar en la otra punta de los Estados Unidos fueron distintas, pero ello no impidió que conectáramos desde el primer minuto.

Yo acudí a Standford para perder de vista a mi madre y demostrarme que era capaz de tomar las riendas de mi vida lejos de ella. Ash por tradición familiar, su abuelo estudió en Standford, su padre también y ahora le tocaba a ella, y Akon porque logró una beca de la MBL. Todos lo tildaban de la nueva superestrella del béisbol, era un deportista consumado con un único problema, se había cansado de batear, le gustaba como *hobby*, pero no como profesión, y por eso terminó con nosotras.

Los tres teníamos un carácter muy dispar y, aun así, congeniábamos a las mil maravillas, nos complementábamos y cada uno aportaba su esquina a

nuestro triángulo equilátero perfecto.

Todavía recuerdo la noche de fin de máster, después de haber ingerido una cantidad infame de margaritas y cantar junto al mexicano del guitarrón un «Jalisco, no te rajes» más desafinado que una urraca, volví a la mesa bajo el calor de sus aplausos para contarles mi loca idea de fundar una empresa para cazar a profesionales del *braguetazo*. No sé si lo que les hizo mostrar tanto entusiasmo fue fruto del alcohol o que verdaderamente hice una exposición brillante gracias al tequila; lo que sí sé es que cuando terminé, a ambos les brillaban los ojos y me soltaron un «nos apuntamos» que me supo a gloria.

Eran listos, agudos y contaban con mi total confianza, algo tan difícil como escaso. Akon y Ash eran buenas personas, lo que los convertía en ástato para mí.

¿Que qué es el ástato? Es el elemento más infrecuente del mundo; para que te hagas una idea, solo hay veintiocho gramos de ese elemento en la corteza terrestre. Me encantan las curiosidades casi tanto como el helado de nueces de macadamia, incluso tengo una libreta dónde anoto las que más gracia me hacen. Una psicóloga de uno de los colegios a los que asistí me dijo que me haría bien expresar mis emociones en un diario. El problema era que cada vez que me plantaba frente a esas hojas en blanco, me entraban los siete males y era incapaz de expresar nada. Un sudor frío recorría mi columna vertebral y las manos se me empapaban. Escribir mis emociones nunca fue lo mío; sin embargo, llené aquellas hojas de curiosidades que escuchaba, o cosas que me resultaban extrañas en cada lugar al que nos veíamos obligadas a vivir. Mis libretas terminaron convirtiéndose en mi refugio, lo único inmutable en mi vida. Hasta que Silvestre y Piolín entraron en ella.

Mis amigos eran las dos personas más importantes de mi vida, sin contar a mi madre y a un padre ausente que no veía desde hacía demasiado.

Tiré de la maneta y los encontré en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y la toalla colgada al hombro.

Akon Williams era un *tiarrón* de piel chocolate con leche que rozaba el metro noventa y contaba con un humor incisivo. Él decía que era fruto de tener siete hermanos con los que lidiar, que por eso era de lengua rápida. Era muy gracioso ver a los siete juntos rodeando a su madre, que era más blanca que la leche y a la cual adoraban. Él y sus hermanos fluctuaban en una amplia gama de tonalidades tostadas y en el barrio eran cariñosamente conocidos como Blancanieves y los siete negritos. El apelativo se lo puso su padre, y a ninguno de ellos les molestaba. Cuando el señor Williams falleció fruto de un infarto fulminante, dejó a su esposa al cargo de siete bocas a las que alimentar. No fue fácil, la comunidad se volcó para ayudarlos y, en vistas de cómo era Ak, no le había salido tan mal.

—Buenos días, Crash —me saludó, envolviéndome en uno de sus abrazos de oso.

—Hola, Ak —respondí cariñosa.

Todos acortábamos nuestros nombres. En mi caso, al principio, era Cas, aunque lo cambiaron a raíz del inicio de nuestra empresa.

La siguiente en abrazarme fue Ashley, a quien llamábamos Ash.

Ella era la hermana que siempre quise tener. Mi madre juró, después de nacer yo que ningún otro bebé estropearía su figura, le hincharía los pies como botas o la haría perder horas de sueño.

La única vez que se me ocurrió pedirle una hermanita para Navidad, porque no quería sentirme tan sola cuando tocaba cambio de marido, me dijo que me hiciera con una imaginaria o me conformara con mis hermanastros.

Nunca llegué a congeniar con ninguno de ellos. De pequeña, no es que fuera la más sociable del mundo. Mi carácter era más bien huraño y pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en mi cuarto o estudiando. Encariñarse con alguien no tenía ningún sentido para mí; al fin y al cabo, siempre terminaban desapareciendo.

A Ashley Carrigan la conocí en la residencia de estudiantes, fue mi compañera de cuarto y una bendición. Nunca imaginé que aquella rubia que apenas rozaba el metro sesenta y que agitaba los pompones con tanta furia

pudiera llegar a ser tan adorable. Siempre tenía una buena palabra para todo el mundo y se alejaba del prototipo de arpía consentida que nos venden en las películas.

Ash no se crio en una familia desestructurada como la mía, o batallando por el último trozo de pan como Akon. Su madre era tan maravillosa como ella, adoraba al señor Carrigan y al hermano de Ashley, un chico de lo más especial.

—¿Chapuzón o reunión? —preguntó ella, agitando su bolsa cargada de cosas.

Siempre iba a la última, era una fanática de la moda, no como yo, que a duras penas podía distinguir las marcas más conocidas, mi madre siempre decía que no entendía mi falta de emoción ante ellas. Lo mío eran las personas, más que analizar los productos más exclusivos o *trends* de temporada.

—Reunión, ya os dije que teníamos que hablar y que era urgente, aunque le he pedido a Rosita que nos prepare la mesa de la piscina para picar algo mientras hablamos.

—¿Ha hecho huevos Wellington? —preguntó Akon, relamiéndose.

Nuestra cocinera era experta en cocina internacional, estuvo trabajando en uno de los restaurantes de más renombre en Nueva York al que acudía mamá con su cuarto marido. Mi madre no paró hasta que logró que su esposo «la contratara por Navidad» y desde entonces se había sumado a nuestras tres últimas mudanzas. Mamá decía que era la única que les tenía el punto cogido a todas sus comidas y no se excedía en las calorías sin dejar de darle un toque sabroso.

—Por supuesto, Silvestre, ya sabes que la tienes enamorada… —bromeé.

A ella y a toda la casa. Akon era de esos tíos a los que las personas no dejan de mirar con deseo, sin importar que fueran hombres, mujeres o plantas. Su *sex appeal* era innegable.

—¿Ya estás con ese ridículo nombre? —bromeó, arrugando la nariz sin ofenderse.

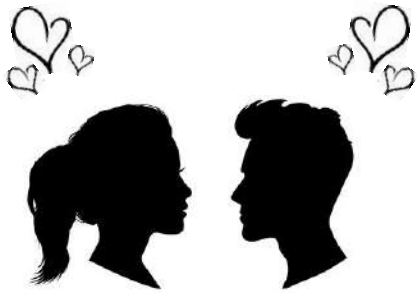
Era tan alto y oscuro, y Ash, tan bajita y rubia, que cada vez que los veía juntos me venía la imagen del gato acechando al canario, sobre todo, si les daba por chincharse.

—Las dos sabemos que eres un lindo gatito —jugueteó Ashley, ganándose un gruñido.

—Yo de ti no hablaría mucho, me muero de hambre y ya sabes que me encantan los pajarillos de postre —anunció con una mueca de advertencia dirigida a mi amiga.

Pasó su brazo musculado por mi hombro y los tres alcanzamos el jardín.

Capítulo 2



Los ojos de Akon volaron sobre el esculpido cuerpo de mi madre.

Lo único que había heredado de ella era el color de piel, de pelo y sus labios. Los ojos eran de un verde intenso regalo de mi padre y, aunque mi cuerpo era armónico, no podía compararse al de uno que se machacaba dos horas diarias con un entrenador personal.

Un par de sonrisas fluyeron en las bocas de mis amigos, mientras los corazones se amontonaban sobre sus cabezas porque, para mi desgracia, ambos adoraban a Sophia Rodríguez.

—¡Buenos días, señora X! —proclamó Ak con su voz de barítono pisando la hierba.

Mamá giró el rostro hacia él con una amplia sonrisa mientras Ling Mey recogía sus cosas, al parecer ya había terminado de pintarle las uñas de los pies.

Noté la pérdida de calor de su agarre de inmediato. Akon fue el primero en llegar a su lado, hizo una ridícula genuflexión y besó su mano de manicura perfecta.

—Madre mía, Akon, ¿puede ser que estés todavía más guapo que la última vez que viniste a casa? —«Puñetera encantadora de serpientes…», pensé con el estómago contraído por el disgusto.

—La que está guapísima es usted, confiese, ¿cómo lo hace? ¿Puedo pedirle el número de su móvil esta vez? —Ella rio encantada y aceptó gustosa el cumplido.

—Tú siempre tan galante...

—No lo digo en broma. ¿Hay futuro candidato para señor X o puedo postularme?

Ella le ofreció un aleteo de pestañas y lo miró de una forma tan descarada que sentí rabia. Rabia porque cualquier hombre detendría el mundo por una de sus caídas de ojos, incluso mi mejor amigo, quien seguro que ya la tenía dura después de esa desagradable pasada de lengua por sus labios. ¡Era asqueroso! Tuve la necesidad de intervenir porque me daba coraje.

—Lo lamento, Ak, no cumples con los requisitos —apostillé entre dientes —. Para convertirte en futuro marido de mi madre necesitas un mínimo de ocho ceros en tu cuenta bancaria, una colección de Rolex edición especial, yate, algunos deportivos y aportar *jet* privado; algo más que el último o no pasarás por el exhaustivo control de calidad. Lamento decirte, querido amigo, que estás más que descartado —mascullé irónica.

Mi madre deslizó las gafas de sol que cubrían su mirada felina.

—Discúlpala, Akon, mi hija es de lo más desagradable en cuanto un hombre pone su interés en mí, yo diría que le hace falta más a ella que a mí encontrar a alguien que le alivie el mal humor. —Resoplé y me mordí la lengua a la par que Ash llegaba al lado de nuestro amigo.

—Hola, señora X.

—Ashley, cariño, tan preciosa como siempre, ¿qué tal están tus padres? No los he visto por el club últimamente.

—Están bien, justo el viernes volvían de viaje.

—Me alegro por ellos y tienen mucha suerte de tener una hija tan guapa, encantadora y con tan buen ojo para la moda. A ver si consigues darle un poquito de tu criterio a mi Cassey, desde luego que podría sacarse mucho más partido... —Ashely se tensó un pelín incómoda. No le gustaba meter el dedo en la llaga, por lo que con habilidad desvió el tema principal de conversación sobre mi falta total de gusto al vestir.

—¿Lo que lleva puesto es el biquini Warren de Hermès? —proclamó, admirando la barriga a la que no le sobraba un gramo de grasa.

—¡Exacto!

—Oh, es una maravilla y le sienta tan bien... —susurró, ganándose otra de sus sonrisas y una náusea de mi parte.

—¿Podéis dejar de hacerle la pelota? Os juro que su ego no lo necesita y nuestra reunión es más importante que cantar sus alabanzas. —Mi madre arrugó el ceño o, por lo menos, lo intentó, ya que gracias al bótox no surgía ni un maldito pliegue.

—Cassey Sullivan, ¡¿cuándo será el día que consiga que tengas modales y entiendas los principios de la cortesía?!

—No los necesito con ellos, mamá —la interrumpí—, son mis amigos, me conocen y no preciso de una cortina de falsedad para fingir lo que no soy. Y, ahora, no te molestamos más, no vaya a ser que a tu baño de sol le dé por opacarse con mis nubarrones de mal humor y parezcas un dálmata en lugar de la doble de Naomi Campbell. —Ella me observó decepcionada.

Me daba igual, estaba acostumbrada a que no sintiera orgullo por mí o por mis logros.

¿Qué más daba si había obtenido matrícula de honor en mi doble licenciatura o si con veintiséis tenía mi propia empresa? Al fin y al cabo, lo que a ella la enorgullecía no era nada de eso, sino tener un anillo en el dedo.

—Chicos, siento aguaros la fiesta, pero tendríamos que ir empezando. En cuanto terminemos, podréis seguir admirando a la maravillosa señora X —afirmé con retintín. Ella hizo un gesto de desdén con la mano y dio un sorbo a su Martini antes de ponerse en pie.

—Id, no vaya a ser que al ogro de mi hija se le indigeste el *brunch* que os ha preparado Rosita con tanto cariño, sin tan siquiera probarlo. Es un placer que vengáis a casa, ya sabéis que podéis hacerlo cuando queráis, con o sin invitación de Cas. —Le ofrecí una sonrisa tensa.

Se colocó el kimono transparente que le daba todavía más aire de diva y su estela se esfumó en el interior de la casa.

—¿Por qué eres tan arpía con ella? —me riñó Ak.

—¿Por qué a mi mejor amigo se le pone tiesa en cuanto la mira?

—¿Celosa?

—Asqueada —bufé—. Es vomitivo que te ponga una mujer que ronda los cincuenta y podría ser tu madre.

—Por suerte, no es mi madre, sino la tuya; y en segundo… ¿Asqueroso? ¿Tú has visto lo buena que está y lo guapa que es?

—Llevo viéndola todos los días de mi maldita vida, te recuerdo que salí de entre sus piernas.

—Esa imagen sí que es asquerosa… —masculló él con una mueca de disgusto.

—Un parto no tiene nada de desagradable —apostilló Ashley—, a mí me encanta ver vídeos de YouTube sobre el milagro de la vida.

—Tú tienes una mente enferma —la chinchó Ak.

—Más bien una madre ginecóloga y un padre urólogo. ¿Qué tal va tu próstata, Akon? —cuestionó mi amiga con total inocencia.

—Tu padre nunca va a meterme uno de sus grotescos dedos por el ojete.

—Tiempo al tiempo —susurró ella, dándole a su voz un tono de advertencia mortal—. Sus pacientes dicen que los tiene como la seda.

—Como cachiporras, dirás.

—¿Podemos olvidarnos de nuestros padres y de tocamientos anales? No era lo que tenía en mente cuando os invité a almorzar —intercedí, apuntando hacia la mesa.

—¡Sin problema!, a mí tampoco me apetecía seguir ahondando en el tema y las supuestas virtudes del doctor Carrigan —exclamó Akon, volando hacia la mesa.

Fue el primero en llegar y meterse un huevo entero en la boca para emitir un ruidito de absoluto placer.

—No sé cómo le puede caber todo eso en un bocado —musitó Ash.

La mirada oscura de Ak gritaba un «te sorprendería todo lo que me cabe»; por suerte, no pudo decirlo, lo que me dio un respiro. Ya había dicho que ese par no dejaba de chincharse.

Me masajeé las sienes.

Nuestra empresa era de nueva creación, por ahora solo habíamos disuelto un par de enlaces, llevábamos un año en el negocio y no es que fuera una

tarea sencilla abrirse camino por muy bien relacionada que estuviera. Por eso era imprescindible trabajar a conciencia sin dejar un maldito cabo suelto.

Necesitábamos bastante tiempo para ello, conocer al milímetro a cada posible cazafortunas, hacer un *casting* de tentadores teniendo en consideración sus gustos basados en los hallazgos encontrados en redes sociales. Nuestra base era recopilar información al máximo, elaborar un informe DAFO, de debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades y, desde ahí, atacar.

Pulíamos a cada tentador hasta convertirlo en una carga explosiva perfecta capaz de dinamitar la relación.

Hasta ahora, habíamos gozado de bastante margen, porque las bodas de los ricos solían ser pretenciosas hasta decir basta. Los preparativos solían alargarse, como mínimo, un año, lo que nos daba el tiempo suficiente para que nada pudiera salir mal. Esa vez no era así, y es lo que me tenía un poco colapsada.

—¿A qué viene esa cara? ¿Es por lo de tu madre? ¿No crees que eres un pelín dura con ella? —preguntó Ashley, acomodándose en su silla. Cabía una pequeña posibilidad de que mi amiga tuviera algo de razón: mi madre no era una mala persona, pero sí la que me hizo vivir una infancia de mansión en mansión. Vale, dicho así, no suena muy malo, pero lo fue.

—Olvidad a mi madre, ¿queréis? Lo que tengo entre manos es mucho más jugoso que ella, os lo garantizo.

Abrí la carpeta que reposaba sobre la mesa y extendí la primera fotografía. Akon tragó los restos de papilla de huevo que quedaban entre sus fauces y emitió un silbido al ver a la preciosa mujer vestida con bata blanca que reflejaba la imagen.

—*Lady* Camille Grosvenor —informé—. Hija del fallecido duque de Sussex cuando ella apenas tenía siete años. Su madre volvió a casarse un par de primaveras después con Cheston Hill.

—¿El magnate inmobiliario? —cuestionó Ashley sin dejar de observar la foto.

—Exacto. Recibí una llamada del señor Hill justo ayer. Como ya sabéis, es miembro del jurado de los IABI, el premio al que queremos optar.

—Lo sabemos —respondieron al unísono porque había estado un pelín pesada-intensa con el tema de los premios.

—Es pediatra infantil en el Children's Hospital de Los Angeles y se ha prometido con él…

Cogí la otra imagen que por el momento estaba hacia abajo y la coloqué junto a la de *lady* Camille. El huevo que acababa de coger Ash se le escurrió de los dedos y cayó directo sobre la mesa rebotando en la cara que acababa de revelar.

—¡Perdón! —exclamó con las mejillas encendidas, pasando una servilleta sobre la imagen.

Podía comprenderla, el tipo que aparecía en aquel pequeño rectángulo de papel brillante provocaba contracciones en todo útero. Tenía una de esas miradas capaces de fundirte los aros del sujetador. Aquel par de hoyuelos sumados a una sonrisa blanca y casi perfecta daban ganas de ponerte a lamer hasta borrarlos por completo.

—Jayden King —carraspeé con la voz tomada por un cosquilleo en la parte baja del vientre—. El prometido perroflauta de *lady* Camille.

—¿Perroflauta? —cuestionó Akon, alzando las cejas espesas.

—Así lo llama el señor Hill, dice que su único patrimonio es su cara y que no tiene idea de los ardides que ha utilizado para conquistar a su hija y que ella acepte casarse con él en un mes.

—¡¿Un mes?! —el grito de Ashley llegó ahogado.

—Lo sé, es poco tiempo, pero confío en nosotros, se nos dan bien los desafíos…

—Se nos dan bien los desafíos rollo «vamos a la bolera y nos apostamos una ronda de cervezas», pero esto… —masculló Ak.

—Esto es la catapulta a la fama —afirmé rotunda.

—O hacia una piscina llena de mierda de vaca. No es por ser agorero, Crash, pero treinta días es un periodo de tiempo demasiado corto, ni

siquiera vamos a poder preparar un *casting* decente, ¿tenemos suficiente información?

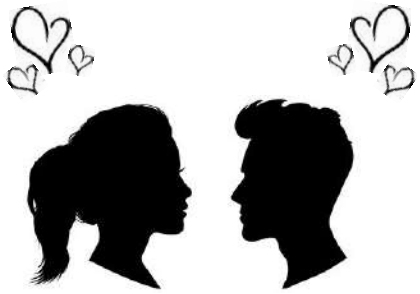
—Y mírale la cara —se sumó Ash—, tiene una de esas que solo te hacen pensar en sexo sucio y sudoroso, en conseguir el Guiness de empotramientos de pared y lo más peligroso… en futuro.

Sabía que mis amigos estaban en lo cierto. Jayden King era lo que teníamos catalogado como cazafortunas nivel uno, de los más peligrosos que existían, y ese era otro de los motivos que me habían llevado a aceptar; cada vez que contemplaba la maldita foto, no podía dejar de pensar que si mi madre fuera más joven y hombre, ese sería su reflejo.

Miré a uno y a otro con más convicción de la que sentía.

—Lo vamos a cazar.

Capítulo 3



Ahora sí que tenía toda su atención puesta en mí, aunque no con las expresiones que me hubiera gustado; reconozco que mi imaginación proyectaba la versión mejorada, en plan: «¿En serio?», «¿El señor Hill?», «Lo habrás cogido, ¿no?», «¡Esta puede ser una oportunidad de la hostia!»… Pero no. Sus rostros tenían el mismo *jeto* que Pinocho frente a una hoguera, y eso no era buena señal.

—Venga ya, chicos, no me miréis con esas caras —los alenté.

—¿Y cómo quieres que te miremos? No sé qué es peor; si esto o el dedo en el culo del doctor Carrigan —resopló mi amigo.

—¡No digas sandeces! Un dedo en el culo de ese tamaño siempre es mucho peor… —Akon no parecía convencido—. ¿Recuerdas el último partido que jugaste cuando todo parecía perdido y lograste darle la vuelta al marcador con aquel *hit* que volvió loco al estadio? —Él rezongó por lo bajo —. Pues esto es lo mismo —admití entusiasta—. Y tú, ¿Ash? —Desvié la mirada hacia mi amiga—. ¿Qué me dices de aquel mortal imposible que nadie creía que pudieras realizar como voladora? Yo confié en ti, estaba segura de que lo lograrías y os hicisteis con el Campeonato Nacional. ¡Esto es lo mismo! —Para convencer a mis amigos, primero, debía creérmelo yo.

—No sé, Cas… —dudó la rubia—, un mes es muy poco… Estoy con Akon en que no tenemos apenas tiempo de hacer un *casting* en condiciones, y mucho menos de preparar a nadie. Ya sabes que el éxito de nuestra

empresa radica en lo concienzudos que somos, calculamos cada detalle al milímetro, y esto…

—Esto será una cagada monumental —concluyó Ak con un resoplido nada halagador.

—¡Oh, vamos, chicos! Los tres funcionamos bien bajo presión —contraataqué.

—Una cosa es trabajar bajo presión y otra creerte Uma Thurman en *Kill Bill*, en la batalla contra los Crazy 88's, pero sin espada y con dos parches en los ojos en lugar de uno —refunfuñó Ak.

—¡No seáis agoreros! ¡Tenemos que hacerlo! —insistí.

Me sudaban las palmas de las manos. Si tuviera que definir mi estado, diría que estaba más tensa que Doraemon en un control de aduanas, porque sabía que no había marcha atrás, que todo lo que me quedaba era convencerlos de que aceptar el encargo del señor Hill no era una piedra en el camino, sino una montaña que escalar que nos ofrecería las mejores vistas. Mis amigos se miraron y después me atravesaron como si hubieran obtenido la pieza que les faltaba para resolver el acertijo.

—Has aceptado antes de hablar con nosotros, ¿verdad? —inquirió Ak con suspicacia. Si es que era bueno el jodido. Cerré las manos sobre el mantel convirtiéndolas en puños.

—Cas… —exhaló Ashley con los ojos tan llenos de preocupación que mi labio inferior tembló. Se me daba bien ocultar mis emociones, salvo cuando se trataba de mis amigos y estos me pillaban con la guardia un pelín baja.

Cogí dos de los tres sobres que había recibido esa misma mañana a través de un servicio de mensajería urgente que trabajaba en domingo. Les ofrecí uno a cada uno sin mover los labios, rogando para que volar en primera les relajara un poco, cortesía del señor Hill.

Cuando los dedos de Akon apartaron la solapa, una gota de sudor frío descendió por mi espalda. Le bastó un vistazo para dar un golpe con el puño cerrado sobre la mesa.

—¡Lo sabía!

—¿Esto son billetes para mañana? —El timbre de Ash sonó estrangulado.

—No podíamos dejarlo pasar… —musité, mordiéndome un pellejo del pulgar.

—Vale que eres la socia mayoritaria, pero eso no te da derecho a aceptar sin nosotros; bueno, sí te lo da, pero no es lo que acordamos. Dijimos que cada caso sería debatido y consensuado por los tres —advirtió Ak—, y a la mínima de cambio aceptas y te pasas nuestro criterio por el forro. —¡Mierda! La había cagado a base de bien. Lo peor de todo es que tenía razón, y eso me hacía sentir vulnerable. Odiaba fallarles a ellos, dañarlos de algún modo, eran muy importantes para mí, aunque ahora mismo no lo pareciera—. Deberías habérnoslo consultado antes —zanjó, cruzándose de brazos con el ceño fruncido.

No había un ápice de humor en su voz y ver a Akon así, cuando él siempre estaba de buen humor, me fastidiaba sobremanera. En ningún caso había pretendido pasar por encima de ellos, lo que no me eximía de haberles fallado estrepitosamente. Ahora me sentía como el culo.

—Lo siento, creí que estaríais de acuerdo, ni se me pasó por la cabeza que hubiera la posibilidad de que os negarais. El grado de desesperación del señor Hill era tan alto que no pude… —se me rompió un poco la voz. Ashley colocó su mano sobre la mía y me acarició con suavidad—. Nunca quise haceros de menos; en serio…, yo…

—A ver, tampoco hace falta que nos pongamos drásticos. —Su mirada se volcó en la de Ak para después buscar la mía—. No es que no entendamos que tu empatía te hiciera actuar, es que es demasiado incluso para nosotros. Por buenos que seamos, esto es mucho, ahora mismo Akon y yo nos sentimos Tom Cruise, corriendo suspendidos por el exterior del Burj Khalifa en *Mision Imposible,* pero sin preparación.

—¡Joder, qué buena es esa escena, Ash! ¡Buena comparativa! —admitió Ak, chocando el puño contra el suyo. A ambos les pirraban las pelis de acción y cada tanto me forzaban a verlas con ellos, así que sabía con exactitud de qué escena me hablaban.

—¿Podemos centrarnos, por favor? —exigí—. Entiendo que lo que os estoy pidiendo es mucho, un salto de fe, pero… No sé, tengo una

corazonada, una voz en mi cabeza me dijo que teníamos que aceptarlo.

—Eso se llama esquizofrenia paranoide, necesitas medicación —se carcajeó mi amigo. Por lo menos había recuperado algo de su humor.

—Muy gracioso…

—Yo creo que ese algo se llama Jayden King y tiene mirada de *rajatangas* —incidió Ashley, colocándome la foto frente a mis narices.

Fue poner la mirada sobre aquellos ojos y tener la misma sensación que si una cascabel habitara en mis tripas. «¡Que sea hambre, por Dios!».

—Ni siquiera había visto su foto hasta esta mañana que la saqué de internet —rezongué—, ya sabéis que yo no soy tan superficial.

—Es verdad. Ahora que lo dices, el último tío con el que te liaste era ese al que la cara le supuraba pus por todas partes… —bromeó Akon. Hice una mueca de disgusto, porque él y Ash se la pasaban mirando esos vídeos que pululaban por la red estallando granos y no dejaban de mandármelos; decían que eran altamente gratificantes—. Ah, no, que esa no eras tú; tú te liaste con... ¿cómo cojones se llamaba? —preguntó mi amigo con sarcasmo —. No, no, no espera, que esa tampoco eras tú… ¡Ay, la Virgen! ¿Sigues conservando tu himen? —Ashley se aguantó la risita que la hacía sacudirse descontrolada. Yo hice rodar los ojos.

—Eres un capullo, y no, listillo, mi himen lo perdí hace mucho, en el instituto —dije a modo de explicación. Fue un acto bastante mecánico y doloroso, mi falta de experiencia y la prisa de mi acompañante en la andadura de la pérdida de la virginidad lo hizo digno de olvidar—. Los dos sabéis que no creo en las relaciones afectivo-románticas, eso no excluye el sexo. —Cuando tenía necesidades físicas, buscaba algún tío de Tinder, me desquitaba y listo. Era lo más práctico—. ¿Podemos volver al caso y dejar al margen con quién me acuesto o dejo de acostar?

—Vale —admitió mi amigo—, pero te advierto que yo solo voy a implicarme si te encargas personalmente de este caso… —apostilló con una mirada desafiante.

—¡Claro que me voy a implicar, también hay un billete para mí! No pensaba dejaros en la estacada en esto. Les enseñé mi sobre.

—No me has entendido… No tenemos tiempo, y si tú nos has metido en este lío asumiendo nuestra aceptación, tú nos vas a sacar de él convirtiéndote en la tentadora. —Contuve el aire por unos segundos para contestar un «¡¿Yo?!» suspendido que podría haber sido el graznido de una gallina a quien le pisan la cola—. Sí, tú —corroboró mi amigo repantigado en la silla—. Como no crees en el amor, no hay posibilidad de que caigas en las redes del señor King. Tú eres la cabeza del negocio, la que les dices a nuestros actores de reparto cómo actuar, qué decir o qué hacer minuto a minuto…

—Pero ¡mírame! —Me puse en pie—. ¡Yo no sirvo! Tengo menos gusto para la moda que Björk cuando se presentó en la alfombra roja con aquel vestido pato.

—Era de cisne, una creación de Marjan Pejoski —me corrigió Ashley.

—Da igual del bicho emplumado que se tratara… A mí me da lo mismo combinar topos con rayas y mi carácter es de todo menos seductor. ¡Si incluso me faltan pestañas para hacer esas caídas de ojos que tanto les gustan a las mujeres!

—Nada que no se pueda remediar con unas buenas extensiones, te quitaremos pelos del sobaco y te los incrustaremos en los ojos… —rio Ak. Alcé mi brazo y acaricié mis axilas.

—Tengo hecho el láser.

—Pues te las pondrán de los míos —se carcajeó, mostrando pelambrera —. A ver, seamos francos, si damos un poco de brillo a tu físico, Ashley se pone con tu fondo de armario y haces el esfuerzo de no ser desagradable con Jayden, podrías servir… —Miré con desesperación a mi amiga para que le dijera a Akon que aquella idea era pésima.

—Ashley… —murmuré. Ella tenía los ojos puestos en la foto de *lady* Camille y conocía demasiado bien esa expresión. La esperanza de que se posicionara a mi favor murió en cuanto la vi asentir.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Ak. Lo tienes que hacer tú. Si es así, me subo al barco, o al avión, y juro prepararte

una colección de ropa, calzado y complementos para que no tengas que pensar en los que vas a ponerte.

—Esto es un castigo —mascullé frotándome la cara.

—No, tú eres la única candidata y, como jefe del departamento de *Casting*, determino que eres la mejor opción.

—Y yo, como jefa del departamento de Estilo, asumo que podemos convertirte en algo lo suficientemente apetecible para atrapar a Jayden King.

Tanto la mano de Akon como la de Ashley se colocaron sobre las mías.

—Confiamos en tu potencial. Como siempre nos dices, te has criado con la mejor cazafortunas del país, lo has mamado desde la cuna, así que la persona más capaz para esta misión… eres tú, nuestra Uma Thurman sin espada y con dos parches. —Sonrió Akon.

—Y nuestro Tom Cruise correteando a más de ochocientos treinta metros de altura sujeta por un arnés —se sumó Ash.

Bajé la vista para contemplar de refilón a aquel rostro que iba a torturarme en las próximas semanas. Si lo pensaba fríamente, comprendía que mis amigos vieran en mí la opción más viable, era cierto que mi madre me había estado preparando toda su vida sin saberlo para un momento como este.

¡Qué demonios! ¡Lo haría! ¡Y les demostraría a todos que era capaz de destruir a ese seductor y mucho más!

Alcé la barbilla y los miré con determinación.

—Está bien, pero debemos ponernos manos a la obra ya. Ak, necesito conocer cada puto detalle de la vida del señor King. Cuándo come, cuándo duerme, en qué trabaja, cuál es su café favorito de Starbucks e incluso de qué color son sus cacas… —Mi amigo alzó las cejas, divertido.

—Marchando una de cacas, es importante saber cómo va su tránsito intestinal…

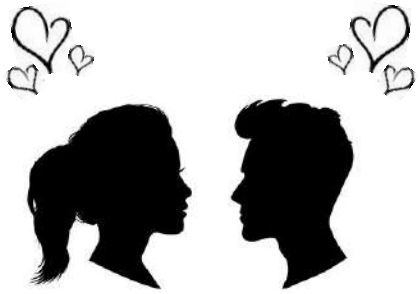
—Y, Ashley…, espero que estés titulada en milagros, porque lo voy a necesitar.

—Por tu aspecto ni te preocupes, haré un estudio exhaustivo sobre las preferencias del señor King. *Lady* Camille a tu lado parecerá recién salida

de *Orkoland*.

Bueno, por lo menos ahora ya los tenía de mi lado, ahora solo hacía falta ahondar en el increíble y oscuro mundo de aquel rey del braguetazo.

Capítulo 4



Miré por la ventanilla del avión unos segundos antes de ser deslumbrada por un rayo de sol que me hizo apretar los lagrimales con los dedos.

Bajé la especie de cortina rígida a tientas. No había podido pegar ojo en toda la noche. Si pensaba que este iba a ser un caso de documentación fácil, me equivocaba al cien por cien. Pero es que era absurdo. ¿Qué persona joven, nacida en los 90, no disponía de redes sociales?

«Jayden King», respondió mi mente de inmediato.

La única foto que había sacado de san Google pertenecía al muro de IG de *lady* Camille. Y lo único que rezaba bajo ella era un «me caso con esta maravilla de hombre». ¡De locos!

Todo lo demás era un enorme vacío, un agujero negro que me engullía hacia el desconocimiento más absoluto. Mi única esperanza radicaba en la reunión que mantendríamos con el señor Hill en cuanto el avión tocara tierra. Esperaba que él pudiera darme más datos al respecto y ver de qué manera me podría infiltrar sin levantar sospechas en la vida del rey fantasma.

Habitualmente, hacíamos coincidir a los tentadores en los lugares que los cazafortunas frecuentaban, ya fuera el bar donde desayunaban, su entorno laboral… Era fundamental trabajarlos bien de raíz, marcando el ritmo en un *slow burn* en toda regla con el objetivo de calcinar a nuestras víctimas. En ese instante, si carecíamos de algo, era de lentitud, y las prisas no eran buenas compañeras.

Las risitas de mis amigos, que sostenían un Cosmo en la mano, me hicieron girarme hacia ellos ceñuda.

—¿Os divertís?

Ak fue el primero en interrumpir lo que fuera que les hiciera tanta gracia y dirigirse hacia mí.

—Por supuesto, jefa, deberías probar uno de estos —alzó la bebida—, Mandy los prepara de maravilla...

—¿Quién es Mandy? —pregunté.

—Yo soy Mandy —corroboró la preciosa azafata pelirroja que no había dejado de mandarle señales de hoy vas a ser mi escala en todo el vuelo.

—Mandy, cielo, ponle uno de estos a nuestra amiga, lo necesita más que nosotros para templar esos nervios.

—¿Le da miedo volar, señorita Sullivan? —me preguntó con amabilidad.

—A los que les da miedo salir volando es a ese par. ¿Las ventanillas son a prueba de roturas? —La pobre azafata me miró azorada.

—Tranquila, Crash ladra mucho, pero rompe poco, a no ser que se trate de matrimonios —comentó Akon jocoso—. Anda, prepárale uno, que yo te lo agradeceré más tarde.

Mandy le ofreció una sonrisita caliente que mostraba el tipo de gratitud que esperaba. Yo lancé un bufido cuando Akon se cambió de asiento para ocupar el que quedaba a mi lado.

—¿Se te están clavando los aros del sujetador o es que no has plantado un pino hoy? —inquirió risueño.

—Ni lo uno ni lo otro. Estoy demasiado ansiosa y no he podido dormir, ya sabes que me vuelvo insoportable si no descanso un mínimo de horas. Además, mira qué ojeras, parezco un puñetero mapache a quien le han robado la cena.

—¿Sabes que me encantan los mapaches?

—¿En serio?

—*Mapachionan.*

—¡Idiota! —proclamé riendo.

—Esas oscuridades te las tapa Ashley con una de esas cosas que lleva en su maleta de maquillajes. Si pudo ocultarle el tatuaje a Sendra, tus ojeras son lo de menos.

—En eso estamos de acuerdo —admití. Ash tenía una mano increíble para la pintura—. ¿No te preocupa que no tengamos nada de este tipo? —Saqué la foto de Jayden para tendérsela—. ¿Cómo puede ser que viva al margen de internet?

—Aunque parezca increíble, hay personas que pueden vivir sin contarle su vida a los demás para obtener su beneplácito.

—¡No un cazafortunas! —prorrumpí—. ¡Eso es de primero de manual! Todos necesitan aparentar lo que no son, así que se crean una buena pantalla.

—Quizá su perfil esté oculto bajo un mote, rollo @Ojazosyhoyuelos_sexys_1992 o @sementalsalvaje_busca_cuchicuchi.

—¡No seas imbécil! —Me reí. Y él me imitó.

—Así me gusta; ríe, pequeña Padawan. —Mandy se acercó con la copa y no dudó en regalarle unas buenas vistas de su escote. ¿Se había desabrochado otro botón de la camisa? Aprovechó para rozarlo con las bubis al apartarse y seguir preguntando al resto de pasajeros si querían algo.

—Por favor, ¡esa azafata lleva escrito en las tetas que quiere que te la folles!

—Lo intuí cuando me apuntó su número en la servilleta. Quizá la llame algún día, ya sabes que soy más de pechuga que de muslo...

Di un trago largo al Cosmo mientras él se distraía dedicándole un repaso a la pelirroja.

—No quiero cagarla en la reunión con Hill y llegar borracha, solo voy a tomarme una.

—Necesitas mucho más que eso para terminar ebria. Lo único que hará es destensarte un poco, y lo necesitas. A ver, gírate hacia la luz, Caroline...

Me di la vuelta hacia la ventanilla y los hábiles dedos de Ak provocaron un gemido incontenible en cuanto tocaron los nudos de mi espalda.

—Chica, parece que te hayas estado divirtiendo con un marinero, menudos amarres…

—No debí aceptar, ha sido una locura, tenías razón —admití con un mohín. Desde que me había levantado, ya no me parecía tan buena idea.

—¿Qué ha sido del «nos ponen los retos», «el señor Hill nos necesita» y «nosotros somos los únicos que podemos»?

—Creo que se esfumaron al comprobar que Jayden King es un jodido fantasma…

—¡Pues llamemos a los Ghostbusters! Venga ya, Crash. No podemos rendirnos sin ni siquiera haber empezado.

—¡Tú eras el que decía que era una locura, Silvestre!

—Eso fue antes de entender la importancia que tiene para ti que esto salga bien. Admito que ayer me dio mucha rabia que nos ningunearas, pero entiendo los motivos.

—No fue mi intención… —volví a admitir con un puchero—. ¡Auch!

El pulgar de mi improvisado masajista pasó por un punto excesivamente doloroso.

—Olvidemos lo que pasó ayer. Bebe un poco más y relájate o terminaré perforándote la espalda; deberías hacer deporte, mi abuela tiene mejor la musculatura que tú.

—¿Cuentan los desplazamientos de la cama al sofá? Odio entrenar… Me recuerda a…

—Tu madre —concluyó—, *I know.* Aunque, por tu bien, deberías admitir que no todo lo que hace la señora X es nocivo.

—Para mí, sí.

—El rencor que acumulas en tu interior es lo que hace que broten estos puños… —comentó intentando deshacer un bulto de lo más gordo. Se pasó un buen rato trabajando la zona hasta que masculló un «relaja el cuello». Colocó las manos bajo mi barbilla y, con un movimiento *ninja,* me lo crujió de lado a lado. Por un instante, creí que iba a caer muerta en el asiento, no fue así, lo que percibí fue un alivio inmediato.

—¡Madre mía, eres cojonudo! —exclamé, sintiéndome mucho más aliviada.

—Tengo unas manos mágicas. —Agitó los dedos y me plantó un beso en la mejilla.

—¡Eh! ¡Yo también quiero uno! —protestó Ash desde su asiento.

—Me parece que te reclaman… Ya llevas demasiado rato conmigo y Ashley no gestiona bien lo de sentarse sola.

—¿Tú estás mejor? —Ak estaba preocupado. Era un buen amigo, el mejor que podría desear nadie.

—Sí, gracias —respondí con sinceridad.

—Perfecto. Pues intenta cerrar un poquito esos preciosos ojos, no nos queda mucho para aterrizar y se te ve agotada.

—Lo voy a intentar. —Akon voló al asiento para entrelazar los dedos, crujirlos y pedirle a Ashley que se diera la vuelta.

Dejé la copa en el posavasos y paseé los ojos por el exhaustivo informe que habíamos logrado de *lady* Camille. A ojos de cualquiera, aquella mujer era perfecta. Hablaba tres idiomas, estudió varios años en un internado en Londres y quiso sacarse la carrera de Medicina en España, donde se decía que era uno de los países que tenían los médicos más preparados. Por si fuera poco, participaba como miembro activo en varias ONG, tenía buen gusto para la moda, además de una cara preciosa y una fotogenia deslumbrante. Una perita en dulce para alguien como el señor King, que había visto en ella la gallina de los huevos de oro.

Cerré la carpeta. Apuré la copa y me posicioné para dormir un poco como mi amigo había sugerido. Necesitaba descansar para tener la mente despejada y hacer las preguntas correctas.



La Torre Hill, un magnífico edificio acristalado de cuarenta y dos plantas, se ubicaba en el corazón del Downtown de Los Ángeles; el distrito comprendía la zona centro, que englobaba diversas áreas más pequeñas,

como Chinatown, Little Tokyo o el Arts District, además de albergar la zona financiera, importantes museos de arte, restaurantes vanguardistas y bares a la última.

Fuimos citados en la última planta, donde se disfrutaba de unas vistas más privilegiadas sobre la ciudad. Aquella joya arquitectónica erigida sobre acero y cristal hablaba de magnificencia, de modernidad constructiva y arte. Según había leído, el señor Hill era un apasionado de la arquitectura moderna y del arte en general. No escatimaba en medios para construir edificaciones para los más pudientes o reconvertir zonas pobres en espacios llenos de luz y armonía.

Al alcanzar la cima, su secretaria nos recibió en la antesala del despacho con una sonrisa tirante y esa aura profesional que exudan las personas que se codean con grandes empresarios. No era la primera vez que me enfrentaba a los aires de superioridad de una asistente de dirección.

El señor Hill estaba reunido, por lo que nos imploraba que nos pusiéramos cómodos en el sofá cuatro plazas de su despacho mientras nos traía lo que quisiéramos para tomar.

Como ya llevábamos suficiente alcohol, pedimos unos cafés.

Ashley no tardó nada en levantarse del asiento para asomarse por la impresionante cristalera y animarnos a imitarla.

—Este lugar es alucinante. ¿Os imagináis trabajar con Los Ángeles a vuestros pies? —comentó con los ojos puestos sobre la gran ciudad—. ¡Si incluso se vislumbra el mar! —exclamó apuntando con el dedo.

—Pues yo prefiero nuestra oficina, que me queda a tiro de piedra de casa, no necesito un despacho en la planta cuarenta y tres para sentirme importante —resopló Akon, restándole importancia al lugar—. A mí lo que me alucina es que Cas tenga un casoplón en Santa Mónica y prefiriera vivir en una residencia de estudiantes con aroma a pies… —apostilló, pasándome el brazo sobre los hombros para hacerme un arrumaco.

—Ya te lo he dicho mil veces: se llama ser práctica, el tiempo que habría perdido en los desplazamientos lo invertía en la biblioteca —respondí, arrugando la nariz.

—Y en ambientadores —bromeó, apretándose la suya.

—Nuestra habitación no olía mal —se sumó Ash—. Te confundes con tu residencia plagada de calcetines usados y suspensorios por todas partes…

—Pues a ti no parecía importarte venir a las fiestas del equipo… —Agitó las cejas.

—Siempre me ponía un par de gotas de pomada mentolada bajo la nariz, anestesia pura ante los ambientes más hostiles —proclamó Ashley.

La secretaria regresó y nos miró un pelín mal al ver que nos habíamos movido de nuestro sitio, así que regresamos al sofá. En una de las paredes había un gigantesco cuadro de un tío muy feo y grande comiéndose a otro.

—¿Habéis visto eso? —pregunté abstraída por la mirada desquiciada del gigantón del cuadro—. Es intimidante… —por no decir de un gusto pésimo.

—*Saturno devorando a su hijo* —informó una voz grave y masculina que entró en la estancia por una puerta lateral. Menos mal que la segunda parte solo la pensé.

El mismísimo Cheston Hill acababa de hacer acto de presencia, enfundado en un traje de los que solían gustarles a los ex de mi madre. Exudaba clase, elegancia y cierto atractivo si te gustaban los maduritos interesantes.

Me puse en pie, al igual que mis amigos, con el platito y la taza de café suspendidos en la mano izquierda. Di gracias a que no se me cayera sobre la impoluta americana blanca que Ash había escogido para nuestro primer encuentro.

—Señor Hill. —Extendí la mano, él la tomó con la suficiente fuerza como para no dañarme, pero sí mostrar que era un hombre de negocios.

—Señorita Sullivan, llámeme Cheston, por favor. —Le ofrecí una sonrisa taimada.

—Ellos son mis socios, Akon Williams y la señorita Ashley Carrigan. —Él estrechó la mirada sobre los recién presentados.

—¿Es la hija de los prestigiosos doctores Carrigan? —cuestionó escrutador observando a Ash.

—¡Sí! ¿Los conoce?

—El año pasado coincidimos en una gala benéfica. Camille comparte su profesión con la de sus padres. Si se me permite decirlo, es tan hermosa como su madre. —A Ashley se le sonrojaron las mejillas y Ak lo miró de un modo extraño, como cuando alguien no le termina de caer bien.

—Y usted debe ser… ¿Pariente de Venus y Selena? —se aventuró. Los labios gruesos de mi amigo se estiraron en una sonrisa tensa.

—No, aunque los tres somos de tocar pelotas. —«¡Mierda!». Ak no era de los que se molestaban con comentarios de ese tipo, pero parecía ofendido por el señor Cheston.

—Perdone, no pretendía… —Mi amigo hizo un aspaviento con la mano para restar importancia—. Humor negro. —Le guiñó un ojo. El señor Hill cuadró los hombros y carraspeó.

Dios, quería fundirme con la preciosa alfombra del suelo que nada tenía que ver con aquella horripilante pintura. Necesitaba reconducir la situación.

—Decía que ese cuadro era… —intervine con interés forzado.

—*Saturno devorando a su hijo,* de Francisco de Goya, es una réplica, por supuesto, el original se encuentra en el Museo del Prado, en Madrid. Me resulta evocador, ¿no cree? —«Si eres un caníbal, tal vez sí», preferí guardarme el pensamiento para mí—. ¿Ha estado alguna vez en España, señorita Sullivan?

—Cassey —lo corregí, ganándome una sonrisa—. Una vez, de viaje familiar con el tercer marido de mi madre, aunque no fuimos a Madrid.

—Una lástima, se lo recomiendo, sus museos son fabulosos si le gusta el arte. ¿Les parece si nos sentamos y les pongo al día de la situación?

—Por favor —susurré, aceptando la invitación a acomodarme en la silla central que quedaba frente a la suya al otro lado del escritorio.

Cheston ocupó el asiento de cuero que casi parecía un trono, y mis amigos se mantuvieron a mi derecha y a mi izquierda.

Sobre la mesa lacada en negro había un marco con una foto familiar. Él ocupaba la parte central de la fotografía, rodeaba a su mujer y a su hijastra por la cintura. Parecía una de esas fotos que te llegan con los marcos.

Busqué de nuevo su rostro, que parecía analizar cada uno de mis movimientos.

—Una familia preciosa. —Él asintió—. Me temo que no hemos encontrado mucha información sobre el prometido de su hija, lo que nos ha desconcertado bastante, por lo que, dada la urgencia de su caso, necesitamos que colabore con nosotros para averiguar más cosas de él.

—Lamento decirle que yo tampoco sé demasiado, ni siquiera conocía de su existencia hasta hace un par de días, cuando mi mujer y yo recibimos la invitación para el enlace —comentó con disgusto.

—Entonces, ¿no conocen al señor King? —cuestionó Akon.

—Anoche fue su presentación oficial, Camille lo trajo a casa para una cena familiar. Si me permiten decirlo en confianza, se nota que es un perroflauta sin clase, no tiene dónde caerse muerto, como le dije a su jefa… —cabeceó hacia mí.

—Cassey es mi socia, no mi jefa —lo corrigió.

—Por supuesto, su socia —respondió con un deje de molestia—, es un cazafortunas.

—¿Dónde trabaja? —pregunté. Cheston me ofreció una sonrisa tensa.

—No lo hace, o bueno, no tiene un empleo que le reporte dinero… Es uno de esos voluntarios que van al hospital a contarles cuentos a los niños enfermos, o algo así...

—Pues parece tener buen corazón para ser un muerto de hambre… —apostilló Ak.

Nuestro cliente se enderezó y frunció el ceño.

—O más bien un objetivo. Mi hija sale mucho en prensa, tanto por su trabajo de jefa de Pediatría como por su alma caritativa. Creo que ese hombre se hizo voluntario con el único objetivo de encandilar a Camille. Es *vox populi* para la prensa que va a heredar una cuantiosa suma de dinero, además de múltiples propiedades que le dejó en herencia su difunto padre, cuando se case, por lo que no deja de levantar expectación. En los últimos actos de beneficencia fue acompañada por Duncan Fletcher, la prensa del corazón especuló la posibilidad de un enlace entre ellos. —Había visto

varias noticias en internet, tal y como apostillaba el señor Hill. Duncan Fletcher era un apuesto abogado, afincado en Bel Air, cuyo bufete llevaba los asuntos de Cheston, todo muy conveniente—. Pero mi hija, en lugar de encandilarse con un buen chico, de buena familia y mismo círculo social que el nuestro, se ha dejado engañar por ese indeseable.

—Y sabemos que es un indeseable por… —Le di una patada disimulada a Ak por debajo de la mesa.

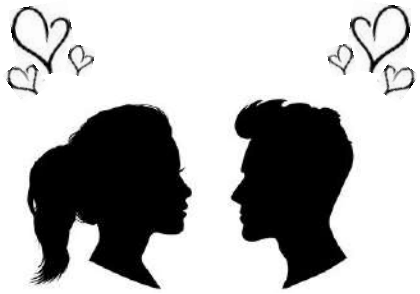
—Conozco a mucha gente, señor Williams y, sin miedo a equivocarme, le garantizo que Jayden King solo busca el dinero de mi hija.

—Por supuesto, Cheston, y nosotros lo demostraremos —murmuré, intentando que Akon no siguiera increpando a nuestro cliente—. Necesito que me diga cómo tiene previsto que me adentre en la vida del señor King. Hemos decidido que su caso es tan importante y apresurado que seré yo misma quien me encargue.

Las comisuras de los labios de Cheston se alzaron hacia arriba.

—Me parece una idea magnífica. Ya me he encargado de que pueda acercarse a él sin levantar sospechas; será su...

Capítulo 5



—*Wedding Planner* —suspiré—. ¿A quién se le ocurre darle a una aniquiladora de bodas el poder de planificarlas?

Estaba sentada en la zona exterior de mi casa de Santa Mónica.

Akon y Ash se habían puesto el bañador, ella ocupaba un flotador gigante con forma de pavo real y él tenía el cuerpo sumergido en el agua. A mi lado, con los brazos suspendidos sobre el bordillo para que no se le mojara el tercio que reposaba en su mano.

Antes de llegar a casa hicimos parada en el supermercado, no podíamos limitarnos a chupar la escarcha de la nevera.

Yo no me cambié, alcé los bajos de mis pantalones anchos hasta arremolinarlos en mis ingles. Me había descalzado para remojar mis piernas a la altura de las rodillas. Di un trago largo, hacía demasiado calor y todavía no había sido capaz de deglutir el papel que iba a tocarme desempeñar en toda esta historia.

—Puede que por eso lo haya hecho, no hay mejor manera de hundir al enemigo que desde dentro. Además, Cheston tenía razón: su hija apenas tiene tiempo de organizar una boda con el trabajo que tiene. Estuvo muy avispado al insistir en que él contrataría a un profesional del sector para que la ayudara y todo saliera a pedir de boca. Fue una gran idea que, en lugar de oponerse, le facilitara las cosas. La experiencia nos dice que cuando los padres se ponen de culo es mucho peor —corroboró Ashley, ajustándose las gafas de sol—. Y sobre el puesto que ha elegido para ti, el señor Hill

tampoco es que tuviera demasiadas opciones para que pudieras permanecer el tiempo suficiente al lado de Jayden sin levantar sospechas —lo defendió, removiendo el agua con las yemas de los dedos.

—El señor «Hillypollas» es un racista redomado que menosprecia a la gente que tiene dificultades para llegar a fin de mes —refunfuñó mi amigo —, quizá Jayden King sea lo mejor que le pueda pasar a su hija.

—¿Lo dices en serio? —pregunté asombrada contemplando a Ak—. Estoy de acuerdo contigo en que ese hombre es un pedante, un esnob y un racista, y lamento muchísimo que hayas tenido que aguantar ciertos comentarios. No es justo que en la época que estamos siga importando el color de la piel para evaluar la valía de alguien. Pero, aun así, tiene un buen motivo para desconfiar del cazafortunas de Jayden King. —Le acaricié el brazo.

—Estoy acostumbrado a lidiar con capullos integrales que no ven más allá de lo que has dicho, sin embargo, no me pienso amedrentar por muy cuantiosos que sean sus cheques o porque sea parte del jurado. —Akon dio un salto y se sentó a mi lado sin dificultad.

Juraría que a Ash se le había desencajado un poco la mandíbula y se detuvo demasiado tiempo en los ocho cuadrados perfectos que poblaban su tripa. ¿Quién la iba a juzgar? Una cosa es que Ak fuera nuestro amigo y otra no reconocer que estuviera más bueno que un tazón de chocolate caliente.

—Es una pena que siga existiendo gente así… —mascullé mientras él se frotaba el pelo y pequeñas gotas de agua dulce recorrían su cuerpo.

—Lo es, aunque, por fortuna, quedan pelirrojas como Mandy que no le hacen ascos a un buen Snickers. —En caso de que Ak tuviera la famosa barrita de chocolate entre las piernas, esta sería doble—. Por cierto, he quedado con ella esta noche, espero que no te importe… —susurró, dedicándome una mirada divertida.

Iba a responder cuando Ashley me interrumpió.

—Muy propio de ti, nosotras teniendo que pasar la tarde en el *spa*, la peluquería y de compras para darle un fondo de armario decente a Crash, y

tú preocupándote porque la pelirroja te coma la chocolatina —se quejó Ashley.

—A ver, que he dicho por la noche; estoy dispuesto a sacrificarme y pasar con vosotras una tarde de chicas...

—¡Ni hablar! —lo corregí—. Tu función es otra. Vas a empaparte de todas esas revistas para novias que Ash me ha hecho comprar en el súper, y cuando llegue, quiero un informe exhaustivo sobre las últimas tendencias en enlaces. Un cursillo acelerado en Power Point de cómo celebrar el enlace perfecto en treinta días sin que me dé un coma diabético o los novios parezcan sacados de un videoclip del anticristo. Y no te quejes, que yo me llevo la parte dura teniendo que soportar lo que Piolín vaya a hacerme.

—La parte dura se la va a llevar Mandy esta noche, porque pienso cumplir con tus mandatos para merendarme a la pelirroja en lugar de a ese lindo pajarito que se mece sobre el agua —bromeó con una sonrisa canalla—. Necesito desquitarme, corro peligro de que el semen se me suba a la cabeza y me preñe de ideas obscenas durante la misión.

—¡Puaj, eso es asqueroso incluso para ti! —exclamé mientras él se descojonaba poniéndose en pie.

—Lo que es asqueroso es tener una piscina así y no estar dentro del agua…

Debí verme venir el empujón. No lo hice, así que terminé con la ropa empapada y el pelo por delante de la cara como un clon del tráiler de *The ring*.

—¡Eres un cabrón! —escupí, arrojando agua por la boca.

—Para ti, señor cabrón —dijo, tirándose al agua con una bomba perfecta que provocó un tsunami tan bestia que el pavo real volcó. Adiós Ashley y cerveza.

Terminamos los tres disputando una guerra de ahogadillas bastante desigual. No era muy difícil que el tío de los brazos esculturales de metro noventa pudiera con nosotras dos.

Aun así, nos reímos un rato y nos divertimos; teniendo en cuenta que los próximos treinta días serían un descenso al infierno, no lo veía del todo mal.



—¿Cuánto tiempo hace que no la exfolian? —me preguntó la masajista del *spa* frotando con tanta fuerza mis brazos y piernas que dudaba que al terminar me dejara con algo más que los huesos.

—Nunca he usado a un ex para que me folle —comenté sarcástica.

Ashley, que estaba a mi lado sufriendo las mismas vicisitudes que yo, rio sin complejos. A la esteticista no pareció hacerle gracia; seguro que se hubiera reído si el chiste lo hubiera hecho Akon.

—Discúlpala, no sabe lo que dice… —comentó mi amiga con las últimas sacudidas de risa alzándole el pecho.

—Claro que lo sé, me está quitando tanta piel como para hacerse un abrigo —mascullé bajito—. ¿Estás segura de que no se trata de una asesina en serie que la quiere como trofeo?

—Veo que Ak te está contagiando su humor… Espero que pase una velada de lo más agradable hojeando revistas… —La forma en que lo dijo me hizo sonreír.

—Dicen que todo se pega menos la hermosura.

—Eso es un mito.

—Mientras no me pegue su rabo. ¿Te has fijado hoy todo lo que marcaba ese bañador? ¿Hasta cuándo les crece la chorra a los tíos? Creo que tiene más que el año pasado.

Las mejillas de mi amiga se encendieron como bombillas.

—No puedo creer que me estés hablando sobre el inusitado crecimiento de la polla de Ak.

—Lo que no puedo creerme es que no se haya percatado de quién quiere comerle el Snickers, y no me refiero a una azafata tetona; más bien, a un lindo pajarito… —Las esteticistas de la cabina se miraron y Ashley carraspeó incómoda—. No te preocupes por ellas, con lo que hemos pagado en este sitio, esto es secreto profesional, ¿verdad, chicas? —Las dos asintieron—. ¿Y bien?

—Solo somos amigos —asumió nerviosa.

—Ya, unos amigos que podrían dejar de serlo si uno de los dos diera el paso… Que yo no crea en el amor no significa que vosotros no debáis. Sé sincera por una vez, te gusta.

—A ver, Akon es atractivo, divertido, siempre me hace reír…

—Y listo, deportista, capaz de lanzarte en un salto mortal para que aterrices sobre cierta parte de su anatomía... —comenté sugerente.

—¡¿Quieres parar?! El estado de suciedad de tu mente es demasiado profundo.

—Es que ahí no me llega el *peeling*.

Ashley hizo rodar los ojos, y por suerte para ella, las chicas terminaron justo a tiempo para mandarnos a la ducha y convertirnos en un rollito de algas con pepino en los ojos. Me sentía como una jodida cena macrobiótica, de esas que tanto le gustaban a mi madre.

Aguanté el suplicio media hora y, con la piel más hidratada que agua de manantial, pasamos a la segunda fase: la depilación.

A ver, llevaba mucho tiempo con el láser hecho en las piernas; lo que no esperaba era que me hicieran el bigote y los pelos de la nariz al mismo tiempo.

Me vi con una plasta dorada engullendo mi labio superior y dos pegotones taponándome los orificios nasales. Por si fuera poco, me insertaron en ellos un par de bastoncillos de esos que todo el mundo utiliza para las orejas, aunque digan que son para otro sitio.

Ashley inmortalizó el momento sacando un selfi en el que parecía un puto león marino.

—Como le enseñes esa foto a alguien, te mato.

—Solo es para que veas el antes y el después.

—¿Puedes decirme por qué yo estoy así y tú no llevas nada en la cara? —pregunté indignada.

—Porque tú corrías peligro de que te confundieran con un maldito *sherpa* en lugar de una planificadora de bodas. Yo soy rubia y no me hace falta.

—Para que luego os llamen tontas… —bufé.

—¿Lista? —preguntó una chica diminuta y delgadita que comprobó si la cera estaba en su punto.

—Sin piedad —musitó Ash en su oído recordándome a la rubia de *Cobra Kai*.

Y, entonces, todo cobró sentido cuando el «*YOU FUCKING BITCH*» rebotaba sobre mi lengua a bocajarro. Sí, en mayúsculas y sostenido. Lo arrojé sin premeditación y con mucha alevosía cuando aquella loca de los bastoncillos me removió el pelo y el alma.

Tras la tortura en el salón de belleza y con un escozor nasal que no era ni medio normal, me tocó pasar por la peluquería para actualizar peinado y librarme así de las puntas abiertas.

Y mi madre se hacía todo eso una vez a la semana. ¡¿Cómo era capaz?! Pues yo prefería seguir siendo un *sherpa* antes de volver a pasar por todo ese calvario. Al corte de pelo le siguió un tratamiento *glossy* para darle un efecto espejo a mi melena, y de ahí al Third Street Promenade para hacerme con un renovado fondo de armario que incluía prendas de día, de noche, zapatos, complementos e incluso ropa interior. Me había gastado un buen pellizco que esperaba poder restaurar con el cheque que íbamos a cobrar.

Juro que cuando llegamos a casa, di gracias de que Akon hubiera hecho la cena, porque estaba destrozada. Los que piensan que estar guapa no es un deporte se equivocan: debería estar reconocido y poder competir en las olimpiadas.

Dejamos el cúmulo de bolsas en el salón, algunas prendas iban a mandármelas a casa, así que por esas no debía preocuparme. Nos dirigimos a la cocina con las narices mientras nuestros estómagos rugían.

Ak se movía como pez en el agua, siempre nos dijo que tenía mano con la cocina, que él siempre ayudaba a su madre en ella, aunque hasta ahora no le habíamos dado crédito. Vestía una bonita camisa color salmón, unos vaqueros oscuros y, sobre estos, un delantal que no se había usado en años y que a él le daba un puntito de lo más *sexy*.

—¿Por qué no te lanzas? —le pregunté a Ash sin que él nos escuchara. Los ojos de mi amiga estaban aposentados en ese redondísimo trasero que

se meneaba sin pudor.

Akon llevaba los AirPods puestos, por lo que no se había dado cuenta, todavía, de nuestra presencia.

—¿Has oído alguna vez eso de donde se come no se caga?

—Qué escatológica.

—Pues eso… Prefiero que sigamos siendo amigos y socios a que nuestra relación termine convirtiéndose en una mierda.

—Muy gráfica. —Me encogí de hombros—. Haz lo que quieras, no seré yo quien te aconseje sobre estos temas. —Fui hasta él y le rodeé la cintura con las manos, noté sus abdominales contraerse bajo ellas y alzó la cuchara de madera.

—¿Quieres probar? —La salsa espesa de hierbas, carne y tomate olía como un pecado culinario. Le quité los cascos y murmuré un «por supuesto». Él llevó la cuchara entre mis labios y yo solo pude gemir del gusto.

—¡Madre mía, espectacular!

—Me lo dicen todas cuando me la chupan. —Me guiñó un ojo. Yo reí y él sonrió desviando su mirada oscura hacia Ash—. ¿Tú también me la quieres chupar? —preguntó seductor.

—Paso de poner las babas donde otras las han puesto… —gruñó por lo bajo, y él se dio la vuelta sin darle importancia—. Además de jugar a *Masterchef*, ¿has tenido tiempo de preparar el Power Point que te pidió Cas? —agregó Ash.

—¿Lo dudas? —cuestionó sobrado—. Vais a flipar, ante vosotras tenéis al nuevo experto en tendencias nupciales y, después de que veáis mi presentación, vosotras también lo seréis —comentó, sirviendo los platos mientras yo tomaba la botella de vino que ya estaba abierta para rellenar su copa y servirnos una a nosotras—. Además, me he permitido el lujo de elaborar una con las mejores tiendas para listas de boda, servicios de *catering*, floristerías, DJ, agentes de viaje, etcétera. Y, como imaginé que volveríais cansadas, también me he convertido en vuestro chef. ¿Qué más queréis?

—¿Sentarnos a cenar esa obra de arte y que le des al *play*? —solicité.

—Eso está hecho. Por cierto, Crash, una foto digna de enmarcar —dijo, moviendo el ratón para descubrir el nuevo fondo de pantalla del portátil donde aparecía mi cara de morsa.

Miré a Ashley de reojo, quien se sacudía de la risa.

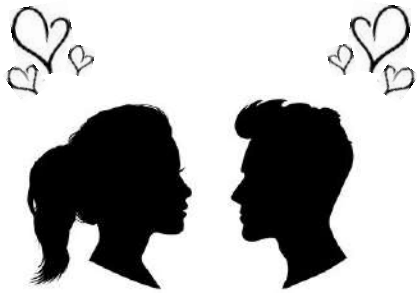
—Compréndelo, es de buenos amigos el compartir, Ak no estaba presente y merecía verte así para corroborar que habían hecho un buen trabajo en el salón de belleza. Al fin y al cabo, es el director de *casting* y tú su elegida… Son asuntos que le conciernen a la empresa…

—Tranquila, que ya me vengaré cuando te toque a ti y te pille en una situación difícil… —No estaba cabreada; si Ashley no le hubiera mandado la foto a Akon, yo misma le habría pedido que se la mostrara.

—Por cierto, estás preciosa, aunque tú siempre lo estás, lleves palillos en la nariz o no —masculló mi amigo, dándome un beso en el pelo.

Cada uno cogió su plato, su copa y nos acomodamos al otro lado de la isla para cenar, mientras Ak nos iba comentando una presentación espectacular.

Capítulo 6



—Estás impecable, pero relájate un poco que, en lugar de una profesional sobradamente preparada, pareces recién salida de la academia —rezongó Ashley, recolocándome parte de la blusa blanca con escote en uve, sin mangas, que favorecía mi busto además del tono de mi piel.

El *outfit* escogido para hoy debía hacerme parecer profesional y sugerente, ya que iba a reunirme con los novios y el señor Hill.

Para ello llevaba una falda gris que se ajustaba a mis caderas y moría encima de mis rodillas. Los zapatos de tacón acharolados me hacían unas piernas torneadas que, según Akon, te obligaban a pensar en ellas rodeando una cintura. Aunque no podía confiar demasiado en él después de su noche de desahogo con Mandy…

Ashley estaba con un humor sombrío. Podía decir que los escarceos amorosos de nuestro amigo no le importaban, sin embargo, su actitud gruñona decía lo contrario.

Escogió un par de pendientes con efecto lágrima como única joya para engalanarme. Recogió mi pelo en un moño alto, rollo Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes,* que elevaba mis facciones y las dejaba despejadas, salvo alguna greña suelta, que, según Ash, tenía el propósito de dar ganas de recolocarlas.

Mis ojos estaban delineados en negro resaltando el color verde del iris, una bruma de colorete daba mayor jugosidad a mi cara y enmarcaba los

pómulos. Para finalizar, el brillo de labios melocotón que le daba mayor carnosidad a mi boca.

—Creo que los zapatos van a hacerme rozaduras… —protesté, notando cómo se me clavaba el calzado en la parte tierna del talón.

—Eso es que tu cuerpo te manda señales a ver si pillas la indirecta y te dejas rozar de una vez —sugirió Akon, dando un sorbo a su café para llevar que arrojó a la papelera una vez vacío.

—Siempre habla el que más tiene que callar… —siseó Ash por lo bajito.

—¿Envidia, Piolín?

—Eso es lo que tú querrías… Lo que no entiendo es que hayas vuelto a casa casi a la hora de levantarse, es muy irresponsable de tu parte sabiendo la importancia de que todo salga bien hoy —rezongó mi amiga.

—Habría vuelto antes si Mandy no hubiera resultado ser tan insaciable. ¿Qué culpa tengo yo de ser tan jodidamente deseable y complaciente?

—Más bien facilón…

—Chicos, haya paz, que acabamos de llegar y lo que menos necesito es que os enzarcéis en una discusión de índole sexual.

Estábamos a punto de entrar en la Torre Hill. Habíamos quedado para desayunar en la cafetería del edificio, en la planta baja, ya que el señor Cheston estaba muy ocupado y no podía entretenerse en exceso.

Había estado despierta hasta altas horas de la madrugada empapándome todos los datos que se supone que una buena *wedding planner* debe saber. Suerte que el tapaojeras de Ashley era una puta maravilla y había borrado mi cara de mapache en un santiamén.

Dirigí la mirada hacia una figura de hombros anchos, camisa blanca y vaqueros azules que había entrado en mi campo visual. Estaba de espaldas a nosotros, a tan solo un par de pasos de distancia y a punto de entrar en el mismo edificio al que nos dirigíamos.

Algo me llamó poderosamente la atención. No era su imponente estatura, Akon también era un tipo muy alto y nunca despertó esa curiosidad en mí. Quizá se tratara de la forma de caminar, con las manos en los bolsillos, como si supiera exactamente qué camino debía tomar en la vida. O la

manera en que se doblaban las mangas bajo sus codos mostrando unos antebrazos sobradamente preparados para alzar a una mujer contra una pared. O puede que tuviera relación con el modo casual y desordenado que desestructuraba su pelo a la altura de la nuca y me daban ganas de pasar mis dedos para comprobar si los mechones castaños eran tan suaves como parecían. Aunque si algo se llevaba la palma era cómo el vaquero se le ajustaba con absoluta perfección al trasero masculino que podría competir con el de Ak.

—Menudo repaso le estás dando —rio entre dientes Ashley, que no había perdido punto de mi inspección ocular.

—¿Por qué no le das tu tarjeta y le ofreces una visita guiada por la gruta del amor? Últimamente no se han acercado muchos turistas y corre riesgo de que la clausuren por falta de visitantes —sugirió Akon, metiendo baza.

—¿Queréis callaros de una vez? ¡Os va a oír! —exclamé entre dientes con una agitación masiva.

El tipo se detuvo. Yo rogué en silencio para que no se diera la vuelta diciéndonos que nos había escuchado. Pero se la dio justo en el instante que pasábamos por encima de la rejilla de ventilación. Menos mal que mi falda no era de vuelo, porque me habría marcado un Marilyn en toda regla.

Una ráfaga de aire caliente inundó mis partes cubiertas de encaje. «¿Otra señal?», pensé justo antes de cerrar los ojos fruto de la bufarada. Separé los párpados, reticente, y me di de frente con un rostro que impactó tan duro en mi retina que me hizo dar un paso en falso y encajar el tacón en uno de los agujeros. Noté el crac en cuanto intenté seguir andando. Lo hice con tanta fuerza que salí despedida hacia delante y, en lugar de que me pasara como en las películas románticas, que cayera sobre un pecho duro y uniforme, lo hice sin ningún tipo de gracia y de rodillas.

No sé qué dolió más, si la caída o mi pérdida de dignidad frente a Jayden King.

Nunca me había considerado una mujer patosa y en ese momento podrían haberme dado una medalla al mérito.

El primero que acudió a mi rescate, como un auténtico caballero andante, fue él, quien tardó dos segundos en arrodillarse y preguntar si estaba bien.

Mi rostro ardía más que los fuegos artificiales del 4 de julio. Su voz se asemejaba a un acorde rasgado y me secó la boca de inmediato. Encima, por si no tuviera suficiente, la piel me hormigueó bajo su contacto y mi pecho se contrajo cuando sus pupilas chocolate fundido se derritieron con genuina preocupación sobre las mías.

—Cassey, ¿estás bien? —Aquella no era su voz, principalmente porque no se sabía mi nombre y esta era un poco más aguda. Ashley y Akon se posicionaron a mi lado mientras el rey del braguetazo terminaba de ayudarme a ponerme en pie.

—Sí, sí —mascullé avergonzada con el rostro envuelto en llamas.

—Debería curarse esas rodillas, ¿quiere que pida el botiquín? Seguro que tienen uno en recepción… —sugirió, provocándome contracciones en el útero. Debería estar penado por la ley hablarle a una mujer así, con esa cara, esos ojos, ese cuerpo…

¡Maldita fuera su estampa! ¡¿A ver si resultaba que mis amigos tenían razón y necesitaba echar un polvo de emergencia?! «Es un cazafortunas, Cas, está en su ADN follarte con sus gestos y sus palabras». Pero ¡si es que no me ha dicho nada erótico! «Eso da igual, tú lo imaginas haciéndote virguerías en la gruta del amor». ¿Por qué le había otorgado a mi conciencia la voz de mi madre?

Era algo que solía ocurrirme, iba cambiando de personaje interior dependiendo de la situación, solo que yo no escogía y en ese instante no me apetecía escuchar su timbre de voz.

—No será necesario —murmuré, dirigiéndome al señor King con las rodillas peladas y varias gotas rojas perlando mi piel.

—Pues yo creo que sí. Deje que la ayude, no me cuesta nada, por favor…

Claro que no. ¿Cómo iba a costarle si era un eterno seductor? Estaban creados para parecer amables, divertidos, *sexys* y jodidamente follables. Iba a decir que no, si no fuera porque mi abstracción momentánea lo había llevado al interior del edificio y ya se dirigía a recepción.

—Eso sí que ha sido postrarse ante el rey —bromeó Ak, ganándose una mirada asesina de mi parte—. Perdón, es que no me he podido resistir, ya paro. ¿Seguro que estás bien? ¿Puedes caminar?

—He caído de rodillas, no he sufrido una conmoción cerebral ni tengo los huesos de cristal —protesté.

—Pues nadie lo diría, apenas has logrado decir una frase y parece que te hayas tragado un extintor de lo roja que estás.

—Se llama tener vergüenza, algo de lo que claramente tú careces —apostilló Ashley. Me hacía gracia que su grado de afabilidad bajara ostensiblemente cuando se trataba de Ak, porque por lo general Ashley era tan adorable y esponjosa como un algodón de azúcar.

—Digamos que no era la presentación que esperaba tratándose de Jayden King —murmuré—. Acabo de perder todo el glamur que esperaba poder ofrecer…

—Mira la parte positiva, a los tíos siempre les ha molado el rollo salvador, y tú, ahora mismo, eres una mujer en apuros. —Menos mal que Ash tenía un alma romántica y era capaz de darle la vuelta a la situación—. Por cierto, he podido recuperar esto…

Mi amiga me tendió un objeto negro y afilado que reconocí de inmediato como el tacón. Ni siquiera me había percatado de que me faltaba. Debe de ser que a los zapatos les pasa como cuando te amputan una parte de tu anatomía; que se convierten en miembros fantasmas y los sientes cómo si los llevaras.

—¿Llevas pegamento rápido o algo que pueda servir? ¿Cinta americana, una grapadora, unos clavos? —Ash negó.

—Ni soy Mary Poppins, ni Christian Grey...

—Menuda desilusión —se carcajeó Akon.

—Pues, entonces, solo me queda disimular y fingir que lo llevo, aunque no esté —mascullé, viendo la figura de Jayden King volver.

Tuve la necesidad de cerrar los ojos con mucha fuerza para regodearme en el estado de pesimismo que estaba sintiendo, salvo que no me lo podía

permitir. Mi función era seducir a aquel hombre, gustarle y no darle lástima como si fuera un cachorrito malherido.

—He conseguido el botiquín, ¿puede caminar o la ayudo?

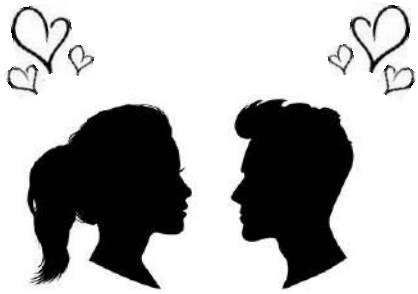
La imagen de él levantándome entre sus brazos para llevarme al interior de la Torre Hill mientras mis manos recorrían su musculatura pectoral me hizo salivar. «Por todos los santos, Cassey Sullivan, ¡que no es el jodido Kevin Costner, sino Jayden King!», me recordé.

Iba a decir que podía entrar por mi propio pie cuando una voz femenina nos sorprendió.

—Jay, cariño, ¿qué pasa?

Como caída del cielo o de una portada del *Vogue*, *lady* Camille Grosvenor, futura duquesa de Sussex, hizo acto de presencia con un vestido que se amoldaba perfectamente a sus curvas y una adoración dirigida a su futuro marido que hizo estallar todas mis alarmas. Estaba jodida, soberana e indiscutiblemente jodida.

Capítulo 7



Ridículo espantoso eran las dos palabras que iban a coronar esa mañana porque, por si fuera poco, a mi torpe caída debía sumarle la entrada triunfal en la cafetería fingiendo que no pisaba sobre vacío. Ridícula, totalmente ridícula.

Para colmo de mis males, la preciosa *lady* Camille estaba de cuclillas desinfectándome las rodillas con toda la amabilidad del mundo. ¿Podría sentirme peor? Mi cara seguía rojo M&M's, sobre todo, porque Jayden King no había dejado de dirigirse a mí para concienciarme sobre la importancia de no dejar pasar ningún tipo de herida, ya que hasta la más minúscula podía infectarse.

—Cariño, cuéntale lo de la bacteria asesina… —Lo miré con los ojos abiertos como platos.

—No creo que sea necesario, Jay, me parece que la señorita Sully ha entendido la importancia de desinfectarse bien.

—Se come la carne… —murmuró él, haciéndome tragar con fuerza al imaginar cierta zona de su anatomía siendo devorada.

Concentré la vista sobre los raspones de las rodillas para obviar los pensamientos impropios que me asolaban por su culpa. Pensándolo con frialdad, lo único que me faltaba era que me atacara una bacteria asesina.

—¡Deja de asustarla! Del rojo está pasando al blanco y no queremos que se desmaye —exclamó con una sonrisa más que adorable. Por favor, si es que esa mujer era encantadora—. Desde que le conté a Jayden que en una

de mis misiones humanitarias en México tuve que amputar a un hombre los dos brazos y las dos piernas, no deja de repetírselo a todo el mundo; lo peor es que los niños en el hospital lo miran fascinados, tiene muchísima mano, ¿sabe?

Tras el dibujo tan gráfico que se había formado en mi cabeza, podía imaginarlo rodeado de una corte de admiradoras que oscilaban entre los seis y los doce años, suspirando por sus historias de bacterias asesinas.

No pude evitar alzar la vista y encontrarme con aquella mirada pícaro-seductora; seguro que si les hablara sobre el fascinante mundo del cultivo de algarrobas, seguiría teniéndolas a sus pies.

«Frena el carro, Cas, recuerda que es un encantador consumado y que no te puedes dejar amedrentar. Conoces sus triquiñuelas, los cebos más potentes y estás preparada para repelerlos. Es más, tú eres la encargada de que vea la otra cara de la moneda. No lo olvides, tú eres quien lo hechizará con las rodillas peladas, el tacón en la mano y menos pelos en la nariz que el chichi de una Barbie».

Intenté focalizar y dejar la mente en blanco unos instantes. Ni mi voz interior pensaba con claridad.

—¡Dios bendito! ¡¿Pero qué le ha pasado, Cassey?! —exclamó él al verme.

—Se-señor Hill —tartamudeé. Menudo apuro, me había olvidado de que la reunión era con él. Hice el amago de ponerme en pie, pero mi pediatra me lo prohibió.

—Es mejor que por ahora se quede sentada, señorita Sully; si se porta bien, le daré una piruleta, siempre llevo en el bolso —dijo, divertida, guiñándome un ojo. ¡Cómo no! El universo me mandaba algo que chupar...

—¿Qué le ha pasado? —preguntó su padre sin dar crédito.

—Se le enganchó el tacón en la rejilla de ventilación que queda justo delante del edificio. Ya te he dicho en más de una ocasión que no es la primera vez que a alguien le sucede eso, es peligrosa, deberías insistir al alcalde que la cambien de una vez.

—Dadme un minuto.

El señor Hill sacó el teléfono y se alejó unos metros para llamar. Por su manera de moverse, juraría que estaba riñendo a alguien al otro lado de la línea. *Lady* Camille dio por concluida la cura, se puso en pie y le pidió a Jayden que devolviera el botiquín a recepción.

Aproveché para contemplarlo con disimulo, no me iba a costar demasiado fingir atracción por él, y eso era bueno hasta cierto punto. Necesitaba encontrar cosas cuanto antes que me hicieran aborrecerlo, así el trabajo sería más sencillo, como una actriz. No era lo mismo que te planteen darle un beso al doble de Ashton Kutcher sabiendo que es un capullo que si lo consideras una buena persona. Porque las buenas personas te acaban ganando el corazón.

Por suerte, el mío estaba a salvo. Yo sabía que él era un cazafortunas, jugaba con ventaja. Solo tenía que echar toda la carne en el asador y hacerme con pruebas y trapos sucios, su bonita cabeza sería servida en bandeja al señor Hill. Ash me dio un toque en el brazo. Seguía con la mirada pegada a la figura del señor King. Menos mal que su prometida estaba hurgando en el bolso para ofrecerme la piruleta prometida.

—Gracias —susurré cuando me la ofreció.

—Se la doy solo a las pacientes excepcionales.

Cheston regresó y le dio un beso a su hija.

—Ya está. El alcalde quiere que le haga extensivas sus disculpas, señorita Sully; si reconsidera no denunciar al Gobierno de Florida por el estado de la rejilla, se compromete a arreglarla en esta semana y extender una invitación tanto a usted como a sus colaboradores —señaló a Ash y Akon— para el Global Couture Gala Awards Soiree, que premia la diversidad y la inclusión. Se celebrará este fin de semana en el The Majestic Downtown. Irán un montón de celebridades y tiene un fin benéfico.

—No era necesario, yo no iba a denunciar a nadie.

—Pues debería, estas cosas no se deben tolerar, y si, en lugar de a usted, le hubiera tocado a una ancianita… —me corrigió su hija.

—Ya lo creo que sí; como dice Camille, hace demasiado que deberían haber arreglado esa rejilla.

—Eres el mejor, papá, gracias. —Ella le besó la mejilla con aprecio.

Así me podría haber ido a mí si mi madre, en lugar de divorciarse siete veces, se hubiera quedado con alguno de mis padrastros.

—Ya estoy de vuelta —anunció Jayden—. ¿Me has echado de menos? —cuestionó mirando a su prometida con esa sonrisa que revelaba aquel par de hoyuelos más peligrosos que la bacteria.

—Ya sabes que sí —susurró ella, aceptando un beso cálido en la mejilla. Lo hacía tan bien que su afecto parecía auténtico, incluso cuando me recogió del suelo, me pareció que se preocupaba de verdad. Era todo un profesional, así que tenía que ser cuidadosa.

—Bueno, aunque no haya sido una presentación al uso, me complace deciros que habéis conocido a la señorita Cassey Sully, la organizadora de bodas de la que os hablé. —Había querido modificar mi apellido por si a alguno de ellos les daba por buscar… La noche antes de coger el vuelo, Akon y Ash se dedicaron a crear un perfil de Instagram, otro de *face* y una modesta web, en la que mi rostro aparecía ofreciendo mis servicios como creadora de bodas de en sueño.

—¡¿Tú eres la *wedding planner*?! —preguntó mi improvisada doctora alzando las cejas.

—Eso espero, no me gustaría que mi entrada poco profesional os haga pensar que soy poco cuidadosa o que no me esfuerzo; perder el trabajo el primer día por una eventualidad no me agradaría nada.

—Ay, no, por favor, nosotros nunca te haríamos eso, ¿verdad que no, Jay? —Él me miró de aquella manera tan especial y negó con la cabeza.

—Un tropiezo lo puede tener cualquiera. —No sé si fue su forma de decirlo o que mi instinto sexual había despertado de un largo letargo, pero sentí que en aquella afirmación había algo más, no sabría cómo explicarlo.

Los novios me estrecharon la mano y la calidez de la palma de Jayden volvió a hacer cosquillear mi piel. Era bueno, jodidamente bueno, y tenía un serio problema si no era mejor que él.

Les presenté a Ashley y Akon como mis ayudantes.

Como yo ya estaba sentada, los demás se limitaron a ocupar las sillas vacías alrededor de la mesa. Mis amigos me flanquearon, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Frente a mí, estaba Jayden con sus penetrantes ojos con aroma a café cuyo efecto secundario era alterarme más de lo necesario.

—Ya le comenté a mi hija que nos está haciendo un favor. Que nadie quiere ocuparse de una boda tan precipitada cuando hay tantas cosas que organizar…

—Es que nosotros no queríamos una boda al uso, solo un enlace discreto, algo muy sencillo: invitar a los más allegados y listo —aclaró *lady* Camille.

—Pero ya sabes que no podemos dejar fuera del enlace a personas que son importantes para tu madre y para mí, tenemos ciertos compromisos sociales y tú, como futura duquesa de Sussex, deberías saberlo. —Ella resopló.

—Ese título para mí no significa nada, te lo he dicho muchas veces; no lo quiero.

—Lo quieras o no, forma parte de tu legado, es una de las cosas que te dejó tu padre y debes honrarlo, son tus raíces.

Me pareció muy bonito que el señor Hill no quisiera que Camille renunciara a esa parte de su pasado, decía mucho de él. Camille terminó ofreciéndole una sonrisa y un apretón sobre la mano que descansaba en la mesa.

—¿Dónde está mamá? Pensaba que vendría.

—Le hubiera encantado asistir, pero se ha levantado con jaqueca.

—Últimamente no deja de tenerlas, me preocupa, ¿por qué no la convences para que se realice un chequeo…?

—Ya se lo he dicho, pero ya sabes cómo se pone, ella dice que solo son migrañas… —Mientras padre e hija discutían, estiré un poco el pie y sin querer rocé la pierna de Jayden. ¿Se llamaría así? Le pegaba, aunque también cabía la posibilidad de que se tratara de un nombre falso. No, si lo fuera, no se podría casar... Si notó mi caricia, no dijo nada al respecto, pero sí que alzó los ojos y los clavó en mí. ¿Debía disculparme? ¿Estaría esperando que dijera algo sobre ello?

—Cassey… —Ashley murmuró mi nombre y lo acompañó de un ligero apretón en mi muslo. Fue entonces cuando me percaté de que todas las miradas estaban puestas en mí.

—Perdón, estaba abstraída, es lo que tenemos las organizadoras de bodas: que mientras las personas hablan, nuestra mente va por libre y piensa cosas… ¿Decían? —pregunté mirándolos.

—No era importante, sin embargo, su cara reflexiva me hace pensar que en lo que estaba inmersa era mucho más interesante —apostilló Cheston.

—¿Qué era, señorita Sully? —preguntó Jayden, entrecerrando los párpados, perezoso.

Puñetero calor. ¿Era yo o no estaba puesto el aire acondicionado? Las gotas de sudor me pegaban la camisa a la espalda. Necesitaba dar una respuesta elocuente y convincente.

—Bulbos, pensaba en bulbos. —Creo que Akon se sacudió de la risa, aunque lo disimuló con una tos bastante extraña.

—Bulbos, ¿eh? —cuestionó Jayden—. ¿Y de qué tipo?

—Peonías, para ser exactos —chasqueé la lengua—. Las personas me hacen pensar en flores, y no sé, creo que es una flor que le va muy bien a su futura mujer.

—¿En serio? ¿Y eso por qué? —Me mordí el labio inferior.

—Pu-pues porque simboliza la riqueza y el honor. Como he podido comprobar hoy, por lo poco que hemos hablado y he escuchado, *lady* Camille es una mujer muy honorable, y aunque tiene fortuna, no es lo que prima en su vida. En el lejano oriente, las peonías son auténticos iconos. —Menos mal que me empollé la parte del significado de las flores más usadas en enlaces.

—Dicen de ellas que simbolizan el *ying yang* —contraatacó King—. En Japón se las suelen tatuar junto a un león, piensan que la belleza de la flor atempera la fiereza del animal.

—Qué bonito —admitió Camille.

—Sabe mucho de flores, ¿aficionado a la horticultura?, ¿jardinero? —preguntó Akon, restándole intensidad al momento.

—Me gustan las peonías, eran las flores predilectas de mi madre —respondió sin apartar los ojos de los míos, cosa que siguió afectándome.

—Pues entonces no hay más que hablar, ya tenemos flor para el enlace —aceptó la novia.

—Deberíamos usar más de una —comenté.

—Me parece bien, ¿qué flor le inspira Jayden? —El estómago me dio un tumbo y respondí casi sin pensar.

—Narcisos.

—¿Y significa? —prosiguió curiosa.

—Son portadores de un mensaje de amor sincero y de deseo impaciente, expresan una expectativa profunda y galante que desea ser satisfecha, pero de forma sutil y velada, con total discreción. También pueden conllevar una especie de ultimátum que indica que la persona que declara su amor espera una respuesta rápida. —Camille sonrió.

—Así es mi Jayden, de respuestas rápidas.

—También es símbolo de amor ardiente, de uno que solo quiere vivir su pasión y su deseo —apostilló Akon, subiendo la temperatura de la mesa. Al parecer, no era la única que se había aprendido el lenguaje de las flores.

—¡Qué interesante! —celebró la futura novia—. Va a resultar que los ramos hablan y eso me encanta. Peonías y narcisos, entonces. ¿Estás de acuerdo, Jay?

—Absolutamente —respondió, jugueteando con uno de los manteles de papel.

—¡Genial! Tenemos flores y *wedding planner* —asumió Camille, colocando su brazo alrededor del de su prometido—. Ojalá todo sea tan fácil.

—¿Estoy contratada? —cuestioné, alzando las cejas.

—Ya lo estaba, papá solo me puso una condición para no oponer resistencia a esta alocada y repentina decisión: tener una boda a la altura con la mejor organizadora. Digamos que usted venía incluida en el paquete. No se ofenda, es que yo no tengo tiempo para encargarme de frugalidades

como esta, ese era uno de los motivos por los que deseaba una boda sencilla y discreta. En mi profesión, los minutos significan vidas.

—Lo entiendo y, pese a echar piedras sobre mi tejado, no me gustaría que mi contratación estuviera supeditada solo a su padre —murmuré comedida.

—Por eso no se preocupe; si no me hubiera gustado, me habría negado. Me ha encantado desde que la he conocido y a Jay también. Lo conozco demasiado y sé cuándo alguien despierta su interés para bien.

«No lo mires, no lo mires, no lo… mires», aquella reflexión me hizo volver a fijar los ojos en él, y su calidez volvió a traspasarme sin remedio.

—Por cierto, puedes tutearnos; debemos tener una edad similar, así que deja el «usted» para mi padre…

—¡Eh, que yo también soy joven! —se quejó él.

—Joven para la abuela Mirabelle —rio ella.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —me interesé. Los datos eran fundamentales y necesitaba muchos.

—El suficiente —respondió Jayden tajante, y su semblante cambió a uno más serio y frío. El teléfono de Camille se puso a sonar con un soniquete que gritaba «*emergency*».

—Disculpad, debo contestar, es el sonido que le tengo asignado al hospital, puede ser por uno de los niños que están en estado crítico.

Se levantó de la mesa y su conversación terminó en escasos segundos.

—Os lo dije. Cada segundo cuenta, lamentándolo mucho, me tengo que ir…

—No he podido mostrarte nada… —protesté con suavidad. Comprendía que mirar vestidos, viajes o lugares para el enlace no era competencia frente a la vida de un pequeño.

—No pasa nada, Jayden te dará mi *mail*, pásame tus propuestas y esta noche prometo contestar en cuanto lo veamos juntos. Tengo una vida bastante anormal, así que lo más probable es que las reuniones solo lo incluyan a él, que es quien tiene más tiempo libre. Encantada de conocerte, Cassey. Akon, Ashley, nos vemos pronto.

—Te acompaño. —Jayden se levantó y nos dejaron a solas con el señor Hill.

No sabía qué pensar de la situación, estaba demasiado nerviosa, tal vez no había estado a la altura y eso me preocupaba. Lo mejor en estos casos era actuar con franqueza. Esperé a que Camille y Jayden se alejaran para hablar con Cheston.

—Siento si no he cumplido al cien por cien con sus expectativas, le prometo que hemos trabajado muy duro, pero en tan poco tiempo… —Él me ofreció una sonrisa calculadora.

—Querida, ha sido perfecto —respondió él, tomando mi mano para besarme los nudillos—. Desde tu entrada accidentada para que mi hija y el perroflauta de Jayden te atendieran, logrando así bajar sus defensas, a lo de las flores, o renunciar al encargo si ella no estaba de acuerdo con tu contratación. Ha sido brillante, sublime, sin fisuras. ¡Bravo, Cassey! —Estaba tan alucinada que no me salían ni las palabras.

El camarero se acercó y el señor Hill se puso en pie.

—Me tengo que ir —dijo, mirando su reloj—, pero confío plenamente en vuestro trabajo. Después de hoy, me queda claro que tomé la decisión correcta y contraté a las personas adecuadas; os auguro un futuro brillante a los tres. Desayunad lo que queráis, corre a cargo de la empresa. Phil, no les cobres nada. —El camarero asintió—. Mantenme informado, Cassey. Y tutéame a mí también, por favor.

—Gra-gracias, Cheston.

—A ti y a vosotros, por supuesto —se corrigió, mirando a mis amigos, que estaban tan anonadados como yo—. Esto marcha. —Chasqueó los dedos y se fue.

Miré a mis amigos totalmente incrédula y me encogí de hombros sin mediar palabra.

—Ya has oído al señor Hill, esto marcha —dijo Akon a modo de explicación—, y hay que celebrarlo. Phil, ponnos a los tres lo mismo que tú desayunarías aquí si pudieras.

El camarero nos ofreció una sonrisa ladeada.

—Por supuesto, señor, marchando tres bocadillos de langosta regados con una botella de Moët.

—Te adoro, Phil —suspiró Ashley, estirándose como una gatita satisfecha.

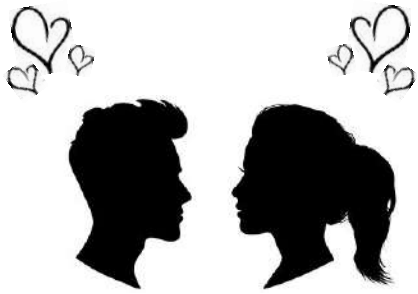
—Salgo a las cinco, por si quiere adorarme después —respondió él, guiñándole un ojo. Mi amiga le ofreció una risita rápida y Akon arrugó el morro.

Bueno, quizá después de todo la cosa no había ido tan mal como pensaba, ahora tenía que ponerme a trabajar para ofrecerle a *lady* Camille una propuesta que no pudiera rechazar e incluyera muchas reuniones y actividades con Jayden a solas. Fue pensarlo y sentir mi corazón palpitar.

—Chicos, toca darle a la cabeza, ¿listos para currar?

—¿Qué tenemos qué hacer? —se sumaron con interés.

Capítulo 8



Jayden

Llené un par de copas de vino y le alcancé una a Cam.

Estábamos en mi apartamento, un lugar pequeño aunque bastante acogedor, o eso decía ella. Estaba ubicado muy cerca de su lugar de trabajo, con unas vistas increíbles al edificio de enfrente.

Tenía un par de habitaciones que daban a un patio interior, una especie de armario donde cabían justas la lavadora y la secadora. Baño con plato de ducha y una cocina-comedor-despacho-salón, que era el espacio más grande del piso porque incluía un sofá y mesa para dos.

Nunca había sentido vergüenza por mi economía algo ajustada, o por no poder permitirme algo mejor. Mi vida no había sido fácil y, aun así, aquí estaba: con un techo sobre la cabeza, comida en la nevera, pudiendo pagar el alquiler y una profesión que se me daba bastante bien.

Camille se estiró soltando un suspiro de puro agotamiento. Estaba desmadejada en mi sofá rescatado. Lo encontré en un contenedor cercano. Era grande, mullido y solo necesitaba que alguien lo retapizara con cariño y arreglara un par de muelles para alargarle la vida. Ahora era la joya de la corona de casa y el lugar favorito de Cam.

Sus pies desnudos se agitaron sobre mi regazo. Me había empleado a fondo para darle un masaje que la dejó suspirando.

Le ofrecí la copa y ella dio un sorbo.

—Dios, este es mi momento favorito del día —alegó, cerrando los ojos.

—¿Cómo estás?

—Agotada, hoy ha sido un día bastante duro, ¿y tú?

—Bien… —Ella me ofreció una sonrisa ladeada y despegó los párpados de sus ojos azules.

Era extraño que respondiera otra cosa, el bien era mi comodín de la llamada y Camille lo sabía. No podía decir que estuviera mal, porque, como había dicho, tenía todo lo necesario, aunque tampoco podía alcanzar el «muy bien»; para eso no estaba preparado, no todavía.

—Vamos, ya falta poco para que nos casemos —susurró acariciándome el brazo con el dedo gordo. Camille se había puesto cómoda. Tenía algo de ropa en mi piso, entre ella el pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes que llevaba ahora—. Porque lo de casarnos sigue en pie, ¿no? —cuestionó dubitativa.

La miré y alcé las cejas. Era imposible que no me casara con ella, y Cam lo sabía.

—Por supuesto, ¿a qué viene esa pregunta? —Ella sonrió contra el cristal de la copa.

—No sé, esta mañana vi algo en tus ojos…

—¿Esta mañana? —repetí, notando cierta tensión en mi interior al recordar el aparatoso y sorprendente encuentro con nuestra *wedding planner.*

Mentiría si no dijera que, en cuanto la vi caer frente a mis pies, me quedé un poco aturdido. Tenía una cara preciosa, unos ojos muy expresivos y una boca hecha para ser besada, y encima me pareció lista y divertida en la reunión con el ogro del señor Hill. Podía ir de amable, pero a mí no me la daba. Sabía que la noticia de nuestro enlace le había sentado como una patada en los cojones, y no era para menos. Todas sus esperanzas estaban puestas en que su hija elegiría un caballo ganador y no una mula de carga.

No es que no lo comprendiera, el señor Hill era un elitista, alérgico a la pobreza. Su único contacto con ella era en actos de beneficencia en los que el *champagne* corría como el agua.

Según me contó Camille, llevaba años intentando casarla con el hombre perfecto, un abogado tan guapo y rico como mi prometida, aunque sin la misma conciencia social.

Cam era especial, con una sensibilidad extrema que muchos no entendían. ¿Cómo una mujer tan guapa y rica como ella podía ser tan poco esnob y pretenciosa?

Milagros de la vida, imagino.

Uno de sus talones se clavó en mi muslo y mi mente rebotó hacia un recuerdo de hacía unas horas. Un roce discreto de un pie bajo una mesa que disparó todas mis alarmas.

Me costó unos segundos entender que había sido ella, la mujer que tenía sentada delante y quien me miraba con las pupilas más dilatadas que hubiera visto nunca enmarcadas por aquel aro verde.

¿Había sido un accidente o una forma sutil de insinuación?

No era idiota, desde pequeño causaba ese efecto en las mujeres. Las niñas en el cole me mandaban cartas de amor mientras que las madres le decían a la mía que, con esta cara y mi carácter siempre dispuesto a ayudar, me convertiría en un rompecorazones. Recuerdo que a mí me horrorizaba aquella expresión, porque no me gustaba dañar a nadie y mucho menos destrozarles el corazón. Mamá intentaba tranquilizarme diciendo que era una forma de hablar, y yo le repetía una y otra vez que nunca le haría eso a nadie.

—Cassey… —murmuró Cam, sacándome de mi ensoñación. ¿Había dicho lo que creí escuchar?

—¿Qué pasa con ella? —pregunté frunciendo el ceño.

—Vi entre vosotros bastante complicidad… —Me encogí de hombros bebiendo el contenido de la copa—. Es muy guapa y parece tener la cabeza bien amueblada.

—Tú también. —Cam me sonrió.

—Solo digo que mi intuición me llevó a pensar que te había interesado más allá de que organice nuestro enlace, y quería saber si las cosas siguen

igual entre nosotros, si no te has arrepentido. Me conoces y sabes perfectamente… Comprendería si tú…

—No sigas por ahí —zanjé tajante—. Vamos a casarnos y en treinta días serás la señora King, nada ha cambiado desde la reunión hasta ahora.

Camille asintió sin rebatir mis palabras, dio otro sorbo al vino y se acomodó mejor sobre el cojín.

—¿Cómo está Chasity? —pregunté contenido.

—Estable… Ya sabes que estamos haciendo todo lo posible, Jay. Una de las heridas se infectó y por eso tuve que salir corriendo, no podemos arriesgarnos cuando estamos tan cerca… —Maldije para mis adentros.

—Es tan injusto, ningún niño merece pasar por algo así.

—Estoy contigo en que nadie debería pasar por un calvario como el suyo y mucho menos un niño.

Sus labios se contrajeron y tensaron en una línea firme. Camille era la mejor en su especialidad, y el Children’s Hospital Los Ángeles el quinto mejor centro hospitalario del país, sobre todo, por su excelente clínica.

—Es una chica fuerte y falta poco para que podamos trasladarla a Boston —prosiguió—. Son los únicos que pueden aplicarle el tratamiento que necesita. —Eso ya lo sabía y ambos debíamos dar gracias que a alguien le hubiera dado por no dejar de lado su enfermedad.

Chasity era una niña mariposa. Sufría una rara dolencia que provocaba heridas en la piel al menor contacto. Por eso se llamaba así, porque quien lo sufría tenía una epidermis tan frágil como las alas de una mariposa.

Algunas de sus heridas llevaban años sin cicatrizar. Camille era su pediatra desde que nació, nunca la había abandonado, y ahora que tenía once se enteró en el último congreso de Medicina Pediátrica que habían descubierto una terapia nueva que parecía funcionar con personas que, como ella, tenían un defecto en el gen COL7A1.

Para que puedas entenderme, ese fallo provocaba que Chas no pudiera sintetizar la proteína colágeno 7, encargada de mantener unidas las dos capas más externas de la piel.

Por fortuna, unos investigadores de la Universidad de Stanford habían desarrollado unas gotas de uso externo basadas en el virus del herpes. Lo modificaron para que llevara en su interior dos copias sanas del gen COL7A1. Así, cuando el patógeno desactivado entraba en las células, estas comenzaban a producir la proteína que corregía la enfermedad.

Maravillas de la ciencia y de mentes privilegiadas que no se dejan vencer a la primera de cambio. Admiraba mucho a los científicos, porque eran personas que siempre iban a por el «sí», aun sabiendo que iban a encontrarse muchos noes por el camino.

Habían probado el tratamiento en nueve personas y el resultado había sido sorprendente. Chasity sería la primera niña que se sometiera a él encabezando la lista.

—Ey, ¿quieres que veamos el *mail* que nos ha mandado la señorita Sully? —cuestionó mi prometida con los ojos medio cerrados por el agotamiento.

—¿Seguro? Pareces tener más ganas de dormir que de otra cosa.

—Ya, pero no me gusta faltar a mi palabra y seguro que está esperando una respuesta por nuestra parte, no quisiera ser el motivo de que la pobre no pegue ojo esta noche.

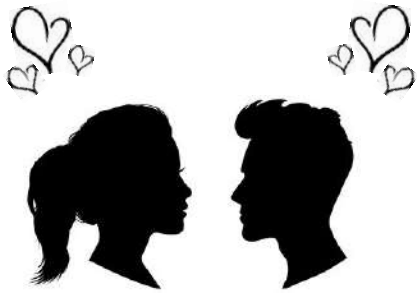
—Está bien, veamos lo que nos ha preparado, solo espero que no sea algo ostentoso que incluya muchos dorados… —Una carcajada brotó de su garganta, me gustaba oírla reír.

Me moví un poco para introducir la contraseña en el portátil y entrar en el *mail*. Ahí estaba, en la carpeta de recibidos, su nombre en negrita. Mi corazón dio un brinco que no me permití saborear.

—¿Lista, *milady*? —bromeé.

—Dale un doble clic.

Capítulo 9



«¡Sí!», exclamé, saltando sobre el sofá a lo *Kung Fu Panda* y sin lastimarme ni una costilla.

Akon y Ash me miraron como lechuzas sin comprender mi repentino entusiasmo.

Los tres estábamos en pijama, llevábamos todo el puñetero día elaborando lo que denominamos «la no boda perfecta», una que a los ojos de *lady* Camille encajara con lo que siempre quiso —pero nunca supo—, y que ensamblara a la perfección con los gustos elitistas del señor Hill para que no cantara como una almeja.

No había una maldita foto o un *post* subido en el perfil de IG de la futura «no novia» que pasáramos por alto.

Debatimos muchísimo el estilo nupcial perfecto; para ello, analizamos todas las tipologías de la boda con minuciosidad: la clásica, la romántica, la *vintage*, la campestre, *shabby chic*, *boho chic*, la urbana, la industrial, la temática y la ecléctica.

Había sido un atracón tan bestia de tartas glaseadas y pétalos de rosa que me temía que mis poros colapsaran y sacaran granos de arroz.

Con todo lo que habíamos aprendido en los últimos días y la experiencia que íbamos a sacar, no descartábamos ampliar la empresa y tener nuestro propio departamento dedicado a enlaces para la *jet set*.

—¿Qué pasa? —preguntó Akon, apartando la nariz del móvil.

—¡Pues que hemos hecho pleno! ¡No han puesto una maldita pega a lo que les mandamos!

—¿A nada? —pestañeó sorprendida Ashley.

—A nada —aseveré orgullosa con un puño en el pecho.

—Sabía que no me equivocaba con el *shabby chic*. —Sonrió Akon con suficiencia.

—Pero ¡si ese estilo lo determiné yo! —Ashley arrugó la nariz—. Tú optabas por la boda clásica…

—Porque al final quien paga la boda es papá Hill, pero estaba claro clarinete que el de ellos era el *shabby chic*. Les pega lo de mezclar elementos clásicos con modernos, lo sofisticado con lo desgastado, en un ambiente romántico de tonos suaves —proclamó Ak, modulando el tono de voz hacia uno afeminado y pasteloso.

—¡Estás robándome las palabras! —exclamó Ash, poniéndose en pie.

—Mientras no te robe las bragas para llenarlas de requesón como pretende Phil-adelphia… —Ella abrió mucho la boca. Madre mía, Ak estaba entrando en aguas pantanosas mentando al camarero de la Torre Hill.

—¿Y tú qué sabrás lo que quiere hacer Phil con mis bragas? No todos los tíos son como tú.

—Te aseguro que sí; todos son como yo, por lo menos, en la mente. Este exterior no está al alcance de muchos —se carcajeó jocoso. Ashley lanzó un bufido—. Es cierto, no está mal regalarse los oídos a uno mismo con sus virtudes en lugar de arrojar cubos de mierda.

—El problema está cuando te pasas de ofrendas —se quejó mi amiga.

—Di lo que te dé la gana, pero el señor *tesirvoloquequieras* quiere tu ropa interior para convertirla en un lugar cálido y húmedo en el que descargar.

—¡Cerdo! —exclamó Ashley, arrojándole un cojín.

—Chicos… —murmuré, intentando reestablecer la paz en nuestro pequeño universo—. ¿Podemos centrarnos en la «no boda» y no en la futura cita de Ash?

Me divirtió ver cómo una pregunta tan inocente ponía a Akon en guardia.

—¿Cita? ¿Has quedado con el adicto a las bragas usadas? —Ashley desvió una fracción de segundo los ojos hacia mí, y yo alcé una ceja.

—¡Sí! ¿Qué pasa? Además, no sabes si le gustan las bragas. A ver si vas a ser tú el único que pueda quedar con azafatas obscenas.

—Tú también podrías haber quedado con Mandy; me dijo que eras muy mona, para mí que le van las dos cosas…

—¡Me da igual lo que fuera la puñetera pelirroja! Para tu información, Phil era muy… servicial, y su langosta estaba muy buena —comentó mi amiga sin titubeos. Casi me froté las manos al ver la vena del cuello de Akon a punto de estallar.

—Tú no le has comido la langosta a Phil ni en sus mejores sueños...

No dijo en los de ella, sino en los de él... Me estaba mordiendo las ganas de reír. ¿Cómo era posible que no se enteraran de lo pillados que estaban el uno por el otro?

—Pues, para tu información, pienso comérsela… —Se cruzó de brazos como si su metro sesenta pudiera fulminar los treinta centímetros de diferencia que los distanciaban.

—Pues vigila sus condiciones higiénicas, no hay nada peor que una intoxicación por marisco en mal estado.

Era muy divertido verlos discutir, pero si no ponía fin, nos iban a dar las tantas.

—Dejando al margen el apasionante mundo de los crustáceos, ¿podemos ponernos ya con la «no boda»? Tengo que saber cuál es el primer paso y necesito ir más que preparada.

Los dos se miraron con recelo y terminaron encajando sus ojos sobre los míos. El primero en ceder fue Ak.

—A ver, ya que tenemos poca información sobre él, podrías sugerirle un almuerzo informal, para romper el hielo y analizar en profundidad las propuestas que les hemos hecho. ¿Te han puesto los móviles como les pedimos?

—Sí —admití, notando un calorcillo extra al imaginar su voz al otro lado de la línea.

—Pues queda con él.

—Es tarde para llamar a alguien, y los podría interrumpir…

Había sido soltarlo y percibir que el calor ascendía con un regusto amargo a mis mejillas.

—Y eso es lo que queremos, ¡que no la folle a ella, sino a ti! —prosiguió mi amigo.

—¡A mí no me va a follar! —exclamé ahogada. Mi imaginación se encargó de desnudarnos y llenarnos de gemidos. ¡Mierda!

—Bueno, pues que lo desee por lo menos —acotó Ak—, aunque un polvete no te iría nada mal para desestresar.

—¿Puedes dejar de pensar en algo que no implique sexo? —arremetió Ashley, que se había mantenido callada hasta entonces. La conocía lo suficientemente bien como para saber que la irritación no se le iba a bajar con facilidad.

—¿Y tú? —contraatacó él. Ella resopló y se dirigió a mí con un «hoy es imposible hablar con él», y se largó a la cocina con paso firme.

—¿Y ahora qué bicho le ha picado? —rezongó Akon alzando las manos.

—¿A ella o a ti?

—¿A mí?

—Ak... —susurré.

—¡¿Qué?! —proclamó más alterado que de costumbre.

—¿Cuándo ha pasado?

—¿El qué?

—¿Cuándo has pasado de verla como a una amiga a algo muy distinto?

Creo que era la primera vez que veía ponerse blanco a Akon (entiéndase la ironía).

—No sé de lo que hablas…

—Por supuesto que sí, y si me pides mi opinión, que te la voy a dar, aunque no lo hagas como siempre haces tú, ella está igual. —La revelación lo hizo mirarme con extrañeza.

—¿Te ha dicho que me ve de un modo distinto? —preguntó con prudencia.

—No hace falta, salta a la vista, tenéis más tensión acumulada que una central eléctrica. —Él sacudió la cabeza.

—¡Oh, venga ya, es Ashley! ¡Siempre nos picamos!

—No como ahora, nunca os había importado con quién se acuesta el otro, y ahora parecéis perros a quienes les han robado su pelota.

—Lo que tú digas —resopló—. Voy a beber un poco de agua, tengo la garganta seca de decir estupideces. Y tú harías bien en llamar a míster braguetazo.

No forcé más la máquina, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ante lo evidente, así que no podía hacer otra cosa que dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Miré el móvil. Nave nodriza apareció en la pantalla con un «¿Qué tal por Santa Mónica?» que me hizo poner los ojos en blanco; lo que menos necesitaba ahora era hablar con mi madre, ya respondería después. Grabé el número de Camille y después fui a por el de Jayden.

Con los nueve dígitos sobre la pantalla pulsé «Agregar contacto». Solía poner motes en mi agenda telefónica, otra de mis muchas manías: Akon era AA Silvestre, Ash, AA Piolín, y mi padre, el Creador. ¿Eso me elevaba a la categoría de diosa? Lo dudaba. Ya había escogido el de Jayden, King era de lo más evidente, así que opté por «Tsunami». Era tan él, llegar y arrasar con todo hasta que no quedara nada.

—Tsunami… —murmuró Akon, oteando por encima de mi hombro, había sido tan sigiloso que no lo escuché.

—¿Le has puesto Tsunami a Jayden? —preguntó Ash, acomodándose a mi lado. Los dos parecían más calmados, les había hecho bien el vaso de agua para rebajar los humos.

—¿No os gusta? —pregunté.

—Bueno, yo creía que le ibas a poner algo rollo «No sin tus dólares» —bromeó Akon.

—O Desplumador —terció Ash.

—Puedo cambiarlo si no lo veis bien —sugerí molesta.

—Es tu agenda y Tsunami también le va —admitió Ashley con una sonrisa templada.

—¿Lo has llamado? —quiso saber Ak.

—Mejor le mando un wasap.

—Tú verás, eres la experta en cazar a cazafortunas. ¿Acompañarás el mensaje con un primer plano de tus tetas? No paró de mirártelas en la reunión… —Mi amigo hizo un gesto obsceno con las manos mientras agitaba las cejas.

—No me miraba las tetas, sino los ojos. No se separó de los míos. —Mis amigos se miraron de soslayo y estallaron en risas—. ¿Y ahora qué pasa? —me sentía perdida.

—Que eso ya lo sabemos —musitó Ashley—, no dejaste de mirarle a los ojos, ni él tampoco.

—Y no hay nada más peligroso que un hombre que prefiere enfrentar tu mirada a tus tetas —se sumó Ak.

—Hoy estáis inaguantables. —Esa vez fui yo la que se levantó cansada de sus bromitas de mierda.

—¿Adónde vas? —cuestionó mi amiga, preocupada—. No te habrás enfadado, ¿verdad?

—Sois muy cansinos, pero no, no me he enfadado; solo estoy cansada y necesito privacidad para enviarle una fototetas... —Akon se carcajeó.

—¡Esa es nuestra chica!

—Que descanses, Crash —me deseó Ashley.

—Que sueñes con los *pollangelitos* y te penetren sueños muy profundos…

Le hice una peineta a Ak y me fui directa a la cama. Era verdad que lo que más necesitaba era dormir, además de teclear las palabras adecuadas.

Tras varios intentos y muchos mensajes borrados, logré un:

Cassey

Disculpe las horas, sr. King, pero acabo de leer el *mail* aceptando el estilo de boda propuesto para su enlace con la señorita Camille y me gustaría que pudiéramos almorzar

juntos, mañana, para cuadrar la agenda de los próximos días. El señor Hill me dijo que su hija era una mujer muy ocupada, comprendo su poca disponibilidad, y por ello no quiero interrumpirla con temas que podemos solucionar nosotros. Entiendo y respeto la importancia del trabajo de su futura mujer, y la admiro por ello. ¿Podríamos comer juntos? Por supuesto que será donde usted decida.
Saludos, Cassey.

Le di a enviar. Cuando volví a leerlo, pensé que era un mensaje absurdo, rimbombante y que quizá se me veía demasiado el plumero. Podría darle a eliminar; no obstante, cuando alguien te hacía eso a ti, te daba por pensar que el emisor ocultaba algo y no quería que desconfiara.

Mientras me debatía entre si borrarlo o no, apareció Tsunami en línea, lo cual eliminó de un plumazo todo el mar de dudas que hacía naufragar a mis neuronas, sobre todo, cuando apareció el doble *check* azul y cambió su estado a grabando audio.

¿Grabando audio? ¿En serio? Llevaba todo el puto día reproduciendo una y otra vez sus respuestas en mi cerebro por el simple placer de escuchar aquel tono de voz, y ahora me grababa un audio…

Tsunami



Un ligero temblor recorrió la yema de mi dedo cuando le di a reproducir y escuché...

La voz de *lady* Camille.

«¿Y qué esperabas? ¿Qué fuera él quien te susurrara al oído? Necia».

—Buenas noches, Cassey, ya te dije que nos tutearas, por favor, no seas tan formal. Mi padre tiene razón: estos días van a ser de locos en el hospital y apenas tengo un respiro, así que me parece una idea maravillosa lo de almorzar y que cuadres la agenda con Jay. Ha sido muy amable de tu parte no querer molestarme. ¿Te parece si quedáis en el Fig a las 12? Está en el 101 Wilshire Boulevard, en Santa Mónica. Respecto a lo de la agenda, ya

me acoplaré a lo que pueda. Estoy muy contenta de que seas tú quien nos organices la boda, de verdad. *Bye, bye*.

Cassey

Sin problema, gracias por una respuesta tan rápida. Buenas noches, que descanséis.

¿Era decepción lo que hormigueaba en la boca de mi estómago al no escuchar el timbre que esperaba? ¿O emoción contenida porque sabía que comería con él mañana?

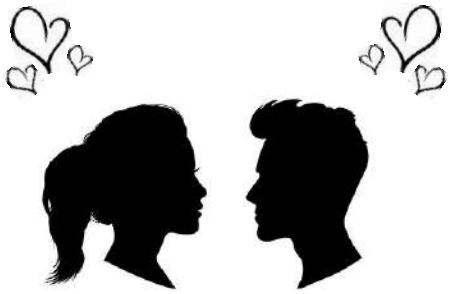
Con seguridad era hambre, porque ahora que lo pensaba, me había saltado hasta la cena con mis ansias de llegar a la cama.

Respondí a Nave nodriza con un escueto «Todo ok» y un pulgar hacia arriba. No hacía falta dar más explicaciones.

Conecté el móvil en el cargador y lo silencié. Supongo que por eso no eché cuentas al mensaje entrante que llegó minutos después; si lo hubiera hecho, me habría pasado otra noche en vela debido al:

Deseando comer contigo mañana, Cassey, dulces narcisos .

Capítulo 10



Me había despertado hecha unos zorros o, más bien, una rana. Con los ojos tan hinchados que parecían dos huevos duros, creo que si me apretabas la barriga, podían salir proyectados hacia delante.

¡Qué mal! Me di cuenta al intentar ver la hora de que algo no iba bien, solo pude ver una pequeña porción, como si estuviera espiando a través de una rendija. Aun así, vislumbré que tenía un mensaje de WhatsApp sin responder, pensaba que era de Nave nodriza llamando a Tierra después de mi escueta respuesta, pero no, me equivocaba.

Lo abrí cuando fui a ponerme en pie y, al ver de quién se trataba y lo que el mensaje contenía, pisé la sábana de raso y casi me desnuco contra el poste de la cama.

Menos mal que solo lo rocé. Al parecer, anoche, el pretencioso de Jayden King tuvo a bien desearme dulces narcisos, ¡narcisos!

Estaba muy enfadada, tan enfadada que no podía dejar de sonreír como una idiota. Sería un efecto secundario de lo mismo que me había causado los ojos de sapo.

Decidí darme una ducha de agua fría, a ver si así se me pasaba. Envuelta en el albornoz y con el pelo húmedo, bajé a la cocina. En cuanto Ashley me vio, soltó un exabrupto.

—¡¿Qué te ha pasado en los ojos?!

—Eso me gustaría saber a mí… —respondí con un resoplido.

—¿Ayer no te desmaquillaste?

—Caí rendida después de hablar con *lady* Camille.

—Tus ojos parecen pelotas de *ping-pong*. Creo que el delineador o la máscara de pestañas te ha dado alergia. Cuando salgamos, iré a comprártelos de otra marca, que sean hipoalergénicos y *cruelty free.*

—Mientras no me dejen ojos de rana, compra lo que quieras; eso sí, necesito darle solución a esto o Jayden me confundirá con Pascal, el camaleón de Rapunzel.

—Tampoco es una mala compañía, ese bicho tenía una lengua muy larga, puede que a Jayden le parezca seductora tu nueva caída de párpados —comentó jocoso Akon.

No lo había visto, lo que no era de extrañar con mi falta de visión periférica. Estaba en un rincón leyendo el *Washington Post.*

—Tranquila, esto lo soluciono yo. Ak, pon un par de bolsitas de manzanilla en un vaso de agua hirviendo…

—¿Quieres infusionarle la mirada?

—A ti voy yo a infusionarte otra cosa. Quiero que cierres la bocaza y ayudes. Y, de paso, prepáranos el desayuno, que para eso eres el chef.

—A sus órdenes, mi generala. Me encanta cuando amenazas con hervirme las gónadas —comentó doblando el periódico y poniéndose en pie. Pasó por mi lado y me deseó los buenos días besándome el pelo. Por fortuna, a Ashley no pareció molestarle su comentario y salió disparada hacia el cajón de los cubiertos—. Tranquila, Piolín sabe lo que se hace, aunque sean cosas raras.

—Mientras no pretenda sacarme los ojos de las cuencas con esas cucharas y sustituirlos por bolsas de té… —Akon rio por lo bajo, y yo esperé a que mi amiga tuviera una solución para mi nueva mirada o tendría que ir con gafas de sol.

Después de cuarenta minutos de tratamiento que incluyó cucharillas de café heladas, bolsitas de té en los ojos y rodajas de pepino de la huerta, volví a ser la que era.

Menos mal que estaba Ashley o la primera cita de Jayden la habría tenido con la rana Gustavo.

—¿A qué hora dices que tienes que estar en el FIG? —preguntó Ash.

—A las doce.

—Pero ¡si son las diez! —exclamó atragantada—. Vamos muy justas de tiempo...

—Cas es preciosa y el rey de los narcisos parece abierto a su seducción incluso sin *fototetas*, así que tampoco es necesario que la superproduzcas —musitó Ak.

—¿Y tú qué sabrás? ¡Eres un tío!

—Pues precisamente; como soy uno, sé lo que nos gusta y eso es que no haya demasiado para quitar… —Ashley me cogió de las muñecas y enfocó sus ojos en los míos, estoy segura de que si hubiera tenido mi estatura, ahora estaría apoyando su frente contra la mía.

—Olvídate de él y vayámonos.

Fue lo único que comentó antes de arrastrarme con ella a la habitación.

Tardamos una maldita eternidad. Empezando por la hidratación exhaustiva para que mi piel pareciera una puta gominola, el peinado seductor y el maquillaje sutil, con un buen *rouge* de labios y antialérgico, Ash me prestó sus productos de belleza.

Para la comida, mi amiga escogió un vestido rojo, satinado, de cuello con solapa y una lazada lateral en la cintura que proclamaba un «Hola, soy tu regalo de Navidad, desenvuélveme», o eso dijo Ash.

Ak dio un silbido cuando me vio aparecer.

—¿Llevas condones? Los vas a necesitar… —Reí meneando la cabeza.

—Ya te dije que no pensaba llegar a tanto, a lo sumo, besos y magreos que podáis fotografiar. ¿Nos vamos?

—Sí, pero antes ponte esto. —Abrió la mano y reconocí uno de los pinganillos que usábamos con los tentadores para controlar las conversaciones.

Yo solía estar en un coche dándoles instrucciones, en ese caso, era absurdo porque yo dirigiría la seducción. Ashley me colocó un broche-cámara sobre el corazón, con él conseguiríamos analizar la expresión corporal de Jayden, revisar después la charla y sacar más información.

—No creo que el pinganillo sea necesario, sé lo que tengo que decir… Soy la cabeza pensante, ¿recordáis?

—No está de más —insistió él—. Venga, vamos, quizá no debería decirte esto, pero ese lazo grita desátame…

—El que decía que Cassey no necesitaba sobreproducirse —protestó Ash, cruzándose de brazos.

—Mis disculpas, Piolín —dijo, acercándose a ella—, hay veces que tienes razón —acordó, dándole un repaso que le encendió las mejillas. Ash también estaba muy guapa y Ak parecía haberlo notado.

—¡Larguémonos, que al final sí que no llego! —exclamé, colocando el dispositivo en mi oreja.



El FIG estaba en el Fairmont Miramar, era un bistró de barrio comprometido con la cocina fresca y de temporada. Aun teniendo la casa allí, era la primera vez que iba a comer en él, y además estaba bastante nerviosa.

Al cruzar la puerta oteé a un lado y a otro en busca de Jayden.

Lo vi en la barra, apoyado con una actitud desenfadada y esa sonrisa ladeada que hacía emerger sus hoyuelos. Charlaba animadamente con el camarero, quien daba la impresión de conocerlo bien.

No me perdí el detalle de que en una mano llevaba un ramo de flores y eso provocó que el pulso se me acelerara sin compasión. Esperaba que los fuertes latidos que me sacudían no causaran interferencias.

«Es un profesional, Cas, no te olvides».

—Mmm, pero ¡qué culo, joder!, ¡está que cruje! —espetó Ashley al otro lado del pinganillo.

Mis amigos habían aparcado en el único hueco disponible a un par de manzanas. No podrían verme si no fuera por el maldito *brochespía*.

—¿Quieres hacer el favor de callar? —respondí en modo ventrílocuo—. Si no vas a aportar nada importante, es mejor que mantengas el piquito

cerrado, o me vas a despistar.

—Es que ese culo es muy imponente y dudo que sea yo quien te despiste.

—¡Shhh!

Mi petición de silencio no fue nada disimulada, lo que llamó la atención del hombre que me esperaba. Se giró de inmediato, y cuando sus ojos me repasaron en una lamida lenta, supe que tenía más problemas de los que deseaba reconocer.

¡Ningún tío debería tener ese aspecto de recién follado y deseoso de más!

No estaba segura de si era su cara, su pelo o la manera en que aquella camiseta blanca se ajustaba sobre su torso. Lo que sí sabía era que Jayden King despertaba necesidades y pensamientos lujuriosos que no deberían estar ahí.

—Hola —lo saludé, obligándome a deshacer la distancia entre nosotros para extender la mano y dejarme envolver por la suya. La tomó con calidez y me dio un apretón suave que nada tenía que ver con el que recibí del señor Hill hacía un par de días.

—Hola —susurró, acercando su boca a mi mejilla en un movimiento inesperado que lo llevó a depositar un beso lento. No estaba preparada para percibir todo el contorno de su boca en contacto con mi piel. No estaba preparada para aquel cazafortunas.

—¡Esto marcha! —gritó Ash tan fuerte que tuve miedo de que Jayden lo escuchara. Carraspeé con disimulo y me separé.

Él se quedó de pie contemplándome sin pudor y, por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de pérdida de control.

—Pregúntale si las flores son para ti —sugirió Akon.

—¿Son para mí? —reproduje como una autómata.

—Em, no, para mi abuela, después de comer contigo voy al cementerio, a visitar su tumba, le he pillado las flores a mi vecino del jardín, no creo que se dé cuenta...

Mis mejillas ardieron y maldije a Ak en mis adentros. No se me ocurría una respuesta ingeniosa para darle, así que fui a por un socorrido «Lo siento por tu abuela».

—¡Es broma! —rio él—. Madre mía, perdona, pensaba que lo pillarías… Al ver tu expresión, he visto que no, acepta mis disculpas y las flores, que por supuesto que son para ti. —Todavía tenía más calor si es que era posible; por suerte, el vestido era rojo y podía disimular diciéndole que se trataba del reflejo—. Espero que te gusten, las he comprado en una floristería cerca de aquí, a mi vecino no le salen los narcisos envueltos con celofán del jardín. —Me guiñó el ojo.

—Me puto meo, este tío es un *crack* —se carcajeó Akon mientras yo tenía ganas de salir fuera, estrangular a mi amigo y convertir su garganta en un improvisado florero.

—Perdona, todavía sufro *jet lag.*

—No pasa nada. ¿Tienes hambre? Este es uno de mis lugares favoritos de la ciudad.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —Eso era interesante, podíamos sacar info de ahí.

—Cuando me lo puedo permitir, soy de economía ajustada, ¿recuerdas? —admitió sin un ápice de pudor.

—Em, sí, no pretendía incomodarte.

—No me incomodas, llegar justo a final de mes no es nada de lo que uno deba avergonzarse.

—¡Bien por él! —exclamó Ak, empatizando al segundo. La verdad es que Jayden no era un cazafortunas al uso, y eso me tenía despistada.

—¿Sabes que la mayoría de los productos que cocinan en este sitio proceden de agricultores locales y de recolectores especializados? Me gusta pensar que de alguna manera contribuyo a que esa gente tenga una vida mejor mientras me lleno el estómago; a Cam también le encanta.

—Madre mía, culo prieto tiene conciencia social, me derrito —suspiró Ash. ¡Mierda, yo también me derretía! «No, no, no, es un truco, solo me dice lo que quiero oír, se trata de eso: sabe captar la esencia de las personas, es muy bueno. Jodidamente bueno y peligroso. No podía bajar la guardia».

—¿Nos sentamos? —me invitó.

—Sí, estaría bien comer en una mesa. —Él sonrió.

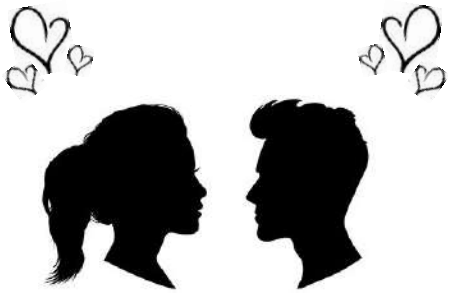
—Camille nos ha reservado el cobertizo para macetas.

—¿Esa es otra de tus bromas?

—No, no… —Él me dedicó una sonrisa de las que te funden los plomos —. Lo entenderás en cuanto lo veas, es el nombre que le han dado al espacio.

Se despidió del camarero, me tomó del codo un instante y nos dirigió hacia el *maître*, conduciéndonos a un rincón privado donde estar a solas.

Capítulo 11



Parpadeé varias veces incrédula al ver el bonito lugar al que me había llevado. No era nada pretencioso, como esperaba, y el nombre cobraba todo el sentido del mundo, tal y como me advirtió Jayden.

Innumerables macetas pendían del techo sosteniendo diversas plantas muy frondosas, con distintos matices de verde, que estaban muy bien cuidadas. Las habían integrado de tal forma que no desentonaban con el entorno, al contrario, se mimetizaban con las paredes de madera y las luces colgantes.

—*Wow!* —fue lo único que me salió, contemplando maravillada el espacio.

—Yo dije lo mismo la primera vez que vine a este sitio —me sonrió, apartando la silla para que me sentara.

—Gracias. —Mi madre decía que quedaban pocos hombres que hicieran gestos como aquel, yo nunca necesité que nadie lo hiciera por mí, y ahora que Jayden había tenido aquella pequeña atención, me sentía extraña, porque lo asociaba a protección y no estaba segura de si me gustaba o no.

—¿Se las pongo en agua? —ofreció el *maître*, mirando mi ramo—. Aquí nos preocupamos por las plantas y las flores. —Señaló alrededor.

—Sí, por favor.

El vello de la nuca se me erizó al percibir la presencia del señor King demasiado cerca de mi oreja.

—En la naturaleza, nada es perfecto y todo es perfecto. Los árboles se pueden contorsionar, doblar de formas extrañas…, y siguen siendo

hermosos. —Contuve el aliento, el suyo me había rozado el lóbulo. Olía a hierbabuena—. No es mío, por si te lo preguntas, le pertenece a Alice Walker y en este bistr*ó* veneran esta reflexión.

—Se nota —admití con la respiración contenida.

Jayden no ocupó la silla que había justo a mi lado, sino que, como en la reunión del día anterior, se ubicó en la que quedaba frente a mí. Me resultó curioso, porque los seductores solían escoger los asientos de mayor proximidad, así podían rozarse con la víctima; claro que yo no era su víctima, sino *lady* Camille.

—¿En qué piensas? ¿Estás identificándome con otra flor? —Me había abstraído demasiado y eso no estaba bien.

—No, estaba pensando en que tengo mucho que hacer y sé muy poco de ti. Con tu prometida me ha resultado bastante fácil, está su padre, las redes sociales… Pero de ti… No he encontrado nada para poder guiarme y necesito cierta información para poder crear la boda ideal para ambos.

—Conmigo no tienes que esforzarte. Lo que ves es lo que hay. Soy un hombre de gustos sencillos, no me gustan las complicaciones. Además, todo esto es cosa del señor Hill; mientras los contentes a él y a Cam, por mí estará bien.

Sin lugar a dudas, era listo, quería camuflarse igual que los bichos palo entre el follaje, pero no lo iba a dejar.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el hospital. Suelo pasar bastante tiempo allí como voluntario, y Cam es jefa de Pediatría, así que…

—Ya. ¿Hace mucho que salís?

—¿Eso importa para organizar la boda?

—No, es simple curiosidad…

—Hace mucho que nos conocemos, años; conectar con Camille es fácil. Es una mujer maravillosa con una sensibilidad especial, no hay muchas como ella.

—Parece que lo tiene todo, porque además tiene fortuna y es preciosa. —Jayden se encogió de hombros.

—Ella nunca le ha dado importancia al dinero. —«No, para eso ya estás tú». Me mordí la lengua—. Y por supuesto que es preciosa, igual que tú.

«Que no se me desencaje la mandíbula y babee, por favor. ¡Gracias!».

El *maître* regresó con mis flores en un jarrón y un par de cartas para que eligiéramos la comida. Necesitaba llevarlo a mi terreno, y cuanto antes lo hiciera, mejor.

—Eh, Crash, deja de sentarlo en el banquillo de los acusados e intentar que confiese y calienta motores; pon el foco donde debes, ahora que ha mostrado algo de interés.

Ese era Ak, tenía razón, me estaba desviando hacia donde no debía y tenía que reconducir. Mis ojos estaban puestos sobre su figura, no estaba tenso; al contrario, se le veía relajado, despeinado y…

Mi entrepierna empezaba a hacer luces.

—¿Ves algo que te guste?

La pregunta me pilló desprevenida, sobre todo, teniendo en cuenta que, hasta hace unos segundos, su nariz se hundía en la carta y ahora su mirada surfeaba mis ojos, y yo ni siquiera había hecho el amago de echar una ojeada al menú.

«¿Una boca que pide a gritos ser mordida y un par de hoyuelos tentadores?», cuestionó mi voz interior, que se parecía demasiado a la de Ashley. Venga, hasta *luegui*, corto y cierro la conexión.

Si quería seducirlo, tenía que seguirle el juego, así que lamí mi labio inferior con disimulo y apoyé la barbilla sobre las manos.

—Puede… —respondí sin apartar el foco.

Él bajó la carta del todo y empujó las comisuras de los labios hacia arriba.

—¿En serio? Si ni siquiera has mirado la carta…

—No necesito mirarla para saber que en este restaurante seguro que hay algo que me gusta.

Jayden podía leer perfectamente entre líneas si le daba la gana. De hecho, creo que lo hizo por la forma en que se puso a acariciarse la mandíbula, que, por cierto, también era muy bonita.

—No tienes pinta de *wedding planner* —soltó a bocajarro.

La palabra alerta se formuló en mi cerebro y, aun así, conseguí mantener el control.

—¿Y de qué tengo pinta según tú?

—De guardiana de las puertas del infierno. —Intenté reír de la forma más sensual que fui capaz.

—Se me dan bien los fuegos y mantener a raya los demonios… —Él secundó mi risa—. Y aunque creo que se me daría bien esa profesión, lamento decirte que me dedico a organizar bodas.

—¿Y por qué lo lamentas?

—Porque lo de guardiana del infierno sonaba de lo más interesante… —sugerí, acariciando la solapa del vestido para ver si desviaba la vista hacia mi escote. No lo hizo, la mantuvo en la mía en un pulso de voluntades que por un instante temí perder—. ¿Te gustan los juegos?

—¿A qué te refieres?

—No sé, desde ayer no puedo quitarme un pensamiento de la cabeza.

—¿Cuál?

—Que somos dos personas inusuales, curiosas, nada fáciles de conocer, así que quizá podamos hacerlo de otro modo más divertido —insinué—, al fin y al cabo, para eso es esta comida, para que conectemos y planifiquemos; para que, además de contentar a Camille y a su padre… —Hice otra pausa y volví a pasar la lengua por mi labio—, también te contente a ti.

—Me parece interesante… ¿Qué propones?

—Elige mi comida y yo haré lo mismo con la tuya, veremos qué capacidad de acierto tenemos sin conocernos…

—Vaya, eso es muy arriesgado, ¿y si eres vegana o alérgica a algo?

—Mientras la comida no lleve máscara de pestañas Ultra Curl de MYCAT, puedes estar tranquilo.

Él frunció el ceño y sonrió. Escuché una risita al otro lado del pinganillo; por lo menos, mis amigos se mantenían silenciosos, lo que me daba posibilidades de pensar.

—Vale, acepto. ¿Alguna preferencia o petición especial además de que no incluya máscara de pestañas?

Esa vez fui yo la que le ofrecí una sonrisa porque tenía la respuesta perfecta.

—Quiero sentir un orgasmo culinario…

—¡*Mecagoenlaputa*, Crash! ¡Acabas de ponérmela como el cemento armado! ¡Cuidado con el tablero de la mesa, no vaya a salir disparado hacia tu *jeto* y cambiemos rana por *caraplastada*!

No sé cómo pude contener la carcajada al escuchar a Akon, pero logré morderme la risa al ver el grado de dilatación que alcanzaban las pupilas de mi compañero de mesa. Los ojos se le habían oscurecido mucho.

—Soy especialista en cumplir deseos, así que… marchando un buen orgasmo… —aceptó abriendo la carta de nuevo.

¡Menuda locura! Lo peor de todo es que me encantaba, Jayden no era un cazafortunas al uso, tenía que estar muy atenta a cualquiera de sus comentarios y me gustaba su agudeza mental además de su físico, claro.

Yo también abrí la mía y supe al instante qué plato elegiría...

Varios minutos después, aparecieron sobre la mesa un par de entrantes de lo más sugerentes: al señor King le trajeron ostras de mercado con tres salsas: *mignonette*, cóctel de habanero, picante de higos y limón. Y a mí, albóndigas de cerdo estilo «Nonna» con tomate *pomodoro*, *mozzarella* ahumada y espárragos verdes al *grill*.

—Dime que he acertado… —murmuré divertida al verlo dudar sobre qué tirarle al crustáceo por encima. Él me ofreció una sonrisita infantil.

—Voy a quedar muy mal, pero por mucho que digan que las ostras son afrodisíacas o que a los tíos nos gustan porque nos recuerdan a cierta parte de la anatomía femenina…, yo me decanto más por las pelotas de cerdo. —Señaló mi plato. Solté una carcajada y me pareció tierno que escogiera lo que más le gustaba para darme mi orgasmo.

—¿Me has pedido tu entrante favorito?

—Dicen que de lo que se come se cría… —bromeó.

—Entonces, ¡cámbiame el plato! No vaya a salir del restaurante con unos extras que no he pedido —exclamé, echando mano al suyo.

Jayden me detuvo, colocó la mano sobre la mía y el contacto me estremeció por entero.

—¿Y si mezclamos? ¿Te importa compartir?

—¿Y a ti? —la pregunta me nació sola. No había apartado la palma y su calor me estaba provocando sudores por todos lados.

—Me gusta mucho compartir; de hecho, suelen decir que soy muy generoso… —terminó con la voz un pelín tomada.

«¡Esto marcha!», gritó mi interior, aunque no sabía en qué dirección.

Vale, la salsa de higos picaba un huevo, aunque dejaba un regustillo dulce que me chiflaba, y las albóndigas me hacían gemir. Menos mal que estábamos a solas o me habría muerto de la vergüenza.

—¿Has tenido el orgasmo que deseabas?

—Digamos que los preliminares se te han dado de maravilla…

—Eh, Crash, ¿has visto cómo de ancha tiene la lengua? Quizá esas ostras no le gusten, pero dudo mucho de que no se encandile rebañándote la tuya.

—¡Cerdo! —proclamé sin poder evitarlo.

—¡No me insultes en voz alta! —se alarmó Akon. Tuve ganas de darme un cabezazo contra la mesa.

—¿Te he ofendido?

—¿Cómo? —pregunté como si la cosa no fuera conmigo.

—Me has llamado cerdo.

—¿En serio? Perdona, tengo un síndrome de Tourette leve y a veces me da por insultar sin sentido.

—¿No jodas?

—Esa ha sido muy buena, Cas, salvada por el taco… —me felicitó Ak.

—¡Gilipollas! ¿Ves? —pregunté con cara inocente mirando a Jayden.

—Pues no lo hubiera imaginado nunca, la verdad, no había conocido a nadie con tu problema, debe ser difícil con tu trabajo… ¿Algún cura ha intentado practicarte un exorcismo?

La pregunta me hizo reírme a carcajadas.

—No, pero a mi madre seguramente.

—¿También sufre de Tourette?

—No, pero a veces le da vueltas la cabeza… ¿Tú vives solo o con tus padres?

—Solo. Tengo un piso bastante modesto y funcional al lado del hospital, Camille se queda a dormir algunas noches. —«Como ayer», pensé. Seguro que por eso tenía hoy esa pinta de recién follado y mis feromonas estaban por las nubes.

—¿Y hace mucho que vives ahí?

—Me mudé hará cosa de cuatro años. Cuando los del banco se apropiaron de la casa y logré reunir suficiente dinero para pagar un alquiler. Pasé por una mala racha tras el fallecimiento de mi madre, tuve que hacerme cargo de muchas facturas; en fin, no te quiero agobiar con mis penas.

—Lo siento, tuvo que ser duro. ¿Y tu padre?

—Murió cuando era pequeño. A ver, no fue una experiencia agradable, para qué voy a mentirte, pero hay cosas peores que perder una casa; al fin y al cabo, solo se trata de algo material. Si quieres ver lo que de verdad importa, tendrías que venir un día al hospital, todo el mundo debería hacerlo, no hay nada más revelador que enfrentarte a la muerte a través de la inocencia de un niño. —La porción de carne que debía llevarme a los labios se quedó suspendida en el tenedor. Casi pude palpar su dolor, las comisuras de sus ojos se arrugaron y el Jayden juguetón desapareció—. Perdona, a veces me pongo un pelín intenso…

—No, está bien, este tipo de cosas hacen a los hombres como tú más tangibles.

—¿Hombres como yo? —Puse los ojos en blanco.

—No me hagas hablar de tu físico…

Me lo concedió y comimos unos minutos en silencio hasta vaciar los platos.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Vives sola? ¿Con tu chico? —se aventuró.

—Con mi madre…

—¿La de los exorcismos? —Asentí—. Nunca lo hubiera dicho, no sé, pareces de esas personas que tienen muy claro lo que quieren y van a por ello.

—¿Y eso me incapacita para vivir con mi madre? —Jayden volvió a reír.

—No, por Dios, no quería decir eso. Es... No sé, te imaginaba en un bonito piso con vistas a la ciudad.

—Bueno, si lo cambias por Bahía Vizcaína, compro, prefiero el mar a los edificios… Y algún día lo tendré. Por ahora, invertí todo mi capital en una empresa que requiere todo mi tiempo y esfuerzo.

—Yo también quiero un piso así, sobre todo, después de ver el culo peludo del tío del edificio de enfrente cuando estoy tomando el café en la cocina. La ventana de su baño da a mi salón y no parece importarle mucho quien lo mire.

—¡Puaj! —arrugué la nariz.

—Entonces, ¿no hay nadie en tu vida? Además de tu madre…

—No me llevo muy bien con el amor…

—Quién lo diría, ¿una organizadora de bodas que huye del amor?

—No es que huya, creo que es algo contraproducente en mi vida. No necesito fumar para saber que el tabaco produce cáncer de pulmón. El mío es un trabajo que se me da bien.

—¿Y el amor no?

—No.

—Tal vez es que no has dado con la persona adecuada…

—¡Esto marcha! —exclamó Ashley.

—Tal vez no haya dado con alguien capaz de hacerme cambiar de opinión… —admití, arrojándole el anzuelo. Esperaba que lo que vi centellear en sus ojos después de ello fuera que había picado.

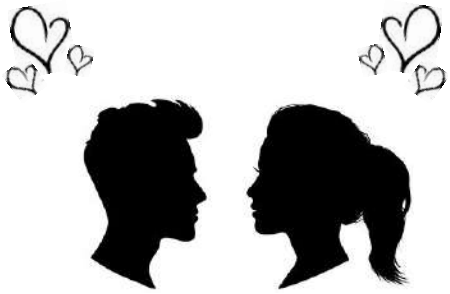
Volví a casa con miles de mariposas revoloteando en mi tripa, además de otro de sus besos en la mejilla calentándome la piel.

La comida había ido mucho mejor de lo que esperaba: Jayden se mostró receptivo, desenvuelto y terminó charlando conmigo como si fuéramos casi amigos con ganas de algo más.

Habíamos quedado para vernos al día siguiente y escoger el lugar del enlace, además de probar algunos menús de degustación.

Con un poco de suerte, quizá pudiera degustar algo más que comida.

Capítulo 12



Jayden

¿Puede alguien cambiar tu vida con su aparición?

Estaba convencido de que sí, mis vivencias personales me habían llevado a esa conclusión hacía mucho tiempo, y la aparición de Cassey solo lo corroboraba.

A diferencia de ella, yo sí creía en el amor, sobre todo, porque lo había vivido y palpado en casa.

Mis padres se quisieron siempre, desde que se conocieron en la guardería e intercambiaron sus chupetes. Muchísimo, delante de mí, a escondidas, como un par de adolescentes que se buscaban con miradas encendidas, cargadas de deseo.

La muerte de mi padre fue el primer mazazo que me dio la vida, aunque no el último.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Tenía diez años y faltaba un mes para Navidad.

La mesa estaba puesta, mi madre canturreaba esperando que él regresara, con el delantal atado a su cintura, su pelo castaño recogido en un moño alto y el plato predilecto de mi padre cocinándose en el horno. El aroma a carne asada con patatas me hacía rugir las tripas, él siempre decía que debería haber estudiado cocina y ser una gran chef, ella sonreía y comentaba que los dos comensales que más le importaban estaban en su salón.

Yo me afanaba en terminar los deberes rápido, tumbado sobre la alfombra con un lápiz en la mano y la goma de borrar en la otra.

Me gustaba tenerlos terminados antes de que él llegara. En cuanto cruzaba la puerta, corría hacia sus brazos; mi padre, con gesto cariñoso, me alborotaba el pelo, se desprendía de sus zapatos, su chaqueta y me preguntaba cómo me había ido en el colegio. Me miraba con el pecho henchido de orgullo mientras yo parloteaba sin cesar, me tomaba por el hombro y juntos alcanzábamos la mesa, que ya solía estar puesta, para besar los labios de mi madre.

Me encantaba verlos besarse, mi corazón se aceleraba y me hacía pensar en que las pelis que a mi madre y a mí nos hacían suspirar no iban tan desencaminadas.

Cenábamos con la tele apagada. Mi padre creía que lo que de verdad importaba no se veía a través de una pantalla o de dispositivos electrónicos, sino en el interior de su casa.

En cada charla nos conocíamos un poco más, reíamos, soñábamos y hacíamos planes en familia; si era lo suficientemente importante, lo añadíamos a la colección de «sueños por cumplir», como ir a Disney o volar en avión.

El dinero no sobraba, pero tampoco importaba porque, como decía mi padre, éramos ricos en emociones. Él me enseñó a vivir la vida con la mente en el corazón, decía que lo único que importaba era actuar desde él, y mi madre lo adoraba por ello.

Mi momento favorito llegaba cuando, al terminar de cenar, me acompañaba al baño para cepillarme los dientes, nos tumbábamos en mi cama y leíamos el libro que mamá y yo hubiéramos rescatado de la biblioteca al salir del colegio. Leía hasta que la garganta se le secaba, con una dicción que a veces no era perfecta, pero que carecía de importancia gracias a su entusiasmo. No paraba hasta que mis párpados dejaban de sostenerse abiertos, solo entonces me acomodaba con cuidado, besaba mi frente, apagaba la luz y salía al encuentro del amor de su vida.

Aquella noche ninguna de sus rutinas se cumpliría.

Unas luces inusuales se colaron por la ventana del comedor, levanté la cabeza del cuaderno al verlas reflejadas en mis hojas.

Mi madre no las avistó, estaba en la cocina abriendo la puerta del horno para comprobar que la cena estaba en su punto.

El timbre sonó. Ella paró el electrodoméstico y me gritó un: «Jayden, ve recogiendo, que papá ya ha llegado».

No se extrañó de que sus llaves no giraran en la cerradura, a veces a mi padre se le olvidaban. Tiró de la puerta con una sonrisa en los labios, dispuesta a soltarle alguna gracia por lo olvidadizo que era en ocasiones. No llegó a hacerlo. No era él quien estaba al otro lado con gesto solemne, sino una pareja de policías que la contemplaba con gesto adusto.

Cerré la libreta con prisa y me asomé, no podía verle la cara a mamá, porque me estaba dando la espalda, pero un escalofrío tensó mi columna y supe que algo no iba bien.

Después vino un grito desgarrador que me hizo contener el aliento, lágrimas de desesperación, su cuerpo desplomándose contra el suelo, de rodillas, un agente intentando calmarla y el otro llamándome para decirme que estuviera tranquilo.

Ni siquiera supe que estaba llorando o el porqué hasta que el oficial me tendió un pañuelo e intentó ofrecerme consuelo diciéndome que debía ser fuerte, que tendría que cuidar a mi madre porque a partir de ahora era el hombre de la casa.

¿Qué significaba eso?

Aprendí de golpe que los términos «confusión y dolor» también podían llegar cuando menos te los esperabas.

Ya no habría pelo alborotado, cena en familia o cuento hasta que me durmiera. La voz rasgada de mi padre se había apagado para siempre en una curva cerrada, al vislumbrar un perro abandonado y dar un volantazo para no atropellarlo.

Los policías dijeron que un testigo aseveró que no quiso atropellar al animal, siempre le habían gustado mucho y participaba en una asociación

que se dedicaba a rescatarlos. Su gran corazón no le permitió pasarle por encima y prefirió perder el suyo muriendo en el acto.

No sufrió, eso dijeron los agentes, sufre más quien se queda en vida.

La vida que conocía dio un giro de ciento ochenta grados. No solo porque nos habían arrancado a la persona que más queríamos en el mundo, sino porque mamá ni siquiera tuvo derecho al duelo, debió ponerse a buscar trabajo rápido: camarera, ayudante de cocina en un bar de carretera, limpiadora… Cualquier cosa servía mientras pudiera permitirnos seguir pagando la hipoteca y que no faltara un plato caliente encima de la mesa.

Trabajos precarios que apenas cubrían las letras y que la hacían trabajar de sol a sol.

Aprendí a ser autónomo, a hacer la cena, a masajear sus pies agotados y a que sus sonrisas ya no llenaran sus ojos del mismo modo.

Fueron unos años muy duros hasta que empezamos a comprender que, aunque él ya no estuviera, nos había dejado un legado impagable y que su afecto siempre nos envolvería en un abrazo tan sólido como invisible.

Aquellos agentes cambiaron nuestras vidas con su aparición, y, ahora, Cassey Sully lo hacía con sus increíbles ojos verdes, su picardía divertida y sus bromas extrañas.

Todavía me estaba riendo con su «leve síndrome de Tourette», era una mujer de lo más particular, lo que la hacía inusualmente especial a mis ojos; y eso no era bueno, no a veintiocho días de mi boda con Cam.



Acababa de llegar al hospital, era la hora del cuento y en Pediatría todos los chavales autorizados a salir de sus habitaciones me esperaban en la sala conjunta con Terry, la jefa de enfermeras de la planta.

En cuanto crucé la puerta, sus caritas preocupadas por si no llegaba se llenaron de alegría. Coreaban mi nombre como si fuera una superestrella en pleno concierto, abrazaban mis piernas mientras yo les alborotaba el pelo y les preguntaba, uno a uno, cómo les había ido el día.

Me sabía el nombre de cada uno de ellos, de los que estaban y de los que no. De los que seguían esperando que los médicos pudieran poner fin a su estancia en el Children's Hospital y los que morarían para siempre en la pared de las estrellas, donde se aglutinaban sus nombres rodeados de pequeñas lucecitas que jamás se apagaban. Odiaba cada vez que Terry, con lágrimas en los ojos, escribía a mano el siguiente.

Me relajé al ver que, por suerte, no había nombres nuevos. Eso era buena señal.

Me acomodé en «la butaca del King», como la llamaban los peques, e insté al más pequeño a sacar un papelito de la urna de los cuentos.

Cada día sorteábamos el que debería leer, así la suerte determinaba la historia y no daba pie a discusiones.

Camille llegó durante mi lectura de la última página, estaba tan guapa como agotada. Se apoyó en la pared, en silencio, y aguardó a que terminara y todos me dieran las gracias y un sonoro beso que los llevaría de vuelta a sus cuartos.

Guardé el libro en la estantería y dejé que sus brazos me abrigaran por detrás.

—Sé que no debería, pero sigue sorprendiéndome la mano que tienes con todos ellos, lo tuyo es un don.

—Lo tuyo sí que es un don, salvas las vidas de esos niños, les das una oportunidad de seguir viviendo, yo solo les hago más llevadera su estancia aquí.

—No te quites mérito, sabes de sobra la importancia de la labor que desempeñas: un niño que sueña, un niño que sonríe, es un niño con motivos para vivir. —Me di la vuelta para fundirnos en un abrazo largo y le besé la cima de la cabeza.

—¿Un día duro? —pregunté dando largas pasadas de mis manos por su espalda.

—Cuando te dedicas a esto, no hay días fáciles, solo cruzas los dedos y esperas que ninguno se apee del barco. Por el momento, hoy pinta bien.

—Me he fijado, hoy no hay nombres nuevos en la pared —susurré, volviendo a besarla.

—¿Nos tomamos un café? —sugirió con la voz exhausta.

—¿Tienes tiempo? —Ella miró su muñeca.

—No mucho, en diez minutos entro en el quirófano, pero necesito un chute de cafeína antes de la siguiente intervención.

—Vayamos entonces.

No era extraño verme en la salita de descanso reservada para personal sanitario. Como voluntario y futuro marido de Camille, me permitían estar allí. Había una larga mesa, varias sillas, un mueble blanco donde estaba la pequeña cafetera de cápsulas junto a los vasos de papel, los azucarillos y los palitos de madera; y una nevera con lo justo y necesario para no tener que bajar a la cafetería para tomar un tentempié de emergencia.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —preguntó soplando el interior del vaso.

—Bien, no nos equivocamos, Cassey es una profesional. Lo tiene todo calculado al milímetro, así que creo que la boda saldrá como tu padre espera. Mañana iremos a visitar posibles ubicaciones para el enlace y a probar menús de degustación. —Cam asintió.

—¿Has disfrutado de la comida?

—Ya sabes que me encanta FIG.

—¿Y de ella?

—A ella también le ha gustado.

—No te preguntaba eso… Te brillan los ojos… —comentó suspicaz.

—Será porque estoy cansado.

—¿Seguro?

—Vamos, Cam, ¿quieres dejarlo de una vez? No me gusta que dudes de mí.

Ella suspiró, se medio sentó en la mesa en lugar de en una silla como yo.

—Jay, es un paso muy importante para ambos y no quiero que ninguno de los dos se arrepienta.

—¿Cómo voy a arrepentirme de casarme con la mujer más guapa, buena y lista del planeta? —Ella sonrió y siguió bebiendo su café. Acaricié su muslo

y ella entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Vas a ir a visitar a Chas?

—Ya sabes que sí.

—Bien, porque ha preguntado por ti y está deseando verte.

—Yo también. Ahora mismo voy a buscar su cuento favorito y se lo leo…

—Tienes el corazón más grande del mundo, Jayden King —susurró, apretando los dedos con los míos.

—Y tú pronto te convertirás en mi mujer.

Me puse en pie para estrecharla de nuevo. Los abrazos de Camille sabían a calma, complicidad y un sentimiento sostenido en el tiempo.

—¿Vas a venir al piso?

—Hoy tengo guardia —musitó.

—Entonces solo hago cena para mí.

—Me tengo que marchar.

—Mucha mierda en la operación.

—Escoge un sitio bonito y déjate aconsejar, que la hamburguesería de Henry o el restaurante de Chao no entran en la lista de posibles ubicaciones. —Sonrió.

—Y yo que quería ver a tu padre degustando una chorreante Doble Cheese Extreme con extra de jalapeños o unos rollitos de pato laqueado...

—No tientes a la suerte, todavía me hago cruces de que haya aceptado con tanta facilidad.

Cam me lanzó un beso y desapareció, apuré el café, me pasé a recoger el cuento y fui hasta la habitación de Chas.

—Toc, toc —proclamé al mismo tiempo que golpeaba con los nudillos sobre la madera.

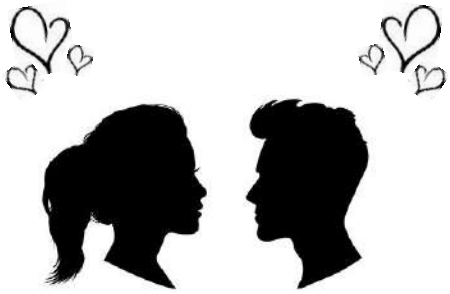
—¿Quién es?

—Tu *hado padrino,* mariposa. —La risa de Chasity resonó en el cuarto tan alegre como siempre.

—¡Pasa, Jay, tenía tantas ganas de verte!

Me asomé para ver aquella carita que iluminaba el cuarto y llenaba de amor mi corazón.

Capítulo 13



—¿Está cantando *I'm walking on sunshine*? —preguntó Akon a Ash mientras este servía tres zumos de naranja recién exprimidos y yo terminaba de ponerme las sandalias de tacón.

—Está cantando, la canción es lo de menos —corroboró Ashley alucinada.

Ambos sabían que odiaba escuchar mi voz desafinada y solo osaba a destrozar tímpanos cuando tenía suficiente alcohol en vena, o nos poníamos a hacer el tonto.

—Os estoy oyendo...

—Lo sabemos —comentó Ak, dando un sorbo a su vaso.

Mi amiga lanzó un silbido rollo «¡Tía, pero que *sexy* estás!» al verme aparecer. Y yo me miré de arriba abajo sin estar muy segura de que mi elección fuera la acertada.

—¿He escogido bien? —Miré a uno y a otro.

—Si pretendías vestir el modelo «erección asegurada», sí, lo has conseguido, no hay nada que le atraiga más a un tío que ese rollo ejecutiva amante de los azotes… —Hice rodar los ojos.

Cogí un traje chaqueta *beige*, con los bajos de los pantalones arremangados por encima del tobillo y las mangas de la chaqueta dobladas hasta el codo. En lugar de ponerme una camiseta, o una blusa, opté por un *body* de la marca Hunkermollër, dedicada a la lencería.

Tenía el cuello cubierto por encaje hasta la clavícula, donde se convertía en tul transparente. El pecho estaba cubierto por dos copas tupidas en color negro, que era el escogido para realizar aquella pieza sin mangas.

Una franja de cuatro dedos de encaje trazaba el contorno por encima de mi estómago para volver a convertirse en tul hasta la zona de la entrepierna. Ahí regresaba el encaje para poner punto final a la prenda.

—¿Ash? —pregunté, necesitando opinión femenina para corroborar que no me había pasado con el punto de guindilla.

—Jodidamente perfecta. Como dice Ak, tienes ese rollito ejecutiva…

—Que me follaría —concluyó nuestro amigo, poniendo la puntillita.

—Tú te tirarías hasta una piedra… —bufé.

—Podrías probar a machacártela entre dos, ya que te va el rollo duro —sugirió Ash, ladina.

—¿Te estás ofreciendo? Si eres tú la que sujeta la fusta, puede que me lo plantee —apuntó. Mi amiga lo espantó con un gesto y se bebió el zumo del tirón. Akon volvió a dirigir su atención hacia mí—. Recuerda que de vez en cuando tienes que insultar al señor King, a mí me pondría muy cerdo que una tía me llamara cabrón mientras me la tiro…

—A ti todo te pone muy cerdo… Cuando te rescatamos de aquella protectora de animales ,siempre supe que procedías de una granja…

—Muy graciosa, Piolín. —Ella le ofreció una sonrisa tensa mientras él se la comía con los ojos.

—Tenemos que irnos… —comenté, obviando la fiesta del porno subyacente que radicaba en las pupilas de mis amigos.

Pasé los dedos por los laterales del pelo que llevaba recogido con horquillas. Ashley me hizo un tupé muy favorecedor que despejaba mi cara y dejaba el pelo oscuro cayendo hasta los omóplatos.

—Tómate el zumo primero —me advirtió mi amigo, acercándome el vaso —. Necesitas vitaminas y no estar tan oxidada.

—¡Sí, mamá! —proclamé, recordando que todavía no la había llamado y que ella volvió a escribirme anoche.

Me daba demasiada pereza, no necesitaba distracciones externas que me hicieran perder el foco, y la luz de mi madre era demasiado intensa.

Iba a ser un día largo, teníamos que visitar cuatro lugares distintos que nos harían recorrer Los Ángeles de punta a punta. Dos enfocados a bodas diurnas y los otros dos a nocturnas. Contábamos con el tiempo suficiente entre unos y otros para hacer hueco, y que yo pudiera seguir sonsacándole a Jayden información, además de seducirlo.

—¿Has cogido los antiácidos? —cuestionó Akon, saliendo de la barra.

Ash los agitó y me los lanzó para que me los metiera en el bolso. Mujer precavida vale por dos.

Teníamos dos coches alquilados, yo iría en el mío y ellos en el suyo, que era el centro de escucha y grabaciones.

En unos minutos, iba a ver al hombre que anoche me envió un mensaje antes de ir a dormir, el mismo por el que me levanté canturreando como una tonta.

Bastó un «Lo he pasado muy bien almorzando contigo y estoy deseando que llegue mañana» para que se convirtiera en el protagonista de mis sueños húmedos; y sí, me corrí, me desperté en mitad de un orgasmo brutal con su mirada clavada en la mía.

Menos mal que no grité lo suficiente como para despertar a mis amigos.

No debería sentirme así, era consciente de ello, o moriría ahogada por mis propios fluidos.

Cerré el bolso y nos metimos en el garaje.

Próxima parada, SmogShoppe.

Era uno de los lugares más originales para bodas y celebraciones en Los Ángeles. Convenientemente ubicado a solo diez minutos de Santa Mónica, en el corazón del distrito de arte y diseño de Culver City, el SmogShoppe se convertía en un firme candidato viendo el restaurante al que me había llevado.

Fue el centro de control de *smog* en la década de los ochenta. Un lugar para eventos al aire libre que ocupaba seis mil quinientos pies cuadrados.

Un paraíso repleto de plantas del desierto, jardines verticales y elegantes muebles antiguos.

Podía llegar a albergar enlaces de hasta unos ciento cincuenta invitados, que era el máximo que los novios estaban dispuestos a admitir.

Su estilo urbano con un toque chic, plagado de obras de arte, haría las delicias de los novios además del señor Hill.

Tenía un gran salón central que incluía zona de baños, cabina de DJ, gran pantalla de cine para reproducir vídeos y un rinconcito llamado la caja mágica. Estaba abierto a través de unas cristaleras móviles hacia unos bonitos y espaciosos jardines que incluían una fuente. Lo ideal era realizar la ceremonia en el exterior y pasar a comer al gran salón, tal y como nos comentó el encargado.

No había podido dejar de repasar al novio desde que había bajado de la moto. Estaba tremendo con aquella chupa de cuero, una camiseta de manga corta color añil, los vaqueros rotos y el pelo despeinado por el casco.

Se limitó a alborotárselo antes de ofrecerme una mirada incendiaria que me abrasó hasta que sentí sus labios en mi mejilla y me volví agua.

Me estremecí de inmediato. ¿Cómo un gesto tan simple podía llenarme de tantas expectativas?

«¿Porque fue tu sueño erótico nocturno y quieres comprobar si es tan bueno como en el plano onírico?», musitó la agobiante voz de mi cabeza.

Ni siquiera pude responder a mi conciencia, no tenía tiempo. El encargado nos esperaba en la puerta y no quedaba muy profesional que me embobara contemplando a mi supuesto cliente.

Al terminar el *tour* y aclarar todas las dudas que nos fueron surgiendo, nos condujo al gran salón para proceder con el menú degustación.

Jayden clavó su mirada en mí apoyando la barbilla sobre las manos entrecruzadas.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté, haciendo mía su pregunta de ayer. Él alzó las comisuras de los labios en una sonrisa de dudosa moralidad.

—Demasiado… —admitió, acelerándome el pulso.

—Entonces, ¿ves viable este lugar para el enlace?

—Te lo diré después de que hayamos comido, no he desayunado nada para hacer hueco como sugeriste y tengo un hambre atroz que me da ganas de comer todo aquello que se me plante por delante. —¿Por qué esa idea no me parecía nada mal? Tragué con dificultad, imaginando su boca en lugares de lo más interesantes—. No obstante, el sitio pinta bien —prosiguió—, me gusta que tengan tanta conciencia medioambiental y sea un lugar libre de emisiones CO2.

—¿Y qué me dices de la fuente de los deseos? Me ha parecido algo original y muy divertido… Puedo imaginar a los invitados plantándose delante de ella para arrojar sus monedas al aire. —Él entrecerró los ojos y se puso en pie.

—Vamos…

—¿Adónde?

—A pedir uno.

Me tendió la mano para que me aferrara a sus dedos. El simple hecho de imaginar nuestras manos unidas me hizo sonreír como una estúpida.

—Van a sacar la comida...

—Será solo un instante, venga…

—¡Cabrón! —mascullé , aferrándome a los dedos masculinos. Después de que el Pepito Grillo que estaba instalado en mi oreja me recordara la ausencia de Tourette.

—Um, ¿acaba de despertarse tu síndrome?

—Ya te dije que era leve, nunca sé cuándo va a suceder. —Él dejó ir unas risitas.

—El tuyo es un caso digno de estudio, en todo el tiempo que llevo en el hospital no he escuchado nada similar.

—Es que soy única hasta para los síndromes.

—Eso no te lo discuto… Tienes permiso para insultarme lo que quieras, eres muy *sexy,* boca sucia…

Menos mal que tiró de mí para sacarme al jardín, porque el tono que había utilizado para dirigirse a mí con aquel mote me dio ganas de demostrarle lo sucia que me volvía cuando se trataba de él.

Nos plantamos delante de la fuente de piedra y lo vi sacar un par de monedas.

—Toma, pide el tuyo. —La cogí entre los dedos con fuerza, cerré los ojos y escuché a Ak y a Ash proclamando un «que me folle, que me folle…», al más estilo boda, a través del pinganillo, que no me dejó pensar, solo unirme a la proclama para arrojar la moneda sin vacilación—. Has ido muy rápida.

—Lo tenía muy claro y la comida no espera.

—¿Qué has pedido?

—Los deseos no se cumplen si los cuentas.

—Eso es una fábula, los deseos siempre se cumplen si los sientes en el corazón y tienes la pericia suficiente como para ir a por ellos. ¿Qué has pedido? —insistió.

—La paz en el mundo.

La carcajada que emitió rebotó hasta el centro de mi pecho. Ni corto ni perezoso, lo vi desprenderse de sus deportivas, de los calcetines y arremangarse el pantalón.

—¡¿Qué haces?!

—Ir a por tu deseo, no has podido pedir nada más absurdo.

Boqueé como un pez. ¿Acababa de llamarme absurda?

—¿Piensas que la paz en el mundo es algo tonto? —pregunté, viéndolo hundirse en el agua sin vacilar.

—Pienso que cuando uno pide un deseo, se lo tiene que tomar en serio y tiene que ser algo que quiera mucho, de verdad y que, lamentablemente, no sea una utopía.

—¿Y eso dónde lo pone? ¿En el manual de los deseos? ¿Va a venir un agente especial por haberlo hecho mal a detenerme? —resoplé.

Su chaqueta estaba en el interior del salón, así que no corría riesgo al meter la mano en el agua. Se agachó palpando el fondo para rescatar la moneda, y entonces su cara se transformó y dio un grito que no esperaba.

—¡Dios! ¡Pirañaaas!

Lo dijo tan fuerte y con tanto dolor que actué por inercia, lancé volando mis sandalias de una patada, pensando que había desoído esa advertencia

por parte del encargado del espacio y di un salto al agua sin pensar que esos peces asesinos me podían comer a mí también.

Antes de poder hundir la mano junto a la suya, me vi sujeta contra un cuerpo que no dejaba de sacudirse por la risa.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

—¡Has saltado sin dudar! Joder, Cas, ¡ha sido alucinante!

Me había quedado rígida. Primero por su cercanía, por el modo tan familiar con el que había acortado mi nombre y después porque mis extremidades no obedecían, solo querían pegarse a él.

Estaba en *shock* intentando dilucidar lo que acababa de ocurrir.

Oí risitas en mi oreja procedentes de mis amigos.

—Este tío es mi ídolo —musitó Akon—. Pedazo de *crack*. —Fue entonces cuando tomé consciencia de que no había ni un puto pez en aquel estanque. Alcé la barbilla y lo miré con los ojos entornados.

—¡Me has engañado!

—Ha sido una bromita sin importancia, igual que la tuya con los insultos... —aclaró divertido.

—Serás... —Le di un empujón en el pecho que lo hizo trastabillar, y para no caer de culo, se aferró a mí, abrazándome en toda mi totalidad.

«¡Mierda, mierda, mierda!», lo sentía por todas partes y me gustaba demasiado.

Los dos nos quedamos quietos y me concentré en su olor, su respiración, el calor que emanaba de su cuerpo para introducirse a través de la fina capa de ropa interior y me hacía volar la cabeza.

Levanté la barbilla, temerosa de lo que podría encontrar en sus ojos y, cuando conecté con ellos, la bola de deseo que se concentraba en mi abdomen se hizo más grande y amenazante.

Tenía los labios separados, húmedos y tan apetecibles que tuve que controlarme para no besarlo.

Un ligero carraspeo nos sacó de la ensoñación. Jayden me soltó de inmediato y el encargado desvió la mirada concediéndonos cierta intimidad.

¡Qué vergüenza! Y si le iba a alguien con el cuento… Peligraría la boda entre él y… ¡Espera! ¡Que esa era exactamente mi pretensión! Me corregí.

Observé a Jayden de soslayo, no parecía mortificado o preocupado, me ofreció su mano para salir del estanque y ambos recogimos nuestro calzado.

El encargado nos informó de que el menú ya estaba listo.

Notaba las mejillas encendidas, los bajos de los pantalones chorreando y un lugar que no había podido alcanzar el agua tremendamente húmedo.

Jayden se acercó al camarero y le guiñó el ojo.

—He tenido que ir a rescatar su deseo. —Le mostró la moneda.

—Ya lo he visto —aseveró con disimulo.

—¿Se han planteado poner peces en el estanque para que hagan la pedicura a las invitadas? Sería todo un acierto…

El hombre pasó por alto su comentario jocoso y yo no pude evitar mondarme de la risa pensando en pirañas.

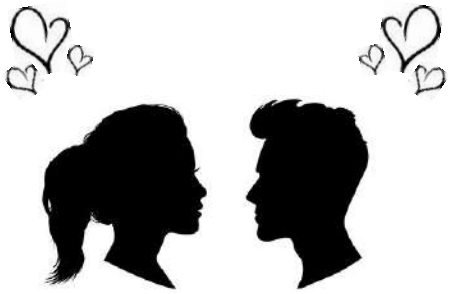
Se guardó mi deseo no formulado en el bolsillo y apartó la silla para que me sentara.

No sabría catalogar mi estado, porque aquel hombre despertaba en mí emociones para las que nadie me había preparado, como aquel delicioso aleteo instalado en cada terminación nerviosa.

Me esforcé en poner atención en la descripción de cada una de las exquisiteces que se desplegaban en pequeñas porciones sobre la mesa, pero solo podía oír el reverberar de los latidos de mi loco corazón al percibir el roce cómplice de un dedo meñique contra el mío por debajo de la mesa.

Esa vez, Jayden King se había sentado a mi lado y, por muy cazafortunas que fuera, no era uno al uso, y a mí me preocupaba perder algo más que una moneda por mucho que concentrara todo mi deseo.

Capítulo 14



Después del SmogShoppe y una propuesta culinaria más que acertada, tocaba dejarnos caer por el BigDaddy’s.

Ambos establecimientos estaban relativamente cerca, ya que se ubicaban en el mismo distrito, a pocas calles de distancia.

Jayden sugirió que fuéramos en moto en lugar de coger mi coche, que estaba bien aparcado.

—¡Dile que sí! —voceó Ash en mi oreja—. Montar en moto con alguien es ideal para un acercamiento.

—Me parece una buena idea —acepté, ganándome una sonrisa por parte de él.

Jayden sacó el casco de repuesto que aguardaba en el interior del asiento. Me lo abrochó con sumo cuidado de no pellizcarme y el contacto de sus dedos con la frágil piel de mi cuello me hizo estremecer.

Parecía que lo hubieran hecho a medida para mí, después recordé que debía de ser el de Camille y una punzada de remordimiento se clavó en la boca de mi estómago.

Una cosa era que en mi interior supiera que en realidad les hacía un favor a los futuros embaucados y otra que no fuera consciente que destapar la mentira les fuera a desgarrar por dentro. Con el tiempo, me lo terminarían agradeciendo, sin embargo, no dejaba de ser un acto agridulce.

Sacarlos de su error conllevaba una fase de dolor que no era para nada agradable.

Nadie quería ser el tonto de la película, la persona a la que enredan con palabras bonitas y susurros a la luz de las velas.

Y, aunque a mí no me lo hubieran hecho, sí recordaba las caras y las miradas cargadas de daño y desprecio que algunos de mis expadrastros les dedicaban a mi madre.

Solo había tenido un encuentro con la futura novia y me bastó para saber que era una buena mujer que no merecía al perla que tenía al lado, aunque fuera guapo, divertido, ocurrente y diera la impresión de poder poner el mundo a tus pies sin necesidad de tener dinero.

Jayden King era el cazafortunas más peligroso que había visto en mi corta carrera, el mismo que acababa de abrocharme el casco y preguntarme si estaba lista.

—Sí —admití, y él subió sin reparos para dar gas.

Por inercia, me aferré a los asideros de la moto. La voz de Pepito Grillo de Akon no tardó en zumbar por el pinganillo.

—Tierra llamando a Crash, estoy viéndole la chaqueta a Jayden, lo que no es buena señal. Haz el favor de soltar amarre y agarrarte a él.

—Y si se deja, acarícialo mientras tu uve se adhiere a su o —añadió Ashley.

—Se refiere a tu entrepierna a su trasero, no al cartelito de versión original que pone en las películas.

—¡Idiota! —profirió Ash mientras yo me aguantaba la risa.

Akon tenía razón, necesitaba jugar esa baza. Lo hice con prudencia y miedo a que Jayden me dijera que no, que volviera a los asideros porque me estaba extralimitando.

Llevaba la chaqueta abierta, por lo que no me costó nada que mis manos se colaran por el interior de la prenda, una rodeando la cintura y la otra sobre el pecho.

Lo noté ponerse tenso. Madre mía, ¡ahora venía cuando me preguntaba si me había vuelto loca!

—¿Tienes miedo? —Lo escuché decir con el aire rozándome la cara.

—U-un poco, no me fío de que no haya nada entre mi cuerpo y el asfalto.

Sin saberlo, me había dado la excusa perfecta para rozarlo, el problema era que todo lo que palpaba me gustaba y casi gemí cuando apoyé mi parte más sensible contra su trasero. Tuve que morder el ruidito de placer que nacía incontrolable en mi garganta. Estaba demasiado sensible ahí abajo.

—Tranquila, monto bastante bien —murmuró ronco.

«¿Me lo demuestras?», tuve ganas de preguntar mientras mis manos se desplazaban con sutileza por su cuerpo.

El tío estaba que crujía. Suerte que fueron pocas calles, porque el calor que desprendían mis palmas sobre su anatomía seguro que iba a derretirle la tableta de chocolate. ¡Putos abdominales! La garganta se me había vuelto arena en cuanto recordé que, como mínimo, me quedaba un viaje de vuelta.

Jayden me ayudó a bajar y volvió a desabrocharme el casco con cuidado. Era tan suave que mi cuerpo no paraba de pedir más.

—¿Me he despeinado mucho? —pregunté, temiendo por la integridad del tupé.

—Estás perfecta —masculló, recolocándome un mechón detrás de la oreja que casi me funde los plomos.

—Uuuh, qué bien debes haberte frotado, colega, te mira con ganas de mostrarte la ruta del placer en el viaje de vuelta, no te olvides de demostrarle que sabes que lleva freno de mano integrado y que se lo pones muy duro.

Tenía ganas de gritarle a Akon que era un capullo, pero no podía porque mi coartada del Tourette había sido desmantelada, así que por mucho que intentara que no se notara, debía estar poniendo una expresión de *mierder* increíble.

Aparté la mirada de la de Jayden y pasamos al interior.

El BigDaddy’s tenía la decoración propia de un anticuario, mezclado con el toque chic industrial que le otorgaban los espacios abiertos. Estaba especialmente pensado para novios con un gusto entre clásico y sofisticado.

—¿Qué te parece? —me interesé.

—No está mal, aunque el anterior creo que va más con nuestro estilo y este con el de mi suegro.

—Sí, yo pienso lo mismo… —afirmé.

Al terminar de comer me sentía superhinchada. Vale que las porciones eran pequeñas, pero no estaba acostumbrada a comer tan seguido. Nos quedaba una hora y media de margen para acudir al siguiente restaurante y tenía muchísima necesidad de hacer algo que no supusiera ingerir más comida o quedarme quieta. Por eso, cuando Jayden propuso montar en moto hasta el parque Griffith y caminar un poco, me pareció una idea estupenda.

—¡Dile que prefieres montarlo a él, que el sexo quema muchas calorías! —gritó Ashley contagiada por el entusiasmo sexual de Ak.

—Esa es mi Piolín. —Lo oí celebrar.

—Me encantaría —acepté, desoyendo a mis amigos, que parecían mantener una alianza a mi costa.

Si lo pensaba bien, cuanto más contacto tuviéramos, las posibilidades de terminar enredada con Jayden –en una situación poco recomendable– aumentaban exponencialmente, y cuanto antes terminara con el trabajo, antes tendría mi cheque y la posibilidad de ganar el premio.

Iba a emplearme a fondo, sin remilgos: el señor King iba a perder su corona bajo mi contacto.

Los veinte minutos que tardamos en recorrer las diecisiete coma ocho millas que nos llevaban hasta el aparcamiento del observatorio los pasé calentando motores. Su pulso se iba acelerando a medida que aumentaba el ritmo de mis acometidas.

Cuando llegamos al parque, estaba convencida de haber hecho un trabajo de matrícula y me felicité mentalmente cuando vi su mirada inquieta.

Dejamos la moto atrás y nos encaminamos por el sendero que te llevaba a la cima del Monte Hollywood, el pico más alto del parque con unas vistas increíbles sobre la ciudad.

Había estado aquí más de una vez, sobre todo, en mi época de estudiante, donde una de las novatadas incluía llegar hasta las letras sin ser detenida para tomarme un selfi.

Aquella noche lo pasé francamente mal, suerte que iba con Ashley, jamás me habían gustado las ilegalidades y pensar que podía terminar entre rejas

me ponía el vello de punta.

Jayden no había hablado desde que emprendimos el paseo, estaba inusualmente callado, lo que era extraño porque durante todo el tiempo que habíamos estado juntos la conversación había fluido a buen ritmo. Algo me decía que lo que le rondaba la cabeza lo preocupaba.

Tal vez fuera yo ese algo y estuviera trastabillando su «devoción» por Camille... Si era así, si estaba flaqueando, debía aprovechar.

—¿Qué ocurre? —pregunté, acariciándole el brazo en un gesto íntimo.

Él apoyó los ojos en el lugar sobre el que mis dedos seguían sujetos y acto seguido ascendió a mi rostro.

—Es que no sé… —Lo vi titubear y mi corazón aleteó.

Frené en seco obligándolo a hacer lo mismo.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Si debería o no…

Aquella pequeña reflexión me hizo ocultar una sonrisa.

¿Era posible que Jayden hubiera conectado ya con la atracción que yo percibía entre nosotros?

Debía seguir tirando de la caña con cautela de no tensar demasiado el hilo y que el pez se largara con el anzuelo.

—A ver, sé que no hace mucho que nos conocemos, pero quiero que confíes en mí, necesito que lo hagas y digas lo que se te pase por la cabeza en cualquier momento —lo azucé. Él se mordió el interior del carrillo y siguió enfocando la mirada en mí.

—Es que es algo muy personal y no quiero hacerte sentir incómoda o violenta… Pero necesito hacer algo desde hace un rato y me estoy conteniendo…

«Sí, sí, sí, ¡me quiere besar!», refrené mi entusiasmo.

Solo esperaba que Ash y Akon tuvieran un buen plano y la cámara lista para captar el tórrido intercambio de lenguas que pensaba marcarme.

—No lo hagas —presioné, entornando los ojos—. Corrígeme si me equivoco, pero me parece que hemos conectado, que nos entendemos y me

gustaría que te sintieras libre para hacer lo que te nazca sin reservas, no hay nada que puedas hacer o decir que me disguste.

—Está bien, ¿puedo entonces preguntarte lo que quiera? —cuestionó tan cerca de mí que el pulso me iba a mil.

Por su forma de mirarme, entre cohibida, apurada y expectante, ya tenía la pregunta formulada en mi cabeza y la respuesta que iba a darle.

—Adelante, pregunta lo que quieras y tal vez mi respuesta te sorprenda.

Me relamí los labios porque no había nada más desagradable que besar unos secos y agrietados.

—Vale. ¿Tienes candidiasis?

—¡¿Cómo?! —pregunté estrangulada.

—Es que, verás, en la moto, he notado que parecía picarte, ya sabes —apuntó a mi entrepierna, y juro que oí el estallido de risas en mi oreja a la vez que mi cara se volvía granate—. Oh, mierda, no debería haberlo dicho, perdona, te da vergüenza… Es que una vez Cami tuvo cándidas vaginales y lo pasó fatal con los picores, y creí que tú, bueno…, ya me entiendes…, como te restregabas tanto… —A cada palabra que decía, más mortificada me sentía.

—¡Yo no tengo eso! —exclamé medio ahogada—. Ni eso ni ninguna otra cosa ahí abajo. —Mis amigos se estaban descojonando.

—Dile que te lo revise, que te enfoque con la linterna a ver si descubre el origen del problema —se carcajeó Akon. Tenía ganas de estrangularlo.

—Disculpa si te ha molestado…

—Em, no, no, qué va… Me alegra saber que te preocupas por mi salud de entre las ingles. —Ni siquiera sabía cómo llamarlo—. Y perdona si te ha dado esa impresión, no se trataba de eso, más bien que se me ha descolocado la ropa interior, di-disculpa si te he molestado, ofendido o lo que sea…

—Lo siento, yo creí… Ahora me siento un idiota. Es que Cam me dijo que es muy frecuente que las mujeres lo tengáis y que, si no se cura a tiempo, puede dar pie a infecciones más graves.

—Pues gracias, pero no tengo nada infectado.

—¡El cerebro de ideas pecaminosas! —gritó Ashley, que seguía contagiada por el malnacido de Ak; cuando llegara a casa, se iban a enterar esos dos.

—Pues si no es así…, ¿qué te pasaba? —«Piensa, Cassey, piensa».

—El tanga —respondí rápido—. Acertar con la ropa interior cuando vistes un pantalón claro es una odisea y… Vamos, que se me ha descolocado.

—Entiendo. —Se alborotó el pelo, aliviado—. ¿Necesitas privacidad para recolocártelo? No quiero que camines incómoda.

—Em, sí, estaría bien, voy a mortificarme un rato detrás de esos árboles —susurré con el calor incendiando mis mejillas.

Él me tomó de la muñeca, con expresión preocupada.

—Oye, que no pretendía mortificarte, que son cosas que pasan, una vez me pillé un huevo con la cremallera del pantalón y lo pasé fatal. —La confesión me pilló de improvisto.

—Tuvo que doler.

—Mucho. En serio, que conmigo no tengas remilgos, que todos somos humanos y es normal que nos pasen cosas.

—Ya, bueno, te lo agradezco, no obstante, no deja de ser extraño que estemos hablando de mis partes, o de las tuyas, en lugar de tu boda.

Necesitaba tomar distancia y volver a asentarme en mi zona de confort.

Él rio por lo bajo.

—Sí, bueno, hay veces que la vida te lleva por las conversaciones más insospechadas y… Cassey.

—¿Sí?

—Yo también he notado que conectamos y me gusta poder decirte lo que se me pase por la cabeza.

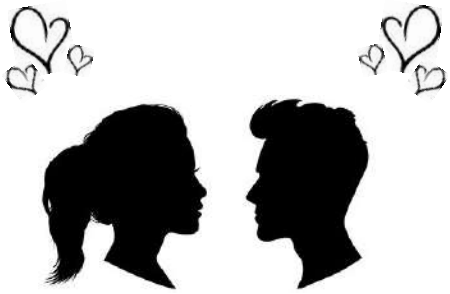
«Boom», martillazo en todo el plexo.

—Me alegro. Si te parece, voy a aliviar mi incomodidad detrás de los árboles, solo dame unos minutos para que me recupere y podamos reemprender el paseo.

—Hecho.

Me separé de él obteniendo la privacidad que se suponía que necesitaba, para cagarme en mis amigos y en todos sus comentarios como técnica de desahogo. No me costó demasiado dar con ellos.

Capítulo 15



—No te cabrees, Cas —murmuró Ak, todavía descojonado entre el follaje.

Los ojos le lagrimeaban y Ashley corría el mismo destino retorcida de la risa.

—¡Ojalá estos matorrales sean urticantes y os provoquen una erupción cutánea que no os permitan dejar de rascaros en días! ¿En qué momento creí que haceros caso era una buena idea?

—¡Lo era! Si no nos hubiera tocado una novia que sufrió de hongos vaginales y un cazafortunas que los asociaría a tu actitud *picaseductora*. —Se rio entre dientes—. Por cierto, me encantó tu excusa, yo habría optado por un vertido de caramelos de los que estallan por la humedad, pero reconozco que la tuya era más creíble.

Le di un manotazo que lo hizo reír todavía más.

—Yo creo que vas bastante bien, Crash —admitió Ashley un poco más calmada—. Se le ve cómodo contigo y acaba de admitir que se siente conectado, lo que significa que vas por el buen camino.

—Lo iría si la boda fuera dentro de tres meses, necesito mucho más que eso para conseguir material suficiente… —resoplé—, y, por ahora, no tenemos nada.

—Yo optaría por un cambio de estrategia, por lo menos, durante el día de hoy —sugirió Ash.

—Te escucho, no puede irnos a peor.

—Podrías dejar que conozca un poco de la Cassey que nos enamora a todos, no de la seductora que pretendes ser. Por lo poco que he visto y escuchado, Jayden es un tipo de gustos sencillos.

—Que quiere casarse con una rica heredera —la interrumpí.

—Ya, pero eso no quiere decir que sea precisamente eso lo que le guste. Cuando te has mostrado más natural, ha sido cuando a él se le han dilatado más las pupilas y las fosas nasales. —Apuntó con el dedo al broche microcámara con el que había podido captar lo que comentaba—. Muéstrale algo de ti que no sea tan superficial y quizá eso le haga abrirse más.

—Estoy de acuerdo —aceptó Ak—. Por raro que suene, Piolín tiene razón y la Cassey natural resulta mucho más seductora que la artificial.

Ella lo miró con una sonrisa cargadita de adoración que me hizo rodar los ojos.

—¿Y si os equivocáis?

—Bueno, siempre hay tiempo de dar marcha atrás y volver a la Cassey viuda negra.

Alcé las manos y me encogí de hombros.

—¡Como digáis! Veamos qué puedo hacer. —Ash me dio un abrazo de los suyos y regresé al sendero.

Jayden se había alejado unos metros para darme privacidad.

Estaba de perfil, con las manos en los bolsillos, el pelo desordenado por la brisa suave que se había levantado y los ojos cerrados.

Los rayos de sol de la tarde le calentaban la piel. Hacía calor, por lo que se quitó la chaqueta y la llevaba colgada del brazo. Los músculos resaltaban en sus brazos tonificados, seguro que practicaba algún tipo de deporte; si yo hiciera lo mismo, tal vez podría haberle entrado por ahí y ofrecerle ir a correrno juntos.

«Correr, Cassey, se dice correr», me corrigió mi vocecilla interior. «Lo sé, pero me apetece más lo segundo», le respondí pícara sin apartar la mirada de él.

Podría haberme quedado allí, admirándolo un buen rato por el simple placer de ver cómo cambiaban las sombras dependiendo de la posición del

sol.

Pisé una ramita y me maldije por dentro, el crujido lo alertó igual que a un animalillo del bosque queriendo ser presa de un cazador. El ruido lo hizo abrir los ojos y dirigir su mirada tibia sobre mí. ¡Qué calor!

El *blazer* se abrió un poco fruto del movimiento al andar y sus ojos se oscurecieron al recorrer el *body* de encaje que aguardaba debajo deseoso de ser arrancado a mordiscos por esos dientes blancos.

Cuando llegué a su lado, él se relamió y volví a notar deseo enroscándose en mi bajo vientre.

—¿Mejor? —cuestionó con el pecho subiendo y bajando a un ritmo constante.

—Sí, ha sido un alivio.

—¿Sigues queriendo subir? —cabeceó hacia la empinada cuesta.

—Sí, la verdad es que es uno de mis sitios favoritos de la ciudad. Hace mucho que no vengo aquí. Desde la universidad.

—¿En serio? ¿Estudiaste aquí?

—Sí, también nací aquí, aunque me mudé varias veces por el trabajo de mi madre y ya no volví a pisar Los Ángeles.

—Vaya, y yo que te hacía floridana.

—Pues te equivocas…

Retomamos el paseo y así fue como descubrí que también era uno de los lugares predilectos de Jayden, quien de pequeño acudía hasta aquí con sus padres para comer algo sentado sobre una manta e inventar historias sobre los ciudadanos de Los Ángeles. También supe que se le daba muy bien jugar al futbol y que le concedieron una beca para ir a la universidad, aunque finalmente la tuvo que rechazar y que si la hubiera aceptado, habría estudiado algo que tuviera que ver con el bienestar social o trabajar con niños.

Teniendo en cuenta que parte de su día lo pasaba en el hospital como voluntario, tenía bastante sentido, siempre y cuando fuera cierto lo que me estaba contando.

Lo observé con atención. Y contemplé cómo desviaba los ojos hacia arriba, a la izquierda, rebuscando entre los recuerdos. No mentía.

—Ya te dije que en mi casa llegar a fin de mes era un lujo, los trabajos basura de mamá solo la extenuaban y apenas nos llegaba para cubrir los gastos básicos. La necesidad agudiza el ingenio de los crápulas y los explotadores que juegan con ventaja —asumió.

—¿Nunca mejoró vuestra situación? ¿Tu madre no rehízo su vida?

—Le costó mucho superar la muerte de mi padre, aunque lo intentó. Conoció a un tipo en el bar en el que trabajaba de camarera, se pasaba por ahí cuatro veces al mes, era conductor de camiones, y cada vez que hacía parada, le traía un regalo o le decía cosas bonitas. Yo la animé, porque cuando Terry aparecía, ella regresaba a casa con los ojos brillantes. Hacía demasiado tiempo que no la veía así.

—¿Y qué pasó? ¿No funcionó?

—Bueno, Terry y ella empezaron a salir. Como te digo, siempre estaba en ruta, así que era difícil. Se veían los cuatro días que pasaba por aquí, además de algún finde esporádico que pasaban juntos. Nos ayudó durante un tiempo hasta que mamá se quedó embarazada y, en cuanto se lo dijo, se esfumó por donde vino.

—¡Cabrón!

—Bastante. Al tiempo descubrimos que estaba casado, tenía otra familia y mamá solo era un entretenimiento.

—Debió de ser muy duro para ambos.

Nos detuvimos en lo alto de la colina y admiramos la ciudad desde allí.

—Lo fue, sobre todo, dado su frágil estado anímico. Volvió a dejar de sonreír, y a los dos meses de embarazo tuvieron que ingresarla en el hospital por riesgo de aborto.

—¡Oh!

—Los médicos le recomendaron que, si quería que el bebé sobreviviera, tenía que hacer reposo absoluto. Tampoco fue muy difícil porque, en cuanto se enteraron de que estaba preñada, la echaron; no obstante, eso no fue lo peor.

—¿No? —Él negó.

—Al pasar por el mostrador del hospital, nos enteramos de que ninguno de esos cabrones pagaba el seguro médico.

—Oh, Jayden… —Me llevé las manos a la boca.

—Tuve que hacerme cargo de todo —reconoció con un deje amargo—. Mi madre no quería, por lo de la beca, pero yo no podía abandonarla. —Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Y el embarazo fue bien? —pregunté con preocupación.

—Sí. Mamá siempre decía que Dios aprieta pero no ahoga. —«Decía», registré aquel verbo en pasado, que quería decir que ya no vivía.

Jayden había perdido sus hoyuelos y tenía la mirada ausente.

—¿Cuándo murió? —pregunté.

—Tres años después de que el bebé naciera, sufrió un ictus y no se pudo hacer nada. —Rocé mi mano con la suya, y él me ofreció una mirada triste que rompió cualquier barrera que permaneciera en pie. Lo abracé sin poder contenerme. Rodeé su cintura entre mis brazos y dejé caer la mejilla sobre el torso mientras él me envolvía y apoyaba la barbilla en lo alto de mi cabeza.

—Lo siento mucho, Jayden —susurré, y él me ciñó contra su cuerpo.

Nos quedamos así unos minutos, sin hablar, percibiendo el contacto reconfortante el uno en brazos del otro. Su historia me había conmovido y, aunque fuera muy distinta a la mía, reconocí en él parte de mi soledad, de mi angustia vital, de la incomprensión hacia el mundo que me rodeaba.

Puede que Jayden no estuviera obrando bien buscando en Camille una solución a sus problemas, pero era comprensible que quisiera encontrar alivio económico, ¿quién podía juzgarlo por querer conseguir un pequeño respiro?

«¡Tú, cabezahueca! Por mucho que sea así, no es justificable. Este tío ronda los treinta años y un buen par de manos como para apropiarse de lo que no es suyo».

Me separé de él con las mejillas húmedas. Las yemas de sus pulgares recorrieron mis mejillas.

—No te he contado esto para hacerte sentir mal, Cassey, ahora estoy bien, remonté y, como te dije, gano lo suficiente como para cubrir gastos. —Asentí ofreciéndole un largo suspiro en el que buscaba volver a situarme. Al otro lado del pinganillo, Ashley lloraba audiblemente y Akon la consolaba—. ¿Te parece si volvemos? No creo que te apetezca llegar tarde y, si nos demoramos aquí más tiempo, es lo que va a terminar pasando.

—Sí, claro.

De bajada, opté por temas de conversación más superfluos que nos permitieran salir del agujero negro emocional y volver a inclinar la balanza hacia el lado de la conquista. Lo que me permitió afianzarme de nuevo en mis creencias y recuperar fuerzas.

Jayden ya no era ese pobre chico que tuvo que sacrificarse y sufrir la pérdida de sus dos progenitores. Había crecido, tomado decisiones y estas lo habían convertido en otra persona, una capaz de casarse con una rica heredera para llevar una vida llena de comodidades.

Ya no hubo roces cuando subí en la moto. Le pedí que me llevara hasta el coche y así poder ir a los dos últimos lugares cada uno por su lado. Necesitaba un poquito de distancia y pensar.



El Oviatt Penthouse y La Brea Tar Pits Museum fueron los dos sitios que visitamos.

El primero era una hermosa terraza con arquitectura *art decó* que permitía una boda bajo la mirada de las luces de la ciudad. Un sitio ideal para los amantes del buen gusto, la belleza y el lujo, que les ofrecía la posibilidad de casarse inmersos en las alturas de Los Ángeles.

Tenía una decoración minimalista que podía ponerse al gusto de los novios, sin embargo, a Jayden no pareció entusiasmarle el lugar rodeado de rascacielos, y comentó lo mismo que con el anterior, que era más adecuado para el señor Hill que para ellos.

Por el momento, la opción número uno era la ganadora, hasta que llegamos al museo y sus ojos se volvieron a iluminar.

Era un lugar muy distinto a todo lo que habíamos visto hasta ahora, con infinidad de posibilidades, desde intercambiar los votos en la terraza superior del Museo Page, con vista a «El patio de la jungla», cenar rodeados de huesos de Mamut, fósiles, al más estilo *Jurassic Park*, o en un rincón de los jardines de Hancock Park.

—Me flipan los dinosaurios.

—A mí, Chris Pratt.

—¿En serio?

—Sí, no sé, es uno de los actores que más me gustan.

—Vaya, eres una cajita llena de sorpresas; para nuestra próxima cita, vendré vestido de explorador a ver si también te vuelves loca por mis huesos. —Rio agitando las cejas.

«¿Cita?». Él y yo no habíamos tenido ninguna, aunque no lo quise corregir porque me gustaba que tuviera la intención de enloquecerme. Un fogonazo se prendió en mi pecho y volví a sentirme en el camino.

Cenamos muy a gusto, no voy a mentir, y tras la cena, el encargado nos aconsejó ver la cúpula donde se desarrollaría el baile y dar un paseo por el fotogénico pasillo exterior plagado de filas de farolas blancas que le daban al lugar un aspecto de película.

Cómo pasamos de caminar uno al lado del otro a hacerlo con los meñiques entrelazados fue todo un misterio. Uno que me hizo cosquillear el estómago que estaba al borde del colapso.

—No podría comer nada más, aunque tuviera enfrente una tarrina de helado de vainilla con nueces de macadamia —admití acariciándome la barriga con la mano libre.

—¿Te gusta ese helado?

—¡Es el mejor! —Jayden arrugó la nariz.

—No está mal, pero yo prefiero el de caramelo salado.

—¿En serio? No sabes lo que dices…

—Ya lo creo que sí, siempre me han gustado los contrastes.

—Convénceme de eso…

—Pues porque cuando tienes el caramelo sobre la boca, el sabor dulce te envuelve, te hace cerrar los ojos del gusto y entonces empiezas a percibir algo distinto en él, ese picor sorprendente que te estalla en la lengua lo complementa y potencia su sabor. Si fueras helado, serías de caramelo salado…

«Su favorito», pensé con una sonrisilla en los labios.

Sin previo aviso, me tomó de la mano, tiró de mí para envolverme entre sus brazos y no pude contener el rictus de sorpresa.

—Bailemos, quiero ver cómo sería un baile aquí… —Sus ojos parecían enterrar un «contigo» que me hizo estremecer.

—No hay música. —Reí.

—Eso puedo solucionarlo.

Jayden se puso a tararear una canción que conocía a la perfección. Ed Sheeran era uno de mis cantantes favoritos y ese tema era... era perfecto. La letra de *Photograph* nos envolvió bajo la luz de las farolas.

Amar puede doler.
El amor puede doler a veces.
Pero es lo único que sé.
Cuando se pone difícil.
Sabes, a veces se puede poner difícil.
Es lo único que nos hace sentir vivos.

Yo me sentía demasiado viva entre sus brazos con su aroma y su cuerpo envolviéndome por entero.

Guardamos este amor en una fotografía.
Hicimos estos recuerdos para nosotros mismos.
Donde nuestros ojos nunca se cierran.
Nuestros corazones nunca se rompen.
Y el tiempo está congelado para siempre.

«Para siempre», un término que pretenden hacernos creer por todos los medios posibles en la tele, en los libros, pero es imposible: nada dura para

siempre y mucho menos instantes como este, en el que el mundo parece capaz de detenerse.

Así que puedes llevarme.
Dentro del bolsillo de tus jeans *rasgados.*
Sostenerme cerca hasta que nuestros ojos se encuentren.
Y jamás estarás sola.

Mi corazón tronó y quise que la letra fuera cierta, que no volviera a sentirme sola y que Jayden King lo hiciera posible.

El pensamiento me asustó, me hice un nudo con los pies y por poco me caí de bruces cuando las luces se apagaron.

Él no dejó que me diera de boca; al contrario, me apretó con firmeza contra su torso y yo aspiré descontrolada buscando una calma que no iba a llegar.

—Me parece que nos están echando —musitó cerca de mi oído.

—Y a mí que necesitas una coreografía con Camille con urgencia para la boda, tu baile de cubatero de barra no es adecuado para una boda. —Me separé.

—¿Cubatero de barra? —Rio—. ¡Venga ya, si tú eres la que parecía tener dos pies izquierdos!

—¿Yo? —Alzó una ceja divertido—. Me he tropezado por tu culpa y tus gustos musicales hay que revisarlos. Necesitamos otra cosa...

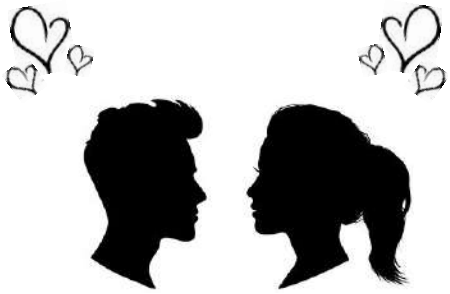
—¿No te gusta la que te he cantado? —«Demasiado».

—Hay mejores… ¿Nos vamos? —pregunté con el corazón en un puño.

—A mandar, señorita Sully, usted es la experta y yo solo un pobre hombre con pésimo gusto para las canciones y carente de ritmo.

—Tranquilo, yo me ocupo —respondí, dándole una palmadita en el pecho que me hizo arder la palma de la mano.

Capítulo 16



Jayden

Hice girar la moneda entre mis dedos, en ella estaba el deseo mudo de Cassey, porque tenía claro que no pidió la paz en el mundo ni se le había descolocado el tanga, sobre todo, porque llevaba un *body* como única prenda de ropa interior.

Lancé la moneda al aire, la atrapé entre el dorso de la mano izquierda y la palma de la derecha. Formulé la pregunta que me oprimía desde que le solté la gilipollez de la candidiasis y que, por supuesto, ella no esperaba. Quizá me pasé un poco, pero no me arrepentía: valió la pena por ver el azoramiento que cubrió su preciosa cara.

Reconozco que estuve cerca de decirle que era una broma. Me contuve y logré llevarla hasta el final. Dios, casi no pude contener la carcajada. Mi padre era muy dado a hacerle bromas de ese tipo a mi madre y después acababan riendo como locos y besándose sin más.

Volví a centrarme en el pequeño objeto sin todavía levantar nada.

«Cara, le gusto; cruz, pasa de mi culo y la he malinterpretado».

Alcé la mano con un ojo abierto y el otro cerrado, temeroso de lo que la dichosa moneda pudiera revelar.

Cara. «¡Cara, joder!», rugí para mis adentros, sintiéndome tan feliz como cuando de pequeño deshojaba margaritas con la chica que me gustaba de clase y me salía que me quería.

Sonreí y pensé en su espontánea manera de saltar al agua o de abrazarme cuando estuvimos en la cima de la montaña, en sus caricias sutiles y el vaivén de sus caderas que casi provocó que tuvieramos un accidente. Conduje duro como el hormigón, así que lo de la candidiasis no me pareció una venganza tan grave.

¿Y qué me dices del improvisado baile con su mejilla apoyada en mi pecho? Creía que el corazón se me iba a salir.

Cerré los ojos y apreté los labios volviendo a notar el acelerón de mis pulsaciones ante los recuerdos. Nos conocíamos desde hacía unos días y, sin embargo, me sentía conectado a ella de un modo inexplicable. Me asaltaban unas ganas feroces de seguir descubriéndola y tenía que pasar justo ahora, en el momento más inoportuno de mi vida, cuando estaba comprometido con otra mujer a la que adoraba y que convertía lo nuestro en inalcanzable.

Sabía que estaba jugando a un juego peligroso, uno en el que podía perderlo todo; no a Camille, ella era de esas mujeres que entenderían si mañana le dijera que amaba a otra y que cancelaba nuestra boda, pero sí lo que supondría para mí casarme con ella, y a eso no podía renunciar.

Odiaba sentirme tan atraído por Cassey y que pareciera recíproco.

Me gustaba su humor ácido, la forma en que enrojecían sus mejillas ante mis descaros, que no me interrumpiera porque su atención estaba puesta en cada palabra que salía de mi boca, que me escuchara y no se limitara a asentir como hacían la mayoría de las chicas, cuyas cabezas estaban puestas en cuándo alcanzarían su orgasmo en mi cama.

Ella estaba al cien por cien en todo momento, y se le notaba.

Me tumbé en la cama y abrí el WhatsApp, busqué su imagen y, sin poder contenerme, le di a la foto de perfil para que se ampliara. Sonreí al mirarla.

No era una foto al uso. La señorita Sully aparecía pensativa, con unas gafas de pasta oscuras, un bolígrafo en la mano y la mirada ladeada, como si alguien le hubiera tomado la foto sin advertírselo, captando su esencia perfeccionista, obstinada y algo soñadora.

Mi móvil vibró y entró un mensaje de un número desconocido que me sacó de mi ensoñación.

Lo abrí. Como era de esperar, se trataba de un wasap laboral.

Hola, me llamo Ava, Mia me ha dado tu tel., me dijo que esto funcionaba así, que solo coges clientas recomendadas por otras.
Quedó muy complacida con tu servicio de la otra noche y…, bueno, tengo cierta necesidad que quiero que cumplas. Estoy dispuesta a pagar tu tarifa.
¿Puedes llamarme? Me gustaría que fuera cuanto antes.

Me pincé el puente de la nariz. Conocía los nombres de todas las personas que habían contratado mis servicios. Mia era una buena clienta, por lo que Ava cumplía los parámetros que exigía para aceptar a alguien nuevo. Venía recomendada, tenía una necesidad que yo podía cumplir y podía pagar mi tarifa.

No tenía impedimentos para quedar con ella. Camille sabía a lo que me dedicaba, era mi forma de pagar las facturas. Algunos se echarían las manos a la cabeza; mi futuro suegro, por ejemplo, porque no era una profesión que querría para su yerno, pero sí la que me permitía seguir adelante con mi vida.

Hola, Ava, encantado de hablar contigo.
Me alegra mucho que Mia me haya recomendado.
Tengo la agenda bastante apretada, pero veré qué día puedo hacerte hueco.
Mañana te llamo sin falta y hablamos. Gracias por pensar en mí, estaré encantado de complacer tus necesidades y que quedes satisfecha.
Nos vemos muy pronto.

Ella respondió con un emoticono de la carita tirando un beso y yo le correspondí con un guiño, después regresé a la vista general de WhatsApp y sonreí al ver que emergía un mensaje nuevo al lado de la foto de Cas.

Cassey:

Me extrañabas, ¿verdad?
Aquí la pesada de tu planificadora nupcial.
Me he anticipado un poco a ti y tu mal gusto musical para mandarte una lista de Spotify con posibles canciones que nos puedan servir, sin hacer un ridículo espantoso u ofender a alguien por el contenido de las letras.

Estaría bien que las escucharas con Camille, que apuntarais en la lista las que elegís y los momentos en los que deberían sonar.
Por cierto, ¿has hablado con ella? ¿Podrá venir a la academia de baile mañana? Tenemos que escoger una pieza musical y empezar con la coreografía. Nos urge empezar cuanto antes.
Sé que soy una pesada. Lo siento, es que no hay mucho tiempo...

Sonreí al imaginarla con el ceño arrugado, tecleando sin compasión para terminar adjuntando la susodicha lista de reproducción y un archivo de Word.

Era perversamente eficiente y eso me encantaba, porque yo era un pelín caótico y no solía dar importancia a todas esas cosas.

Me gustaba su profesionalidad y que se tomara las cosas tan a pecho, en eso me recordaba a Camille; si se conocieran mejor, podrían llegar a ser grandes amigas, estaba convencido.

Apreciada señorita Sully:
Me pones más deberes que mi antiguo profe de mates del instituto, que ya es decir. Escucharé tu lista de reproducción, aunque «nuestra canción» me parece una obra de arte y pienso enviártela como quehacer, para que la oigas en bucle y termines cogiéndole el gusto. Ed Sheeran siempre está bien.
¿Te importaría si mañana comiéramos juntos, si logro que me entre algo de comida, y me ayudas con el formulario? No quiero ver entrar a mi futura mujer del brazo del señor Hill con la banda sonora de Tiburón. Sería un mal empiece.
Respecto a Cam y la academia, lo tiene anotado en la agenda, así que si no ocurre ninguna emergencia, estaremos allí ambos.
PD: ¿Has podido deshacerte ya de ese tanga tan molesto? □□□

Me puse a reír como un tonto al pensar en la cara que pondría al leer mi última pregunta, seguro que se encendía como una bombilla.

Adjunté el *link* del tema Photograph y aguardé su respuesta...

Tardó un poco más de lo necesario, aunque cuando lo hizo, comprendí el porqué.

—*Shit!* —prorrumpí, observando una foto del *body* de encaje que llevaba bajo la americana sobre sus sábanas y un pie de foto de lo más sugerente

donde ponía:

Completamente liberada, gracias por preocuparte .

Acababa de sufrir una erección espontánea al imaginarla desnuda, sin un gramo de ropa y charlando conmigo con la piel sonrojada.

Llevaba todo el día duro. Me bastó verla aparecer en el restaurante con aquel atuendo entre sobrio y rematadamente *sexy*, que me dio ganas de ponerla perdida de agua en la fuente para que tuviera que quitarse la americana y así poder regodearme.

Mi *wedding planner* estaba demasiado buena para mi cordura, y yo demasiado loco por arrancarle la ropa a mordiscos.

Tenía que serenarme o todo iba a salir jodidamente mal.

Cassey se puso a teclear y yo aguardé nervioso su respuesta.

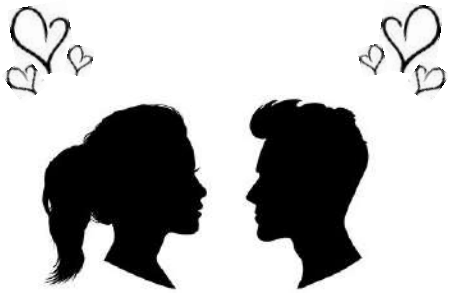
Cassey

Acepto la invitación, yo también me fío más de mí que de ti.
Esta vez elijo yo el sitio, te mando ubicación.
Y lo de escuchar a Eddie hasta cogerle el gusto… No te prometo nada, prefiero tu voz a la suya, es mucho más personal, negaré ante Eddie haber dicho esto nunca, así que este mensaje se autodestruirá en cuanto me aparezca el doble check para no enfrentarme a una posible demanda.
Nos vemos mañana, señor King.

Demasiado tarde, he hecho captura y ahora puedo chantajearte.
Como siempre, deseando verte…
Dulces narcisos, Caramelo salado.

Cassey respondió con el emoji de la peineta junto a un caramelo, y yo le mandé un pequeño demonio y un corazón ardiendo, que era justo como me sentía ahora: quemándome en un infierno por la persona que no debería.

Capítulo 17



—Si le mandaste esa foto, tuvo que estar pajeándose toda la noche como un mono —comentó Akon, mordiendo una manzana.

Acababa de darse una ducha y ahora estaba plantado frente a mí, apoyado en la isla de la cocina, a la par que yo degustaba una taza de café humeante.

Mi amigo había salido a correr y, para mi sorpresa, Ashley, quien ahora corría la misma suerte que Akon hacía unos minutos, lo había acompañado a hacer una carrera por la playa.

Todos sabíamos que Ash era animal de gimnasio desde que dejó a las animadoras: clases de *spinning*, zumba, *Body Combat*... Cualquier cosa que incluyera las palabras actividades dirigidas e incluyera música, el problema es que cerca de mi casa no había gimnasio y, a falta de lugar para entrenar…, bueno era el *running*.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me dijo que se la mandara...

Cuando le escribí a Jayden, lo hice desde el salón, después de meditar muy bien con mis amigos qué ponía en el mensaje.

—Por eso mismo lo digo. Mente de tío igual a mecanismo de chupete…

—¿Mecanismo de chupete?

—Fácil, sencilla y le encanta que se la chupen.

—¡Oh Dios, Ak! —Él rio entre dientes.

Ashley apareció envuelta en una toalla y Akon casi se atragantó al verla. Ella caminó muy decidida hasta el chico de la manzana, le cogió la pieza de

fruta mirándolo a los ojos, le dio un bocado más que tentador y se la devolvió con un lametazo por donde había caído parte del jugo al morder.

—La tienes un pelín blanda y harinosa, me gustan más firmes, crujientes y jugosas.

«Madre mía, ¡que el canario acaba de comerse al gato!».

—Lo que buscas, con esas características, no está en mi mano. ¿Por qué no pruebas más abajo? —gruñó él. Ella le sonrió sibilina, alzando una ceja para ir al frutero a por su propio desayuno.

—¡¿Cuándo vais a follar?! —exclamé sin poder aguantarme.

—Yo espero que el finde —admitió Ashley, llenando a Akon de perplejidad—. En la gala a la que nos invitó el señor Hill habrá mucho hombre, estoy segura de que alguno cumplirá con mis exigencias. —Ak dio un bocado tan bestia a la fruta que creí que se llevaba media—. ¿Has pensado dónde llevarás a comer a Jayden?

—Ajá. —Cogí el móvil y le enseñé el restaurante.

—Yo optaría por un lugar mejor —sugirió Ak.

—¿Un lugar mejor? —pregunté incrédula.

—Le he estado dando muchas vueltas y, con lo que sabemos, es mejor que la conquista tenga lugar en sitios sencillos donde él pueda sentirse él mismo. —Tenía sentido—. Vístete de *sport*.

—¿*Sport*? ¡No hago deporte desde el instituto! —protesté.

—Así tendrás las arterias —masculló mi amiga—. Por suerte, yo sí.

—¡Y me quedará dos tallas más pequeña!

—Esa es la intención… Vamos a darle al señor King motivos para pecar.

Lanzó la manzana roja al aire y le dio un mordisco tan potente que una gota descendió por su barbilla.

Akon apareció de la nada, tomó a Ash de la nuca y pasó su ancha lengua por el recorrido húmedo que había trazado el jugo.

Hasta mi kiwi pidió macedonia. ¡Puto Akon!

Ashley gimió y él la miró con suficiencia.

—Demasiado ácida para mi gusto, me van más dulces.

Acto seguido, se largó sin esperar respuesta, directo a su cuarto para cerrar la puerta audiblemente.

—¡Joder! —bramé incontenible.

Ashley se limpió el rastro de saliva.

—¡Es un capullo!

—Es un tío con ganas de ti —la corregí—, exuda sexo caliente por cada poro y te garantizo que, si quisieras, ahora mismo bucearía entre tus piernas.

—No es verdad, lo único que le pasa es que está acostumbrado a que todas las tías pierdan el culo por él, y como yo paso, se desespera, no entiende que haya una que se le resista.

—Eso de que pasas…

—¡Paso! —espetó seria.

—Vale, vale, lo que tú digas —respondí, alzando las manos con rendición. El pecho de Ashley subía y bajaba demasiado rápido y las pupilas se le habían dilatado tanto que un único halo fluctuaba a su alrededor—. ¿Y te vas a quedar con el lametazo? —la piqué.

—Por supuesto que no, voy a por su mecanismo de chupete. Vamos a mi domitorio a buscarte algo de ropa.

Nos detuvimos en su habitación, que estaba enfrente de la de Akon.

Ash abrió la puerta de la de nuestro *amisocio* sin avisar y este…

Oh, my God! ¡Todo eso era Snickers! Me di la vuelta azorada y apreté los párpados con fuerza.

¡Se estaba haciendo una paja de cara a la puerta y en mitad de la estancia!

Pícnic en el parque, ven de *sport*.

Había cosas que los amigos nunca deberían ver, y ver a Akon menearse el rabo era una de ellas. Sin embargo, Ash se quedó ahí, de pie, mirándo cómo le daba al manubrio.

Oí la maldición que lanzó él seguido de un «¿es que no sabes llamar antes de abrir?» y a ella responder un «en la toalla también cayó zumo de

manzana; cuando acabes de pelarte el plátano, también me la lavas».

Cerró de un portazo y desfiló por mi lado en pelota picada hasta el interior de la habitación donde fue a por una bata.

Entré con rapidez y cerré a mis espaldas. ¡Joder con la menudita de Ash, era más áspera que la tos de un soldado!

—¿Acabas de quedarte desnuda delante de Ak? —Ella se dio la vuelta atándose la lazada.

—Ya me ha visto antes, ¿no recuerdas nuestro baño el día de la graduación? ¿Cuando nos colamos en la piscina y ninguno llevaba bañador?

—Tengo lagunas, hay ciertas partes muy borrosas, estaba demasiado borracha.

—Mejor, hubo cosas que es preferible no recordar. Vamos a por tu atuendo.



Un par de horas más tarde, estaba sentada sobre una manta a cuadros con un top deportivo que desbordaba mis tetas por arriba y un *short* que proclamaba un: «Lee mis labios».

Cuando Jayden me vio, tuve la impresión de que se quedó con las ganas de preguntarme si me patrocinaba American Express.

Aunque había valido la pena solo por ver la tensión que se advertía bajo su pantalón corto.

Después de pasar por las manos de Ashley, le mandé un mensaje además de la ubicación.

Me respondió con un «Genial», además de un emoticono de pulgar hacia arriba, un guiño y un beso.

Apareció a la hora señalada, con un pantaloncito tipo *runner*, camiseta de tirantes *oversize*, gorra de béisbol, una pelota de futbol americano en una mano y una botella de vino helado en la otra.

Yo me había recogido el pelo en una coleta y lo esperaba con una cestita rollo Caperucita, con muchas ganas de ser la comida del lobo.

Me saludó con un beso, como ya era habitual entre nosotros, y al impactar contra su torso, noté que mis pezones le daban los buenos días. ¡Malditos traidores!

Me ayudó a colocar la manta y me comentó que le había resultado tan sorprendente como agradable que lo citara en el Echo Park. —Minipunto para Ash.

—Pensé que te pillaba cerca de casa y que con el buen tiempo que hace es una pena encerrarnos en un local.

—Tienes razón, con la línea 2 de bus son quince minutos desde mi casa; cuando el trayecto es corto, no cojo la moto. He traído vino.

—No hacía falta, pero gracias. —Sonreí. Todavía no había sacado nada de la cesta, lo único que podía hacer era recrearme en la compañía.

—¿Anoche escuchaste nuestra canción? —No iba a decirle que sí, que me la puse en bucle como una idiota hasta quedarme dormida, imaginando que era él quien me la cantaba con su voz rasgada, en lugar de Ed Sheeran.

—Estaba demasiado cansada. Y tú, ¿hiciste los deberes?

—Un poco, marqué las canciones que me gustaron de tu *playlist* y se la pasé a Camille para que marcara las suyas; esta mañana me las ha enviado, espero que nuestro gusto musical no te parezca pésimo.

—Qué va. Piensa que ya estaban preseleccionadas por mí, así que seguro que habéis escogido bien. ¿No pasó la noche contigo? —pregunté prudente, pellizcándome el labio.

—Tenía guardia, lamento decirte que la noche la pasé contigo —susurró, descorchando la botella de espumoso al mismo tiempo que mi corazón salía despedido junto al corcho.

—¿Co-conmigo?

—Sí, no sé, no pude dejar de soñar y aparecías tú, aunque desde ya te digo que no fue algo agradable.

—¿No? —pregunté con la boca seca.

—No. Estábamos en un estanque rodeados de pirañas, a ti te mordía una donde la candidiasis y tenía que llevarte en moto al hospital con el pez coleteando en mi culo, y Ed Sheeran nos perseguía porque se había filtrado

tu mensaje de anoche y quería demandarte. Una puta locura. —Abrí la boca y boqueé varias veces. Él estalló de la risa—. Es broma, mujer, perdona, tendrías que ver la cara que has puesto…

—¡Será posible!

Me abalancé contra él sin pensar. Suerte que Jayden tenía reflejos y apartó la botella antes de que se derramara. Terminamos rodando por la hierba para acabar con su cuerpo apretado encima del mío.

Sus manos me agarraron las muñecas por encima de mi cabeza para que no le pegara. La gorra cayó olvidada en algún punto, por lo que el pelo alborotado descendía sobre aquella preciosa mirada chocolate encendiendo mi sonrisa.

Ni siquiera sé cómo había rodeado su cintura con mis piernas, solo que lo estaba haciendo y su epicentro crecía en toda mi necesidad.

—Te dije que esa ropa funcionaría. —Escuché a Ash por el pinganillo.

Esa vez no llevaba el broche porque hubiera quedado raro. Mis amigos estaban camuflados unos metros más allá, tras un árbol.

—Esta foto no tiene desperdicio, lo tienes a tiro, ¡bésalo, Crash! ¡Ya es nuestro! —Ese era Akon.

Miré la boca de Jayden, tan plena, perfecta y el deseo me embargó más allá de la maldita foto.

Alcé un poco el cuello y él se puso en pie con una facilidad pasmosa antes de que lo alcanzara.

Fuck! Acababa de hacerme la cobra y me sentía como una jodida tortuga octogenaria que ha caído sobre su caparazón.

Sonrojada por la incomodidad del despecho, en lugar de aceptar su mano, me di media vuelta estilo armadillo y regresé a gatas a mi sitio.

—Tierra llamando a Cas, se te sale media nalga por un lado —me advirtió mi amiga.

«Pues que lo disfrute quien lo vea», mascullé para mis adentros abochornada. «¡Qué vergüenza!».

—¿Quieres un poco de vino? Pareces acalorada… —preguntó el cazafortunas de Jayden llenando una de las copas.

«¡No tienes ni idea de lo que parezco, pedazo de alcornoque!».

—Claro —acepté con una sonrisa forzada.

—No me tengas en cuenta lo de antes, soy muy de la bromas, y tú me lo has puesto a huevo. ¿Hacemos las paces? —me ofreció, entregándome la copa llena.

—Por supuesto; al fin y al cabo, no quiero perder el trabajo…

—Yo nunca haría que te despidieran por algo que he provocado yo mismo.

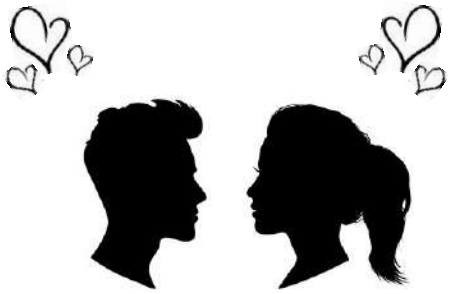
—¿No? —pregunté, mordiéndome las ganas de darle su merecido—. ¿Hiciera lo que hiciera?

—Hicieras lo que hicieras —constató.

—En ese caso…

Le arrojé el contenido de la copa a la cara con rabia, y no sé si fue peor el remedio o la enfermedad.

Capítulo 18



Jayden

Me levanté empapado en vino.

Cassey saltó como un resorte y se puso a correr por instinto al ver mi espíritu depredador.

Me quité la camiseta, limpié mi cara, la arrojé a un lado y fui directo a por ella, quien corría, reía y se escondía entre los árboles deseando que le diera caza.

Reconozco que podría haberla atrapado en un abrir y cerrar de ojos. Si no lo hice, fue para alargar el momento y disfrutar del sonido de su risa reverberando en mis oídos, o el modo en que se arrebolaban sus mejillas por el esfuerzo.

A los cinco minutos, mi planificadora nupcial hiperventilaba. Alzó la bandera blanca de la rendición en formato manos alzadas, mientras yo la alcanzaba sin esfuerzo y la envolvía en un abrazo inmovilizante. ¡Qué bien la sentía entre mis brazos y tan pegada a mí!

—¿Estás segura de que te rindes? —pregunté con su cara aplastada en mi torso.

—No podría correr ni un cuarto de milla más, mi forma física es deplorable, Ashley dice que si fuera a su gimnasio, me pondrían en la clase de los de la tercera edad nivel principiante.

—Eso es porque no tienes a nadie que te entrene y te dé la suficiente motivación.

—¿Te estás postulando a ser mi entrenador?

«Quiero ser lo que tú necesites que sea en cada segundo de tu vida», el pensamiento acudió a mí con la velocidad del rayo, igual de fulminante. Todo lo que le concernía a ella era como una explosión, una bola de energía que me arrollaba por dentro. Me había pasado cuando rodamos por el césped y Cas quedó justo debajo de mí; sentí unas ganas irrefrenables de besarla y me empalmé, por lo que tuve que levantarme antes de lo que habría deseado o tendría que haber dado demasiadas explicaciones.

Cada vez que entraba en mi punto de mira, me volvía irrefrenable.

La solté.

—Podría entrenarte —aseveré—, el día que quieras me llamas y empezamos, aunque te advierto que soy bastante despiadado.

—Puedo hacerme una idea... —Rio repasándome—. ¡Madre mía, ¿todo eso es tuyo?! —Uno de sus dedos trazó mis abdominales arrugándome por dentro—. Tendremos que hacerte un traje a medida y procurar que no te dé mucho el sol, no vaya a ser que te derritas —comentó repasando los ocho cuadraditos.

Tuve ganas de pavonearme, de flexionar los músculos como uno de esos que no dejan de hacer posturitas, pero refrené mi complejo de pavo real y obvié lo de agitar las plumas.

Volvimos a la manta y nos acomodamos, estaba sudando al verla con ese atuendo de lo más minúsculo.

—¿Eres más de traje o de chaqué? —cuestionó yendo a por la cesta.

—Soy más de ir desnudo por casa.

—Me parece que una boda nudista, en un apartamento minúsculo, no sería lo más recomendable para tu suegro. —Reí al imaginar la cara que pondría.

—En eso te doy la razón. Respecto a lo otro, estoy en tus manos: me pondré lo que digas.

—Me parece bien.

Se puso a sacar la comida de la cesta, eran pequeñas cajitas de porciones de algún *catering* que yo desconocía. Aunque mi atención estaba puesta en

la panorámica de su trasero, que parecía querer engullir el minúsculo pantalón. Yo también quería engullirlo. Me imaginé bajando la prenda despacio para mordisquear la carne que ocultaba.

Necesitaba pensar en otra cosa con urgencia o volvería a ponerme más tieso que un gato de escayola.

—¿Preferirías ser la persona más alta o la más bajita del mundo? —pregunté al azar.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Una que requiere tu respuesta. —Ella se lo pensó.

—Creo que la más bajita para poder colarme por cualquier parte, seguro que descubriría cosas de lo más interesantes…, además de gastar poco dinero en ropa… —«¡No digas esas cosas que justo intento obviar la que llevas puesta!»—. ¿Beberte una sopa fría o tomarte un refresco caliente? —Siguió ella girando su preciosa cara hacia la mía.

«¡Puto calor sofocante!».

—Sopa fría, ahora mismo cualquier término que implique calor está descartado… —Ella sonrió—. ¿Tener algo siempre dentro del ojo o de la oreja? —cuestioné.

—Uf, ahí digo ojo, lo de la oreja lo he probado y resulta de lo más molesto… —carraspeó.

—¿En serio? ¿Y qué era? ¿Un tapón de cera?

—Dos —concluyó resoplando—. ¿Tener tu yate privado o tu avión privado?

«¿Qué tal tenerte a ti?», eso no se lo podía decir.

—Prefiero el transporte público o mi moto, pero si no me queda más remedio, creo que avión, más que nada por el tipo de muerte, odié cómo Jack se ahogó en *Titanic*.

—La culpable fue Rose, será que no había sitio en la puñetera tabla… —gruñó arrancándome una sonrisa—. ¿Peli de dibujos favorita?

—*La Cenicienta*. —Cas soltó una carcajada.

—Ahora en serio.

—Es en serio, me flipa. —Sus ojos de por sí expresivos parecieron sorprenderse todavía más.

—Pensaba que dirías algo rollo *El Rey León* o *El libro de la Selva*... A mí me chifla Pumba.

—Pues yo siempre fui muy fan del Hada Madrina, me encanta conceder deseos, ¿tú tienes alguno que pueda concederte? —pregunté ronco, viéndola llevarse una uva a la boca.

—Ahora mismo, comer, solo llevo un café en el cuerpo y, aunque ayer comimos mucho, mi estómago opina lo contrario.

—En eso puedo ayudarte. —Cogí un canapé que olía delicioso y se lo puse entre los labios. Ella masticó sin dejar de mirarme y, aunque corrí peligro de esguince en la entrepierna, seguí con la tortura hasta que ella se dio por satisfecha.

No me puse la camiseta mientras duró la comida. Me complacía demasiado ver su mirada oscurecida paseando sobre mi piel, el color de sus ojos era cambiante, lo que me tenía completamente fascinado porque parecían tener un lenguaje propio que deseaba descodificar solo para mí.

Recogimos en un plis plas. Cas estaba ligeramente achispada con el vino y no dejaba de reírse mientras tirábamos los envases vacíos en la papelera.

Le propuse enseñarle a lanzar la pelota de fútbol para bajar la comida y gocé de lo lindo restregándome contra su trasero. Ni siquiera sé cómo no atravesé la fina tela del pantalón. Fue un tormento más que delicioso, acabamos sudorosos, con las miradas un pelín encendidas y sonrisas incandescentes prendidas sobre el otro.

Cas celebró los tiros decentes como auténticos *touchdowns*, lo que le arrancó miles de sonrisas que capturé en fotogramas mentales que guardaría siempre. Sacudió los brazos y puso fin a la primera clase.

—¿Cansada?

—No, es que tenemos una carrera por delante y no podemos llegar tarde —comentó, atrapando su labio inferior entre los dientes.

—¿Carrera? ¿Qué carrera? —Señaló el lago. Yo arrugué el ceño.

—Red Bull ha organizado una de hidropedales en el lago, pensé que te gustaría como actividad para bajar la comida, por lo de tu espíritu competitivo, y nos he apuntado.

—Estás de puta broma, ¿no? —Negó. Me pareció muy tierno.

—¿Qué pasa? ¿Al señor musculito le dan miedo las carreras en cisne por si se cae al agua y se convierte en Jack?

—Para nada, sé que tú no eres Rose y jamás me dejarías tirado. —Ella me miró de una manera tan adorable que me mordí las ganas de no comerle la boca como quería.

—Entonces, vayamos.

Enfoqué la vista sobre el agua. El lago era famoso porque mucha gente quería subirse a esos hidropedales con forma de cisne que de noche se iluminaban.

—Muy bien —acepté. Le tendí la mano y ella entrecruzó sus dedos con los míos. El balón estaba en la cesta y yo la cogí con la mano libre.

Bajamos hasta la zona donde las parejas se arremolinaban en busca de su dorsal.

Cassey dio nuestros nombres en la mesa, nos otorgaron uno que prendí a mi camiseta y un número de cisne.

Me parecía una locura, una deliciosa, divertida e increíble locura, bastante propia de mí.

Ayudé a Cas a subir y después me monté yo. El recorrido estaba ya marcado para que no hubiera pérdida. Pedalearíamos en grupos de cinco para evitar accidentes. El mejor de los cinco se clasificaba para la siguiente ronda hasta llegar a la final. En total deberíamos competir tres veces.

—¿Listo? —preguntó con los ojos fulgurantes.

—Nací listo, Caramelo Salado—. Ella sacó la lengua y yo la imaginé enredada en la mía. ¡Malditas ganas de saborearla!

«Jayden, te casas en tres semanas, no puedes besarla», me reprimí.

En cuanto dieron el pistoletazo de salida, me vi pedaleando con todas mis fuerzas mientras ella no podía dejar de carcajearse. Le reñí alguna que otra

vez, porque dejaba de mover las piernas y ella se lo tomaba a guasa, mientras que yo era un picado.

Como era de esperar, terminamos con el mejor tiempo y logramos clasificarnos para la semifinal. Volvimos a superar a todos nuestros contrincantes, lo que nos llevó de cabeza a la final.

—Esos de ahí son los más duros —señalé, apuntando a una pareja que iba a por todas y se había cruzado varias veces frente a otros oponentes.

—Me he dado cuenta. Según he escuchado a otra pareja, llevan tres años consecutivos ganando, vienen a entrenar todas las semanas. Lo mejor sería que saliéramos con ventaja y tomemos el interior de la curva para estar más cerca de la línea de meta, eso nos hará ganar algunos metros.

—Me gusta cómo piensas. Es una buena estrategia, ¿cómo sientes los cuádriceps y los gemelos? —le pregunté.

—Algo cargados…

—Déjame ver.

Estábamos sentados bajo la sombra de un árbol. Ella tenía la espalda apoyada contra la corteza, las rodillas flexionadas, y yo entre ellas. Froté las palmas de las manos para darles calor y me puse a masajearle las piernas. Cas se contrajo ante el contacto, y a mí me encantó amasarla. Le iba a dar alivio, estaba seguro, pero a mí un motivo para tener poluciones nocturnas.

Cas se relamió los labios y yo, joder, no podía estar más excitado...

Ascendí las palmas hasta el límite del decoro, alcanzando las ingles, y ella jadeó.

—¿Te he hecho daño?

—Al contrario —resolló. Tragué con esfuerzo acariciándola con pasadas lentas y uniformes, hasta que volvió a jadear. Los pezones se le marcaban y a mí estaba poniéndome malísimo su forma de respirar.

—Finalistas, ¡a vuestros cisnes! —proclamó una voz antes de que pudiera cometer una tontería. Intenté recolocarme la erección con disimulo y le tendí una mano para ayudarla a levantarse.

—¿Sientes las piernas algo mejor? —carraspeé.

—Ahora mismo parecen gelatina, no sé si van a sostenerme las rodillas, se te dan demasiado bien los masajes. ¿Quién te enseñó?

—Aprendí del mejor. Papá siempre masajeaba a mamá cuando llegaba a casa, y dicen que mirando se aprende.

—Estabais muy unidos, ¿verdad?

—Sí. Los echo mucho de menos, hay días que la pérdida se sobrelleva mejor que otros. Venga, vamos a por ese premio y dejemos de hablar de cosas tristes.

Besé su mejilla, y Cassey me sonrió. Tomamos posiciones, y le di un apretón cabeceando hacia nuestros rivales a batir. Ella asintió.

—*Are you ready?* —cuestionó el organizador de la carrera. Todos movimos afirmativamente la cabeza—. *Go!*

Arrancamos con ímpetu, tal y como habíamos planificado. Logramos un ritmo bastante bueno y posicionarnos en el lado de la curva, el problema era la pareja número doce, que estaba acercándose demasiado a nosotros.

—¡Más duro, Cas! —espeté.

—¡Me arden las piernas!

—Después te compenso con otro masaje, sigue…

Ella las movió con insistencia, el sudor perlaba su frente y algunos mechones se le habían desprendido de la coleta dándole un aire rebelde. ¡Qué bonita estaba!

Me bastó un segundo de despiste para que la pareja doce nos alcanzara y golpeara nuestro cisne.

—¡Cuidado! —rugió Cassey, fulminándolos con los ojos, ellos ni se inmutaron.

Seguimos pedaleando e intentando no caer en el juego sucio de los otros, aunque era bastante difícil; si seguíamos así, no lo lograríamos. Cas parecía cansada, y ellos eran muy duchos.

—¡Quítate la camiseta! —gritó mi compañera de carrera exhausta.

—¡¿Cómo?!

—¡Tú quítatela! —Lo hice sin rechistar, Cassey les lanzó un improperio a nuestros rivales para llamar su atención. La mujer giró el rostro hacia mí y

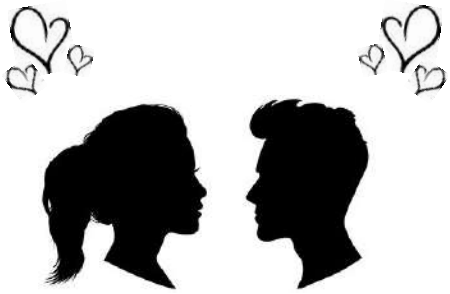
frenó de golpe el pedaleo—. Maniobra de distracción, arrójale la prenda —masculló Cas incitándome. Le tiré la camiseta y la señora la atrapó al vuelo, ganándose una buena bronca de su marido, que la espoleaba a seguir mientras los dejábamos atrás—. El cerebro femenino se funde cuando mezclas una buena tableta de chocolate con el torso de un tío al que te dan ganas de saborear.

—¿Te doy ganas de saborear?

—Me pareces de lo más comestible, y a ella también se lo has parecido, y ahora deja de intentar que te regale los oídos con algo más que evidente para todas las mujeres que habitan en la Tierra y dale gas. ¡Red Bull nos da aaalas! —canturreó.

Puede que Red Bull nos las diera, pero Cassey me hacía volar.

Capítulo 19



Cada vez me quedaba más claro que lo de hoy solo había sido una excusa para vernos, ni siquiera perdimos un segundo hablando de la lista de temas musicales: pasamos el día tonteando, riendo, jugando y la tensión fraguándose entre nosotros. Si tuviera que ponerle banda sonora al día, escogería *A Fuego Lento*, de Rosana, una cantante española que le gustaba a mi madre y la cual me puso en bucle durante una época de mi vida.

A fuego lento tu mirada.
A fuego lento tú o nada.
Vamos fraguando esta locura.
Con la fuerza de los vientos y el calor de la ternura.
Sigue el camino del cortejo.
A fuego lento, a fuego viejo.
Sigue avivando nuestra llama.
Con todo lo que te quiero y lo mucho que me amas...

—¿Está tarareando otra vez? —cuestionó Ak al otro lado del pinganillo.

—Eso parece, y en español…

—Esto es grave…

—¿Queréis callaros de una maldita vez? ¡Os estoy oyendo!

—Y nosotros a ti —respondieron al unísono.

—Crash, voy a decirte esto solo para darte un pequeño baño de realidad y porque soy tu amigo… Eres consciente de que Jayden King es tu objetivo y no un tío del que te puedas enamorar, ¿verdad?

La pregunta me supo a cuerno quemado. Me estaba cambiando de ropa en el baño de una cafetería, no podía presentarme con las pintas que llevaba en la academia de baile, así que le pedí a Jayden hacer una parada para tomar un café y cambiarme de ropa.

—La duda ofende —mascullé entre dientes—. Yo no me enamoro, Akon, solo estoy jugando las cartas para que él quiera echarme un polvo y podamos cazarlo. Nada más —comenté abrochándome el mono fluido de escote halter en azul royal.

—No te cabrees, me preocupo por ti.

—Y yo —masculló Ashley.

—Pues no tenéis por qué. Tengo muy claro que esto es un trabajo y que lo estoy haciendo con un fin muy concreto. No he perdido el norte.

—¿Segura? Porque yo te he visto repasar al señor King de Este a Oeste y pararte muy al Sur —se jactó Ak.

—Eso es porque busco sus puntos débiles, una tiene que estar preparada y conocer al enemigo al cien por cien… Y callaos ya, que tengo que volver con él o llegaré tarde a la clase de baile.

Abrí la puerta del urinario y fuera estaba una mujer esperando, miró hacia dentro del cubículo como si esperara que saliera alguien más.

Sentí la necesidad de darle alguna explicación y señalé mi oreja.

—Me estaban hablando.

—Yo a veces también escucho voces en mi cabeza… —comentó con una risa espeluznante que me hizo salir echando leches del baño mientras mis amigos se partían la caja.

Entramos en la clase riendo, al recordar la cara que se le quedó a la mujer de la pareja doce cuando Jayden le arrojó una camiseta que no le devolvió. Le compré una en una tienda de recuerdos de *I love Los Ángeles*, con las letras estampadas con la bandera americana, porque me sentía culpable por la pérdida. Teníamos prisa y era la única que tenían de su talla.

Al salir del probador, Jayden me preguntó cómo le quedaba. «Muy patriota», respondí yo entre risas y le dije a la dependienta que nos la cobrara.

—Si yo tuviera un novio así, también lo haría ir sin camiseta por todas partes. —Me sonrió cómplice, ganándose una risita por parte de Jayden, quien no la sacó de su error.

La sonrisa se me cortó de golpe al ver que Camille ya estaba dentro y nos observaba de brazos cruzados con un rictus indescifrable.

—Hola, amor —la saludó Jayden, ofreciéndole un abrazo y un beso en el pelo, mientras yo sujetaba el trofeo con forma de cisne algo cohibida.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando la estatuilla.

—Ganamos la carrera popular en hidropatín de Red Bull. Fue alucinante —respondió Jayden.

—Vaya, y yo que creía que habíais quedado para elaborar la lista de canciones para nuestra boda…, y resulta que era para otra cosa.

Su tono agradable era un poco más rasposo, también lo sería el mío si mi futuro marido pasara un día como el nuestro con su *wedding planner*, y eso que ella no había visto ni la mitad de las cosas.

—Eso también lo hemos hecho —admití, queriendo quitarle un poco de hierro. Estaba bien sembrar la duda en la pareja, pero no podía jugarme el puesto de trabajo y que me despidiera antes de que lo desenmascarara—. Es que nos sobraba una hora y creí que estaría bien buscar una actividad que pudiera relajar a Jayden; los novios suelen ponerse bastante tensos si solo hacen cosas relacionadas con la boda.

Ella pareció relajarse y me ofreció una sonrisa templada agarrando por la cintura a su prometido.

—Tienes razón, qué hombre no se estresa con ese tipo de cosas, además, a Jay siempre le ha encantado hacer deporte, bien pensado Cassey.

Al verlos cogidos de aquel modo tan cariñoso, me arrugué por dentro.

«Cas, ese tipo es un cazafortunas y es tu objetivo, no puede gustarte a nivel afectivo. Estás interpretando un papel y él también. Quiere abusar de la confianza y del amor que le profesa esta buena mujer, y tú tienes que ajusticiarlo», me recordé.

Volví a centrarme en ella.

—¿Ya has conocido a Sophie? —La novia asintió.

—Es muy agradable, me ha dicho que los años que hice danza seguro que me facilitan la coreografía que he escogido, espero que no te importe, pero ya tengo la canción y es perfecta.

—¿Cómo va a importarme? Es tu baile, tienes que sentirte cómoda y es trabajo avanzado. Así evitamos que el pésimo gusto musical de Jayden haga estragos…

—Ey, que yo tengo un gusto impecable, no es culpa mía que Ed Sheeran no te guste.

—¿No te gusta Ed Sheeran? —cuestionó Camille incrédula.

¡Claro que me gustaba, pero no podía revelar el jueguecito que me traía con Jayden! Por suerte, la coreógrafa hizo acto de presencia y me salvó de dar una explicación poco convincente. Sophie era una bailarina muy reconocida y había participado creando las coreografías de múltiples espectáculos de Broadway.

—Hola, soy Sophie Thomson. —Extendió la mano y se la estrechó al novio.

—Encantado, Jayden King.

—Y usted es la señorita Sully, imagino.

Solo habíamos hablado por teléfono, así que no nos conocíamos.

—Exacto, gracias por hacernos un hueco, sé que va hasta arriba de trabajo…

—Sí, bueno, lamento solo poder trabajar con los novios una hora durante las próximas dos semanas, pero es que después me marcho a Las Vegas y me es imposible. He estado hablando con la señorita Grosvenor y su trabajo tampoco le da mucho margen; los días que tenga guardia no podrá asistir, así que hemos acordado que, cuando ella no pueda venir, usted la reemplazará.

—¿Yo? —tragué con firmeza.

—Perdona, no he tenido tiempo de comentártelo, Cassey. Sophie y yo creemos que es lo mejor, ella grabará las sesiones con el móvil de Jay y después me pasarán los vídeos, así yo podré ir practicando cuando pueda; como te he dicho, bailar se me da bastante bien. Espero que no te importe,

Cassey, el hospital no me deja mucho margen... —masculló con preocupación.

—No, yo… Bueno, en fin, que lo entiendo, además, me pagáis para ayudaros… —Miré de reojo a Jayden, que tenía la vista puesta en mí—. Haré lo que pueda, yo no fui a *ballet* de pequeña… —Camille se soltó de su chico y vino hasta mí para abrazarme con efusividad.

—Ay, Cassey, eres la mejor, ¿verdad que lo es, Jay?

—Definitivamente, lo es —murmuró ronco sin dejar de contemplarme de aquel modo que me calentaba la sangre.

—¿Puedo saber qué tema y *coreo* has elegido? —carraspeé. Ella me sonrió ampliamente y le brillaron los ojos.

—¿Cuál es mi peli favorita? —preguntó, regresando al lado de su chico.

—¡No jodas! —Ella asintió con vehemencia. Me puse nerviosa, solo esperaba que no me saliera con una peli rollo Bollywood—. Si tengo que bailar algo coreografiado, quiero que sea *Time of my life* y que me levantes, como Patrick Swayze…

«¡Dios mío!», casi me mareé cuando mi cerebro recreó la escena del salto en el agua siendo Jayden y yo los protagonistas.

—Y para ello contaremos con la inestimable ayuda de Raúl —explicó Sophie, dando paso a un bailarín bastante apuesto de rasgos latinos que tenía una sonrisa impactante—. Él nos ayudará con la parte del señor King y bailará con la señorita Sully los días que la doctora Grosvenor no pueda asistir.

—Qué bien, Cassey, un chico guapísimo enterito para ti, mi organizadora de bodas está soltera, ¿tú también? —preguntó interesada Camille, ejerciendo de casamentera.

—Pues sí —corroboró él. Ella me guiñó un ojo, y Raúl me observó con interés renovado mientras estampaba un par de besos en mis mejillas.

—Un placer. —Sonrió.

Enrojecí porque no esperaba la situación, ni mucho menos la mirada acuchilladora que le dedicó el futuro novio a aquel nuevo elemento en la ecuación.

—Muy bien, pues ahora que nos conocemos todos, ¿qué os parece si empezamos con los primeros pasos? Señoritas, conmigo. Raúl, tú con el señor King.

Madre mía, menudo día que llevaba, me dolía todo el cuerpo y encima la mirada de Jayden había estado puesta en mí casi todo el tiempo, lo que me hizo tropezar en más de una ocasión y que a él le llamaran la atención por estar distraído.

Cuando terminamos la sesión, Camille salió con Sophie para cuadrar la agenda y los pagos.

Raúl se quedó a mi lado y me felicitó por el esfuerzo.

—Parezco un pato mareado.

—Qué va, esto es cuestión de práctica; si te apetece, podemos quedar algún día y te doy clases particulares. aAdemás, podríamos ir a tomar algo después…

Vaya, el bailarín no perdía tiempo.

Jayden, quien no estaba muy alejado, vino hasta nosotros antes de que respondiera.

—Ramón, ¿verdad?

—Raúl —le corrigió con amabilidad.

—Eso, Raúl. Disculpa que haya escuchado vuestra conversación y me entrometa, pero igual te has perdido la parte en la que tu jefa ha comentado que, cuando Camille no esté, yo bailaré con Cas, así que gracias por tu ofrecimiento, pero yo me ocupo, vamos muy justos de tiempo, así que ensayaremos cuando la organización de la boda nos lo permita. —El chico se rascó la cabeza, incómodo.

—Oh, claro, vale, no pasa nada… ¿Y podemos quedar para tomar algo cuando termines tu jornada laboral? —insistió él sin darse por aludido. Contuve una sonrisa al ver cómo Jayden fruncía el ceño y apretaba los puños. ¿Eso eran celos? En ese instante me sentía como una *fucking* diosa.

—Me enfrento a unas semanas de locura y llego bastante cansada a casa; como ha comentado Jayden, mis veinticuatro horas están enfocadas a su enlace hasta que termine la boda.

—Es en un mes, ¿no? —se interesó él.

—Exacto.

—Entonces queda pendiente la invitación para cuando termines el trabajo. ¿Te parece?

—Muy bien, después de la boda te debo un café.

—O una cena con baile después. —Me guiñó un ojo y me dio otro par de besos para despedirse—. Nos vemos el lunes, practicad mucho.

Raúl se marchó y Jayden resopló.

—¿En serio vas a quedar con él? —quiso saber.

—No lo sé. ¿Importa?

—A ver, es tu vida y puedes quedar con quien quieras, pero se le ve a la legua del palo que va y lo que busca.

—¿En serio? Pues a mí me ha parecido muy majo.

—Un majo que te ha estado comiendo con los ojos. —Me eché a reír.

—¿Sabes que pareces un novio celoso? —Jayden se puso tenso.

—No digas tonterías, es solo que no quiero que te hagan daño. Me caes bien, Cassey, te he cogido afecto.

—Yo también, se te quiere con facilidad —admití sin caer en que mi reflexión se podría malinterpretar. Sus ojos se llenaron de oscuridad y a mí me tembló el labio inferior cuando escuché la reflexión que nos alcanzó desde la puerta.

—Es que mi chico es muy adorable… Ya te dije que en el hospital todas están locas por él. ¿Lo ves, Jay? Has enamorado hasta a nuestra *wedding planner*. —Camille estaba apostada en el marco y nos contemplaba con fijeza, llenándome de incomodidad.

Me sentí enrojecer hasta la raíz del pelo. Acababa de emerger un «Pillada» en toda regla que me había acelerado el corazón.

—Te recuerdo que falta media hora para la hora del cuento y cierta señorita querrá que pases a verla, así que nos tenemos que ir.

—Cierto —reconoció él, caminando con decisión hacia su prometida.

—¿Quieres acompañarnos, Cassey? —cuestionó Camille.

—No, yo estoy agotada y mañana tengo un día bastante ocupado, otro día...

—¿Mañana vais a quedar? —preguntó ella, fijando la mirada sobre Jayden.

—No —respondió rotundo—, mañana tengo asuntos laborales que atender.

—Bien, pues entonces nos vemos pasado mañana en la gala. ¿Mi padre te ha enviado las invitaciones?

—Tengo que pasar a recogerlas por su despacho mañana.

—Muy bien, nos veremos allí, y gracias por ser tan atenta y hacer que Jayden disfrute de todo esto, no todas las organizadoras de bodas se implican tanto ni buscan el bienestar de los novios.

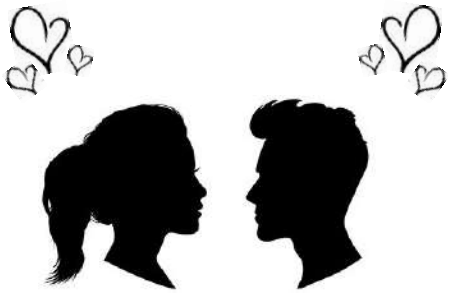
—Es mi trabajo.

—No, hay cosas que no lo son —respondió, haciéndome dudar de si era un cumplido u otra cosa que se escondía bajo aquella reflexión—. Hasta el sábado.

Jayden me ofreció una última mirada y me quedé mirándolos hasta que se marcharon.

Definitivamente, había cosas que no lo eran.

Capítulo 20



El señor Hill leía el detallado informe que había elaborado con algunas de las imágenes que consideramos más reveladoras. Entre ellas, un abrazo al atardecer con las letras de Hollywood de fondo. Jayden tumbado encima de mí en el césped comiéndome con los ojos. Su mano agarrándome de la tripa para enseñarme a lanzar mientras nos mirábamos a los ojos, o él entre mis muslos con las manos puestas demasiado cerca de mis ingles y mi rostro capturado en pleno jadeo. Esa última me había hecho enrojecer.

—Confieso que son bastante buenas, pero comprenderás que esto no es suficiente para que mi hija rompa el compromiso. Puede que otra mujer sí, sin embargo, Camille no lo hará, necesita pruebas irrefutables, estas no lo son, solo se intuye atracción.

—Este informe es para que veas los avances, te advertí que teníamos poco tiempo.

—Y también me dijiste que lo lograrías, estoy dispuesto a pagar más si se trata de dinero.

—No es un cheque lo que me mueve, sino mi afán por hacer justicia.

—Y por eso me gusta tu proyecto y tiene mi voto para que ganes el IABI, siempre y cuando me demuestres que lo que vendes no es humo. —Mi corazón dio una voltereta.

—No lo es.

—Muy bien, pues consigue algo más, un motivo de peso para que Camille no quiera volver a ver a ese perroflauta impresentable de King.

—Lo conseguiré. —Él me ofreció una sonrisa algo más relajada.

—Bien, aquí tienes las entradas que te prometí para el evento de mañana. —Desplazó un sobre por encima de la mesa—. Quiero que te apuntes al baile de los solteros.

—¿Qué baile?

—Es con fines benéficos, solo pueden apuntarse personas que no están casadas donando una cuantiosa suma que yo te voy a facilitar. —El señor Hill sacó la chequera y me tendió un talón por una cantidad exorbitante—. Lo facilitarás en la entrada para asegurarnos de que tu nombre entre en el bombo de las sorteadas.

—¿Van a sortearme?

—A ti y a todos aquellos que hayan hecho sus respectivos donativos. Tranquila, lo único que ocurrirá después del sorteo es que te tocará bailar en exclusiva con la pareja que designe la suerte, y no hace falta que te diga quién será la tuya, ¿verdad? —La boca se me secó.

—¿Puedes hacer eso?

—Querida, con dinero se puede lograr casi cualquier cosa.

—¿Y tu hija?

—Camille bailará con quien corresponde. No sé por qué esa chica se muestra tan reticente cuando siempre estuvo claro quién debía esperarla en el altar.

—¿Tu abogado? —El señor Hill alzó las comisuras de los labios.

—Debes pensar que soy un manipulador.

—Yo lo único que veo es a un padre que se preocupa por su hija. —Él asintió.

—Duncan y ella se gustaron, por lo menos, durante un tiempo. Creían que Thadeus o yo no estábamos al corriente, pero solo había que verlos juntos para fijarse en que ahí se estaba cocinando algo.

—Eso no lo sabía.

—Ni tú ni nadie. Algo pasó entre ellos porque cambiaron de actitud de la noche a la mañana, sobre todo, mi hija, y cada vez que quedábamos ambas familias, Camille lo ignoraba llenándolo de desplantes.

—¿No le preguntaste?

—¿Inmiscuirme en problemas de amor? Soy temerario para los negocios, no para los sentimientos. Es bien sabido que cuanto más te metes en el barro, más riesgo corres de ahogarte en él. Si te soy sincero, creí que se les pasaría, que era un enfado pasajero. No soy de esas personas a las que les gusta forzar la máquina, aunque lo parezca.

—¿Y qué pasó?

—Jayden Hill. De la noche a la mañana, mi hija se presentó en casa diciendo que se casaba y cuando vi de quién se trataba y tiré un poco de su hilo financiero, supe que solo iba a por su dinero. Ese tipo es un embaucador profesional, ni siquiera tiene un trabajo estable, solo ingresos esporádicos que siempre provienen de cuentas distintas y de dudosa procedencia. No tiene seguro médico, le embargaron la casa familiar y tenía tantas letras que podría haber empapelado ese minúsculo apartamento que renta cientos de veces. Mi hija es para él un modo de sufragar su economía, un salvavidas al que agarrarse. No sé cómo no quiere darse cuenta.

—¿Y no pensó en ofrecerle dinero para que desapareciera? A algunos les funciona… —lo tanteé.

—¿Y arriesgarme a que mi hija no me dirija la palabra nunca más? No, gracias, prefiero obtener pruebas irrefutables de que lo que digo es cierto. Puede que no sea el hombre que la engendró, pero la quiero igual o más que si lo fuera. Lo único que deseo es un buen hombre para ella, uno que la ame y la respete, no un desalmado que se quede con su herencia y su corazón. ¿Lo entiende?

—Por supuesto. —¿Cómo no iba a hacerlo? Si alguien podía comprender al señor Hill esa era yo—. Vamos a lograrlo, se lo prometo.

Él palmeó mi mano por encima de la mesa.

—Estoy convencido.



Media hora más tarde, Ak, Ash y yo paseábamos por Sunset Boulevard para ir en busca de un vestido de fiesta cuando lo vi…

El corazón me dio un vuelco al entrar en una tienda de vestidos de noche y ver a Jayden con una copa en la mano mientras una mujer que debía rondar los cuarenta y largos o cincuenta muy bien llevados, enjoyada y exuberante, le estaba haciendo un pase privado de ropa a lo *Pretty Woman* con bailecito incluido que hasta a mí me hacía sacar los colores.

—¡Cuerpo a tierra! —grité detrás de una columna, enfocando la mirada hacia Akon, que sobresalía por encima de uno de los percheros.

—¿Qué cojones…?

No le di tiempo a preguntar, tiré de mi amigo para pegarlo donde yo estaba y entregarle una pamela y unas gafas de sol de la mesa de los complementos.

—¿Qué pretendes que haga con esto? ¿De *Drag Queen*?

—¡Póntelo, pedazo de idiota, y saca la cámara! ¡Jayden está ahí!

—¿Ahí? ¿Dónde? —Hizo un amago de estirar el cuello y lo refrené, era demasiado alto para pasar desapercibido.

—En la sección de probadores privados, con una mujer que casi podría ser su madre, pero no lo es porque ambos sabemos que está muerta. Toma, envuélvete en esta *pashmina* para que no te reconozca.

—A ver… ¿Pretendes que me envuelva en un *foulard*, me ponga gafas de sol y un sombrero de mujer siendo un tío afroamericano que mide más de dos metros? ¿Pretendes camuflarme o que juegue al Quién es quién? —Lo miré mal, y la inconfundible risita femenina llegó a mis oídos.

—Oh, Jay-Jay, me habían dicho que eras bueno, pero no tanto, pagaría por tus servicios todo el oro del mundo… —Él rio ronco.

«¿Jay-Jay? ¿En serio?». Estuve tentada de salir ahí en medio y soltarle cuatro frescas a esa mujer. Pero ¿quién se pensaba que era? Ak me miró cambiando su expresión.

—¿Lo ves?

—Quizá Jayden sea *personal shopper*.

—Más bien personal chóped y esa no le echa pan al bocadillo. Tienes que grabar eso…

Mi amigo se puso todas las prendas que le di e intentó camuflarse como pudo entre la ropa para grabarlos.

—Cualquier hombre sería afortunado de estar contigo, Ava —susurró Jayden, y la mujer volvió a reír dando unos ronquiditos al más puro estilo Peppa Pig.

Yo maldije a todos sus ancestros y a los míos. ¿De ahí procedían los ingresos que decía el señor Hill? Ayer dijo que no podía quedar por motivos laborales...

—Eres un truhan, ambos sabemos que no es cierto, aunque te agradezco que me lo digas, vales cada euro que me cuestas y Mia tenía razón: tus servicios son el sueño de cualquier mujer hecho realidad.

—Ya te lo dije, mi función es cumplir cada uno de tus deseos.

¿Qué más evidencias necesitaba? ¡Jayden era puto, y a mí me miraba como al resto!

—Crash, he encontrado un vestido maravilloso que te sentará como un guante, Jayden no podrá quitarte ni las manos ni los ojos de encima durante toda la noche. —Ashley emergió de la nada para correr la misma suerte que Ak y ser arrastrada por mí.

—¡¿Qué te pasa?! —protestó.

Le hice señal universal de silencio y apunté a nuestro amigo, que estaba tumbado en el suelo para lograr el mejor ángulo, además de a la parejita feliz, quienes se encaminaban hacia uno de los probadores después de que ella protestara porque se le había atascado la cremallera y necesitaba su ayuda urgente.

¡Ja! ¡Una fresca es lo que era! Ese truco era más viejo que Yoda.

Cuando los vi lo suficientemente lejos, puse al día a Ashley, quien me miraba atónita. Entre tanto una dependienta se acercó peligrosamente a Akon sin que yo lo pudiera advertir.

—Señora, ¿se encuentra bien? —inquirió preocupada al verlo estirado cuan largo era. Ak alzó la cabeza y la pobre chica fue incapaz de contener el

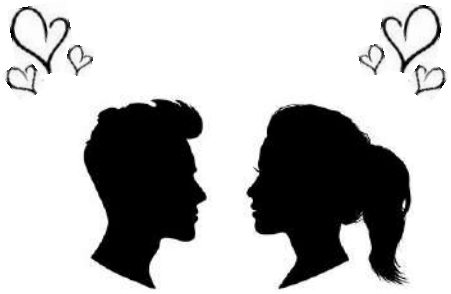
grito al verlo envuelto en aquella vorágine de complementos con una cámara en la mano apuntando hacia los probadores—. ¡Es un mirón! ¡Tiene una cámara y está grabando! —chilló, por lo que mi amigo no tuvo más remedio que levantarse, soltarlo todo y echar a correr como un vulgar *voyeur.*

Una mujer le hizo la zancadilla y el pobre casi se *esmorr*ó contra un maniquí, al cual le arrancó un brazo, pero ni siquiera eso lo detuvo. Salió corriendo de la tienda a la velocidad de la luz, menos mal que tenía unas piernas largas y estaba acostumbrado.

Ashley y yo nos quedamos perplejas sin poder reaccionar con todo el revuelo que se había montado.

—Cassey, ¿eres tú? —La voz de la persona más inoportuna me alcanzó en aquel momento.

Capítulo 21



Jayden

Estaba ayudando a mi nueva clienta en el probador cuando escuché un cúmulo de gritos procedentes de la tienda y salí, espoleado por ella, para ver lo que ocurría.

Me desplacé hasta la zona de los vestidos y alcancé a ver una dependienta encaramándose a la puerta con fuertes gritos. Unas clientas comentaban que habían pillado a un mirón en la tienda intentando tomar instantáneas de los probadores y que el pervertido, a falta de imágenes, se había llevado el brazo de un maniquí. ¡A saber lo que iba a hacer con él!

El mundo se estaba yendo a la mierda, cada vez había más locos sueltos, no era la primera vez que se escuchaba que alguien trataba de obtener imágenes sin consentimiento.

Después las colgaban en páginas webs o vendían el material por internet a personajes como ellos. Fui a regresar con Ava cuando dos figuras me llamaron la atención. Estaban apoyadas en una columna, junto a la sección de complementos.

El corazón se me aceleró al ver a la mujer que no lograba sacarme de la cabeza desde que la había conocido; a su lado, estirando el cuello, estaba la chica que vino a la reunión con mi suegro y que nos presentaron como su ayudante. Ashley, creo que se llamaba. Me acerqué a ellas, que no dejaban de mirar hacia la puerta.

—Cassey, ¿eres tú?

Obviamente, ya sabía que era ella, ni siquiera sé el motivo que me llevó a realizar una pregunta tan absurda. Bueno, sí lo sabía, y era que no daba crédito a que la vida se empeñara en ponerme las cosas más difíciles todavía.

Bastante tuve con Camille ayer por la noche. Se pasó todo el viaje camino al hospital cuestionando mi atracción por la organizadora. ¿Tan evidente era? Por supuesto que eché balones fuera, no le negué que me resultara atractiva, como a todo hijo de vecino, pero de ahí a querer cancelar nuestra boda por ella, no; no podía, daba igual las miles de mariposas que revolotearan en mi estómago, romper el compromiso por alguien que acababa de aterrizar en mi mundo no era una posibilidad.

Cas se quedó lívida al verme. Parpadeó varias veces dándome la sensación de que estaba al borde del desmayo. La cogí por inercia y la llevé conmigo hasta el asiento que había estado ocupando mientras mi clienta se probaba modelitos.

—¡Un vaso de agua, por favor! —pedí a una de las dependientas mientras la recostaba en él—. ¿Qué le ha pasado? —pregunté a la diminuta rubia que movía la mano para darle aire a su jefa.

—C-creo que se ha agobiado con lo del mirón… E-estaba muy cerca de nosotras y…

—Jay-Jay, ¿quiénes son estas mujeres? ¿Ya has averiguado lo que pasaba?

Hice rodar los ojos porque lo que menos esperaba era que Ava saliera tan rápido del probador.

—Había un tipo en la tienda intentando grabar imágenes de las clientas, ya se ha ido. Ellas son… Unas conocidas —zanjé para no tener que dar más explicaciones de las necesarias.

—¡Qué horror! ¿Ellas también son clientas tuyas?

Tensé el rictus de inmediato al ver los interrogantes en los ojos de las chicas, mi trabajo estaba sujeto a una estricta cláusula de confidencialidad porque a mucha gente le avergonzaba pagar por mis servicios.

—No, no lo son. ¿Ya has terminado?

Cuanto antes me fuera de allí, mejor, a Ava le gustaba hablar demasiado y no me convenía.

—Sí, solo tengo que pagar. ¿Nos vamos? —preguntó, anclando su mano a mi brazo.

Tenía que añadir «tocona» a su lista de virtudes, algunas clientas eran más proclives a los roces que otras. Los ojos de Cassey se desplazaron hasta el punto en que sus dedos contactaban con mi piel y sentí la necesidad de desembarazarme de ella cuanto antes.

—Voy a llevarte a comer a un sitio que se te van a saltar las lágrimas —musitó ella con una risita aguda—. No veo el momento de llegar al postre…

—Maravilloso —comenté, librándome de su agarre con suavidad—. Ve pasando por caja, me despido y voy, dame solo un minuto. —Ella asintió y les dedicó una sonrisa a las chicas—. Disculpad —comenté, pasándome la mano por la nuca.

La dependienta le facilitó a Cas el vaso de agua que le había pedido y le di las gracias. Mi organizadora nupcial se lo bebió de un tirón y clavó sus pupilas en mí. Podía ver la pregunta a punto de estallar en su lengua, hasta que la soltó.

—¿Eres *gigoló*?

Fue tan contundente que la sentí como un latigazo en toda la espalda.

—¡No! —exclamé estupefacto de que pudiera pensar algo así de mí.

—Yo voy a seguir mirando, creo que me equivoqué de talla con el vestido, en un ratito vuelvo —comentó Ashley, dejándonos a solas.

—¿No? —cuestionó. Se notaba a la legua que no me creía y eso me dolía, porque nunca le había dicho ni una sola mentira a Cassey.

—No —volví a repetir más serio que de costumbre.

Veía signos de decepción en sus rasgos y me jodía sobremanera que pudiera sentirse así conmigo. Cassey había traspasado una pequeña barrera que la acercaba de un modo abrumador a la zona de gente que quería que formara parte de mi vida. Me importaba, por lo que lo que opinara de mí me afectaba.

Ella movió el pie, inquieta, y se pellizcó el labio entre los dedos; podía leer la agitación de su cuerpo.

—A ver, que tú con tu vida puedes hacer lo que quieras, que tampoco es que me debas ningún tipo de explicación, en todo caso, deberías dársela a Camille, si es que te la pide; pero no hace falta que disimules conmigo, antes os he escuchado sin querer a esa mujer y a ti, y sé que te está pagando. Que yo sepa, no eres estilista…

Alzó las cejas.

—No, no soy estilista, aunque sí le estoy dando mi opinión sobre la ropa que está eligiendo hoy. En ningún momento he negado que esté cobrando. Lo que digo es que tengo un trabajo difícil de clasificar. —Cassey estrechó la mirada y la convirtió en una rendija suspicaz, seguía sin creerme y yo tenía que dar un salto de fe si no quería perderla—. Soy *hado padrino*.

—¡¿Qué?!

—*Hado padrino* —repetí. Eché un vistazo hacia la caja, todavía tenía unos instantes, puesto que Ava acababa de sacar la tarjeta de crédito—. Cumplo los deseos de la gente que me paga.

Ella emitió una risita nerviosa.

—Eso en mi tierra se llama prostituto.

—No me prostituyo, no cumplo deseos que incluyan contacto íntimo o de ámbito sexual —puntualicé—, tampoco que inciten al odio o agresiones, tengo mi propio código moral y, como soy el único trabajador de mi empresa, yo pongo las reglas.

—Entonces, ¿eres una especie de chico de compañía sin sexo? ¿Un hombre objeto al que no pueden besar o desnudar?

—Ahora mismo no tengo tiempo de darte la explicación que mereces, ni de satisfacer tu curiosidad, pero necesito que confíes en mí. ¿Confías en mí, Cas? —cuestioné esperanzado.

—No hace ni una semana que nos conocemos y la confianza es algo que me cuesta entregar. —Tenía su lógica.

—¿Te parece si quedamos a las cinco en el muelle de Santa Mónica, damos un paseo por la playa antes de que vaya al hospital y te lo cuento?

—¿Ya habrás terminado con Ava para entonces? Te recuerdo que quiere postre…

—Se refería al *brownie* de chocolate con pistachos y helado de nueces que le vuelve loca. Lleva repitiéndomelo toda la mañana.

Ella suspiró.

—Está bien, en el muelle entonces.

—¡Jay-Jay! —proclamó mi clienta en voz alta para que fuera.

—Hasta luego, Cas.



Hundí los pies en la arena mojada mientras las suaves olas lamían los pies de mi acompañante.

Eran las cinco y diez y ella permanecía apoyada en uno de los pilotes de madera que quedaban debajo de la pasarela. El sol calentaba con fuerza y era el único espacio relativamente discreto en el que resguardarse de los rayos y poder refrescarse.

La brisa marina agitaba su melena, enredando el bajo de la falda entre sus piernas. Cassey esperaba paciente la explicación que me comprometí a darle en la tienda.

Le había dado muchas vueltas sobre cómo abarcarlo todo y solo se me ocurrió una: desde el principio y desde el corazón.

—La muerte de mi madre fue el segundo revés que me dio la vida, un golpe para el que no estaba listo y que me dejó con veintiún años huérfano, sin familiares a los que acudir, al cargo de un montón de deudas y una niña con tres años recién cumplidos y enferma.

—¿Enferma?

—Mi hermana Chassity tiene una enfermedad rara: su piel es como las alas de una mariposa, tan frágil que se rompe al menor rasguño.

—Oh. —Cassey se llevó las manos a los labios y vi angustia en su mirada —. He oído hablar de ella.

—Ya te dije que no contábamos con seguro médico y mi madre se endeudó hasta las orejas para poder cubrir parte del tratamiento que mi hermana necesitaba. Si te soy sincero, creo que el ictus le dio por la presión que acarreaba. Yo me desesperé, no sabía qué hacer ni a quién acudir. Pude pagar su entierro gracias a la solidaridad de algunos vecinos y a que ella era un miembro activo de la iglesia.

—¿Tú no crees en Dios? —Me encogí de hombros.

—Es difícil tener fe cuando te arrebatan todo lo que quieres y le otorgan a tu hermanita una enfermedad que en principio no tiene cura, ¿no crees? —Ella asintió.

»Estábamos en las últimas, no podía pagar, nos habían cortado la luz y Chassity necesitaba cuidados muy caros. Yo llevaba varios días sin llevarme nada caliente a la boca, y si no hacía algo rápido, Asuntos Sociales me la quitaría. No podía permitirme perder también a mi hermanita.

»Tendrías que verla, tiene una sonrisa que es pura luz y con su mirada te hace pensar que todo es posible —me estremecí, y Cassey se frotó los brazos—. Necesitaba un milagro, igual que le ocurrió a Cenicienta, solo que yo no pretendía ir a un baile o conocer a una princesa.

»Tuve una revelación leyendo un artículo en la prensa, tachaban a la soledad como el mal endémico del siglo XXI, hay demasiada gente sola en el mundo, te sorprendería saber cuánta.

—No te creas —respondió taciturna.

—Dicen que los mayores negocios surgen de la necesidad de algunos y la visión de otros, yo vi una posibilidad y me aferré a ella con todas mis fuerzas. Reconozco que al principio creí que era una gilipollez, pero tampoco perdía nada por probar, así que puse un anuncio en internet y otro por palabras en el periódico, con el poco dinero que me quedaba, y crucé los dedos.

»No recuerdo exactamente el texto, solo sé que al poco rato mi móvil se puso a sonar y recibí bastantes *mails* solicitando mis servicios. No te voy a negar que algunas proposiciones no eran aptas para todos los públicos. Esas las descarté de inmediato, no podría haber vuelto a ser yo mismo si hubiera

vendido mi cuerpo, aunque si solo hubiese tenido esa salida, por Chasity, lo habría hecho. Por suerte, no lo necesité.

»Me llovían proposiciones de todo tipo, desde partidas de ajedrez, acompañar a alguien a una boda, personas que querían saltar en paracaídas o incluso tareas sencillas como tener una buena conversación, o un día de compras, como viste esta mañana con Ava. Al principio, cobraba treinta dólares la hora, después fui subiendo la tarifa al ver que la demanda aumentaba y no podía quedarme sin techo.

»Ofrezco confidencialidad e intento que los clientes lleguen a mí sin publicidad, solo a través del boca a boca. Ya no pongo anuncios. A la gente le molesta reconocer que paga porque está sola, porque le duele no tener a nadie con quien compartir ese tipo de cosas. Es duro que ni siquiera puedas llamar por teléfono porque sabes que nadie te va a responder al otro lado.

—Entonces, eres…

—*Hado padrino* —sonreí—, concedo deseos a la gente que puede pagar por ellos, y gracias a eso, mi hermana está en un buen hospital, con un programa que incluye unos médicos excelentes y pronto recibirá un tratamiento experimental en el que Cam y yo tenemos puesta toda nuestra confianza.

—Vaya, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada… —susurré, admirando el verde cristalino de su mirada. Donde antes había dudas, ahora quedaba comprensión—. Me basta con que creas lo que te digo, y si no lo haces, se lo puedes preguntar a Camille.

—Jamás haría eso.

—Pero puedes hacerlo. —Hundí los pies en el agua y me coloqué frente a ella para recolocarle algunos mechones de pelo que se habían desordenado —. ¿Me crees ahora?

—Sí. —Acaricié su mejilla y tentado estuve de recorrer el trazo de su mandíbula hasta alcanzar el labio inferior. Los párpados se cerraron como si esperara un contacto que no le podía ofrecer.

Quería besarla, saborearla, sentirla, y lo hubiera hecho si mi voluntad no fuera tan férrea y una niña de once años dependiera de mí.

Tenía que casarme con Cam sí o sí. Me jugaba la sanación de mi hermana y, por mucho que me gustara Cassey, no podía fallarle a Chassity.

Me separé con una sonrisa triste y la necesidad enroscándose en mi pecho.

—Tengo que irme otra vez o no llegaré a la hora del cuento…

—Em, claro, tienes cosas que hacer y yo también. Gracias por quedar conmigo, ser tan sincero y contarme la verdad; no tenías por qué.

—Te lo debía.

—Y yo te prometo que guardaré tu secreto.

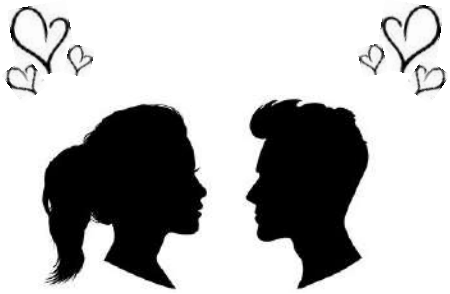
—No esperaba menos de ti. ¿Nos vemos mañana en la gala?

—Sí. —Sin poder resistirme, la cogí de la nuca y empujé mis labios sobre la piel de la mejilla en un beso que me supo a insatisfacción.

Ella hizo un ruidito adorable que por poco me llevó a virar el rumbo y estrellarme contra su boca. Me deslicé en sentido contrario aterrizando en su oreja.

—Hasta mañana, Caramelo Salado. —Le entregué otro pequeño beso en el lóbulo y me fui sin mirar atrás.

Capítulo 22



—¿Se puede saber qué diantres llevas puesto?

Oí el griterío desde el salón, Ashley había terminado de maquillarme, peinarme y abrocharme el vestido hacía un rato. En cuanto terminó, se encerró en su cuarto para arreglarse.

No quiso comprarse nada en la tienda, me dijo que como se trataba de un evento de moda, ella misma ya se había encargado de customizarse una prenda para la gala, tenía muchísima facilidad con la aguja, yo también la tenía, solo que para clavársela en los ojos a un muñeco vudú que empleaba cada vez que llegaba un nuevo padrastro a casa.

Akon había puesto el grito en el cielo y entraba en el salón hecho un basilisco.

—¡Díselo tú, Crash! —bramó, cruzándose de brazos enfundado en un impecable esmoquin negro con camisa blanca por dentro que te hacía pensar en un helado bombón listo para lamer.

—¿Qué pasa?

En cuanto vi a mi amiga, supe con exactitud qué había visto Akon que le enervaba tanto.

¡Madre mía! Si Ak estaba bueno, Ash estaba lista para ser desnudada contra todas las paredes del evento.

—¿Te gusta? —dijo, dando una vuelta sobre sí misma—. Creación del *atelier* de Ashley Carrigan.

—¡Eso es una de mis americanas! ¡Y debajo vas desnuda!

—¿Y tú qué sabrás cómo voy debajo?

—Pues porque se intuye. ¡Devuélvemela y ponte algo más apropiado!

—Te recuerdo que la desechaste para dársela a los pobres.

—¡Tú no eres pobre!

—Pero necesitaba algo original y creativo, y esta chaqueta ha desarrollado todo mi potencial…

Con la diferencia de estatura que se llevaban, le quedaba más como un vestido que como una americana. Ash se había encargado de ajustarla tanto en tallaje como añadiéndole varios elementos de pedrería; el resultado era rompedor.

—A mí me gusta —admití.

—¡Pues a mí no! —volvió a protestar Ak—. ¡Devuélvemela!

—Quítamela si te atreves… —lo desafió, plantándose delante.

—¡A vuestros rincones, luchadores! —exclamé—. Os recuerdo que no tenemos tiempo de cambios de vestuario, debemos irnos ya, que la gala no espera y para variar ya llegamos tarde. Recordad que esto es trabajo, así que dejad vuestras discusiones para cuando volvamos.

Akon resopló y no le quedó más remedio que salir en dirección al garaje gruñendo un «os espero en el coche» que Ashley celebró con una sonrisa de suficiencia.

—Ash, ¿estás intentando que Akon quiera desnudarte esta noche? —Ella no pudo disimular el cambio de sonrisa a una mucho más pícara.

—Puede...

—Pues creo que vas por buen camino… —Choqué el puño contra el suyo.

—Me gusta Ak —suspiró.

—¿En serio? No me había dado cuenta… —Reí por lo bajito.

—Es que no sé, bueno, sí sabes; al principio me daba miedo perderlo como amigo, pero estos días que hemos pasado tantas horas juntos, en un espacio tan reducido como es ese maldito coche de alquiler, me he dado cuenta de que si se liara con otra por mi cobardía no me lo perdonaría. ¿Piensas que hago mal?

—Pienso que haces muy bien, que debes ir a por todas, y si no sale bien, lo sobrellevaréis con madurez porque, ante todo, sois amigos y ese vínculo es más fuerte que ninguno.

—Oh, Crash, gracias —me abrazó—. Por cierto, dudo que Jay-Jay pueda resistirse a ti esta noche, luces espectacular… —comentó, poniendo el tono agudo de Ava.

Era cierto que lo estaba, aunque el mérito fuera suyo al escoger aquella maravilla en color lavanda del diseñador libanés Elie Saab. Estaba envuelta en encaje, semitransparencias y un escote pronunciado que me hacía sentir mágica.

—Tengo un pálpito que me dice que hoy lograremos el ansiado beso, así que aplícate a fondo, Cenicienta, y a liarte con tu *hado padrino* para que cumpla tu deseo.

Me mordí el interior del carrillo.

Le había estado dando muchas vueltas a la motivación de Jayden para casarse con Camille y, aunque siguiera disgustándome la idea de que pudiera hacerlo por dinero, podía llegar a entender la necesidad que lo empujara a ello.

Era como si el ángel bueno y el malo que todos tenemos sobre los hombros mantuvieran un combate a vida o muerte sobre la moralidad de lo que hacía Jayden.

A mis amigos no hizo falta que se lo contara, lo escucharon todo a través del pinganillo y la cámara.

Ashley terminó llorando a moco tendido mientras que Ak comentaba que estaba al cien por cien con Jay y que no lo podíamos traicionar, que existían casos y casos; y que nuestro particular cazafortunas tenía todo su soporte porque el fin era curar a su hermana enferma, que él habría actuado igual. Yo sabía que era así: si existía algo intocable para Akon era su familia.

El debate fue largo e intenso, nunca nos habíamos topado con un caso en el que no estuviéramos de acuerdo.

El sonido del claxon me indicó que nuestro amigo empezaba a desesperarse.

—Siéntate en el lugar del copiloto —le comenté a Ashley llegando al vehículo.

—Prefiero detrás, si no te importa; así puedo hacerle algún que otro cruce de piernas a lo Sharon Stone.

—¿No llevas bragas?

—¿Tú que crees? Voy a por todas, Padawan.

—Pues, por lo menos, házselo cuando pillemos un semáforo en rojo, que no quiero terminar estrellada contra un edificio antes de mi morreo mágico.

—Hecho.



Opulencia, *glamour* y gente que exudaba poder y belleza era lo que aglutinaba la Global Couture Gala Awards Soiree ubicada en The Majestic Downtown, un edificio históricamente preservado, protegido por el Registro Nacional de Lugares Históricos y construido en 1924 durante el movimiento de Beauz Arts.

La imponente fachada que estaba realizada en piedra caliza de Indiana te daba cierta idea de lo que podías encontrar en su interior. Ostentaba unos maravillosos candelabros de cristal, techos italianos muy altos pintados a mano, ventanas arqueadas, columnas de mármol esculpidas y suelos originales del mismo material, que le brindaban una rica belleza histórica.

Nada más deslizarnos por la alfombra roja, llegamos a un *photocall* donde nos hicieron posar.

Aterrizamos en la mesa de bienvenida para entregar las invitaciones, dar nuestros nombres y tender el cheque que me garantizaría una velada en exclusiva con Jayden, o eso esperaba después de lo que me prometió Cheston. No soportaría la idea de que me tocara aquel tipo vestido de papagayo de colores con el que casi me tropecé al entrar y que me dedicó una mirada más que tropical.

—Aquí hay muchísima gente —murmuró Akon fuera de su entorno—. Y tú vas demasiado desnuda —regañó a mi amiga sin quitarle los ojos del

escote.

—En este tipo de eventos suele haberla, y llevo la cantidad de ropa necesaria por si me pierdo con algún invitado en la segunda planta —susurró, ganándose otro gruñido por parte de nuestro amigo. Lamentándolo mucho, Ak tenía el combate perdido y todas las apuestas estaban con Ash.

Yo había acudido a alguna que otra gala por culpa de mi madre, quien solía frecuentarlas en época de caza.

En la sala principal, innumerables sillas rodeaban una pasarela improvisada, donde desfilarían las últimas tendencias de moda más actuales de las grandes firmas que colaboraban con la causa.

Todas las prendas estarían en venta y lo que se obtuviera de ellas iría destinado a la Asociación Benéfica Hollywood Heart para fomentar la diversidad y la inclusión.

Tras el desfile, vendría una cena-cóctel y el esperado sorteo de solteros.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Si es la mejor *wedding planner* del país! —espetó la voz masculina del señor Hill, que hizo que me girara.

Estaba muy elegante, igual que su mujer, a quien reconocí después de ver la fotografía que había en su despacho y que incluía una sonrisa exacta a la de su hija.

—Cheston —lo saludé—, y la señora Hill.

—Llámame Loretta, por favor. Mi hija y mi marido no dejan de hablar maravillas sobre tu trabajo, me hubiera encantado estar el otro día en la reunión, pero las jaquecas me impiden tener toda la vida social que querría.

—No pasa nada, Loretta, es comprensible que la salud sea lo primero.

—Sí, aunque no todos los días se casa tu única hija; me gustaría participar de algún modo…

—Bueno, el martes tenemos la prueba del vestido de novia, sería un honor que nos acompañaras.

—Perfecto, allí estaré, me hace muchísima ilusión —comentó entusiasmada. Presenté a Ashley y Akon, que se mantuvieron en un segundo plano.

Había una pareja y un hombre que rondaría los treinta junto a los Hill.

—Cassey, deja que te presente al hombre cuyo bufete de abogados es la envidia de todo Los Ángeles: Thadeus Fletcher. —El hombre que reconocí como el amigo del que me había hablado mi cliente me ofreció una sonrisa junto con un apretón de manos afable.

—Encantada, señor Fletcher, sé que Cheston le tiene en muy alta estima y que valora mucho su trabajo.

—Este viejo zorro solo dice cosas buenas de mí porque sabe que conozco todas sus bajezas...

—Cuidado con saltarte el secreto profesional o no pienso dejarte la casa de Bell-Air, por la que suspira tu mujer, a buen precio… —bromeó el señor Hill con tono de advertencia.

—Me tiene pillado…

—Ella es su esposa Mónica y su hijo Duncan.

El hijo de Thadeus me dejó sin respiración. Parecía un modelo sacado de una revista al más puro estilo Henry Cavill, de pelo oscuro, ojos azules, elegancia sobria y una de esas barbillas partidas en dos. Casi pude escuchar el suspiro de Ashley al contemplarlo, mientras Akon lo fulminaba.

Lady Camille estaba rodeada de hombres poco aptos para cardíacas.

—Si alguna vez tienes un problema legal no dudes en acudir a ellos, son los mejores, sin lugar a dudas.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Cassey?

La voz aguda y sensual que formuló la pregunta me envaró haciendo saltar mi pilotito interior de emergencia.

¡No podía ser, aquí no! ¡¿Qué diantres hacía ella aquí?!

Los cinco pares de ojos que tenía en frente recorrieron la despampanante figura de mi progenitora de pies a cabeza. Me di la vuelta maldiciendo para mis adentros para enfrentarme a su mirada escrutadora y aquella sonrisa arrogante.

—Cariño, no tenía ni idea de que ibas a venir. ¡Estás espléndida, tesoro!

—Mamá, ¿qué haces aquí? —mascullé con los dientes apretados, aunque sabía sobradamente la respuesta: Nave nodriza había salido de caza y estaba

dispuesta a abducir una de esas mentes débiles con una suculenta fortuna.

—Lo mismo que tú, imagino, divertirme y ser solidaria —comentó sin perder su sonrisa—. Hola, Akon, Ashley.

—Hola, señora X —respondieron mis amigos igual que harían en casa.

—¿No vas a presentarme a tus nuevos amigos? —preguntó inquisitiva, mientras yo me quedaba envuelta en un silencio descortés—. Déjalo, ya lo hago yo misma: soy Sophia Davies.

«También conocida como Sophia Rodríguez, Sophia Sullivan, Sophia Clarck, Sophia Young, Sophia Nelson, Sophia Hall, Sophia Torres y, por último, Sophia Davies», murmuré para mis adentros forzando una sonrisa que no sentía. Ash me cogió de la mano disimuladamente y apretó mis dedos para que me calmara.

—Ahora comprendo de quién ha heredado la belleza Cassey —comentó con amabilidad el señor Hill.

—Oh, qué galante.

—Tiene una hija maravillosa y es una gran profesional —añadió su mujer —, estamos encantados del trabajo que está realizando para organizar la boda de nuestra hija. Debe sentirse muy orgullosa: organizar enlaces con la precisión y el entusiasmo con el que lo hace ella es muy loable.

Mi madre alzó las cejas con incredulidad, pero no me destapó, tampoco estaba muy segura de que estuviera al corriente de a qué me dedicaba. Cuando me preguntó de qué iba mi empresa, le dije que abría ojos a incautos.

—Cómo me alegra oír eso, pues a ver si se le pega algo de su hija y encuentra un candidato para que pueda hacerla feliz. —Su mirada se desvió hacia el hijo de los Fisher—. Te llamabas Duncan, ¿verdad? ¿Qué te parece mi hija?

Dios mío, ¡le estaba poniendo ojitos a Henry Cavill para mí! ¡Mi madre era lo peor!

—¡Hola, Cassey! ¡Disculpad que lleguemos tarde, había muchísimo tráfico y tuve una emergencia en el hospital!

Genial, Camille y Jayden acababan de sumarse al prolífico grupo, y este tenía disparado el grado de follabilidad. ¿Cómo un tío podía ganar tanto por llevar un simple traje?

Me sentí arder por dentro al imaginarme agarrándolo de la pajarita para deshacerla entre mis dedos y comerle la boca. En serio, tenía que ponerle fin a mi imaginación desatada.

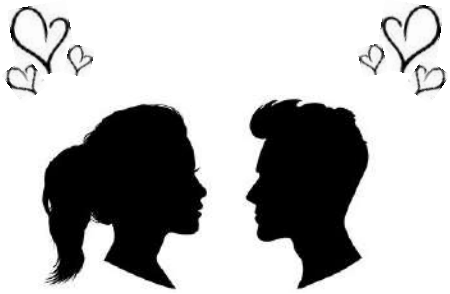
Vino hasta mí para ofrecerme uno de esos tórridos besos en la mejilla por los cuales babeaba. Me sentía como en una novela de época en la que los tíos se excitan solo por ver un tobillo.

—Cortas el aliento —murmuró en mi oído antes de separarse con una sonrisa de hoyuelos que me había privado del mío.

La voz del presentador del evento dio fin a nuestras miradas pidiendo que ocupáramos los asientos asignados. Cuando vi mi nombre junto al suyo, el corazón me dio un vuelco y por poco me desmayé al notar el roce de nuestras rodillas.

La noche iba a ser muyyy larga, y yo parecía haberme caído en un episodio de los Bridgerton. Solo esperaba que a Jayden no le diera por lamer cucharas o estaría perdida.

Capítulo 23



Nave Nodriza

¿Vas a explicarme qué está pasando?

No me lo podía creer. A mi madre, que estaba acomodada en una de las sillas que quedaban frente a mí, al otro lado de la pasarela, le había dado por mandarme mensajitos en pleno desfile.

Ahora no te lo puedo explicar.
¿Y tú qué demonios haces aquí? ¿Ya estás a la caza del nuevo incauto?

Nave Nodriza

No estoy aquí por eso, estoy aquí por ti. Llevo varios días esperando noticias tuyas, estaba preocupada con las respuestas tan escuetas que me mandabas.

Resoplé, lo que me faltaba, ahora iba de buena samaritana… Preocuparse por mí, ¡Ja!

Tu preocupación llega veintiséis años tarde, mamá.

Nave Nodriza

¿A qué viene eso? ¡Siempre me he preocupado por ti! Has tenido la mejor educación, la mejor casa, la mejor ropa, las mejores fiestas de cumpleaños…

Te olvidas a la mejor madre, ni siquiera quería que fueras la mejor, solo una que se preocupara por mí y no por cuánto dinero tenía su nuevo objetivo en el banco.

Aporreé las letras.

—Cassey, ¿estás bien? —me preguntó Jayden en un susurro. Volteé el móvil hacia abajo y lo miré.

¡Mierda, no tendría que haberlo hecho, ahora solo podía pensar en cosas impropias!

Era la primera vez que lo veía peinado y me apetecía pasar las manos por su cabeza para alborotarle el pelo y que lo tuviera como siempre.

—Sí, sí, todo bien, son cosas de trabajo, no te preocupes…

—Deberías desconectar y disfrutar por una noche, te lo mereces.

Sonrió y aparecieron sus hoyuelos. Los mismos que me hicieron morderme el labio inferior para después humedecerlo y que sus ojos se deslizaran por él. Su dedo meñique acarició el mío y mi estómago se contrajo. Desvié la mirada, no podía estar mirándolo así…

Intenté concentrarme en las modelos, pero mi móvil volvió a vibrar. ¡¡¡No una, sino tres veces!!!

Enfoqué la mirada hacia delante y vi que ahora era mi progenitora la que aporreaba las teclas, desquiciada.

Tenía que mirar lo que estaba escribiendo.

Nave Nodriza

¡CASSEY SULLIVAN! ¿Por qué demonios te está acariciando el futuro marido de tu clienta y lo miras como si quisieras más?
¡¿No te habrás liado con él?!
¡¡¡¿QUIERES HACER EL FAVOR DE CONTESTAR?!!!

Sus ojos se clavaron en mí y alzó la nariz en señal de que esperaba respuesta.

Tranquilízate, mamá, tanta tensión no te sienta bien. Tu último tratamiento de bótox se te está subiendo a las neuronas para paralizarlas mientras se te descuelga la cara. ¿No notas la flacidez?

La vi palparse el rostro y me entró la risa, me la tragué como pude mientras ella me observaba como un águila haría con un ratón de campo.

Nave Nodriza

Muy graciosa. En cuanto el desfile termine, tú y yo nos vemos en el baño, o le digo a esa chica, a quien le organizas el enlace, que pretendes que no llegue a la boda, fundadora de W.C. Enterprise.

Eso sí que me había sorprendido. No esperaba que mi madre estuviera al corriente del nombre de mi empresa, creía que pasaba por alto todo lo que no la concernía a ella, sus ricachones o su fondo de armario. Me había descolocado.

Guardé el móvil e intenté disfrutar obviando las fricciones de rodilla que Jayden me estaba dedicando y que, con total seguridad, mi madre captaría a la perfección con su vista de lince.

¡Ahora le daba por preocuparse por mí! ¿Quién iba a creerse eso después de tantos años? La gente no cambia, a no ser que le vea las orejas al lobo y tengan una enfermedad terminal.

La última posibilidad me puso mal cuerpo. ¿Y si era eso? ¿Y si mi madre se estaba muriendo y era el motivo por el que había cruzado medio país porque no la llamaba por teléfono?

Era lo único que tenía sentido para mí. Quizá en el último chequeo le habían detectado una enfermedad mortal, incurable, y le quedaban tres meses de vida.

Sentí una náusea. Una cosa era que nuestra relación no fuera para dar saltos de alegría y otra cosa, que le deseara la muerte.

Ya no pude sacarme la idea de la cabeza; por eso, en cuanto terminó el desfile, fui directa al baño, vi que ella encauzaba la misma dirección, se abrió la puerta y pregunté sin esperar.

—¿Te estás muriendo?

Una señora con sobrepeso me miró sorprendida, arrugó la nariz de malas maneras y me echó la bronca.

—¡Unos kilos de más no es signo de muerte, *gordófoba*! Solo tengo un retortijón, ¿o es que a las flacas no os pasa? —Ahora la que quería morirme era yo.

—No, perdón, disculpe, yo no pretendía… Estoy muy a favor de las tallas grandes y de la diversidad de cuerpos.

—¡Ya se te nota, raspa! —exclamó con desaire, metiéndose en uno de los urinarios.

Me llevé las manos a la cara y así me encontró mi madre.

—¿Estás llorando? —Aparté las manos.

—No, pero casi, ¿te estás muriendo?

—¡No! ¿Qué bicho te ha picado?

—¡¿Qué bicho te ha picado a ti, mamá?! —resoplé agobiada.

—Necesitas que te dé el aire —arrugó la nariz—, aquí se está enturbiando… —comentó después de que la primera descarga nos alcanzara.

Fui al exterior sin protestar; cuanta menos gente estuviera a nuestro alrededor, mejor, no tenía ni idea de lo que quería hablar...

—Cassey… —empezó, mirándome agobiada—, lo hice lo mejor que pude. Tal vez no fui suficiente para ti, hija, pero siempre te he querido y no me gusta que pienses que no es así o que no me he esforzado.

La que ahora tenía cara de agobio era yo.

—Soy consciente de «tu esfuerzo», mamá, pero es que no comparto lo que haces: odio que sangres a esos hombres para seguir acumulando dinero, me parece despreciable tu forma de vida.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —me preguntó dolida—. ¿Merezco una opinión tan pobre por tu parte?

—¿Y qué quieres que piense? ¡Te has casado siete veces, mamá! ¡Siete! Has tenido más maridos que yo zapatos…

—¿Y por eso soy una mala persona?

—¡Eres una cazafortunas!

—¡No lo soy!

—¡¿Cómo que no?!

—Yo he querido a cada uno de los hombres con los que me he casado, los he tratado a todos con el amor y el respeto que merecían hasta que…

—Les vaciabas la cuenta.

—¡Nooo! Vamos a ver, Cassey Sullivan, ¿por qué crees que contraté un abogado?

—Para vaciarles las cuentas —me reiteré. Ella resopló.

—Te equivocas. Después de que tu padre se fundiera prácticamente todo lo que ganó tu abuelo, incluida la herencia que te correspondía, tuve miedo, no por mí, sino por ti. Se había convertido en un desconocido para mí, ya no quedaba nada del hombre divertido del que me enamoré. Solo quería fiestas, diversión y apostar a la ruleta.

»Quise llevarlo a terapia, pero no quería reconocer el problema, tuve que separarme para que no nos arrastrara con él a la ruina más absoluta.

—Nunca me lo dijiste.

—¿Para qué? Tu padre no era un mal hombre, Cassey, solo un enfermo… No quería que lo odiaras o tuvieras una mala imagen de él.

—¿Y tu abogado?

—Contraté a Person para firmar un acuerdo prenupcial con Jason, no quería que perdieras ni un solo dólar porque yo me hubiera enamorado de nuevo, quise salvaguardar las propiedades, lo que había conseguido reinvirtiendo el dinero y, por supuesto, firmando un convenio equitativo por si en algún momento se nos acababa el amor.

—Y se os acabó —bufé.

—Sí, pero nunca he engañado a nadie. Cassey, soy una mujer enamoradiza, me pasa desde siempre, me cuesta mantener la ilusión por las cosas, sean hombres o bolsos…

—Menuda comparación.

—¿Y qué quieres que te diga? Tú eres una mujer constante, siempre has sabido lo que quieres y te has aferrado a ello con uñas y dientes, incluso te ocurría con las muñecas. No querías nuevas, siempre te aferrabas a las viejas, aunque se les cayeran los ojos.

—Quizá buscaba algo que no supusiera un cambio en mi vida; no como tú, que te empeñabas en enviarme de punta a punta del país.

—Vale, también me declaro culpable por perseguir la felicidad, por no conformarme y despertarme un día junto a una persona que considero un extraño en mi cama. No soy una de esas mujeres que le dicen «te quiero» a un hombre y por detrás despotrican de él con sus amigas mientras se acuestan con el monitor de tenis. Nunca he sido infiel, siempre me he entregado al cien por cien con cada relación, hasta que el amor se agotaba. ¿Habrías preferido eso? Que me hubiera mantenido en una relación rota o desgastada, ¿crees que habría sido lo correcto? ¿Aguantar?

—¡Lo que me parece es que no pensaste ni un minuto en mí! ¡En lo que pudieran suponer todos esos cambios en mi vida!

—¡Claro que lo pensé! —exclamó—. ¿O de verdad crees que hubiera sido mejor crecer en un hogar infeliz que en uno itinerante? Jamás me has visto pelear, discutir o estar triste; siempre te he ofrecido el lado bonito de la vida, el ilusionante. Por eso te intenté mostrar un mundo lleno de aventuras, de inicios, de nuevos lugares o personas que descubrir.

—¿Y no te planteaste que yo igual prefería un lugar menos novedoso y más estable? ¿Uno en el que no hubiese tenido que cambiar de colegio y así conservar algún amigo? ¿Sentir que tenía raíces y otorgarme la posibilidad de encariñarme de alguien sin miedo a perderlo?

—Me tenías a mí, siempre me tuviste a mí.

—No eres suficiente, madre.

Aquella reflexión nos escoció a ambas.

—Puede que no, que mi forma de ver la vida no sea la correcta para ti, pero quiero que te quede claro que he querido a todos los hombres con los que me he casado y, por encima de ellos, a ti. Tú siempre has sido lo más importante, Cas, siempre.

Me sentí mal, la cabeza me daba vueltas porque acababa de percatarme de que quizá no conocía tan bien como creía a la persona que me había engendrado y criado.

—¿Los quisiste a todos? —cuestioné incrédula.

—A todos —contestó rotunda y con una seriedad que no daba pie a equívoco.

—¿Y por qué nunca te enamoraste de un pobre? O de alguien de economía ajustada…

—No eliges de quién te enamoras, Cassey. El amor te alcanza con la persona que menos esperas, debes entender que tu padre me introdujo en un círculo, normalmente, cuando nadas entre tiburones, te enamoras de un tiburón, porque los demás peces huyen y no se acercan.

—¿Me estás diciendo que los intimidas?

—No solo a los pobres, a la gran mayoría de hombres… Cuando una mujer es guapa, lista y rica, puede ser bastante intimidante.

Desde luego que mi madre no tenía abuela, no le hacía falta nadie para cantar sus alabanzas.

—Entonces, según tú, que seas una cazafortunas es una invención mía, ¿he creado un negocio sin fundamento sobre algo que no es cierto?

—Las cosas no son blancas o negras, hija. Hay personas que sí buscan apropiarse del dinero ajeno a través de enlaces ventajosos, pero te aseguro que yo no entro en ese saco. —Vi tristeza en su mirada, que casi siempre estaba llena de alegría—. De verdad que pensé que, como madre, lo había hecho mejor… —comentó decepcionada—. ¿Por qué nunca me dijiste lo que sentías?

Me encogí de hombros.

—Estaba demasiado enfadada, tampoco creí que cambiara nada.

—Oh, Cas, lo hubiera cambiado todo... Habría dado mi felicidad por la tuya.

—Eso tampoco habría sido justo —terminé admitiendo. Las dos nos miramos y, por primera vez, sentí que frente a mí no estaba la madrastra de Cenicienta, que tal vez no me había detenido a preguntar su parte del cuento —. Lo que me has dicho antes respecto a Jayden… El señor Hill me ha contratado para sabotear la boda de su hija y tengo que hacerlo caer, su hija no puede casarse con él, porque su prometido no la quiere; cada vez tengo

más claro que está con ella por su dinero y no puedo permitir que Camille pierda su fortuna por mucho que él necesite su herencia.

—¿Y por qué necesita su herencia?

—Ahora no tengo tiempo, mamá, llevamos mucho rato fuera y van a extrañarse…

—¿Podemos quedar y me lo explicas? Había pensado en quedarme unos días en la ciudad, me hospedo en el Four Seasons.

Puede que me arrepintiera de lo que iba a decir, pero…

—¿Y por qué no vienes a casa? Hay suficientes habitaciones. —A ella le brillaron los ojos.

—No quería molestar.

—No molestarás, Ak y Ash te adoran, y yo… Bueno, quizá necesitemos pasar tiempo juntas y hablar las cosas. No tendré mucho, porque estoy liada con lo de la «no boda» de Camille, pero…

—Me parece bien. El tiempo que quieras darme será oro para mí. —Le ofrecí una sonrisa comedida y ella me premió con otra.

—Debería entrar. —Hice el amago de irme.

—Cas —me llamó.

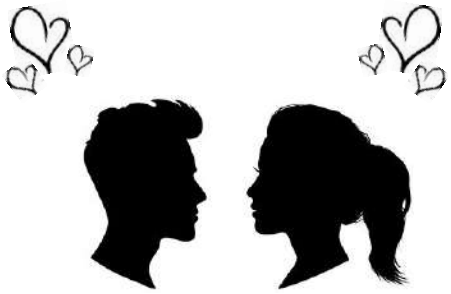
—¿Sí?

—Antes de que entres, quiero que sepas que tienes razón en una cosa.

—¿En cuál?

—Ese chico no la mira a ella como te mira a ti. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Pero, cuidado, porque alguien que pretende apagar incendios no puede mirarlos como si quisiera ser engullida por las llamas.

Capítulo 24



Jayden

Vi aparecer a Cassey con la cara un poco desencajada, apenas había podido hablar con ella, salió de un modo tan precipitado del desfile que no tuve tiempo de ver hacia donde iba y llevaba unos cuarenta minutos sin cruzarse conmigo.

¿Me estaría rehuyendo?

No pude controlar la necesidad de rozarla con la rodilla, o con el dedo; desde que la había visto, me moría de ganas por su contacto.

La atracción que sentía se me estaba yendo de las manos y, aunque intentara refrenar mis impulsos, ahí estaban, todo el tiempo, intentando hacerme fracasar cada vez que la tenía delante.

Me pincé el puente de la nariz. Había ido a buscar una bebida. Camille fue secuestrada por sus padres y los Fletcher. Cuando el señor Hill me pidió amablemente que se la dejara un rato, que yo tendría el resto de mi vida para estar con su hija, capté la indirecta: me estaba quitando de en medio.

Ya habían retirado las sillas y los camareros pasaban bandejas repletas de canapés. Yo no tenía hambre, o por lo menos no de comida, porque en cuanto vi aparecer a Cassey, cierta parte de mi anatomía corroboró que mis apetencias iban en otro plano.

Mi organizadora favorita agarró un par de copas de *champagne*: la primera la engulló de una sentada, la segunda se vació acto seguido hasta la mitad.

O estaba sedienta o algo le ocurría. Caminé hasta ella y me coloqué justo detrás.

Su cuello era una maldita tentación, por no hablar de aquel escote tan apetecible... Me daban ganas de cogerla por la tripa, apretarla contra mí mientras llenaba su cuello de besos y mi mano ascendía para colarse bajo la tela y amasar uno de sus pechos.

Dejé la escena para mi imaginación y me limité a descender lo suficiente para hablarle al oído.

—Dime que has comido algo antes —murmuré, acercándome por la espalda.

Apoyé una de las palmas en su cintura, que automáticamente se tensó. La piel de su cuello se erizó en cuanto la alcanzó mi aliento.

—Te lo diría si fuera cierto. —Ella se dio la vuelta. Estaba tan bonita que me dolía mirarla.

—Deberías haber llenado un poco el estómago con algo sólido. —Ella pasó una uña pintada del mismo color que el vestido por los botones de mi camisa. Mi abdomen se contrajo.

—Pues no lo he hecho, he bebido sin comer, soy una chica mala y arderé en el infierno.

—Creo que necesitas mucho más que dos copas para arder —mascullé, notando calor por el lugar que me había tocado—; además, tú no podrías ser mala ni aunque quisieras.

—¿Es un desafío?

—Es la verdad.

—Quizá te sorprenda, ¿y si te digo que en realidad soy la bruja del cuento y deberías salir corriendo en busca de tu princesa antes de que te atrape? —Rio.

—Ahora lo que menos me apetece es salir corriendo —respondí, dando un trago al *whisky*.

Nuestras miradas decían mucho más que nuestras palabras. Cassey la deslizó hasta mi copa.

—¿Tú has comido?

—Puede que hoy también me apetezca ser un mal chico. —Me ofreció una sonrisa ligera.

—Entonces me tocará salirme de mi papel e ir a pillar algo, no vaya a ser que se nos dispare el índice de maldad y nos metamos en problemas —sugirió, contemplando mis labios de un modo que me daban ganas de llevarla a un rincón y sorberle el alma por la boca.

Nos desplazamos por la sala persiguiendo canapés. A Cassey le pareció divertido ir a la caza en lugar de esperar a que terminaran con los mejores. Picoteamos los más apetecibles y Cassey secuestró otro par de copas. Alzó la suya al mismo tiempo que las cejas.

—¿Vamos a brindar?

—Por supuesto. Por el novio más perverso, adorable, divertido y campeón de hidropatines con el que he tenido el gusto de trabajar.

—Te has dejado listo, encantador y jodidamente *sexy*...

—Um, vamos fuerte hoy... —Rio, aunque no se opuso.

Entrechocamos las copas, bebimos y Cassey miró a un lado y a otro como si buscara a alguien.

—¿Has visto a mis amigos?

—No, solo he podido estar pendiente de una persona —mascullé sin dejar de contemplarla.

Se había maquillado los ojos de una forma que me recordaba a una gata, mientras que los labios estaban desprovistos de todo artificio, desnudos, expectantes…

—¿Tu prometida?

Cassey ladeó la sonrisa de un modo que dejaba claro que sabía que no me refería a Cam.

—¿Me llamabais? —Camille apareció rompiendo el momento de la forma más inoportuna. Cassey ni se inmutó.

—¡Justo! Jayden me comentaba que no podía dejar de estar pendiente de ti...

—Es tan adorable, ¿verdad?

Camille se enroscó contra mi cuerpo de un modo poco apropiado. Reconozco que estaba preciosa, con un vestido color blanco con escote palabra de honor. Nunca se había restregado así contra mi cuerpo, y mucho menos en presencia de tanta gente. Ella era de lo más recatada.

—Cam… —susurré.

—¿Qué? Tengo ganas de acariciarte… ¿No es lógico querer acariciar al hombre con el que voy a casarme en tres semanas? —preguntó, contemplando a Cassey.

—Lo raro sería que no lo hicieras.

—¡Exacto! —exclamó. Ahora que me fijaba, parecía entre disgustada y achispada, lo que me preocupaba.

—¿Ha pasado algo con tus padres? ¿Estás bien?

—¡Sí! ¿Por qué no iba a estarlo? El vino es fabuloso, ¿lo has probado?

—Me da a mí que tu prometida también necesita comer.

—Sí, vayamos a picotear algo, Cam.

—Tú siempre tan considerado… —suspiró ella—. No como otros tíos, insufribles, desconsiderados, que ven a las mujeres como un objeto con el que llegar a un fin...

Cassey abrió los ojos sorprendida y supe que tenía que hacer algo de inmediato.

—Perdónanos, vamos a por una ronda de canapés. —Intenté llevarme a Camille, pero mi prometida parecía anclada al suelo.

—¿Verdad, Cassey, que Jayden es muy considerado? Tan perfecto… —susurró—. Tengo muchísima suerte. —Volvió a abrazarse y por primera vez en mucho tiempo me sentí incómodo.

—Os dejo, voy a dar una vuelta para ver si encuentro a Akon y Ashley…

—Yo los vi, estaban en la segunda planta. Por allí. —Señaló.

—Gracias.

—Aunque yo de ti no los interrumpiría, por la prisa que llevaban y cómo se comían la boca, juraría que no estabas invitada...

—¿Se besaban?

—Ya lo creo... ¿Por qué no te quedas con nosotros? A ambos nos gustas. —Rio cogiendo a Cassey de la muñeca para atraerla hacia ambos y unirla al abrazo.

Dios bendito, ¿cuánto vino había tomado?

Las luces de la sala se apagaron y varios rayos de colores en tonos morados cruzaron las cabezas de los invitados. En la pantalla gigante que quedaba en un extremo aparecieron las palabras «Sorteo de los Solteros», enmarcadas con un gran corazón de neón, mientras la canción de *Love is in the air* fluctuaba entre palmas y silbidos.

Camille me comentó en el coche que su padre había extendido un par de cheques a nombre de los dos para colaborar con la ONG. Sabía a la perfección lo que iba a suceder, no me hacía mucha gracia pasar la noche con una desconocida, cuando lo que me apetecía de verdad era estar con Cassey; entendía que formaba parte de la gala y que el fin justificaba los medios, pero, aun así, prefería pasar la noche con ella.

El bombo virtual se puso a dar vueltas escupiendo primero la larga lista de nombres de mujer, que se fueron colocando uno debajo de otro. Cuando leí el de mi organizadora favorita, mi corazón dio un golpe.

Las tenía a ambas cogidas, una a cada lado del cuerpo; Cassey a la izquierda y Camille a la derecha, y mi prometida tenía la mano de Cas agarrada contra mi pecho, donde el corazón tronaba. Mi respiración se volvió errática en cuanto los nombres masculinos empezaron a emerger.

Cuando salió el mío, mi estómago se contrajo y de inmediato busqué el nombre de la mujer a quien me habían asociado.

—No puede ser —musitó Camille, poniendo fin al abrazo. Se puso rígida de golpe, no porque a mí me hubiera tocado con Cassey, lo que me llevó a apretar la mandíbula con fuerza y hundir las yemas de los dedos en su costado, sino porque la pareja de Cam era Duncan Fletcher—. ¡Seguro que mi padre lo ha manipulado! —exclamó iracunda—. ¡Ahora mismo voy a impugnar el sorteo!

—¿Cómo lo va a manipular? —cuestionó Cas sin moverse de mi lado, mientras la acariciaba sin poder evitarlo.

—Tú no lo conoces, haría lo que fuera por verme con ese desalmado, ya me extrañaba a mí que no hubiera puesto pegas hasta ahora. Todo bonito, todo de color de rosa… ¡Y una mierda!

—Shhh, calma, princesa —la tranquilicé, soltando a Cassey para tomarla de las manos—. Tu padre no ha tenido nada que ver. Eso es un programa informático…

—Y por tanto se puede manipular, seguro que ha contratado a un *hacker* y por eso a ti te ha puesto con Cas, para tenerte controlado, y a mí con ese, ese… Agrrr.

Solté las manos y la cogí del rostro.

—Escúchame, Cam. Aunque fuera así, no pasa nada. Tú misma sabías que podía tocarnos con cualquiera, lo hablamos, van a ser solo dos o tres horas y después Duncan volverá a su casa y tú a la tuya. Podrás demostrarle a tu padre que no puede manipularte por mucho que lo intente y que vamos a casarnos por muchos Duncan Fletcher que cruce en tu vida.

—Es que no sé si voy a ser capaz de aguantar —gimoteó—, sabes que ese hombre saca lo peor de mí misma.

—¿Tan malo es? —preguntó Cassey, desubicada.

—Duncan Fletcher es Satán.

—Pues creo que acabas de invocar al diablo —comentó ella sin cortarse.

Los tres miramos la oscura figura que nos miraba con el gesto apretado.

—He escuchado que has pedido un Anticristo —masculló serio.

—Lo que he pedido es que ardas en el infierno. No pienso pasar la noche contigo.

—Y yo nunca te lo pediría, ¿debo recordarte que estás comprometida y que jamás te pondría un dedo encima? —Camille lo miró con inquina—. Sabes cómo funciona esto, Cami… —exhaló.

—¡No me llames Cami! —Clavó su dedo en el pecho del hombre y este desplazó su mirada fría de ella a mí.

—Voy a llevarla a comer algo, el Merlot suele causarle estragos, te la devolveré sana y salva, no te preocupes.

—No esperaba menos —claudiqué.

—¡Tú no sabes lo que el Merlot causa en mí! —espetó mi prometida acusadora. Él torció una sonrisa.

—Ambos sabemos que sí y no creo que desees tener esta conversación frente a tu futuro marido y tu *wedding planner* —respondió correcto.

Camille me había contado que una noche, en la que se pasó con el vino, terminó en una tesitura bastante comprometedora con Duncan Fletcher, así que tenía una ligera idea de por dónde iban los tiros.

—Si la disgustas de algún modo… —le advertí.

—No lo haré. Pese a lo que pueda haberle contado, soy un caballero, King.

—No quiero separarme de ti —susurró Camille con un puchero.

—Solo son unas horas, ¿qué son noventa minutos cuando nos espera el resto de nuestra vida juntos…?

Duncan alargó el brazo, cogió la muñeca de Camille y llevó la mano femenina a su antebrazo.

—¡Suéltame!

—Lo haré cuando pueda, ahora nos toca a todos salir a la pista para abrir la fiesta.

El abogado se llevó a mi prometida entre gruñidos y protestas.

—Parece que no lo soporta.

—No demasiado... —musité—. Ya has oído a Duncan: nos toca bailar juntos. ¿Serás capaz de manejar esos dos pies izquierdos?

—Por supuesto, están deseando pisarte.

Cassey me cogió de la mano con una sonrisa en los labios y salimos a la pista. Los primeros acordes de *Photograph* nos hicieron reír.

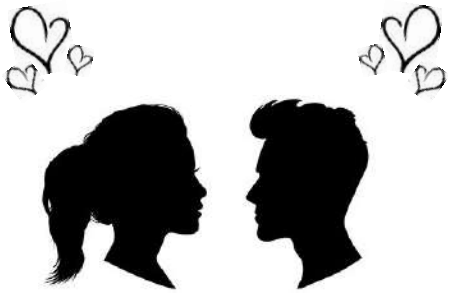
—¿Esto ha sido cosa tuya? —preguntó con la risa estallando en el cielo de su garganta.

—Para nada, se nota que hay más gente con criterio musical —advertí.

Un escalofrío recorrió mi columna cuando sus dedos buscaron mi nuca y los desplazó por mi pelo. La atrapé fijándola a mi cuerpo con las palmas en la parte baja de su espalda y no pude dejar de mirar esos ojos cautivadores, ni aun cuando concluyó la canción y sonó la siguiente.

Quería bailar mil vidas y me encantaría que fueran con ella.

Capítulo 25



Como mandaba la tradición, pasé la siguiente hora bailando con él, pieza tras pieza. Poco importaba el tema musical que sonara, porque me contoneaba con la persona más peculiar que había entrado en mi horizonte.

Jayden no se parecía en nada a ningún hombre con el que me hubiera topado, y eso me descolocaba, rompía los esquemas de cada análisis que pretendía hacerle, y si eso lo sumaba al descubrimiento de que mi madre no era lo que había supuesto desde un principio, tenía las bases servidas para estar llena de dudas sobre mi empresa.

¿Y si me equivocaba respecto a él? ¿Y si en el fondo quería a Camille y yo me estaba interponiendo? No, imposible, las señales estaban ahí, yo las había visto y sentido en mi propia piel.

El problema era que no se trataba del típico tío que te llevaba a la cama y adiós muy buenas. Jayden te sorprendía con sus respuestas, su picardía, su humor que arrancaba mil carcajadas y despedazaba, a golpe de sonrisa, cada una de las defensas que erigía para que nadie me dañara.

Mentiría si no dijera que me gustaba cada roce, cada mirada, la forma en que su voz hacía sonar algunos de los temas que llevaban a su cuerpo contra el mío. El órgano más grande que el ser humano tiene en el cuerpo se erizaba bajo su aliento para recordarme eso de que la piel no es de quien la besa, sino de quien hace que te hormiguee.

Tenía la habilidad de incrustarse en cada molécula que me conformaba, logrando que el universo entero se concentrara en aquel par de hoyuelos en

los que me apetecía acurrucarme.

Paramos a beber varias veces. La primera fue a la media hora, cuando Camille mantuvo una acalorada discusión que terminó con Satán pisándole los talones rumbo a la planta de arriba.

Jayden no quiso seguirla, pese a que vio lo mismo que yo. Me comentó que Duncan y ella tenían asuntos pendientes, y que Camille sabía librar sus propias batallas, por eso era jefa de Pediatría. Intenté sonsacarle su versión de la historia entre la doctora y el abogado, pero no estaba muy por la labor de revelar lo que probablemente sabía.

La segunda vez que paramos, estaba más achispada y acalorada, pues había seguido rapiñando copas que los camareros iban pasando con sumo cuidado por la pista. Jayden se había aflojado la corbata y desabrochado un par de botones.

Mis neuronas pedían a gritos que los demás siguieran el mismo camino, tratando de ordenar a mis dedos que fueran ellos quien los desabrochara.

Tenía los ojos concentrados en aquella pequeña superficie de piel expuesta.

«Si pasara mi lengua, ¿a qué sabría?».

«A batalla perdida», respondió mi voz interior con el tono que usaría Ashley.

Necesitaba parar y llevarlo a un sitio más discreto. Me encaramé a su cuello y le susurré que necesitaba tiempo muerto.

Me cogió de la mano y me llevó hacia una de las columnas alejadas de la pista, apropiándose de un par de copas más antes de llegar a destino.

Me apoyé contra el mármol frío y paseé las pupilas sobre su boca, con el pulso disparado y las ganas concentradas en la boca del estómago.

—¿Qué nos toca mañana? —preguntó, dando un sorbo a la copa de *champagne*.

«¡Sexo!», gritaron mis feromonas con la voz de Akon, que era su capitán.

Tenerlo tan cerca no ayudaba. Mi tripa se revolvía inquieta; no era fruto del alcohol, sino de aquel torbellino de mariposas que se empecinaban en agitar sus alas alborotadas por la poca distancia que nos separaba.

—Mañana es domingo, libras. Nos vemos el lunes y lo que corresponde lo tienes en el *mail* que os pasé… —mascullé sin que sonara a reprimenda.

Lo único que me importaba era apagar el ardor que me consumía por dentro. Al final resultaría que mi madre tenía razón y terminaría abrasada.

—Ya, pero me gusta que me lo recuerdes, tu voz de eficiencia es muy *sexy*. —Jugueteó apoyando la mano libre cerca de mi cara.

Di un sorbo a la copa, tenía la sensación de que lo poco que comí estuviera lleno de esparto, por lo que apuré la bebida rápido pensando en algo que propiciara el beso. Fui a hablar y noté la concentración de gas rebotando en mi nariz y casi eché la bebida como un aspersor.

Me puse a toser como una loca mientras Jayden intentaba darme palmaditas para que se me pasara.

—Dios, ¡qué vergüenza!

—¿Por atragantarte? De vergüenza nada, son cosas que pasan. —El bochorno era supremo porque siempre terminaban ocurriéndome cosas, como la caída de rodillas o meterme en la fuente—. Vamos, tampoco ha sido tan apabullante, he visto actuaciones mejores en *GOT TALENT*, como aquel tío que eructó el himno americano sin respirar.

—Y, seguramente, a él también lo encontraste jodidamente *sexy*… —mascullé sin que él perdiera aquella sonrisa torturadora.

—Hombre, para serte franco, habría preferido que te atragantaras un poco más, me habrías dado la excusa perfecta para practicarte el boca a boca.

—Muy considerado de tu parte…

—No podría dejarte morir, eres la que organizas mi boda. —Puse los ojos en blanco.

—Si esto fuera un concurso, ahora mismo pediría el comodín de la llamada.

—¿Y a quién llamarías?

—A cualquiera capaz de sacarme de aquí en este instante...

—Eso puedo hacerlo yo, ¿recuerdas? Soy *hado padrino,* pídemelo y te llevo donde desees.

«¡A tu cama! Ah, no, que el sexo no entraba en la oferta».

Mis ojos debieron revelar lo que mi boca callaba, porque el marrón de sus ojos se volvió casi negro.

—¿En qué piensas? —preguntó, enredando uno de sus dedos en el mechón que Ash había dejado caer estratégicamente para hacerle tener la tentación de recolocarlo.

—En que cuando te conocí no sabía qué encontraría bajo todo ese montón de pelo despeinado.

—Hoy me he peinado.

—Y echo de menos tus mechones locos.

Hundí sin permiso las yemas de los dedos en su cuero cabelludo para alborotarlo y observar la reacción que causaba en él. Tragué duro al ver que se acercaba todavía más.

—Este eres tú… —suspiré.

—¿Y tú quién eres?

Su pregunta hizo que encogiera los dedos de los pies. Me dio la impresión de que era capaz de ahondar bajo la capa de secretos en la que me envolvía para poder entrometerme en su vida, sin que descubriera mi propósito.

—Una chica del montón —respondí entrecortada.

Soltó el mechón de pelo que sujetaba para pasar los nudillos bajo mi mandíbula y alzar la barbilla con el dedo índice.

—A nadie se le ocurriría calificarte como del montón cuando pareces sacada de una revista. —Le sonreí.

—¿No será una de esas para leer mientras aprietas?

—No me hagas responder algo muy cerdo… —Su respuesta me hizo morder la sonrisa que afloraba en mis labios—. De aparecer en una, serías la chica de la portada, una que parece inalcanzable y que morirías por amanecer a su lado.

—Yo no soy inalcanzable —admití—; de hecho, tú me estás tocando…, y lo de amanecer a mi lado… —Hice asomar la lengua de un modo casual, disfrutando cuando desvió la mirada hacia el rastro húmedo.

El contacto se alargó al ritmo de nuestro silencio, casi podía escuchar el debate moral que Jayden mantenía en su propio infierno. Me ofreció un

roce lento que pasó de la barbilla al lateral del cuello.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que el mundo gira hacia un lado y tú solo deseas ir hacia el otro?

«Constantemente».

—¿Tú sí?

—Desde hace una semana no puedo dejar de pensar en ello —admitió, repasándome de una manera que me daban ganas de entregarle las llaves de mi casa para amanecer con él.

—Es normal que sientas dudas y quieras marcarte un *Novia a la fuga* —ronroneé, acariciando con suavidad su estómago esculpido en piedra.

Su expresión mutó y puso fin al contacto, no había sido acertado hablar de la boda, lo supe en cuanto vi su reacción.

Había echado el anzuelo, el pez parecía haber picado, pero me equivoqué al querer tirar tan pronto para que saliera del agua, se había partido el hilo y mi presa se alejaba. Me dedicó una sonrisa triste y dio un paso atrás.

—No tengo dudas, voy a casarme, no soy de los que huyen o echan a correr —afirmó rotundo.

—No pretendía decir eso, no me malinterpretes, es solo que… Bueno, pensé que te referías a los nervios por los preparativos, es un paso muy importante y, a veces, a uno se le pueden pasar ciertas cosas por la cabeza que son del todo lógicas, como si tu prometida es la persona correcta, si te ves pasando el resto de tus días junto a ella o si la motivación que te lleva a casarte con ella es suficiente…

La estaba cagando todavía más. Jayden arrugó el ceño, sacudió la cabeza y me miró como si fuera un rompecabezas.

—Creo que es mejor volver a la pista de baile.

—Si he dicho algo incorrecto...

—No eres tú, soy yo, ¿has oído eso de: «Eres la persona perfecta en el momento equivocado»?

«¿Y si es nuestro momento? ¿Y si el que dijo esa frase era un cobarde con pavor a equivocarse?».

—Puede que no sea el momento equivocado, aunque sí la distancia —murmuré buscando remontar, tomándolo del cuello y apretándome contra él.

Ahí estaba, esa chispa de nuevo, cerré los ojos, me puse de puntillas y esperé a sentir su boca volcada en la mía.

—Cas…

Mi nombre pronunciado de aquel modo tan ronco, calentando la piel de mis labios, casi me hizo ronronear.

—Jay… —contraataqué, abriendo los ojos para inundarlo en ellos.

Tensó la mandíbula. Casi podía saborear el beso. Había colocado su mano en mi cadera y no quedaba apenas aire entre nosotros, solo unas ganas locas de convertirnos en una maraña de labios y lengua.

Su rostro descendió un milímetro más cuando nos vimos interrumpidos por una voz aguda que lo hizo maldecir y apartarse de forma abrupta.

—¡Nos largamos!

Camille apareció echando humo por las orejas.

—¿Tan pronto? —cuestionó él desubicado.

—¡Sí! ¡No aguanto ni un minuto más aquí con ese hijo del mal! Y si me quedo, no tengo más remedio que aguantarlo. Vamos a tu apartamento, no quiero dormir en casa, necesito una de nuestras maratones en el sofá…

Los imaginé a los dos juntos, despojándose de la ropa en cuanto pusieran un pie en el interior del apartamento de Jayden, para retorcer sus cuerpos contra el mueble mientras él se acomodaba y ella lo montaba desatada. Se me retorcieron las tripas.

—Escúchame, Cam, hemos participado en el sorteo, ¿no se supone que debemos estar más tiempo?

—¿Y quién va a venir a detenernos? ¿La brigada antisolteros? Ahora, que si no quieres venir, me marcho yo. —Nunca la había visto tan enfadada. Lo vi dudar y apretar los labios.

—No, ¿cómo voy a dejarte sola en este estado? Nos vamos juntos.

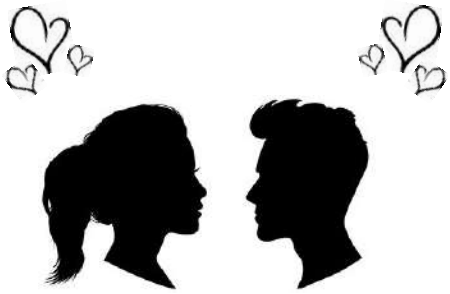
—Voy a buscar mis cosas al guardarropa. Perdona por robarte la compañía, Cassey, disfruta de la fiesta…

Dudaba que lo hiciera ahora que el objeto de mis desvelos se iba con ella.

—Descuida. —Jayden se acercó a mi rostro y esta vez me besó tan cerca de la comisura que casi pude sentir su sabor.

—Ni momentos, ni distancias, solo personas perfectas —susurró, mirándome a los ojos—. Dulces sueños, Caramelo Salado, nos vemos pasado mañana.

Capítulo 26



¡Menudo fin de semana de mierda!

Cabe decir que el sábado terminé bebiéndome hasta el agua de los floreros y que acabé con una buena melopea para intentar librarme de cada maldita imagen que mi cerebro plasmaba de Jayden.

El domingo estaba para el arrastre, así que me pasé media mañana en la cama sufriendo en silencio la resaca mientras mis amigos se dedicaban a gemir contra cualquier superficie.

Por la tarde, mi madre decidió acercarse a casa para hacerme cumplir la promesa de acogerla, de la cual no estaba muy segura si me iba o no a arrepentir. Mientras ella intentaba comportarse como una madre preocupada, Ashley y Akon jugaban a la parejita feliz, llenando mi espacio vital de besos y arrumacos. En serio que me alegraba por ellos, el problema era que cuando una mujer sufre de desesperación sexual, es difícil cohabitar con tanta feromona junta.

Jayden copaba el 90 % de mis pensamientos y el otro diez era para lamer mi autoestima repitiéndome una y otra vez que solo era trabajo.

Llegó el lunes y tocó la prueba del vestido de la novia. La doctora, su madre y Ash me acompañaban en la ardua tarea de escoger un traje que esa mujer no se iba a poner.

Me gustaría decir que fue un horror, que no encontramos nada, que todo le sentaba mal y que *lady* Camille terminó desesperada, pero no fue así. Con esa cara y ese cuerpo, todo parecía estar hecho a medida para ella, cada

vestido que se probaba le sentaba mejor que el anterior y yo la observaba sin poder dejar de pensar en que o actuaba pronto de una manera contundente o terminaría casada; y yo, con una empresa emergente haciendo aguas.

—¿Qué te parece este, Cassey? —me preguntó esperanzada después de que le pusiera pegas a los ocho últimos.

Los ojos de la señora Hill estaban anegados en lágrimas, se las enjugaba con disimulo en un pañuelo de hilo que aglutinaba toda aquella emoción. Ashley pasaba sus ojos de mí hacia ella, se notaba por su expresión que dudaba de mi capacidad para darle más excusas; y era cierto: hasta yo me vi conteniendo el aliento de lo guapa que estaba.

¿Cómo iba a decirle que no cuando era el vestido perfecto?

—Si este tampoco te parece bien, al final me caso con la bata del hospital, que también es blanca.

Y la veía capaz de hacerlo.

—Estás preciosa, es el vestido —admití en contra de mi voluntad. Su sonrisa se volvió esplendorosa al mismo tiempo que las caras de las ayudantes de la tienda se llenaban de alivio; debían pensar que era la peor *wedding planner* de la historia, y razón no es que les faltara.

—¡Ha dicho que sí! —celebró—. ¡Lo tenemos! —Su madre se puso en pie para abrazarla y las dependientas rompieron en aplausos.

«¡Perfecto! Jodidamente perfecto».

—Voy a darme una vuelta por la sección de ropa interior, necesitamos algo para poner debajo de esta maravilla —irrumpí, necesitando ganar algo de espacio.

—Procura que sea lo suficientemente sugerente para que le haga alzar el soldadito a su marido, no queremos una noche de bodas fallida... —respondió pícara la señora Hill.

«No queremos una noche de boda fallida…», repetí para mis adentros enrabietada.

¡El soldadito de Jayden King no iba a llegar a meterse en esa trinchera porque iba a ser interceptado por el enemigo!

Ashley siguió mis pasos sin rechistar.

—¿Estás bien? Tus tacones están perforando la moqueta… —inquirió disimulada cuando nos plantamos frente al expositor de prendas íntimas.

—No, no estoy bien, ¿no te das cuenta de que no estamos avanzando nada? ¡En tres semanas se casan y no he conseguido ni un miserable beso!

—Bueno, puede que debas pisar un poco el turbo…

—¿Un poco? —bufé, apartando braguitas de encaje como si estuvieran apestadas. ¡Necesitaba mucho más que pisar el turbo!

—Para un minuto —me detuvo Ash—. ¿Seguro que estás así porque piensas que estamos lejos del objetivo?

—¿Y por qué iba a ser si no?

—Bueno, puede que tengas varios frentes abiertos y por eso estés tan crispada. Quizá te afecte lo que ocurrió el sábado con tu madre, no debe de haber sido fácil entender que no es la cazafortunas que pensabas. También puede desconcertarte que Jayden resulte una buena persona y tener un motivo de peso para casarse con la doctora. ¿Quién en su lugar no haría lo mismo por su hermana? Lo que podría hacer tambalear tus ganas de destaparlo y que perdiéramos tanto el premio como el dinero del señor Hill. Y, por otro lado, es probable que te estés dando cuenta de que King empieza a gustarte más de lo que estás dispuesta a admitir, y estés acojonada por si llega al altar y no eres suficiente para impedir que pierdas con ello tu oportunidad de encontrar el amor verdadero.

«Se tenía que decir y se dijo», Ashley había hecho un análisis tan perfecto que me había dejado temblando por dentro.

—Tanto follar con Akon te está preñando las neuronas con ideas de familia feliz que yo no tengo —protesté, sintiéndome vulnerable.

Ella alzó las cejas con su expresión de «¿Bromeas?», la cual pasé de responder.

No estaba preparada para admitir todo lo que había soltado por esa boca y dudaba de que alguna vez lo estuviera. Me costaba no ser reservada con las cosas que me pudieran causar un daño permanente y, aunque Ash fuera mi mejor amiga, yo no me sentía con fuerzas para dar el *OK* a su teoría.

Mi móvil sonó. Lo saqué del bolso mientras mi amiga preseleccionaba varios conjuntos para la novia.

Me encontré con un mensaje de Jayden. Me armé de valor y abrí la conversación de WhatsApp.

Tsunami

Buenos días, preciosa.
¿Cómo va la elección de vestido?

Nada más leerlo, mi abdomen se contrajo, miré a Ash y le mostré la pantalla.

—¡Oh, perfecto! Soldadito busca guerra, vamos a encargarnos de llenarle el campo de minas. Dile que da mala suerte hablar del vestido y que estás en otra sección de lo más interesante… Vamos a darle duro a esa batalla.

—¿Le pongo eso?

—Hazme caso, yo follo y tú no, me parece que te llevo ventaja.

Eso era cierto. Respondí con las palabras textuales y la contestación emergió como una bala.

Tsunami

¿Qué sección?

—¡Ja! ¿Lo ves? Vamos a cazar ese gato con un ratón de lo más apetitoso…

Ash cogió tres conjuntos de menos a más sugerente y me hizo enviarle las fotos de los tres para culminar con un «¿Cuál te pone más? Es para la noche de tu vida...».

Vale, empezaba a sentir calor en las mejillas.

Tsunami

Sin verlos puestos es difícil decidir, solo me parecen un montón de encaje y transparencias. Aunque lo de la noche de mi vida suena muy bien

—Perfecto, ha entrado al trapo, lo tenemos justo donde yo quería... —admitió.

—¿Y eso es...?

—Ahora lo verás, coquetéale un poco...

El problema es que no puedo mostrarte a la novia en ropa interior... Da mala suerte

—¿Eso es para ti coquetear? —preguntó arrugando la nariz.

Tsunami

Pensaba que solo era el vestido...
Pues no sé qué decirte, elige tú, yo así no puedo hacerme a la idea...
Llámame poco imaginativo, pero necesito algo más...

Ashley rio.

—Este lo que es es un listo... Dame el móvil y confía en mí.

—No sé yo…

—¡Hazlo! ¡Vamos a ayudarlo un pelín!

—¿Cómo pretendes que lo hagamos?

—Superponte el primer conjunto...

—¿Tú estás loca?

—Solo por encima, mujer, que no te pido que te despelotes... Seguro que su imaginación se encargará del resto...

—Dios bendito...

—Vamos, no me seas estrecha, que no te estoy pidiendo un desnudo...

—Es que no lo veo... —Ella resopló.

—Menuda tentadora de pacotilla estás hecha...

—Bueno, es que Jayden no es de esos...

—¿De los que les gustan las mujeres guapas en ropa interior?

—Su prometida está probándose el vestido que llevará en su «no boda», no creo que lo próximo que espere de mi parte sea una foto mía con la ropa interior de su «no futura mujer», sería muy extraño.

—Puede que tengas razón... Tenía que intentarlo —dijo encogiéndose de hombros—. Dame los conjuntos, que ya se los llevo a Camille.

Ashley se largó y el móvil volvió a vibrar.

Tsunami

¿Sigues ahí?

Sí, perdona, le estaba dando a Ashley la ropa interior para que se la pruebe Camille.

Si esperaba un comentario por su parte, no me lo dio.

Tsunami

¿Qué tal lo pasaste el sábado?

Mucho mejor de lo que esperaba, aunque debo decirte que la brigada cazasolteros preguntó por vosotros...

Tsunami

Ji, ji, ji, ¿en serio?

No, pero habría sido gracioso.
La verdad es que bebí demasiado y terminé con una resaca de cuidado.

Tsunami

Seguro que fuiste la sensación de la noche.
¿Cuántos corazones rompiste?

Ufff, muchísimos, tenía tantos tíos detrás que no sabía si alguien me había pegado en la espalda un cartel de «Cerveza gratis» o estaba en mitad de una orgía de los Sims... Casi empiezo a repartir papelitos de su turno...

Podía imaginarlo con los ojos brillantes y sonriendo, porque estaba segura de que las comisuras de su boca se habían alzado al leerme.

Tsunami

Ummm, ¿y terminaste haciendo un *bukkake*?

Qué va. Para ser franca, la fiesta perdió toda la gracia cuando te fuiste, así que me lie con el agua de los floreros.

Tsunami

Quién hubiera sido agua...

«Si él hubiera sido agua, me lo habría bebido entero».

Tengo que irme, tu prometida se extrañará si tardo tanto. ¿Nos vemos en la academia?

—Mejor ahora.

Su voz tronó a mis espaldas y casi me caí de culo ante la sorpresa, por suerte, me cogió antes de que me estampara contra las fajas.

—Eh, tranquila, que tú no necesitas una de esas…

—A veces una buena faja es lo único que me aprieta… —resollé.

Me di la vuelta y lo encontré allí, tan despeinado como siempre, con una camiseta básica gris jaspeada y unos vaqueros de corte *slim*. Su sonrisa era tan amplia como siempre y tenía aquel brillo de tunante chisporroteando en su mirada.

—Si necesitas algo que te apriete, me ofrezco voluntario...

—Seguro que sí —mascullé—. ¿Qué haces aquí? —pregunté nerviosa, mirando hacia atrás—. ¡No puedes ver a la novia!

—No es a ella a quien estoy mirando…

Cuando me decía esas cosas, perdía la noción del espacio y el tiempo.

—¿Has venido para asegurarte de que estoy sobria? ¿O vienes para concederme un deseo?

—He olido tu aliento a través del teléfono y solo he captado un ligero aroma a ajo.

—Lo uso para los vampiros… Hay muchos con ganas de chuparla… —Jayden estalló en una carcajada.

—Eso es cierto. Respecto a lo de tu deseo… Lo cumpliré cuando seas capaz de pedir algo mejor que la paz en el mundo —comentó, sacando una moneda del bolsillo trasero para lanzarla al aire.

No podía ser.

—¿Es la mía?

—Te dije que custodiaría tu deseo hasta que fueras capaz de pedir algo con sentido y que de verdad quieras para ti.

«¿Y si eres tú lo que quiero?», era demasiado pronto para encajarle algo así...

—Estoy en ello...

Suspiré incapaz de reconocer lo que de verdad anhelaba en voz alta.

—¿Qué día me toca ir a por el traje?

—Primero te lo tienes que probar. Es el miércoles —respondí, imaginándolo en calzoncillos. ¿Cómo los llevaría? Anchos, ajustados, tenía pinta de bóxer, aunque no estaba segura. Había bajado la mirada hacia un lugar muy poco apropiado y de inmediato noté cierto ardor al pensar en ello.

—¿Me acompañarás? —preguntó cuando fui capaz de alzar el rostro.

—Por supuesto... No quiero que aparezcas en vaqueros y una camiseta de *Friends*.

—Uuuh, tú sí que sabes, me flipa *Friends*. *Smelly cat, smel-ly cat, what are they feeding you?*, canturreó al más puro estilo de Phoebe.

Esa mujer hizo de la incoherencia un himno de lo más popular.

—Lo suponía… A los fans de *Friends* se os reconoce en cuanto se os ve. —A Ak y a Ash les flipaba la serie. Él estrelló el puño contra su pecho e hizo la señal de la victoria.

—Oye, estaba pensando en que después de lo del traje podrías venir al hospital conmigo, para la hora del cuento, solo si te apetece…

Él se frotó el pelo por detrás.

«Debes conocer al enemigo», me recordé mientras me diluía como un terrón de azúcar en sus ojos de café.

—Si no quieres, no hay compromiso…

—Me encantaría —claudiqué.

—Pero ¡bueno! ¿Ya es la hora de comer? ¿Cuánto rato hemos estado aquí? —cuestionó Camille, saliendo de la zona nupcial acompañada por su madre y Ashley.

—Más del que deberías, aunque no me importa, Cassey se ha ocupado de entretenerme para que no viera nada indebido.

—Así me gusta. Cas es la mejor, siempre lo decimos —reconoció Camille, fundiéndose en un cariñoso abrazo con Jayden que me hizo perder el buen humor.

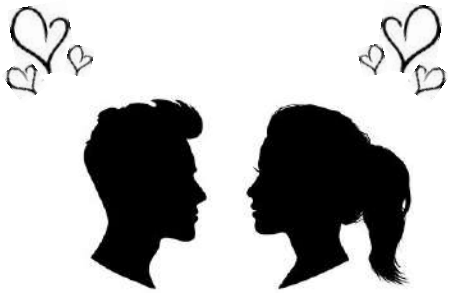
—¿Os venís a comer con nosotros? —nos invitó la doctora—. Mi estómago lleva un rato rugiendo.

—No queremos molestar; además, tenemos planes, hemos quedado con Akon para comer, tal vez otro día… —susurré.

—Entonces, nos vemos más tarde en la academia. Muchas gracias, Cassey. —Le ofrecí una sonrisa a la doctora y otra a su madre.

Odiaba el momento de las despedidas con esa mujer porque al final era ella quien se marchaba junto a él y yo me quedaba sola, como siempre.

Capítulo 27



Jayden

Lo que me pasaba con Cassey Sully podía clasificarse como tortura.

¿De verdad pensaba que después de aquel mensaje no iba a aparecer?

«¿Cuál te pone más? Es para la noche de tu vida...».

Joder, se me había puesto dura con solo imaginarla... Porque era a ella a quien veía con aquellos conjuntos de ropa interior, a ella a quien tenía ganas de besar, acariciar y lamer hasta hacer desaparecer toda aquella cantidad de encaje.

Ningún tío podría resistirse a un guante arrojado a lo Rita Hayworth, y menos uno cuyo extremo estuviera sobre la piel de la señorita Sully.

Llevaba una hora haciendo tiempo en una cafetería cercana cuando decidí mandarle un mensaje a la organizadora de mis sueños o, más bien, a la que me los robaba.

Era consciente de que la elección del traje de novia iba a costar, por eso me atrincheré aguantando las ganas de entrar a verla. Desde que el sábado abandoné la gala, no pude pensar en otra cosa que en los bailes que compartimos, en cómo el verde de sus ojos se hacía cristalino cuando sonreía o se oscurecía cuando se le aceleraba el pulso.

Mi cabeza estaba colonizada por su imagen y se dedicaba a recrear cada instante a su lado.

En la fiesta estuve a nada de besarla y lo habría hecho hundiéndome en el lodo si Camille no nos hubiera interrumpido. ¿Es que me había vuelto loco?

¡Estaban los padres de Cam! Si me hubieran visto, ¡habría sido el fin!

El alcohol, la música y nuestra cercanía habían creado una atmósfera que arrastró mi voluntad bajo mínimos; si a ello le sumaba que había pensado demasiadas veces en cómo sería besarla, iba de cabeza al precipicio.

Cada día que pasaba estaba más convencido de que Cassey era la persona perfecta… en el momento más inadecuado. No mentía cuando se lo dije y lo seguía pensando ahora; es más, cada minuto que pasaba a su lado me sabía a poco, quería conocerla con una ferocidad que me asustaba. ¿Eso era lo que había sentido mi padre por mi madre?

Papá me contó que nunca se cansaba de estar con ella, de mirarla, de verla sonreír, de sus abrazos o sus besos.

Yo no la había besado, pero sí abrazado, y tenerla entre ellos había sido mucho más intenso que un choque de labios.

Me pasé disperso toda la hora de la comida.

Se suponía que debía servir para acercar posiciones con la madre de Camille, ya que el señor Hill era un punto y aparte.

Loretta era una mujer agradable, cercana y nada elitista, a ella había salido su hija. Ojalá me hubiera enamorado de Camille, lo habíamos hablado muchas veces; si nuestra amistad hubiera podido convertirse en amor, habría sido perfecto.

Cam y yo conectamos nada más conocernos, era la doctora de Chasity; en cuanto puso los ojos sobre mi hermanita, fue amor a primera vista. Ambas se adoraban y jamás escatimó en horas o en recursos para tratarla.

Mis muchas horas en el hospital, sumadas a mi colaboración como voluntario, jugaron a favor para que un lazo se creara entre nosotros.

Yo admiraba muchísimo el trabajo que desempeñaba, y ella decía estar fascinada por mi mano con los críos.

Cam estuvo en mis momentos más bajos, me ofreció su soporte en más de una ocasión y del modo más natural del mundo estábamos compartiendo sofá, manta, peli y más de una confesión.

Ella fue quien tuvo la ocurrencia de lo de la boda; en cuanto se enteró de la posibilidad de que Chassity entrara en el programa experimental, no dudó

en ofrecérmelo.

El padre de Camille le había dejado una fortuna que sería suya en cuanto se casara, yo no tenía medios para conseguir todo aquel dineral que pedían, porque, aunque no fuera un tratamiento al uso y parte estuviera subvencionado, seguía siendo una cantidad exorbitante, y lo peor de todo es que solo tenía treinta días para conseguirlo; ni por todos los clientes que lograra hacer en un mes podría permitírmelo.

Recuerdo el modo en que me cogió de las manos y me dijo que ella tenía una opción que ofrecerme para Chas y que quería contratar mis servicios de *Hado Padrino.*

—¿Quieres contratarme? —le pregunté sin comprender.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para que te cases conmigo.

Solté una carcajada pensando que me estaba tomando el pelo, y al ver que ella no se reía, paré.

—No puedo casarme contigo.

—¿Por qué?, ¿tienes mejores planes el 15 de julio?

—Cam, sabes que no es eso, entre tú y yo nunca ha surgido la chispa.

—Eso ya lo sé, tonto, no quiero casarme por eso, sino para tener acceso a mi herencia y poder pagar el tratamiento de Chasity.

—¡Ni hablar!

—¡¿Cómo que ni hablar?!

—No pienso casarme contigo para eso, ¿en qué me estaría convirtiendo?

—En un tipo listo que piensa en su hermana. Además, el dinero no es para ti, salvo lo que me pidas por el día de trabajo cuando nos casemos. Quiero y puedo pagar su cura. No vamos a tener una oportunidad mejor, Jayden; si funciona como apunta el estudio, pasará a costar un dineral cuando lo saquen al mercado y entonces sí que nos tiraremos de los pelos. ¿Tanto te repele la idea de convertirme en tu mujer?

—Sabes que no es eso...

—Sé que crees en el amor para toda la vida y, por eso, en cuanto llegue a la tuya, yo te liberaré, no te pondré pegas para firmar el divorcio, será un mero trámite para que tu hermanita pueda tener una vida normal. ¿No es eso lo que deseas? ¿Por lo que ahorras cada céntimo que ingresas...? ¡Si ni siquiera te has comprado ropa en este último año!

—La que tengo todavía aguanta.

—Sí, pero su piel no, sabes lo que le duele cada vez que se hace una herida y el riesgo que corre cuando se le infectan... ¿Acaso no quieres que pueda tener una vida como la de cualquier niña de su edad? ¿Que pueda salir al parque sin miedo a caer y que eso le pueda causar la muerte?

—¡Claro que quiero! Pero no puedo aceptar, es demasiado. —Temblé.

—No lo es, a mí no me importa el dinero, lo sabes muy bien. Gracias al cielo vivo mejor que quiero, tengo un buen sueldo, mi familia ingresa más de lo que seguramente merece y me sentiré muy afortunada si contribuyo a la recuperación de tu hermana, así que, por favor, acepta. Lo creas o no, a mí también me estarás haciendo un favor.

—¿Un favor? ¿Bromeas? Ni siquiera sé cómo podré pagarte esto alguna vez si acepto...

—¿Eso significa que vas a casarte conmigo?

—Eso significa que estaría loco si no lo hiciera y que me pasaré la vida debiéndote la de mi hermana.

—No vas a deberme nada, ya te lo he dicho: además de a Chasity, también me ayudo a mí misma.

—¿A ti misma?

—Temas familiares, ya lo contaré en otro momento, estoy demasiado agobiada para darle más vueltas a lo que ocurrió el otro día...

—Yo pensaba que tenías algo con ese abogado que trabaja con tu padre.

—Eso es agua pasada, nunca estaría con un hombre como él, en la vida —comentó seria.

Algo gordo debía de haber ocurrido para que hablara de Fletcher de ese modo. Ella y el abogado llevaban un tiempo tonteando. Camille decía que no era nada serio, aunque venía al hospital con los ojos más brillantes que

nunca. Yo bromeaba al respecto y solía decirle que bajo ese traje de tío estirado latía el corazón del hombre de su vida.

Ella nunca me dijo que sí, se limitaba a decir que eran tonterías, que se estaban conociendo y punto.

La rigidez de su cuerpo, la dureza de su voz y el modo en que se puso en guardia no me daban pie a seguir tirando de la cuerda; ya me contaría lo ocurrido cuando le apeteciera.

—Bueno, ¿qué?, ¿aceptas?

—Acepto.

Sus brazos rodearon mi cuello y me dio un pico apretado.

—Vamos a ser el matrimonio perfecto. ¡Verás cuando se lo diga a mi padrastro¡, ¡se va a tirar de los pelos!

Y no era para menos, porque la boda tenía que realizarse en un mes para que llegáramos a tiempo para poder realizar el pago.

Camille solo me puso una condición: discreción. Nadie podía saber que nuestro matrimonio se basaba en una farsa, o su padrastro removería cielo y tierra para impedirlo.

Por eso, estos últimos días, al ver mi interacción con Cas y cómo hablaba de ella, saltaron todas las alarmas.

Con todo el pesar del mundo, me ofreció la posibilidad de anular nuestro enlace. Camille sabía que para mí el amor y la familia eran muy importantes, no quería que siguiera adelante si no estaba seguro.

El problema era que jamás me perdonaría si ponía a Cassey por delante de la salvación de mi hermana. No podía hacerlo, sí o sí debía casarme, lo que me ponía en un brete muy difícil.

No era capaz de pensar o actuar con coherencia cuando toda la sangre se me acumulaba en cierta parte de mi anatomía nada más verla.

Al terminar de comer, acercamos a Loretta a su casa; Cam y yo fuimos a dar un paseo para hacer tiempo.

—Hoy estás disperso —comentó con la vista clavada en el escaparate de una pastelería—. ¿Estás nervioso por la boda? ¿Porque se acerca el tratamiento de tu hermana? ¿O por lo que sientes por nuestra organizadora?

—Se me hacía raro hablar con ella del último tema cuando se suponía que iba a convertirse en mi mujer...—. Vamos, Jay, habla, soy yo, tu mejor amiga.

—Lo eres.

—¿Entonces?

—Tengo que casarme contigo, Cam.

—Eso ya lo sé.

—Pero no puedo evitar sentir cosas por Cas. —Ella suspiró—. ¿Por qué tenía que aparecer justo ahora?

—La vida es muy perra a veces.

—Lo es.

—¿Quieres que…?

—No me lo vuelvas a preguntar, la respuesta seguirá siendo «no», no quiero romper el compromiso y el pacto, le he estado dando muchas vueltas y no puede ser.

—Bueno, tampoco es tan grave; a ver, nos casaremos en tres semanas, cuando tengamos el dinero en nuestro poder y hayamos pagado el tratamiento…

—Yo me mudaré y estaré un largo periodo en otra ciudad.

—Ya, pero si a Cas le gustas tanto como ella te gusta a ti, te esperará.

—Recuerda que no puedo explicarle lo de nuestro acuerdo, tu padre es quien la ha contratado y sería un riesgo.

—Eso es verdad —suspiró—. Ay, Jayden, no sabes cuánto lo siento; en serio, ella parece hecha para ti, cuando os veo juntos, no sé cómo explicarlo... Existe esa conexión impalpable, esa atracción que hace que se te erice el vello solo por entrar en contacto con vuestro campo magnético…

—No sé si es buena idea que pase tanto tiempo con ella y, sin embargo, no puedo evitar buscarla… ¿Es lógico que me sienta tan atraído por alguien en tan pocos días?

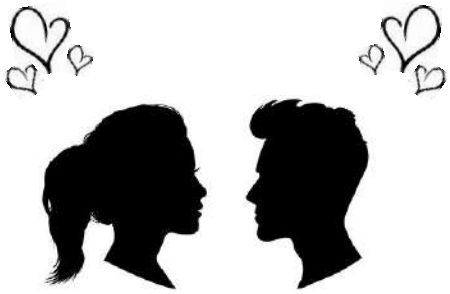
—La vida carece de lógica en muchas cosas, la atracción es una bestia insaciable que nos devora a todos sin permiso, es muy difícil poder controlarla; deberías estar preparado por si te engulle.

—¿Y qué hago, Cam?

—Por ahora, lo que estás haciendo, aguantar. Son solo tres semanas, podrás con ello, no he conocido a nadie con una voluntad tan férrea como la tuya, y, después, ya veremos…

Ojalá tuviera tanta fe en mí como la que demostraba mi prometida.

Capítulo 28



Estábamos a miércoles y parecía que, en lugar de avanzar, hubiera retrocedido tres casillas.

El lunes y el martes Camille vino a la academia de baile y Jayden apenas me miró un par de veces y de soslayo, mientras que con ella se reía y la observaba como si fuera la joya más maravillosa del mundo.

¡¿Qué demonios estaba pasando?!

¡No me había mandado ni un solo mensaje! Bueno, había respondido a los míos de un modo muy parco, no como estaba habituada, lo que me había descolocado y puesto de un humor que hacía huir hasta a los cachorros.

Encima, la nube amorosa en la que estaban envueltos Ashley y Akon no ayudaba, llevaba todo el día regurgitando bolas de purpurina, algodón de azúcar y lubricante de sandía. Se iban a quedar en carne viva.

Le di una patada a la mesilla sin recordar que iba en chanclas.

Solté un exabrupto tan grande que resonó en todo Los Ángeles. ¡Me había hecho papilla el dedo meñique!

—¡Cassey! ¿Qué pasa? —Mi madre entró en la habitación con una de esas máscaras que te pulsan luz en la cara, ahora mismo no estaba segura de si era ella o el asesino de *Viernes Trece* o que llevara una hoja de apio en lugar de una motosierra; eso me dio una ligera idea.

—¿A mí? Eso debería preguntártelo yo a ti —dije, dando saltitos con el pie malo agarrado—. ¿Qué se supone que estabas haciendo con eso? —Señalé su rostro.

—Ahora mismo aumentar el flujo sanguíneo y la producción de colágeno, para eso sirve la luz roja, podrías ponerte un rato la verde…

—¿Porque me ves cara de endibia?

—Porque equilibra el agua y la grasa, calma y tensa la piel y elimina el edema.

—¿Es tu manera de decirme que tengo la cara de pez globo?

—No pareces un pez globo —admitió, desprendiéndose de ella—. ¿Puedo preguntarte qué te ocurre? Además de lo evidente. —Apuntó mi pie.

Tenía la habitación patas arriba, había sacado toda la ropa del armario y nada me parecía lo suficiente atractivo para verlo hoy.

—Problemas de estilismo... —murmuré.

—¿Me dejas que te ayude? Pareces estresada y a mí se me da bien.

Si alguien tenía buen gusto al margen de Ashley, esa era mi madre. Mi amiga estaba demasiado ocupada frotándole la espalda a Akon después de salir a correr y repetir corrida bajo el agua.

—Adelante… —comenté resignada.

—¿Qué tipo de *look* estás buscando?

—Pues uno de esos que te hacen perder la cabeza y alzar el interior de la bragueta —comenté sin pensarlo demasiado.

La risa femenina y voluptuosa de la señora X me hizo recordar a quién acababa de soltarle aquella barbaridad.

—Perdona, ya no sé ni lo que digo.

—Sí lo sabes y me parece perfecto, te hace falta quedar con un hombre para liberar todo ese estrés. Ven conmigo.

—¿Dónde?

—A mi cuarto, creo que tengo justo lo que necesitas.

—Tu talla no es la mía. —Anoté que, por lo menos, pesaba cinco kilos menos que yo y todo el mundo sabe que eso es una talla.

—Es elástico; vamos, te quedará muy bien.

El motivo que me llevó a probarme ese pedazo de tela solo podía titularse como «desesperación».

Me contemplé frente al espejo sin saber muy bien qué decir para no ofender a mi progenitora.

—Esto... Me parece que es muy... y muy...

—¿Corto? —Negué—. ¿Apretado? —Volví a negar.

—De rotonda —finiquité sin encontrar otro término mejor—. No te ofendas, de rotonda cara, en plan bien, me refiero... —rio sin disimulo—, cada vez lo empeoro más...

—Ay, Cassey, qué poco sabes de moda, es un Saint Laurent, te garantizo que nadie te tomaría por una servidora de la carne con este atuendo.

—Puede, pero se me van a salir las tetas. —Ese escote era demasiado para cualquiera.

—Te las pegaremos a la tela con cinta de doble cara...

—No me apetece tener que arrancarme los pezones junto con la prenda… ¿No tienes algo más discreto?

—Discreción y tensar braguetas no suelen ir de la mano...

—Es que, a ver, no puedo presentarme así para que el novio se pruebe el traje… —El rictus de mi madre cambió de inmediato.

—Cassey Sullivan, ¿qué te dije a lo referente de ir con hombres casi casados?

—No va a casarse, te recuerdo que es mi trabajo…

—Y yo que no deberías inmiscuirte en una pareja que ha decidido contraer matrimonio.

—Te repito: me han contratado para eso.

—Pues yo no pienso ayudarte a destrozar a esa chica tan agradable, no cuentes conmigo.

—Si no intervengo, ¡Jayden va a destrozarla! ¡Él no la quiere! ¡Solo a su dinero!

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Acaso te lo ha dicho él?

—No —confesé.

—Te recuerdo que también pensabas que yo no quería a mis maridos y... Oh, sorpresa, ¡los quería a todos! —Me crucé de brazos y casi se me sale una dominga.

—¡No es igual! ¡Él tiene un motivo!

—¿Y cuál es?

—¡Su hermana! Está enferma, en el hospital, no tiene seguro médico y está ingresada por una de esas enfermedades raras que le abren la piel al menor contacto, necesita dinero para un tratamiento experimental que vale una fortuna.

Hice los deberes y estuve buscando información sobre ello. Para ser sincera, sentía mucha lástima tanto por Jayden como por su hermanita, no era justo que pasaran por algo así.

—¿Te ha dicho él que se casa por eso?

—No, no ha hecho falta, era un puzle bastante sencillo de completar; y llámame loca, pero me tiraba la caña hasta hace dos días, incluso estuvimos a nada de besarnos en la fiesta... —Ella arrugó el ceño.

—Pero no te besó.

—No, no lo hizo y ahí radica el problema. El lunes, tras vernos en la tienda de vestidos de novia, estaba raro. Fue a comer con su prometida y su suegra, y después apenas me miró o bromeó como siempre hacía. Parecía centrado en ella.

—Quizá le tiraron de las orejas. Las madres nos damos cuenta muy rápido cuando alguien no es trigo limpio, quizá te despidan después de comportarte como una fresca.

—¡Si me han contratado para que no se casen!

—¿Su madre?

—Su padrastro.

—¿Y cuál es el motivo?

—Ya te lo he dicho: a Jayden solo le interesa el dinero de Camille, la está protegiendo. Cuando Camille se case con él, heredará una gran fortuna y Jayden se apropiará de ella para curar a la niña.

—Puede que te equivoques.

—¿Por qué te empeñas en defenderlo? ¡Deberías estar apoyándome!

—Y eso hago. ¿Cuánto hace que conoces a ese hombre?

—¿Al señor Hill?

—No, a Jayden.

—El suficiente…

—¿Cuánto? —insistió, cruzándose de brazos.

—Una semana y media —comenté con la boca pequeña.

—¿Y de verdad piensas que en diez días puedes saber lo que mueve a ese hombre?

—Más que tú, que no lo conoces...

—Hija... Deberías intentar averiguar si la quiere de verdad antes de inmiscuirte entre ellos.

—Tómalo como que soy la prueba de fuego; si no pasa nada entre nosotros, es que la quiere con locura…

—Cassey, a veces, las personas cometen errores, no quieras convertirte en el error de nadie y busca el amor en otra parte.

A veces me exasperaba.

—¡No busco el amor en Jayden! —Mi madre alzó las cejas.

—¿Estás segura? Porque la impresión que das no es la de una mujer fría y cabal con un objetivo claro, sino la de una despechada.

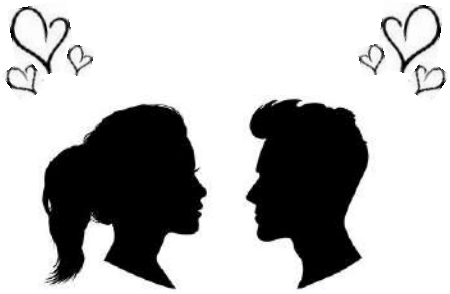
¡Lo que me faltaba!

—¿Cuándo te sacaste la carrera de psicología? Debió de ser entre el sexto y el séptimo, cuando yo estaba en la universidad, porque no me enteré.

—Solo me preocupo por ti.

—Pues déjalo, porque se te da rematadamente mal. Yo me apaño —gruñí, desembarazándome del vestido—. Y toma esta cosa... Ya daré con algo que ponerme.

Capítulo 29



Quedamos fuera de la tienda del modisto que iba a confeccionarle el traje a Jayden.

Como era de esperar, llegó en moto, diez minutos tarde y con una mirada de disculpa que no le puso freno a mi malhumor.

—Lo siento, es que tuve que ayudar a una vecina…

—No me lo digas, ¿se le acabó la sal?

—No, falleció su marido y tuve que atenderla. —De inmediato, me sentí muy mal.

—Ay, Jayden, lo siento, yo no…

—Es broma. —Rio díscolo—. El tráfico de Los Ángeles, que está fatal a estas horas.

Mi enfado regresó, no veía justo que después de estar ignorándome estos dos días ahora viniera tomándome el pelo, lo cual me puso de muy mala baba.

—El tío es un cachondo —masculló Akon en mi oído acrecentando un estado anímico que auguraba tormenta.

—No te reirás tanto cuando Françoise te diga que por llegar tarde te quedas sin traje —escupí enojada.

—Seguro que con tu mano izquierda sabes cómo solucionarlo.

—Tú dale la derecha, nene, y que te haga una paja, verás cómo te lo soluciona a ti en privado —volvió a contraatacar mi amigo haciéndome

apretar los puños y morderme la lengua. Me iba a cagar en todos los muertos de Ak en cuanto le echara las manos al cuello.

Me limité a lanzar un gruñido y abrir la puerta.

Las campanillas repiquetearon, Jayden la sostuvo para dejarme pasar con una galantería que no agradecí.

—O cambias esa cara de huevo u hoy no se la chupas. —Ak se la estaba jugando de lo lindo.

Mi reflejo se veía en un espejo que quedaba de frente y el broche captaba a la perfección mi mueca de fastidio. Le hice una peineta que supuse que captaría con su visión de lince.

Ojalá hubiera podido arrancarme el abalorio para pisotearlo con fuerza y que dejaran de verlo todo, también me hubiera gustado arrancarme el pinganillo y dejar de escuchar sus tonterías. No obstante, si analizaba la situación con mirada crítica, sabía que debería suavizar un poco el carácter si quería remontar el partido.

Françoise apareció con una sonrisa de oreja a oreja, enfundado en un traje color borgoña y una camisa repleta de volantes en la pechera, que denotaba que tenía más de Francisco que de francés.

—¿Este hombre va a vestirme para la boda o para ir a cantar con una banda de mariachis? —comentó Jayden, jocoso, acercándose a mi oído.

Un latigazo de calor me recorrió la columna disipando algunos de los nubarrones negros que se concentraban en mi cabeza.

Una sonrisa natural afloró en mi rostro, y cuando el dueño de la tienda se acercó a nosotros, no pude evitar que me recordara a Alejandro Fernández. Solo le faltaba el sombrero y los apliques brillantes.

Otro de los cantantes que conocía gracias a mi madre...

—La señorita Sully y el señor King, supongo. —No trataba de disimular su claro acento mexicano—. Françoise Vargas, encantado. —Extendió la mano y nos la estrechó con afabilidad—. Los estaba esperando.

—Disculpe el retraso, el vecino del señor King empezó con mal pie. Pisó mal un escalón y cayó por las escaleras delante de mi cliente, falleció en el

acto y el señor King tuvo que esperar al levantamiento del cadáver —dije muy seria.

Françoise se llevó la mano al pecho con gesto afectado y se santiguó.

—¡Ay, mi Virgen de Guadalupe! Dios lo tenga en su gloria. ¡Tiene razón, eso sí que es empezar mal el día!

—Ni se lo imagina —dijo Jayden, conteniendo la sonrisa.

—¡Bien jugado! —exclamó Ashley, partiéndose la caja.

El señor Vargas solo atendía con cita previa, así que cerró con llave y nos llevó a las entrañas de la tienda, donde tenía un apartado muy acogedor con un bonito sofá dos plazas, un vestidor, muchísimos tejidos y demás enseres que utiliza un modisto.

—Bienvenidos a mi *atelier*; antes que nada, les agradezco la confianza que han depositado en mí, es sumamente gratificante vestir a un hombre el día más importante de su vida.

—¿Está casado, señor Vargas? —quise saber.

—Por supuesto, y que Dios me guarde a mi Lupita por muchos años. Normalmente, me ayuda en la tienda, salvo hoy, que era la graduación de nuestro Juanito, por lo que tendré que abusar de su confianza y pedir que ejerza de Lupita, señorita Sully.

—Sin problema, ¿qué necesita?

—Tuve una operación en la mano derecha la semana pasada y todavía no puedo mover los dedos con agilidad, necesito que tome las medidas con la cinta métrica y anote lo que le indique en la hoja. Lamento no haber podido encontrar a nadie a tiempo, pero con la prisa que le corría, fue el único hueco que tenía disponible.

—Me hago cargo, no se preocupe, suficiente ha hecho ya por nosotros. Espero hacerlo bien.

—Seguro, es sencillo, yo le indicaré. Me dijo traje completo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Incluyendo camisa?

—Todo.

—Fabuloso, entonces pase dentro del vestidor, señor King, y quítese la ropa.

«*OMG!*. Cerebro llamando a kiwi, cerebro llamando a kiwi, no implosiones ahora o te veo convertido en mermelada».

—¿Toda? —preguntó él alzando una ceja.

«Por todos los cielos, ya se me iba calentando el almíbar».

—Puede dejarse el calzoncillo, aquí nos tomamos muy en serio lo del traje a medida; para no fallar, es mejor trabajar piel con piel. ¿Les supone un problema? Es como estar en traje de baño.

«Lo mismito, solo que es Jayden King el que va a despelotarse».

Nos miró a uno y a otro esperando la respuesta.

—Ninguno —farfulló Jayden, contemplándome con una intensidad renovada.

«¡Esto no podía salir bien de ninguna manera! ¡Que iba a tener que tocarlo por todas partes con solo una cinta métrica! Respira, Cas, respira o vas a colapsar».

—La cosa se pone interesante —musitó Akon en mi oído—. Crash, es tu oportunidad de ponerlo más caliente que un tobogán en verano, así que esmérate, por favor.

Me sudaban las palmas de las manos. Ak tenía razón de nuevo: puede que ser la ayudante del señor Vargas no fuera tan mala idea y jugara a mi favor.

El teléfono del modisto sonó y me pidió que lo disculpara mientras Jayden se cambiaba, era su mujer para contarle cómo iba la ceremonia. Me sentía un poco mal porque por nuestra culpa se la estuviera perdiendo, aunque no tuve mucho tiempo para recrearme en ello, porque la cortina se abrió y yo me convertí en un maldito *bulldog* francés capaz de almacenar en mi boca todas las babas del planeta.

Estaba perpleja ante tal despliegue de poderío, ahora entendía por qué decían que el chocolate curaba la depresión: yo tenía ganas de repasar esa tableta onza a onza.

—*Fuck!* Pero ¡qué bueno está! —exclamó Ashley en mi oreja—. Si yo fuera Camille, tampoco haría ascos a casarme con esa puta maravilla.

—Tú ya tienes todo lo que necesitas —le respondió Ak con un gruñido—. O necesitas más de lo que te doy... —Ella emitió una risita y pude imaginar a mi amigo besándole el cuello.

Eso no era sano para mi cordura, nada sano.

Los ojos brillantes de Jayden buscaron los míos, su mirada se había envuelto en la arrogancia de un tipo que sabe lo que esconde debajo de la camisa. Se mordió la boca con gesto burlón y mi cerebro gritó un «*mayday*» en toda regla.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

«¡Lo que yo quería comerle era otra cosa!». Había perdido el control de los mandos y mi avión se estaba incendiando.

Noté un par de garras abriendo mi abdomen. Eso solo podía significar que estaba brotando mi alien interior y que él era mi comida.

—Hay veces que la realidad supera la ficción —añadí sin desviar la mirada de la suya.

—Espero que para bien… —admitió con aquel coqueteo que se traía conmigo desde el principio y que me llenó de alivio.

«Cassey, toca remontar, ¡en esta partida hay avanzar cinco casillas!».

Hice un ruidito mitad carraspeo, mitad gemido, que le hizo dar un par de pasos en mi dirección. Tuve la necesidad de llevar los dedos a la comisura de mi boca para asegurarme de que no estaba babeando...

El señor Vargas regresó y Jayden no siguió avanzando.

—Ya estoy aquí. ¡Magnífico! ¡Menuda figura! ¡Un físico a la altura de su apellido! Si me permite decirlo, señor King —exclamó el modisto congratulado—. Señorita Sully, tiene la cinta métrica, el libro de medidas y el bolígrafo en ese cajón.

Me desplacé con urgencia hasta el mueble que me indicó, necesitaba serenarme.

—Oye, Crash, restriégale bien la cinta por todas partes, tienes que ponerlo cardíaco, ¿me oyes? Es hora de sacar todo el armamento si pretendemos seguir adelante —me incitó Akon.

—Soy consciente de ello —murmuré mientras el señor Vargas seguía halagando la figura de Jayden.

Encontré lo que precisaba y regresé junto a ellos.

—Estos vienen de serie —contestó Jayden, recorriendo sus abdominales.

—Pues qué suerte la suya, a mí solo me venía uno…, aunque bien grande.

El modisto amasó la pronunciada panza y ambos hombres rieron.

—Ya lo tengo todo —anuncié, mostrando el botín.

—Empecemos entonces. La primera medida de la lista es el contorno del pecho, deberá pasar el metro como si se tratara de un abrazo, envolviendo la espalda del señor King para pasar por el centro del pecho hasta que le dé la cifra y después deberá anotarla donde pone *chest*. ¿Lo ha hecho antes?

—No, pero he ido a la modista a hacerme algún que otro vestido, por lo que no creo que me cueste.

—¡Maravilloso! Proceda entonces; si se equivoca, yo la corrijo. Por favor, señor King, alce los brazos poniéndolos en cruz.

Me acerqué a mi cliente sin dejar de mirarlo. Estaba frente a él cuando presioné el torso contra el suyo para poder abarcarlo. Jayden apretó tanto los dientes cuando pasé por encima de los pezones que casi los hizo estallar.

—¿La cinta está demasiado fría? —pregunté con inocencia.

—Es mi cuerpo el que está demasiado caliente —respondió, raspando cada palabra sobre su lengua.

—El clima de Los Ángeles en verano no ayuda —añadió el señor Vargas, que no le había dado ninguna importancia al comentario.

Me alejé para apuntar el número, y este me observó complacido para cerciorarse de que lo anotaba correctamente.

—Muy bien, señorita Sully, la siguiente medida es el cuello.

Volví a acercarme de manera peligrosa y separé los labios pasando la lengua por ellos. La nuez de Jayden subió y bajó con ferocidad mientras yo fingía que se me escapaba la cinta y tenía que pegarme más a él para recuperarla.

—Lo siento, estoy un poquito resbaladiza… —Él respondió con un gruñido.

Le tocó el turno al largo de las mangas y le siguieron las distintas medidas del brazo, de la muñeca, el largo total de la camisa, la espalda y vino el turno de la cintura, porque íbamos a dedicarnos al pantalón.

Cuando llegué a esa parte, una pequeña capa de sudor perlaba la piel de mi cliente dándole un aspecto más que apetecible. El ritmo de su respiración había aumentado y no dejaba de mirarme el canalillo.

Al final, había optado por una blusa cruzada y una faldita con vuelo en color amarillo pastel que realzaba el tono de mi piel. A Jayden parecía gustarle, o eso decía cierta parte de su anatomía que empezaba a incrementar su tamaño.

Cerró los ojos cuando me puse de cuclillas para medirle la cintura y poner mi nariz muy cerca del cetro real. Contuvo la respiración e inevitablemente sonreí ante mi poder de seducción.

—Ugh, nena, parece que tu rey va a perder la corona y los huevos. En apariencia, va bien servido y los tiene cargaditos de amor…

Ak volvía al ataque, y con razón: la protuberancia era de lo más visible con el tipo de ropa interior que usaba. Un bóxer apretado en color azul que me daban ganas de arrancar con los dientes.

Al levantarme, hice ver que trastabillaba y apoyé mi mano a mala fe para cotejar la mercancía.

Él dio un salto atrás, parecía un gato al que acababan de meter en la bañera.

—Señor King, ¿está bien? —cuestionó preocupado Françoise. El pobre se había encajado contra las telas y un rollo cayó a sus pies.

—¡Sí!, perdón, tropecé. —Tuve que contener la risa y las ganas de seguir tocando.

—Ha sido culpa mía, mis disculpas, señor King, la posición y los tacones me han hecho perder el equilibrio y necesitaba dónde agarrarme —musité, repasándolo de pies a cabeza.

—Lo he notado —farfulló. Las risas de mis amigos y sus gritos de guerra alabándome casi hicieron que soltara una carcajada.

—Ahora necesito la medida de la cadera; anótela, señorita Sully.

«Encantada».

El calor me inundó cuando la cinta métrica recorrió aquella preciosa erección que era fruto de mi pericia.

Levanté la mirada sin pudor y le ofrecí una sonrisa de suficiencia a Jayden, que él fulminó con sus ojos oscuros.

—¿Te diviertes? —inquirió.

—A lo grande —respondí, echándole una mirada que no daba pie a equívoco.

Me incorporé y escribí la cifra recreándome en su respiración errática.

Pasé al largo total del pantalón, acariciando su muslo con las uñas para erizarle la piel, y acto seguido fue el turno del largo de la entrepierna. Cuando el señor Vargas me dio la indicación, creí que Jayden estallaría con un «suficiente». No lo hizo. Eso sí, apretó los ojos como si no hubiera un mañana al notar que le rozaba con los nudillos entre las piernas.

—Uh, bien jugado, Crash, ese roce de huevos va a necesitar una buena sesión de descarga...

Yo también lo creía, solo esperaba que fuera conmigo.

Cuando llegué al contorno del muslo, juro que creí que se corría, tenía los puños tan apretados que casi lo empujo hacia el interior del vestidor para cerrar la cortina y darle alivio. Me contuve y volví a la libreta.

Leí la siguiente medida: «tiro». Una sonrisa feroz coronó mi boca, porque eso solo significaba una cosa...

Caminé con decisión hasta Jayden y me planté delante.

—Hora del «tiro» de gracia —remarqué la palabra—, no vaya a apretarte mucho la entrepierna y ahoguemos a los futuros príncipes —susurré bajito para que el modisto no me escuchara.

—Cas... No lo hagas —imploró.

—Solo cumplo órdenes, y ahí pone que tengo que medírtela. —Una vena se hinchó en su cuello—. ¿Algún problema?

La respuesta murió en su garganta cuando lo acaricié con el filo de la cinta a lo largo de la erección. Vargas no me veía, porque mi cuerpo le impedía la visión.

—¿Qué falta?

—Voy a por el tiro, señor —aclaré con inocencia. Jayden estaba al borde del precipicio y me moría de ganas de empujarlo.

—No hará falta, eso son cálculos matemáticos. —El alivio lo dejó respirar de nuevo—. Tómele el contorno de rodilla y tobillo, que con eso ya estaremos.

—¿Seguro? Mire que no quiero que me despida por no tomar una medida. —La mirada aniquiladora que me ofreció mi cliente denotó que no le hacía ni pizca de gracia.

—Sí, tranquila, aunque la tendré en consideración si algún día mi mujer me falla; lo ha hecho más que bien. Voy a ir a por el catálogo de trajes de novio para que el señor King pueda escoger el modelo que más le guste.

Nos quedamos a solas y me vi arrastrada contra las telas sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Mis muñecas estaban envueltas por sus dedos y nuestros pechos subían y bajaban fuera de control.

—¡¿Qué narices estás haciendo?! —espetó.

—Lo que me han mandado, ya has oído que lo he hecho de maravilla.

—¡Me estabas tocando!

—Suele pasar cuando te toman medidas, puede que tú no estés acostumbrado, pero es lo habitual...

—No me vengas con monsergas, me has tocado adrede.

—Por supuesto, y lo haría cien veces más para que tengas tu traje. No intentes hacerme creer que te ha disgustado cuando tu cuerpo dice lo contrario.

Miré hacia abajo y Jayden apretó su entrepierna contra mí.

—¿Era esto lo que buscabas? ¿Cerciorarte de que todo estaba en orden para la noche de bodas? —Engullí el gemido que me provocó el roce—. Pues, para tu tranquilidad, ya ves que funciono de maravilla y que esto es fruto de la reacción física de un cuerpo ante el contacto, nada más.

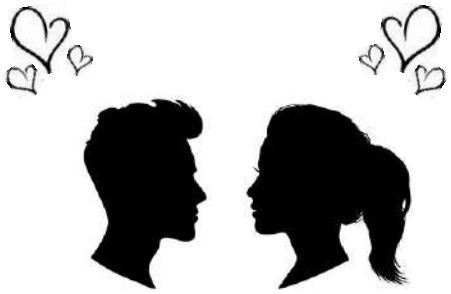
—Me alivia saber que el señor Vargas también tiene la capacidad de ponértela dura…

—Eso ha sido un derechazo directo en toda la mandíbula —se carcajeó Ak.

Jayden fue a responder, pero oímos acercarse el canturreo del señor Vargas entonando *El Rey*, de Vicente Fernández, por lo que no le quedó más remedio que separarse y dejar que terminara de cumplir con el mandato.

¿Cinco casillas? ¡Ja! Iba a pasarme el tablero completo.

Capítulo 30



Jayden

Lo admito.

Si ese hombre no hubiera estado en la tienda, habría tenido serias dificultades para no arrastrar a Cassey hasta el probador, hundir mi lengua en la suya y, si me hubiera dejado, hacer lo propio con cierta parte de mi anatomía que suplicaba ser atendida.

Cas estaba jugando con fuego y mucho me temía que o lo paraba a tiempo, o acabaría fundido en él.

Llevaba dos días resistiendo como un jabato, dos días en los que me contentaba con miradas de soslayo en la clase de baile, mientras la veía disfrutar con el ayudante puertorriqueño que se deshacía en elogios, restregones de cadera y risas alborozadas. Nunca me había considerado un hombre celoso y ahora me reconcomía por dentro el pensar que él hacía exactamente lo que yo quería: sostenerla entre mis brazos y disfrutar.

Fingía pasarlo mejor de lo que lo hacía con Camille, siendo *hado padrino* se me daba bien simular emociones que, a veces, se me resistían. Sin embargo, en cuanto llegaba a casa, en el silencio de mi habitación, sacaba el teléfono para admirar su rostro en el perfil de WhatsApp para llenarlo de adoración.

¿Por qué me gustaba tanto en tan poco tiempo? Ni puñetera idea, quizá me había obsesionado un poco con ella, tal vez el saber que no podía la hacía más atractiva para mis sentidos de lo que realmente era.

¡Puta ley de la atracción!

Pensaba demasiado en ella, tenía que ser eso. Había fantaseado con que teníamos citas, la besaba, la conseguía, hacíamos el amor, la follaba y después hacía de mi piel su hogar, convirtiendo aquel maldito deseo no formulado de su moneda en el mío, la acariciaba sin premeditarlo, recreando todas aquellas escenas. Y, ahora, el universo se emperraba en ofrecerme el tonteo que había estado buscando; ahora que lo único que podía hacer era echar el freno de mano, ella se me agarraba a la palanca esperando que pisara a fondo.

¿A quién se le había ocurrido frotar mi parte del imán con neodimio para que Cassey se adhiriera a mí con toda intensidad? ¡Si lo que yo quería ahora era repelerla!

«Pues ahora vas y te la cascas», dijo el universo, recordándome el dolor de huevos que había pasado treinta minutos antes.

En cuanto el modisto puso fin a la ayuda de la señorita Sully, entré con urgencia al probador para cubrir mi desvergüenza y pensar en cosas desagradables para bajarme la libido.

Me hubiera encantado salir rápido y borrar cada imagen de sus dedos raspando mi piel, aquella mirada verde bosque que me hacía desear colarme en su jardín prohibido para caer en la tentación de sus labios jugosos.

La predilección de mi modisto por las chorreras y los trajes brillantes me impidió convertirme en el correcaminos y tomar la suficiente distancia.

Agotado tras el ejercicio de contención y con la bragueta del *jean* a punto de colapsar, caminamos en la dirección de mi moto y nos plantamos delante.

—El señor Vargas es un encanto, he disfrutado mucho de la experiencia y tú has escogido muy bien, señor King: estarás muy guapo con el traje negro y la camisa blanca que te convertirá en todo un pingüino imperial —bromeó, alborotándome el pelo—. ¿Sabes que el pingüino macho comparte con la hembra la incubación de los huevos?

Por supuesto que podía creerlo, yo los tenía tan calientes que seguro iban a nacerme gemelos.

—Sí —admití parco—. Y también que son fieles a su pareja —comenté más para mí, a modo de recordatorio, que para ella. El *National Geographic* me había ofrecido información privilegiada gracias a una de las revistas del hospital, a los niños les chiflaba hablar de animales. Ella estrechó su mirada.

—Bueno, no siempre lo son, hay un veintiséis por ciento de los pingüinos que se separan después de haber estado tres semanas apareándose sin parar. —La boca se me secó.

—Eso desgasta a cualquiera. —Ella sonrió coqueta—. ¿Tú cómo sabes eso? ¿Estudiaste Biología además de Organización de Bodas? ¿O es que has tenido el gusto de dar con algún *pingüinópata*?

—Ninguna de las dos cosas. Me gustan las curiosidades, tengo varios cuadernos donde anoto cosas de los lugares en los que he vivido, o de cosas que escucho, leo o veo que me parecen sorprendentes.

—¿En serio? ¿Has vivido en muchos lugares? —Ella se acercó a mí melosa.

—Sí, cortesía de mi madre, pero no hablemos de eso; es mucho más interesante un antechinus marrón...

—¿Un chino marrón?

—¡No! —Rio sin disimular la carcajada. ¡Qué bonita era cuando reía así de despreocupada!—. El antechinus marrón —repitió como si fuera una profesora *sexy* universitaria— es un pariente lejano de Mickey Mouse —resumió.

—Vaya, y ¿qué le pasa al primo de Mickey?

—Pues que es capaz de intimar catorce horas seguidas con distintas hembras sin que se canse, lo llaman «Kamikaze sexual» —agitó las cejas.

—Pobrecita Minnie, eso no hay ratona que lo aguante... —Ella me ofreció una sonrisita pilla.

—A mí también me parecen muchas horas, en el bando opuesto tenemos a la abeja macho —bajó el tono de voz y pasó su uña por mi recto abdominal.

—Si tiene que ver con su aguijón, paso de saberlo... —Cassey negó.

—Echan un único polvo una vez en su vida porque durante el acto... —Alzó la cabeza de golpe y habló con intensidad humedeciendo sus labios—. Sus órganos reproductivos se arrancan para que nadie más pueda poseer a la reina y les explotan los testículos.

«*Shit!* ¡Igual que a mí iba a pasarme con los míos como no me la quitara de encima!». Cassey Sully me lo estaba poniendo más difícil que de costumbre, y mi entrepierna sufría las consecuencias.

—Pues menos mal que no somos ni ratones ni abejas —terminé por ella con un sobreesfuerzo titánico—. Nos vemos luego en la academia, tengo que ir al hospital.

—Lo sé, ¿recuerdas que me invitaste a la hora del cuento y acepté?

«¡¿Quién está jugando a los Sims conmigo?!». Resoplé resignado y me acaricié la nuca. ¿Cómo se me había podido olvidar?

«Porque tu cerebro está concentrado en otra parte, chaval».

—¿Te importa si vamos en tu moto? —prosiguió con inocencia—. El coche está bien aparcado y estamos tan cerca de la academia...

Era cierto, salvo que tener a Cassey apretándose contra mi culo y constriñéndose contra mi cuerpo era lo que menos necesitaba.

—No llevo el casco de Camille —me excusé, tirando de mentira— y sin protección no hay carrera, lo siento.

—¿En serio? Qué raro, juraría que lo he visto antes cuando has abierto el asiento para dejar la chaqueta, deja que lo compruebe... —comentó, alzándolo sin que pudiera impedírselo.

¡Qué vista tenía para lo que quería!

—¡Mira! ¡Aquí está! ¡Menuda suerte, ¿verdad?! ¡Al final voy a cogerle el gustillo a eso de montar contigo! —exclamó seductora.

Todos mis mecanismos de defensa proclamaban una huida en toda regla y, sin embargo, ahí me quedé plantado, pensando en lo bien que le quedaba mi segundo casco sobre su coleta, la misma que me había rozado en reiteradas ocasiones en el interior de la tienda. Era tan suave y olía a fruta...

Mi cerebro se puso a reproducir imágenes solo aptas para frutarianos pervertidos.

—¿Vamos o qué? Me muero de ganas de verte en acción...

Cada comentario que soltaba parecía tener una doble intencionalidad, y seguro que no la tenía, lo que pasaba es que yo estaba cargadito de lujuria. El aire fresco me vendría bien.

Me subí con los labios apretados y aguardé a que ella se montara tras de mí.

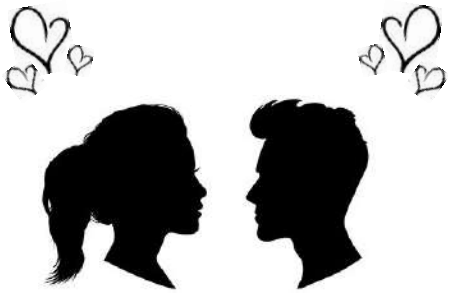
Casi me ahogué al notar lo mucho que se estaba apretando contra mi culo y la presión que ejercían sus brazos en mi torso. Con un simple vistazo lateral, oteé el tráfico y, de pasada, sus piernas desnudas, tan largas, tan suaves, tan perfectas y listas para…

Arranqué a lo bestia, sin aviso y con mucha más fuerza de lo necesario.

Cassey dio un gritito y se aplastó contra mi espalda alborotando cada latido de mi corazón.

Iba a ser un trayecto muy jodido porque, a cada acelerón, me sentía más perdido.

Capítulo 31



Me enjugué una lágrima cuando el segundo cuento terminó.

No estaba preparada ni para lo que iba a ver, ni para lo que iba a oír, ni para lo que iba a sentir.

Jayden era mágico. Me recordó a la primera vez que fui al cine y vi aquella enorme sala llena de butacas y una pantalla gigante. Me hundí en una de ellas, expectante, para visionar mi primera peli de Disney con un enorme bol de palomitas y un vaso de refresco más grande que yo. Esa emoción, la que fluye cuando se desata la magia, era la misma que se estaba enroscando ahora por mi vientre.

El lugar donde se desarrollaban las lecturas no parecía una sala de hospital, me sentí como *Alicia en el País de las Maravillas* y acabara de caerme por el agujero persiguiendo al conejo blanco de Jayden. La sala estaba acondicionada como una biblioteca única, decorada con mucho esmero, con multitud de colores, texturas y un ambiente de cuento para que los niños se sintieran especiales.

Nadie te prepara para estar rodeada de niños enfermos y que una de las enfermeras se te acerque para decirte que más de uno es terminal, que están recibiendo tratamientos muy fuertes y que durante la hora del cuento sus caritas resplandecen. Aquello te arrugaba por dentro, al igual que las lágrimas que se agolpaban en sus caras porque cuando había dos lecturas, significaba una cosa: que a alguno de ellos le daban el alta.

Jayden me guiñó el ojo antes de empezar la segunda historia y se dirigió a su prolífica audiencia.

—Ya sabéis todos que hoy Lena se marcha a casa y por eso vamos a seguir con la tradición y leeremos un cuento corto para niños hospitalizados. Es de la autora española Elena Barroso, que con tanta amabilidad nos tradujo Esperanza —comentó, mirando a una de las enfermeras pediátricas—. Hoy Lena va a ayudarme y leerá los diálogos de Sofía, así que dadle un fuerte aplauso.

Las palmas comenzaron a repiquetear, aunque había una niña de color que se aferraba con fuerza a la protagonista del día, gimoteando sin querer soltarla.

—Cherise, si no dejas de llorar y abrazarte a Lena, no va a poder leer.

La pequeña sollozó y la soltó a regañadientes espoleada por Esperanza. Se me contrajo el corazón al ver una vía que salía de su pequeño bracito y que se suspendía en un portasueros portátil que, en su extremo, llevaba un osito de peluche donde reposaba la bolsa de medicamento que le estaban inyectando.

Lena se sentó sobre las rodillas de Jayden, quien la acogió con muchísima dulzura. Solo ese gesto me estremeció por dentro y me hizo temblar. Si bien es cierto que la niña de pelo rubio y enormes ojos azules se atascó en algunas de las partes, no le restó emoción.

El cuento iba de un niño llamado Luis, que había sido hospitalizado. El crío no se tomó muy bien tener que ser ingresado, pero su compañera de habitación, Sofía, quería hacerle ver que estar allí no era tan malo. Ella siempre le insistía en que la acompañara a un sitio, pero él se negaba y terminaba quedándose solo en la habitación. Un día le entró curiosidad y la siguió. El lugar al que siempre se dirigía la niña era la sala de juegos del hospital, un lugar mágico que a Luis le encandiló y donde había juegos y otros niños con quienes compartir el viaje.

Jayden narró la última frase del texto de memoria, mirándome a los ojos.

—«En su viaje, Luis hizo los mejores amigos y aprendió que para todo hay un principio y un final, y que lo importante está en el camino, como

quiera que este camino sea».

Las lágrimas se sucedieron sin que pudiera controlarlas y un brazo conocido rodeó mi hombro con cariño: era Camille, quien también estaba emocionada y contemplaba cómo los niños hacían piña abrazando tanto a Lena como a Jayden.

—Lo-lo siento —susurré, sorbiendo por la nariz. Ella me tendió un pañuelo de papel.

—No tienes por qué, te entiendo mejor de lo que crees; Jayden tiene un don para estas cosas, es capaz de abstraerte, llevarte con él y que no quieras estar en otro lugar del mundo que no suponga estar arrullada por su voz. Aquí las enfermeras lo llaman Hamelín. —Me sonrió.

—¿Como el flautista?

—Exacto, y otras muchas cosas que es mejor no escuchar, por lo menos con este público infantil. —Su confesión me hizo reír—. ¿Qué tal ha ido la prueba del traje?

—Estará muy guapo, aunque con cualquier cosa lo está. —Suspiré.

Los padres de Lena se acercaron a él y a los niños, los vi dándole un regalo.

—¿Te parece guapo? —cuestionó curiosa. Me sentí mal por haber dicho eso sin pensar, quizá la hubiera molestado.

—Bueno… Ambos lo sois, cualquiera se os quedaría mirando por la calle...

—Gracias por la parte que me toca; y sí, lo es. Aunque lo mejor de Jayden no se ve, por eso hay que fijarse muy bien y entender lo que queda oculto para unos cuantos privilegiados que son capaces de ir más allá de ese pelo desordenado. —Sabía que Camille tenía razón: cada instante que pasaba a su lado, me quedaba más claro—. Te dejo, tengo que seguir atendiendo a los pacientes, hoy no iré con vosotros a la academia, las urgencias están por las nubes y tengo que quedarme, intenta no pisarle demasiado. —Rio para después darme un apretón en el brazo antes de irse.

Aguardé con paciencia a que Jayden terminara toda la procesión de besos y abrazos. Una vez nos quedamos a solas, él se acercó a mí con paso

pausado.

—¿Soy muy malo relatando? He visto que soltabas alguna lágrima y espero que no fuera de terror...

—¿Estás buscando un cumplido, señor King? —Él se encogió de hombros. Me apetecía mucho dárselo, más que nada porque se lo merecía —. Me parece increíble lo que haces, tú me pareces increíble... —musité, sintiéndolo de verdad.

—¿Por contar un cuento?

—Por lo que transmites, por hacer felices a unos niños que no están pasando por su mejor momento, por el cariño que les das sin pedirles nada a cambio...

—¿Quién dice que no les pido nada a cambio? —murmuró con las manos en los bolsillos y un mechón rebelde cayendo sobre su frente.

—¿Te refieres al regalo que te han dado los padres de Lena? —Él negó con una sonrisa calmada.

—Eso eran más libros para la biblioteca, aunque yo se los agradezco igual, porque tener historias nuevas siempre mejora el humor de los pequeños.

—¿Entonces?

—Sus sonrisas, su inocencia, esa creencia de que las cosas solo pueden ir a mejor porque, aunque al principio lleguen aterrorizados por los monstruos de sus enfermedades, ninguno de ellos pierde la esperanza y la fe que se marchó de mi vida hace tanto tiempo; eso es lo que me ofrecen.

Alcé la mano y le acaricié la mejilla con el pulso desatado. Jayden cerró los ojos y yo me recreé en el tacto de su piel áspera porque empezaba a crecer la barba.

Separó los párpados y me miró de un modo indescifrable. En su mirada había culpa, vergüenza, un pellizco de rabia y muchísimo anhelo. Se evaporó con la facilidad de una gota de agua sobre una sartén a pleno fuego y aproveché para recolocarle el pelo.

—Quiero presentarte a alguien antes de irnos, ¿te apetece?

—Está bien.

Mientras caminábamos alejándonos de la sala de los cuentos, pensé que la vida no me había preparado para toparme con alguien como Jayden King. Anduve por un largo pasillo donde todo el mundo que se cruzaba con nosotros guardaba una sonrisa o un halago a su paso. Y yo no podía dejar de mirarlo al comprender que, antes de conocerlo, ya lo había convertido en el malo de la película, y que, quizá, hasta los que parecen malos encierran un alma por la que vale la pena luchar.

No estaba lista para que mi ego fuera golpeado del modo en que lo hizo, ni para lo que se escondía tras la puerta de aquella habitación frente a la que nos paramos.

Él golpeó la madera con suavidad, una dulce vocecilla nos dio paso y, cuando la hoja se abrió, me encontré con el rostro entusiasmado de una preciosa niña de mirada idéntica a la de Jayden.

—¡Hado, padrino! —exclamó incapaz de contener su alegría.

—Hola, pequeña mariposa, ¿cómo está la niña más preciosa de toda la planta?

Me sorprendió ver que había mariposas de colores hechas con papel por todas partes, también dibujadas e incluso figuritas en cada superficie libre.

No había duda de que ella era Chasity, la hermana de Jay. Tenía el pelo recogido en un moñito alto que despejaba una carita con bastantes rojeces. Los antebrazos y las pantorrillas estaban vendados y ella tenía frente a sí una bandeja de comida que parecía bastante intacta.

—¿Quién es? —preguntó, observándome con curiosidad.

—Una amiga, se llama Cas. —Ella parpadeó y emitió una risita contagiosa.

—Casi como yo, mi hermano me llama Chas, así que solo nos separa una letra que encima es muda... —Era la apreciación de una niña lista, de eso no tenía duda.

—Es verdad, me gusta mucho tu nombre, Chasity.

—Gracias. Eres muy guapa, a mí me gusta el color de tus ojos, es mi favorito y tienes una piel preciosa...

Solo una niña que sufría una enfermedad como la suya era capaz de hacer esa observación.

—Tú también eres preciosa. Me gustan mucho tus mariposas, son increíbles.

—Muchas las he hecho yo, Jayden me enseñó a hacerlas…, hasta que me corté con una hoja de papel y fue un desastre —confesó con pena.

—Peero a partir de entonces buscamos papel de seda apto para que a esta pequeña mariposa no se le quebraran las alas... —intervino su hermano, sentándose al borde de la cama para darle un beso tan ligero que me pareció imperceptible.

Chasity volvió a sonreír y a mí se me estrujó el alma.

—¿Qué pasa con esta cena tan apetitosa? —cuestionó Jay, contemplando el plato.

—Es brócoli —dijo a modo de explicación, arrugando la nariz.

—¿Y qué sabemos del brócoli? —la azuzó.

—Que es una fuente de provitamina A y vitamina C. Contiene potasio, calcio, fósforo, magnesio y hierro —repitió, alzando los ojos al techo—. El azufre que contiene le aporta propiedades antimicrobianas y su quercitina actúa como antiinflamatorio.

—Por lo que tiene unas propiedades maravillosas que necesitas para estar lo mejor posible antes del tratamiento que vas a recibir, así que… —Chasity cogió el tenedor y se llevó una porción entre los labios a regañadientes mientras Jayden la felicitaba.

Le preguntó si quería que le leyera el cuento y ella se negó; dijo que prefería hacerme preguntas, si a mí no me importaba, por lo que me vi envuelta en una especie de tercer grado infantil que respondí de buena gana.

Jayden me observaba con una disculpa pintada en la mirada. Su hermanita era muy parlanchina y su vitalidad, contagiosa.

Me contó que lo que más le disgustaba de estar en el hospital era no poder ir al cole, porque lo de estudiar a distancia le parecía un rollo, después de ver las series de la tele donde los niños disfrutaban tanto de la escuela.

—Créeme, no todo es tan bonito como en las series —le comenté.

—¿Tú fuiste al cole?

—A demasiados, mi madre tenía cierta tendencia a cambiar de lugar de residencia, así que he vivido en siete de los cincuenta Estados.

—*Wow!* Aunque todavía te quedan cuarenta y tres —respondió rápido mostrando su agilidad para el cálculo mental—. ¡Yo nunca he salido de Los Ángeles, menuda suerte has tenido de poder vivir en tantos sitios! —Supuse que para alguien obligado a recluirse, estar al otro lado de la balanza era de lo más atractivo.

—Mi madre estaría de acuerdo contigo.

—¿Y tú no? —Sacudí la cabeza.

—A ver, es verdad que conocí a mucha gente y disfruté cosas que un niño a mi edad solo veía en la tele, pero eché de menos tener raíces.

—¿Raíces? Tú no eres una planta... —Reí.

—Me refiero a las raíces que te da el vivir en un mismo sitio, rodeado de la gente que te quiere, yo nunca pude mantener ningún amigo; de hecho, me recluí en mí misma para no tenerlos, porque me daba mucha pena despedirme de ellos...

Jayden se mantenía en silencio y me escuchaba con la misma atención que Chas.

—Por aquí siempre pasan muchos niños —se encogió de hombros—, pero yo me alegro de que se vayan. Eso significa que ya están curados y pueden volver a su casa. No hay que estar triste porque la gente entre y salga de tu vida, el hospital te enseña que has de disfrutar de conocerlos y alegrarte si logran salir de aquí con su familia. —¡Qué distinta era su realidad de la mía y cuánta sabiduría podía almacenar una cría de once años!—. ¿Sabes? Pronto yo también podré volver a la mía. Camille y Jayden me han apuntado en una lista para recibir un tratamiento experimental, dicen que van a curarme, ¡y encima viajaré a Palo Alto! Al Lucile Packard Children’s Hospital Stanford, ¿lo conoces? —Negué—. ¡Va a ser mi primer viaje y tengo muchísimas ganas! Cam dice que me va a cambiar la vida y que, si todo va bien, podré ir al instituto cuando ya esté curada. ¿No es

maravilloso? —Tenía un nudo tan grande en la garganta que apenas podía tragar.

—Muy maravilloso.

—Yo también lo creo —suspiró.

—Mariposa, nos tenemos que marchar —musitó Jayden. Ella asintió comprensiva.

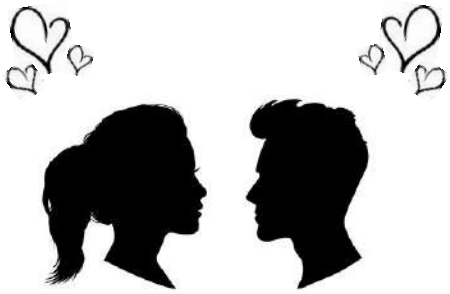
—¿Volverás algún día? Me ha gustado mucho hablar contigo, eres muy simpática.

—Chas… —le reprochó su hermano—. Cassey es una mujer muy ocupada, apenas tiene tiempo libre.

—Vendré —prometí sin plantearme si era buena idea o no para mi corazón.

—¡Genial! ¿Lo ves? ¡Vendrá! —Puso gesto de marisabidilla y Jayden la besó de nuevo antes de marcharnos.

Capítulo 32



Durante la clase de baile, tuve la piel erizada todo el rato, era como si cada poro se abriera dispuesto a conectar con él, deseoso de recibir su contacto, su energía, sus miradas.

Porque cuando Jayden se movía, lo hacía con el alma, arrastrándote con él en un vaivén de sensaciones que te empujaban a seguirlo al ritmo de sus caderas. Puede que no hubiera recibido clases de baile como Camille, pero es que no le hacían falta, el ritmo era innato en él y era tan fácil fluir que te arrastraba en su corriente a mar abierto, engulléndote por dentro.

Terminé sudada, jadeante y deseosa de mucho más.

La profesora nos felicitó, decía que hacía tiempo que no veía tanta conexión entre dos aficionados, que había sido una puñetera pasada y que Camille y Jayden deberían poner una pizca más de pasión si querían que el baile funcionara así de bien el día del enlace.

Más allá de la atracción que pudiera existir entre nosotros, sabía que parte de la culpa de mi estado anímico había sido la visita al hospital, me había dejado emocionalmente desnuda y me era imposible dar marcha atrás para dejar de sentir tantas cosas.

Mi coche estaba aparcado a un par de manzanas, Jayden dejó su moto al lado para que no fuera sola, anduvimos hasta nuestros vehículos un poco cohibidos por lo que había ocurrido en la clase de baile.

Todavía no había oscurecido, no obstante, se acercaba la noche y el sol ya no brillaba en lo alto.

—Ha sido una tarde intensa, ¿eh? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Muy intensa —admití con una sonrisa ladeada—, tu hermana es genial, me ha parecido adorable, muy despierta y sin pelos en la lengua.

—Respecto a eso quería hablarte. Como dices, Chasity carece de muchos filtros, suele decir lo que piensa y pide sin pensar. A veces le cuesta entender que hay una vida más allá de la puerta de su cuarto, así que no es necesario que regreses a verla, tú eres una mujer muy ocupada y entiendo que te has visto en el compromiso...

—Pero es que quiero volver —aseveré. Jayden se acarició la nuca.

—¿Seguro?

—Sí. De hecho, quería pedirte información sobre la asociación en la que colaboras, me gustaría poder hacer un donativo, si te parece bien.

—Los donativos siempre vienen bien. Si quieres, después te mando los datos al teléfono.

—Me parece genial. Y respecto a tu hermana, en serio, quiero volver a verla, he disfrutado mucho de su curiosidad y sus preguntas.

—Si le das coba, es un pozo sin fondo, aunque la falta de límite hace que sus preguntas puedan volverse incómodas. Me ha parecido que no te hacía especialmente feliz hablar de cuando eras pequeña.

—No tuve una infancia emocionalmente estable, lo de mudarme tantas veces hizo mella en mí y arrastro algunos minitraumas al respecto. No obstante, puede que parte de la culpa sea mía.

—¿Cómo va a ser tuya? —Me encogí de hombros y me froté los brazos.

Sentí un poco de frío. No debido al clima, puesto que estábamos a veinticinco grados y no era un problema de temperatura, sino de ese helor interior que a veces se me acumulaba en el pecho cuando recordaba ciertas cosas que me afectaban.

—Juzgué mal a mi madre… Se ha casado siete veces y yo pensaba que... Da igual, déjalo.

Jayden paró de caminar, nos quedaba solo una manzana por recorrer y me tomó de la mano.

—Cuéntamelo.

—Es que... no es fácil para mí.

—Aun así, me gustaría que lo intentaras, como hice yo el otro día en la playa; a veces, la carga se lleva mejor entre dos.

No me había soltado, su pulgar acariciaba la cara interna de mi muñeca con suavidad.

—Mi relación con ella ha sido bastante distante, sobre todo, en los últimos años. He hecho todo lo que estaba en mi mano para crear mi propia vida lejos de ella porque pensaba que era una aprovechada y no me gustaba lo que representaba. —Jayden asintió—. El día de la gala se presentó; bueno, ya la viste, era con ella con quien me estaba mandando mensajes durante el desfile y el motivo por el cual salí fuera.

—¿Hablasteis?

—Sí, y me di cuenta de que tal vez estaba confundida, que la realidad que había recreado en mi cabeza no tenía nada que ver con la suya; lo que pensaba acerca de ella quizá no fuera lo que era de verdad.

—¿A qué te refieres?

—Tenía la certeza de que cada vez que se divorciaba era porque ya tenía una presa en el horizonte; en definitiva, para cazar a otro más rico gracias a su belleza y su persuasión, que no quería nada de ellos salvo su dinero, que eso era lo que la impulsaba a casarse y divorciarse tantas veces. La culpé siempre por ello, porque con sus separaciones arrancaba cada intento de raíz, me impedía alcanzar mi sueño de tener un núcleo familiar sólido, un ambiente al que aferrarme y crecer feliz, como el resto de los niños que iban a mi clase.

—¿Y no era así? —Negué.

—Me explicó que los amó a todos, que lo único que ocurrió es que se le acabó el amor y que no podía estar al lado de alguien a quien no quisiera de verdad, que no podía hacernos eso, ni a ella ni a mí; que estar al lado de una persona que ves como a un extraño o que no amas con el corazón no trae nada bueno. —Resoplé con una opresión atenazándome el pecho.

—Tu madre es una mujer sabia y valiente que no se conforma con menos de lo que merece.

—Eso me dijo.

—Aunque comprendo que para una niña no ha de ser fácil sufrir tantos cambios y que la culparas por privarte de tener una familia sólida en la que refugiarte, en la que crecer. Cuando eres un niño, es más fácil sentir rencor que comprensión; te lo digo por experiencia, porque hay cosas que nuestra razón no entiende y que nos sigue costando, aun teniendo la madurez suficiente que te otorga la vida. Si me aceptas un consejo, no seas tan dura contigo o con ella, ninguna de las dos lo merecéis y la vida es muy corta como para desperdiciarla cuando tienes al lado a alguien que te importa.

Sus dedos se cruzaron con los míos y noté que me costaba tragar. Sabía que hablaba tanto de mi circunstancia como de la suya, lo que me llevó a la siguiente pregunta que se atascaba en mi garganta.

—Y según tú, ¿qué merezco, Jayden?

—Alguien que te haga sentir hogar.

—¿Y si ese alguien no quiere sentirlo junto a mí? —pregunté sin abandonar la calidez de su mirada.

—Entonces es que es un verdadero idiota si te deja escapar.

Mi corazón golpeó tan duro que dolió.

—¿Puedo pedirte un abrazo? —No era eso lo que en realidad quería pedir, pero tendría que bastar si quería avanzar a la siguiente casilla.

Sus labios se apretaron en un acto de contingencia.

—Perdona, no debí pedírtelo, es tarde y seguramente tienes que…

La palabra murió en mi boca al sentirme envuelta en toda su calidez.

Aspiré hondo el aroma a suavizante que salía de su camiseta y que no se había empañado demasiado con el baile.

Presioné sin reservas mis labios sobre su corazón. Tronó bajo la fina piel de mi boca y sentí a Jayden estremecerse e intensificar el apretón.

Nadie me había dado un abrazo tan íntimo, tan sentido, con una intensidad capaz de traspasar cualquier coraza y provocar que quisiera fundirme antes de pasar al siguiente nivel.

Alcé el rostro y lo miré expectante. Y lo que vi en sus ojos, esa desesperación primitiva sumada a la gula del hambriento, anidó en mi

pecho. Una de sus manos buscó mi rostro en una caricia lenta que me empujó a cerrar los míos para recrearme en el contacto de la yema de sus dedos adentrándose bajo la goma de mi coleta.

El pulgar se movió arriba y abajo de mi carótida, que palpitaba con frenesí. Mis dedos se aferraron con fuerza a su espalda cuando bajó hasta la arteria para presionar sus labios sobre ella, en el punto en el que mi pulso se desataba descontrolado.

Pasó su nariz en un trazo firme y después la lengua.

Gemí, haciendo gala de un anhelo desbordante, de una necesidad acuciante que me hacía querer más. Y su boca respondió, dibujando el sendero que lo llevaba desde mi mandíbula hasta nuestra perdición.

Ante el primer toque de sus labios contra los míos, perdí todo contacto con la realidad. Me vi envuelta en un beso que opacaba cualquier otro que hubiera recibido con anterioridad, que me hizo alzar las manos para enroscarlas en su pelo y jadear contra su lengua.

¿Podía querer quedarme a vivir en una boca? Porque en ese instante lo deseaba con todas mis fuerzas. Me vi arrastrada contra la pared del edificio más cercano en busca de una estabilidad que se nos resistía a ambos.

Me faltaban manos, labios y piel, me faltaba tiempo para todo el camino que quería recorrer encima de su cuerpo. Me faltaba espacio para hacer de cada beso un lugar en el que anidar. Me sobraba ropa, mucha ropa, y no podía dejar de tocarlo.

Me descubrí bajando una de las manos para colarla por debajo de su camiseta y notarlo corcovear bajo mi contacto. Alcé una pierna sin pudor para envolverlo en mi particular tela de araña y acercarlo lo suficiente para que mi intimidad entrara en contacto con la suya.

Estallé y la lujuria tomó el control de mi deseo y del suyo.

Jayden agarró mi muslo, cuan bailarín experimentado, para frotar su despertar en mí.

Estábamos tan encendidos que Los Ángeles podría haber sufrido un apagón y nosotros iluminar la ciudad con nuestros cuerpos.

Sus dedos se hundieron en mi carne al mismo tiempo que su lengua me hacía quererlo sin importarnos el cómo, el dónde ni el porqué.

Nos alimentamos de gruñidos, jadeos y ganas, hasta que un transeúnte nos exigió que nos buscáramos un hotel, que estábamos en plena calle sin nada que nos protegiera de nuestra falta de control.

Clic.

Solo necesitamos que alguien pulsara el botón de la realidad para hacernos estallar en mil pedazos y tomar consciencia de lo que estábamos haciendo.

Jayden fue el primero en separarse, lo hizo con un gesto de miedo e incredulidad poseyendo sus facciones desorientadas. Tenía los labios enrojecidos y las pupilas todavía dilatadas. Su pecho subía y bajaba fuera de control, al igual que el mío.

—Joder, joder, ¡Joder! —bramó pasándose las manos con desesperación por la cara y el pelo, a la vez que yo intentaba recomponerme sin demasiado éxito.

Buscó mi mirada y lo vi tan perdido, tan decepcionado, que me dolió. Fue como ser arrojada por la borda hacia un mar abierto y carente de calor.

—Lo siento, yo no debí, yo… *Shit!* —voceó de nuevo.

Su arrepentimiento fue como un dardo en el corazón, porque la experiencia me había demostrado que cuando el Cazafortunas besa, no se arrepiente, te arrastra hacia cualquier lugar discreto y te folla para conseguir el trofeo completo… Pero Jayden no, él no podía ser como todos ellos, habría sido demasiado sencillo, demasiado fácil.

La cabeza me daba vueltas y sentía una especie de náuseas emocionales que no podían traerme nada bueno. Su estado lo había propiciado yo, él estaba así por mí, le pedí un abrazo y se entregó por completo, y ahora se hundía tan a lo bestia que me urgía ofrecerle la parte de mi tabla; ni él era Jack ni yo era Rose.

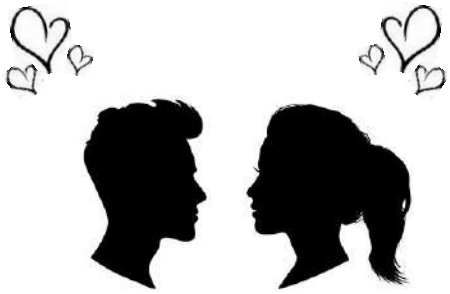
—Em, yo... No te preocupes... Se nos ha ido de las manos... Han sido demasiadas emociones y bueno... Comprendo que en realidad no quisieras besarme —zanjé—. Olvidémoslo.

Él dejó ir una risa sorda.

—¿Que no quería besarte? ¿Que lo olvide? ¡No voy a poder dejar de pensar en ello, Cas! ¡No puedo sacarte de mi jodida cabeza! ¡¿Entiendes?! Ya ni siquiera sé cuándo no te he tenido en ella, porque parece que te haya estado esperando toda mi vida. ¡Y te juro por lo más sagrado que me he resistido hasta que no he podido más! —rugió con fuerza, lanzando un improperio final—. ¡No puedo hacer esto! —Nos señaló a ambos—. ¡No puedo, por mucho que lo quiera! ¡Me voy a casar! Chasity necesita recibir el tratamiento y yo... —Caminó hacia atrás dolido—. Yo necesito poner distancia entre nosotros antes de que sea demasiado tarde para poder evitarte. Y te juro que lo siento de un modo que me rompe por dentro, porque sé que podrías ser tú, que eres tú, pero ni yo puedo ni es el momento.

Se dio media vuelta y salió corriendo, dejándome hecha polvo.

Capítulo 33



Jayden

Conduje sin pensar o, más bien, recreándome todo el maldito tiempo en lo que había hecho...

Mi intención no había sido besarla, por eso me desvié hacia su cuello en un vano intento de frenar lo inevitable. El problema de echar el freno de mano cuando vas a más velocidad de la que corresponde y el suelo está mojado es que des veinte vueltas de campana y termines estrellándote, que es exactamente lo que me pasó.

Cuando dos personas son inevitables, solo hace falta una chispa para arrasar con todo; en mi caso fue su pulso desatado bajo la yema de mi dedo, el acelerón que dio mi corazón cuando paseé la punta de la nariz contra su cuello, aspirando su aroma, llenándome de él.

Necesitaba su sabor, me dije que si la probaba, de algún modo, lograría saciarme, controlarme, apaciguar la sed por su piel. Error: en cuanto mi lengua se encontró con el golpeteo del pulso en ella, fue como la primera vez que te llenas la boca de caramelos explosivos; solo quieres más y que la intensidad sea más bestia.

La atracción, el calentón que llevaba arrastrando desde nuestra visita al modisto, el que me impidió abrir la boca cuando bajamos juntos en el ascensor del hospital y me encogió los dedos de los pies al notar el simple roce de la piel de nuestras manos. El que me hizo contraerme de necesidad cuando volvió a agazaparse contra mi espalda de camino a la academia, el

que anudó mis cuerdas vocales hasta terminar con una clase de baile que hablaba más que mis propias palabras… fue el mismo que me hizo deshacer la distancia entre nuestras bocas y hundirme en ella como tanto anhelaba.

No fue solo un beso, un intercambio de saliva o un arrebato colmado del deseo. Fue mucho más que lujuria y ganas, que desesperación y pasión desatada. Me sentía vulnerable, expuesto y deseoso de más, de mucho más.

Dicen que solo se necesitan treinta segundos para enamorarse, para que se desate esa reacción química que te hace sentir mariposas en el estómago y que te da ganas de fundir tu vida bajo el aliento de la otra persona, y que bastan otros treinta para matarlas a todas, para no querer volver a saber nada de la otra persona. Yo no me sentía capaz para exterminar lo que Cas despertaba en mí: había sido intenso desde el inicio, una conexión inexplicable que crecía tras cada encuentro, en cada mensaje, en cada mirada o contacto entre nuestros cuerpos.

Y puede que el término «amor» se me quedara grande; no obstante, sabía que era junto a ella con quien podía llegar a comprender la inmensidad de la palabra, y más ahora que me había dejado llevar.

Por eso sabía que lo que había hecho no tenía vuelta atrás, que no cabía posibilidad alguna de dejar de sentir, que crecería, aunque no quisiera, y entonces estaría perdido, porque la vida de mi hermana estaba en juego.

Necesité huir, poner distancia para buscar una solución. Estaba convencido de que ella estaría pensando lo peor de mí. ¿Qué tipo de persona besa a su *wedding planner* a pocas semanas de su boda?

Un aprovechado, un hombre sin honor, sin sentimientos, alguien tan despreciable que no merecía la atención de una persona tan íntegra como Cas.

No sabía hacia dónde dirigirme, tenía tal desasosiego que nada me parecía bien. ¿Iba al hospital? ¿Se lo contaba a Camille y que ella me diera su opinión? ¡No! ¡No podía hacer eso! Si le contaba que había traspasado aquella barrera, insistiría en cancelarlo todo, no porque no pudiera entender mi falta de control con Cas, sino porque sabía cómo me sentía yo respecto

al amor, por mis creencias. No me dejaría llegar hasta el final si sabía a ciencia cierta que Cassey era la mujer de mi vida al cien por cien.

Necesitaba un jodido milagro para que todo volviera a su lugar y no desear a la organizadora de mi boda como lo hacía.

Lo peor de todo era que no podía deshacerme de su compañía: iba a estar a mi lado las próximas dos semanas y media, lo que se me hacía una montaña teniendo en consideración mi incapacidad para mantenerme alejado.

¿Cómo iba a poder mirarla a la cara sin querer besarla? ¿Cómo iba a lograr apagar el cosquilleo que me hervía la sangre cada vez que la tenía cerca?

¡Menuda mierda! Necesitaba que alguien me aconsejara y solo conocía a una persona con la que poder desahogarme sin miedo.

Conduje hasta el minipiso de mi amigo Marcus. Era el único en el que podía confiar ciegamente. Y lo sabía porque si alguna vez me daba por matar a alguien, tenía claro que Marcus solo me preguntaría dónde querría que enterráramos el cuerpo.

Hacía un par de años que se había mudado a Skid Row, el barrio que congregaba la mayor tasa de pobreza del Estado. Se decía que era la zona cero de los sin techo, puesto que la docena de calles que lo conformaban estaban salpicadas de miles de tiendas de campaña.

Era curioso plantarte en una de ellas, alzar la vista por encima de los desvencijados edificios y toparte con una marea de rascacielos de lujo mientras que, a tus pies, te envolvía el penetrante aroma a orines, miseria y suciedad.

Marcus se mudó expresamente al barrio, trabajaba en la organización LA CAN, en la cual daba clases de autodefensa a mujeres sin hogar, eran muy vulnerables y la gran mayoría sufría agresiones o abusos sexuales en las calles, cuya protección era una mísera cremallera cosida en un hogar de tela.

Llamé a la puerta y esta se abrió mostrando a un tipo unos centímetros más bajo que yo, rapado, con tatuajes y una sonrisa de oreja a oreja que

borraba su expresión de temerario.

—¡Dichosos los ojos, Jay! —exclamó, abriendo los brazos para estrujarme entre ellos.

—Eso digo yo, tío, ¿es cosa mía o tu calva también hace pesas? —bromeé, pasando la palma de la mano por su cabeza rasurada.

—Ya sabes, dicen que hay que trabajar la mente y el cuerpo. Pero no te quedes ahí fuera, pasa.

El apartamento todavía era más pequeño que el mío, que ya era decir. Una cocina minúscula integrada en el salón, que solo daba cabida a un sofá cama de dos plazas, una mesita que se alzaba convirtiéndola en su lugar para comer y cenar con vistas a la tele, un armario en el que guardar su escaso vestuario, un baño con plato de ducha donde un hombre de su tamaño tendría más de una dificultad y una ventana que daba a la calle, desde la que controlar que siguiera teniendo una moto al terminar la visita.

—¿Te pongo una cerveza?

—Por favor —concluí a modo de respuesta.

—Pensaba que ya no te acordabas de mí… Desde que te codeas con la doctora y sus altas esferas, poco has pasado por la Asociación. —Me froté la nuca viéndolo caminar hacia la nevera.

—No creas que no he pensado en venir, es que he estado un poco ocupado, tengo muchas cosas que contarte.

—Por la cara que traes, lo imagino; ya sabes que para mí eres un libro abierto... ¿Qué tal Chasity? —preguntó acercándome la bebida.

—Contenta y esperanzada, han dado con una cura.

—¡No jodas!

—Y por eso me caso.

—¡¿Te casas?! —exclamó incrédulo bajo una de mis sonrisas—. Necesito que me lo cuentes todo desde el principio.

—A eso he venido, te necesito, tío...

—Pues desembucha.

Marcus se dejó caer a mi lado bajo un crujido de muelles oxidados y yo me pasé la siguiente media hora actualizando datos. Llevaba un par de

meses sin verlo y Marcus odiaba el teléfono. Prefería una larga temporada sin visitas que culminara con una tarde de bar y birras antes que una llamada. Lo bueno era que sabía que poco importaba el tiempo que lleváramos sin vernos, porque cuando lo hacíamos, era como si este no hubiera pasado.

Al terminar mi explicación, que acabó en la parte en la que besé a Cassey y me largué, la expresión de su cara no tenía desperdicio.

—Necesito verla.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A la tía que tiene los santos ovarios de pasarte una cinta métrica por los huevos en público y hacerte venir a esta mierda de barrio después de meses con cara de cachorro apaleado cuando piensas casarte con otra...

—Marcus… —mascullé en tono reprobatorio.

—¿Qué? ¿Es mentira? Enséñame la foto, quiero ver quién es capaz de hacerle sombra a la doctorcita —exigió, moviendo los dedos de la mano derecha.

No tuve más remedio que tirar de móvil y mostrarle resignado la del perfil de WhatsApp.

—Uh, vale, así que te ponen las que tienen ese deje de profesora *sexy*, ¿eh? No está mal...

—¿Que no está mal? ¡Es jodidamente preciosa! Tiene unos ojazos verdes que cambian de color dependiendo de su estado anímico, una boca que debería estar bajo llave para que nadie la probara y unas piernas que te hacen pensar en cosas muy cerdas cuando tienes el privilegio de sentirlas rozando las tuyas en la moto.

—¡Joder, Jay, estás muy pillado! —exclamó, haciéndome sentir algo avergonzado—. ¿Y pretendes casarte con otra estando así por ella?

—¿Y qué hago, Marcus? Mi hermana necesita el tratamiento y Cam solo puede echar mano a su herencia si se casa...

—¿Tanta pasta vale ese tratamiento? Tengo algunos ahorros…

—Tú y yo no podríamos pagarlo ni trabajando dos vidas —Marcus silbó.

—¿Y si le planteas a Camille contarle la verdad a Cassey? Si a ella le gustas tanto como ella a ti, quizá pueda guardaros el secreto y esperar a que te divorcies para dar rienda suelta a vuestra historia de película.

—Es que no sé si es tan recíproco o ha sido un calentón. No puedo estar en su cabeza. Además, trabaja para el padre de Cam; igual ahora mismo se lo está contando...

—Ni de puta broma, esa chica tiene cara de lista y a ti nunca te han gustado tontas. Dudo que después de darse el lote con el futuro yerno vaya corriendo a llamar a su jefe para que la despida; piensa un poco, tienes que enfocarlo desde su punto de vista, ella cobra si tú te casas, no saca nada metiéndose de por medio, al contrario, puede perjudicarle mucho. ¿Te rechazó o abofeteó cuando la besaste?

—¡No! Al contrario, ella parecía muy... entregada —carraspeé.

—Pues ahí lo tienes, si una tía no quiere, te lo deja claro desde el primer segundo. Le gustas y también debe de tener un conflicto de tres pares de narices por la situación. ¿Vas a contarle a Camille lo que ha pasado?

—No creo que sea la solución.

—¿No piensas decírselo? —Me encogí de hombros.

—A ver, no es como si la hubiera engañado; ella y yo no tenemos una relación romántica, y si lo hago, me da que puede llegar a insistir en que no nos casemos... Me conoce, sabe lo importante que es el amor para mí; de hecho, ya me ha preguntado en reiteradas ocasiones si estaba seguro de seguir con el enlace. No permitiría que nos casáramos si estuviera enamorado de otra.

—La doctora no es idiota y, dependiendo de cómo actúes, advertirá que lo que sientes por la organizadora está creciendo más que el número de indigentes en el barrio.

—¡¿Y qué hago?!

—Solo hace una semana y media que conoces a Cassey, congela tus emociones, dile que fue un calentón fruto de lo que pasó en el modisto, el hospital, la academia y los nervios de la boda, e intenta distanciarte, por lo

menos hasta que te hayas casado y Chasity esté curada. Si es la mujer de tu vida, te seguirá esperando.

—El problema es que tengo por delante diecinueve días interminables que debo compartir con ella. ¿Cómo voy a resistirme a comerle la boca cuando es el bocado más delicioso que he probado nunca? —Él dejó salir el aire por la nariz.

—Aguarda un momento, voy a hacerte un regalo que seguro te ayuda —comentó, poniéndose en pie.

Lo vi rebuscar en un cajón para traer consigo la típica goma elástica que usábamos de pequeños en las guerras de puntería del cole. Me la puso en la muñeca y sonrió.

—¿Una goma?

—Tu solución. —Metió el dedo entre el elástico y la piel y la tensó soltándola de inmediato para provocarme una fuerte picazón.

—¡Auch!

—Exacto, cada vez que estés tentado a hacer algo que no debes, tira de ella y cuenta hasta cien.

—¿Tienes otra para mi polla? Porque me temo que le gusta vivir al margen de la ley. —Marcus rio.

—Esperemos no tener que llegar hasta ese extremo; seguro que solo con pensarlo adquiere el tamaño de un cacahuete.

—Si tú lo dices…

—Por cierto, si te casas, tendrás que hacer una despedida de soltero, y sabes que se me dan de miedo las fiestas...

—No voy a hacer despedida; no obstante, quería proponerte que fueras mi padrino, me gustaría que asistieras.

—¡No pienso llevarte del brazo sin despedida!

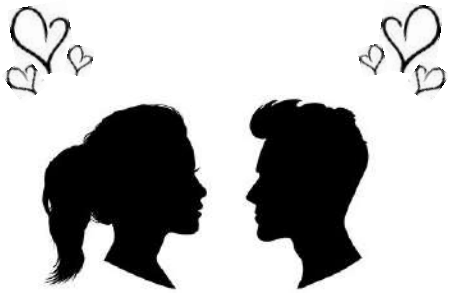
—¡Tú no tienes que llevarme del brazo, eso es a la novia! Solo necesito tu firma.

—Pues sin despedida no hay firma, tú eliges —comentó, agitando las cejas—. Vamos, Jay, haz un hueco para este finde; no, el que viene. El 7 de julio podríamos pasarlo en Las Vegas, siempre dijimos de ir...

—Pero es que… —protesté.

—Eres mi puto mejor amigo y no vas a casarte todos los días, deja que lo disfrutemos un poco, aunque sea una farsa. Tú, yo, Las Vegas y diversión a raudales para hacerte olvidar a tu casamentera... Voy a ayudarte a que llegues al altar, ¿confías en mí? —Resoplé resignado; si no confiaba en él, ¿en quién más?

Capítulo 34



—¿Alguno de vosotros dos es capaz de decirme qué le pasa a mi hija?

Escuché la pregunta desde el interior de mi habitación, hoy debería haber llamado a Jayden para ir a probar tartas, pero no me encontraba capaz de verlo ni de que entrara un solo gramo más de azúcar en mi organismo.

Anoche, al llegar a casa, sintiéndome peor que Marlin cuando perdió a casi toda su familia tras el ataque de la barracuda, fui hasta la nevera sin mediar palabra con los chicos o mi madre, me hice con un litro de Ben & Jerry's de vainilla con nueces de macadamia y me hundí en mi propia miseria, además de en el colchón.

¿Has comido alguna vez helado con *topping* de lágrimas y mocos?

Yo sí, y es que no podía quitarme la sensación de ser la Cruella de Vill de la historia, la que iba a hacerse un abrigo de pieles a base de arrancársela a Jayden, Chasity y Camille.

Puede que parte de mi declive emocional se debiera a que no estaba lista para sentir tantas cosas y tan profundas, para ver al hombre que de verdad se ocultaba tras la imagen de cazafortunas del señor King. ¿Quién podría culparme de que me viera sobrepasada al comprobar que tenía un corazón enorme, además de una hermana preciosa por la que yo también hubiera hecho cualquier cosa?

Si a ello le sumábamos mi incapacidad de obviar su beso o la declaración que había erizado cada vello de mi piel, daba un único resultado: estaba desbordada y no tenía ni idea de qué hacer.

Y sí, reconozco que mi vena masoquista me llevó, además de darme un atracón de carbohidratos, a ver las escenas más tristes de la historia que englobaban: cuando Jack se hundió en el mar helado en *Titanic*, la despedida entre Lou y Will Traynor en *Antes de ti* y los primeros diez minutos de la escena inicial de *UP*. Los puse en bucle, una y otra vez, hasta vaciarme por completo.

No es que me apeteciera levantarme con los ojos más rojos que mi cuenta bancaria. Si era franca, necesitaba como agua de mayo el empujoncito del señor Hill para poder seguir adelante con la empresa y poder independizarme. El problema era que mi angustia vital me impedía hacer otra cosa que no fuera una flagelación emocional en toda regla.

Entre cucharada y cucharada, me permití escribir varios mensajes a Jayden, los cuales nunca llegaron a destino porque los borraba de inmediato, antes de pulsar la tecla enviar. Hubo de todo tipo: de arrepentimiento, de rabia, de comprensión, de lujuria y el peor de todos, el más peligroso: el de confesión.

Mis amigos no pudieron hacer nada por mí después de que tras la culminación del beso y la posterior huida de Jayden les gritara como si los tuviera enfrente un:

«¡Esto es lo que queríais, pues ya lo tenéis! ¡Ya lo he besado y, ahora, ¿qué?!».

Acto seguido, me quité el pinganillo y no lo destruí porque ni era el inspector Gadget ni tenía el dinero necesario para reponer un equipo tan caro.

Lo guardé en el bolso, porque no me apetecía escuchar la respuesta.

No recuerdo haber conducido tan deprisa, ni saltarme tantos semáforos como anoche. Lloraba tanto que habría necesitado un limpia en los párpados en lugar de en la luna delantera. Si no choqué o maté a alguien de camino, fue porque el ángel de la guarda debía de tener algún lio con el de tráfico.

Agotada, deshidratada y con una hiperglucemia del quince, logré quedarme dormida desoyendo los golpes en la puerta, preguntando si estaba

bien, por parte de mis amigos.

Esa mañana habían vuelto al ataque. Ashley, un par de veces al despertar el día, Akon, otras dos, hasta que al final el pájaro carpintero de mi madre no había dejado de golpear durante los últimos quince minutos.

—¿No quieres abrirme? ¡Pues me da igual! ¡Pienso entrar de todas formas! Así que si estás haciendo cosas que una madre no debería ver, tápate —proclamó, dando un empujón a la puerta con el hombro a la vez que accionaba el picaporte.

Por poco salió propulsada hacia el colchón. Si hubiera sido lista, se habría fijado que mi puerta carecía de cerrojo.

Tras el traspié inicial, entró tan esplendorosa como siempre, enfundada en un caftán que pedía a gritos una mañana de sol y tumbona. Para variar, parecía recién salida de un catálogo y yo de un ataque de una bandada de pájaros.

Me dolían los ojos, la nariz y tenía un nudo en el pecho tan grande que ni un desanudador profesional podría haberlo desatado.

—¡Estás terrible! —Las cabezas de Ak y Ash se asomaron con preocupación.

—Gracias, mamá; tú, en cambio, estás preciosa —proferí ronca. Mi cumplido no desvió su atención, que estaba volcada en mí.

—¿Qué ha pasado aquí? —Miró a mi alrededor—. ¿Viendo *UP* en bucle otra vez? —Me daba rabia que supiera esas cosas sin que yo se las hubiera contado, ¿quién le daba esa información? ¿Tendría una microcámara en mi cuarto? Oteó la tarrina de helado vacía y esquivó la lluvia de pañuelos que salpicaban la moqueta para sentarse a mi lado.

Un segundo, ¿eso que brillaba en sus ojos era lástima?

—No me mires así.

—Así, ¿cómo? —cuestionó.

—Como si te hubieran dicho que me quedan tres meses de vida.

—Es que como sigas así, no te doy ni tres semanas —protestó—, no puedes maltratarte de esta manera.

—¿Ahora a comer helado y tener alergia se le llama maltrato?

—A la única que has tenido alergia alguna vez en tu vida ha sido a mí, y no te daba por verter lágrimas. Ni siquiera de pequeña llorabas, salvo durante las primeras mudanzas.

—De pequeña te lo ocultaba, que no es lo mismo. Que no veas algo no significa que no exista.

Aquella reflexión nos dañaba a ambas, pero ya estaba harta de fingir que no pasaba nada cuando no era cierto.

—Cassey...

—Te he llegado a odiar tanto, mamá... —Vi cómo las cabezas de mis amigos desaparecían y se cerraba la puerta—. Tanto que llegué a desear que uno de esos hombres con los que te casabas se enamorara de la niña que era y quisiera arrebatarme de tu lado, aunque, como es lógico, nunca sucedió porque no les dabas tiempo a descubrir que bajo mi timidez existía una cría deseosa de que alguien la viera, de encajar en alguna parte, de que alguien se preocupara por el motivo que la llevaba a dormir bajo la sábana fuera verano o invierno, porque el motivo real es que tenía miedo a no tener nunca una familia, un lugar al que pertenecer y por eso el frío le congelaba las extremidades.

Mi madre me contempló con pesar...

—Yo no sabía…

—¡Claro que no sabías! ¡No sabías nada, porque solo tenías tiempo para ti misma! —protesté con rabia—. Como dijiste el otro día, ibas en busca de tu felicidad, pero ¿qué pasaba con la mía?

—¡Nunca hablaste conmigo!

—Te lo dije a mi manera: odiaba las mudanzas, los cambios de colegio, el tener que adaptarme siempre a un grupo de gente que no tenía ni idea de cuanto tiempo permanecería a mi lado, ¡era una niña, mamá! ¡Tú, la adulta! Deberías haberlo visto, deberías haber comprendido que pesaba más lo que callaba que lo que decía. Aunque eso ya no importa, lo que pasa es que odio en lo que me he convertido: en una persona recelosa, una mujer llena de carencias emocionales que me hacen desconfiar y convertirme en un ser terrible. ¡He creado una empresa para cazar monstruos como tú!

—¡Tú no eres todo eso! —exclamó agitada.

—¡Claro que lo soy! Si no, ¿por qué querría privar a una cría de once años de su cura?

—¿De qué hablas?

—De lo que estoy haciendo, de lo que ocurrirá si impido la boda entre Camille y Jayden. ¡No puedo ser la causa de que Chasity no reciba su tratamiento!

—¿De qué demonios me hablas?

—Del verdadero motivo por el que Jayden y la doctora van a casarse. Resulta que Chas tiene una enfermedad rara y él necesita la herencia de Camille para que la curen. Ayer fui al hospital y tendrías que haberla visto, mamá: no puede ir al colegio, no puede llevar una vida normal, ¡sintió envidia de mí, de la vida que había llevado a tu lado! ¿Te lo puedes creer? —Las lágrimas volvían a acudir a mis ojos para escurrirse por mis mejillas, sus dedos las limpiaron—. Ella es luz. Y después fui a la academia, Camille no pudo venir y bailé con él... No tienes ni idea de cómo me miraba, de cómo me hacía sentir en cada roce, en cada giro y, para empeorarlo todo, nos besamos de camino a mi coche y me dijo unas cosas...

—¿Horribles?

—¡Preciosas! —Ella asintió.

—Y ahora no puedo quitarme de la cabeza su beso... Y duele mucho, demasiado. Porque se suponía que era un trabajo, que si había alguien capacitada para llevarlo a cabo esa era yo, porque soy una mujer emocionalmente seca.

—¿Seca?

—Incapaz de que un hombre me guste hasta el extremo de que me enrede y lo sacrifique todo por él: mis sueños, mi futuro o incluso mi empresa. Porque el amor no existe.

—¡Por supuesto que existe!

—No para mí.

—¿Tan mal lo he hecho que no has sido capaz de ver eso en mí? —Me encogí de hombros.

—Puede que las dos tengamos parte de culpa; sin embargo, después de haberlo besado, puedo entender que Camille quiera darle su herencia al completo. Jayden y Chasity son tan irresistibles que cualquiera querría darlo todo por ellos.

—¿Incluso tú?

—Eso creo.

—Y, entonces, ¿por qué no cambias las reglas del juego y los ayudas?

—¿Que los ayude?

—Hazle las cosas fáciles, no impidas la boda, deja que se casen y que Chasity pueda obtener su cura.

—Si hago eso, tampoco sería coherente conmigo misma, los fundamentos de mi empresa son dar con las personas que se casan por interés, no por amor; además, necesito el dinero que me pagará el señor Hill, y si fracaso, no optaré al premio...

—Pero es que él lo está haciendo por amor, por amor a su hermana; si necesitas dinero, pídemelo, soy tu madre, tengo más de lo que puedo gastar y ya habrá más oportunidades de hacerse con ese premio si piensas que es más justo ayudar a los King.

—Chasity no es King, son hermanos de madre y no me estás ayudando...

—No me malinterpretes, no pretendo fallar a favor de nadie, si estoy del lado de alguien es del tuyo. Lo único que pretendo es darte posibilidades, margen para decidir lo que crees más conveniente y justo. Quiero que sepas que hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, yo te apoyaré aunque tu decisión no comulgue con la mía. Voy a estar a tu lado para lo que necesites.

Su mano tomó la mía y la apretó. Sus palabras no me dejaron fría como era lo habitual. Lo estaba intentando, lo hacía lo mejor que podía y merecía que le diera una oportunidad, por enfadada que estuviera mi niña interior.

—¿Tú qué harías si fueras yo? —pregunté cauta.

—Hablaría con él, le diría que ayer me dejé llevar, que me confundí, que es un hombre atractivo, considerado y que me pudo la ternura de verlo en el hospital con su hermana. Que no pensé, solo actué y la situación me

envolvió, pero que en el fondo sabes que lo que pasó entre vosotros careció de importancia, que debe casarse con Camille. —En cuanto pronunció aquellas palabras, mi estómago se revolvió—. A no ser que lo ames... —sugirió suspicaz.

—¡No! —respondí rotunda—. Es atractivo, divertido, listo y congeniamos, pero no lo amo.

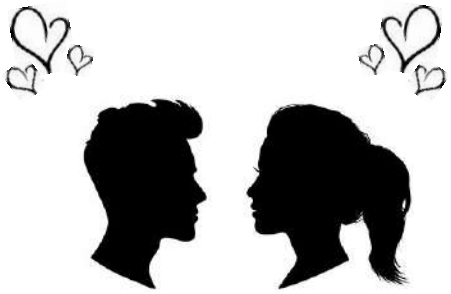
—Bien, entonces, déjalo marchar y que cure a su hermana. En la vida no solo existe un tipo de amor, Cassey, no todos son iguales; quizá Jayden le aporta muchísimas cosas a *lady* Camille que compensan con creces ese matrimonio. Puede que necesites hablar más con ella, entenderla, en lugar de pensar que está siendo engañada. Tal vez te sorprendas al ver la otra cara de la moneda. —Lo que decía tenía sentido, me había centrado mucho en Jayden y poco en la doctora, quizá ella pudiera ayudarme a tomar la decisión correcta—. ¿Por qué no te das una ducha y pasamos el día juntas?

—¿Tú y yo?

—Pasar un día con tu madre no es tan malo como piensas, y hoy no te veo en condiciones de trabajar, te ayudaré a renovar fuerzas. ¿Qué me dices? ¿Nos damos una oportunidad?

En eso tenía que darle la razón. Por lo menos, hoy, necesitaba desconectar, y pasar un día redescubriendo a mi madre no me parecía del todo mal.

Capítulo 35



Jayden

Cuando leí el mensaje de Cassey anulando la cita para probar pasteles y citándonos a Camille y a mí al día siguiente con un mensaje de lo más impersonal, supe que el beso y mi reacción también la habían afectado.

No era un cobarde, nunca lo había sido, y me tocaba afrontar las consecuencias. Al fin y al cabo, yo había sido quien propició el beso, así que debía dar la cara. Alcé el teléfono y marqué su número.

No me respondió. Ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera; la llamé varias veces hasta que creí que tal vez no quisiera volver a hablarme en la vida.

Al pensarlo no sentí alivio. Al contrario, más bien una fuerte desazón que me agobió hasta el punto de rallarme bastante.

Hoy tenía un cliente para jugar una partida de ajedrez en el parque, al cual no le podía fallar. El señor Perkins rondaba los ochenta y largos, era un veterano de guerra con un carácter bastante peculiar que no encontraba compañero con facilidad debido a su mal perder.

A su último compañero de juego lo tuvieron que llevar a Urgencias después de que le hiciera un jaque, el señor Perkins agarrara la reina y la arrojara contra el árbol que quedaba detrás de su contrincante, con tan mala suerte que rebotó contra la corteza y le atizó en toda la cabeza haciéndole una brecha. Para empeorar la situación, mi cliente se encontraba en ese instante gritando «mate».

El exgeneral juró y perjuró que se trató de una coincidencia, que en ningún caso había pretendido arrearle de verdad y sacarle el poco seso que tenía a ese vejestorio, sin embargo, la polémica ya estaba servida y nadie quiso volver a enfrentarse a él por temor a terminar antes de tiempo en el cementerio con una corona de flores que rezara:

«“Jaque mate”, tus compañeros del parque».

—¡Llegas tarde, soldado! —protestó el anciano arrugando la nariz.

—Diez segundos...

—Si estuvieras en mi regimiento, ya te tendría en el suelo haciendo flexiones...

—Menos mal que el arte de la guerra nunca ha sido lo mío, prometo compensarlo con diez minutos extra. ¿Empezamos? —pregunté, acomodándome en el asiento de piedra.

Él rezongó por lo bajo y, como era costumbre, a mí me tocaban blancas y a él negras. El sol se filtraba entre las hojas y mi camiseta comenzaba a pegarse a mi espalda.

Perkins era un jugador concienzudo: no era fácil ganar, ni lo pretendía. Me esforzaba en cada una de nuestras partidas, no es que fuera una superestrella del ajedrez, con mi padre jugaba alguna que otra partida porque solía decir que te ayudaba a ganar perspectiva y ver las cosas desde ángulos muy diferentes, evaluar cada posibilidad que te abre una nueva vía hasta alcanzar tu objetivo final.

Seguro que el exgeneral le habría caído bien a papá. Yo me limitaba a presentar oposición, ofrecerle un juego medio decente en el que escuchaba sus consejos para poder mejorar en técnica y visión. Tras cada partida, salía reforzado y con un nuevo movimiento aprendido; no obstante, hoy no era mi día. La falta de concentración hacía mella en las estrategias que elegía y en pocos movimientos ya estaba acorralado. No hacía falta ser muy listo para comprender que no tenía opción.

—¿Qué te pasa? No sueles ser tan malo y previsible... —protestó, frunciendo el ceño.

—Es que usted es cada día mejor.

—Paparruchas, ¿qué ocurre? —Ni siquiera hice el esfuerzo de engañarlo, el anciano era demasiado listo y me hubiera cazado con facilidad.

—No quiero aburrirle con mi vida, perdone si hoy mi nivel baja algún que otro peldaño. —Me concentré en el tablero buscando una vía de escape que le diera más emoción a la partida.

—¿Se trata de un lío de faldas? —Alcé la mirada sorprendido—. Oh, sí, es un lío de faldas.

—¿Cómo sabe eso?

—Se huele. Alguien que ha vivido varias guerras y ha estado rodeado siempre de hombres a la espera de una carta conoce el aroma de un corazón tocado y hundido. —Le ofrecí una sonrisa deslustrada. Fui a alzar una pieza y él me frenó.

—Cuando veas un buen movimiento, espera y busca uno mejor. —Corrigió lo que iba a hacer mostrándome una posibilidad que había pasado inadvertida a mis ojos.

—Es una gran frase.

—Agradécesela a Emanuel Lasker, era un gran ajedrecista. La vida no es tan distinta a un tablero: solo hay que saber observar, mantenerte en la retaguardia y escoger la mejor opción para hacerte con la reina.

—Pero para eso hay que tener opciones, y las mías son muy ajustadas.

—Patton decía: «Las buenas tácticas pueden salvar incluso la peor estrategia y las malas tácticas destruirán incluso la mejor estrategia». —Le di vueltas a la frase, aunque no sabía cómo encajarla con la realidad de lo que me ocurría—. Hijo, cuando una mujer entra en el horizonte, tienes que comprender que son seres de lo más extravagantes, capaces de hacer tambalear y tumbar cada uno de tus propósitos hasta colocarte en el filo del precipicio sin que te des cuenta. No hay enemigo más poderoso que una mujer con recursos frente a un hombre enamorado.

Perkins volvió a sitiarme y yo fui incapaz de ver una salida.

—Me rindo. —Tumbé la pieza y alcé las manos.

—Eso nunca. —Él volvió a recolocar mi reina con paciencia y me mostró otra jugada que ni siquiera había evaluado—. Uno debe analizar, dar un paso atrás si corresponde, pero solo porque se está preparando para el momento de la acción —sus arrugadas manos se movieron en ambos sentidos, enseñándome cómo remontar e incluso vencer en una partida que parecía perdida—, y cuando ya lo tienes todo listo, solo tienes que dejar de pensar y actuar con decisión… —Estaba alucinando. ¿Cómo era posible? —. Dilo —me azuzó.

—Jaque mate. —Él me sonrió y palmeó mi mano.

—Buen soldado.

—¿Cómo lo ha hecho? Me tenía con el cañón apuntando en la cabeza.

—Antes hay que asegurarse de si el arma estaba cargada y atacar al enemigo por donde no lo espera.

—Ha sido alucinante. —Emití una risilla.

—Eso es cierto, ¡veamos si has aprendido!

Recolocó las piezas hasta el lugar en el que inició la maniobra de contraataque y me hizo reproducir los movimientos para que me quedara con la jugada.

—Bien —me felicitó en el momento exacto que mi móvil sonó. Se me había olvidado apagarlo y el nombre de Cassey iluminó tanto la pantalla como mi corazón.

—¿Es ella? —preguntó el anciano, asentí sin poder apartar la mirada de aquellas letras que conformaban su nombre—. ¡Contesta! Y recuerda: siempre hay un plan mejor que el que tenías, simplemente no has dado con él todavía.

Me levanté del asiento y respondí alejándome un poco para ganar privacidad.

—Ho-hola —mascullé titubeante.

—Hola, ¿me has llamado?

—Sí, el cúmulo de llamadas perdidas son mías, no un encuentro en la tercera fase. —Oí su respiración fuerte al otro lado—. Perdona, estoy un poco nervioso.

Ella no me dio tregua.

—¿Ocurre algo?

«Que ayer nos besamos, apenas he podido pegar ojo y no dejo de pensar en ti», agarré la goma de mi muñeca y me arreé un *gomazo*.

—¡Auch!

—¿Jayden?

—Disculpa, me he tropezado.

—Vale, entonces..., ¿qué querías? ¿Es urgente?

«Por supuesto, tú eres una puta emergencia, mi mundo se enciende cada vez que te escucho y me envuelve un maldito incendio sin que sea capaz de llamar a los bomberos para extinguirlo».

—Es por lo de ayer —carraspeé—, creo que tendríamos que hablar sobre lo que pasó.

—Si te refieres al malentendido de tu boca sobre la mía, no es necesario. Fue un error.

«¿Un error? ¡Un error es meter un envase hecho con aluminio en el microondas, no tu lengua hasta el fondo de mi garganta! Pero ¡qué cojones...!», volví a atizarme, esa vez, más fuerte.

—Yo no lo catalogaría de error.

—No hace falta que cataloguemos el incidente. Fue un día cargado de emociones, pasamos muchas horas juntos... En fin, que está olvidado.

«¡Y una mierda!». Apreté los ojos y me cagué en la solución de Marcus, porque a ese ritmo iba a amputarme la muñeca.

—Olvidado… —murmuré incrédulo.

—Sí, tranquilo, en serio, estas cosas pasan; son fruto de los nervios, de la boda que se acerca, el terror a verte privado de libertad, no eres el primero.

Aquella afirmación sí que me sentó como una bomba.

—¿Suelen besarte mucho y tú corresponder al beso? —El pecho me ardía y no tenía claro si quería escuchar la respuesta.

—A ver, no tengo por costumbre hablar de mis clientes, pero... En fin, que son gajes del oficio, yo no le doy ninguna importancia, tú tampoco deberías hacerlo.

Tenía ganas de entrar por el maldito auricular, plantarme frente a ella y demostrarle con creces que no era cierto, que nuestro beso fue mucho más que «gajes del oficio». El problema era que ¿dónde me llevaría eso? No era una decisión inteligente, no cuando pretendía seguir adelante con la boda y apartar a Cassey de mi vida.

—Entonces... ¿Todo olvidado?

—Por supuesto. —Emitió una risita extraña—. Yo ya lo he borrado de mi tarjeta de memoria, tampoco fue para tanto. —«¿Que no fue... que no fue para tanto?». Tiré de la goma cinco veces consecutivas hasta tener la muñeca más roja que mi cara—. Te recomiendo que hagas lo mismo, elimina el archivo. Nos vemos mañana para probar tartas…

—¿No deberíamos quedar hoy para ensayar la coreografía?

«Si es que me gusta fustigarme...».

—Hoy tendrás que practicar solo, se me ha complicado el día. Por favor, intenta que Camille nos acompañe mañana, es fundamental que la novia esté de acuerdo con los sabores, las texturas y la forma del pastel nupcial.

—Haré lo que pueda...

Mascullé mientras una imagen de un dedo femenino que no pertenecía a mi futura mujer se hundía en una masa pringosa de un modo que apretó mi bragueta.

Colgué con una despedida de lo más fría.

¿No era lo que quería? ¿Borrón y cuenta nueva? Entonces, ¿por qué me sentía como una puta mierda?

Cassey me acababa de poner las cosas fáciles y mi cabeza se empecinaba en complicarlas, en darle la vuelta a todo, en sentir la necesidad extrema de demostrarle que se equivocaba, que no podía pasar por alto lo que ocurrió entre nosotros, que nuestro beso no era comparable al que pudiera haberle dado otro novio.

¿Pensaría que era uno más? ¿Me habría puesto en el cajón de los tíos que intentan liarse con la *wedding planner* porque les entra el terror nupcial? No podía caer más bajo. Me estaba volviendo rematadamente loco.

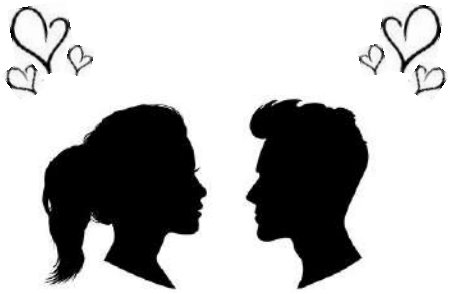
—¿Tan mal ha ido la conversación? —preguntó el señor Perkins al regresar a mi asiento. No podía olvidar que estaba trabajando. Resoplé.

—Se supone que me ha dicho lo que yo necesitaba oír. Tendría que estar dando saltos de alegría.

—Que lo necesites no significa que sea lo que deseas. Así que si quieres un consejo de un viejo que ha vivido demasiado... Búscate una cama resistente, tanto para el amor como para la guerra, ese es el mejor campo de batalla. —Me guiñó un ojo.

¿Cassey, yo y una cama? Definitivamente, era una idea pésima.

Capítulo 36



—¿De verdad que este es el lugar? —preguntó Camille en un murmullo.

Estábamos sentados en una mesa de hierro forjado, en el obrador de la pastelería porque, según su dueña, estaban de reformas, frente a una grotesca tarta rosa, con el rostro de Peppa Pig, el cual se parecía más a una polla con ojos a la que se le estaba bajando la alegría que a la mítica cerdita televisiva.

Jayden se estaba mordiendo la sonrisa mientras yo no sabía qué responder frente a la pregunta.

Bueno, en parte, la culpa era de las prisas. Ashley estuvo buscando a alguien que quisiera hacerse cargo del encargo, que tuviera buenas reseñas en Google y tuviese hueco para realizar la entrega a tiempo.

—Puedo hacerla de cualquier personaje, se me dan muy bien los de dibujos animados, ¿quieren echarle un ojo al catálogo?

Colocó un álbum de fotos de sus últimos trabajos sin un maldito desperdicio.

—Estas fueron todo un éxito. —Apuntó hacia una sirenita con estrabismo y a un Bob Esponja que parecía haber caído de un décimo piso.

—¿Puede alguien decirle a esa mujer que está penado reproducir un suicidio para una tarta de cumpleaños infantil? ¿Que puede causar traumas? Vale que Peppa Pig sufra de disfunción cerdil, pero lo de Bob me ha llegado al corazón. Fíjate en el ojo izquierdo, ¡se le ha subido a la cabeza!

Akon ya estaba comiéndome la oreja con sus observaciones dignas de libro que me hacían sacudir de la risa, aunque solo pudiera ser por dentro.

—Podemos adaptar cualquier personaje a las necesidades del cliente.

—Crash, pregúntale si ha sido la ganadora de *Nailedit*.

Nailedit era un programa de Netflix que premiaba a los pasteles más horribles.

Ashley, Akon y yo nos hacíamos auténticas maratones para reírnos.

Rosita, la artista del modelaje, seguía vendiendo sus talentos y parloteando sobre que algunos clientes eran superfanes de algunos personajes, que pedían tartas tematizadas y que podía adaptarla a lo que los novios quisieran.

—Somos de gustos más sencillos —comento Camille, intentando no ofenderla. La pastelera la premió con una sonrisa y chasqueó los dedos.

—Tengo justo lo que necesita, deme un minuto, este pastel es pura delicia.

—Oye, Cassey, ¿alguien te recomendó este sitio?

—Para ser sincera, fue el único que nos respondió…

—Yo creo que si, en lugar de a Bob, le pedimos a Patricio, seguro que lo borda... —se carcajeó Jayden—, el rollito dibujo animado aplastado lo borda, démosle una estrella de mar...

Hice rodar los ojos y no nos dio tiempo a mucho más porque Rosita se presentó con la siguiente opción.

Yo ni siquiera podía parpadear frente al despropósito.

—Este es nuestro *wedding cake* más minimalista —anunció orgullosa—. Creado para los amantes de las líneas apuradas...

—¡¿Apuradas?! —preguntó Ashley, sobresaltando mi tímpano.

—Se referirá a que no podía aguantarse las ganas de ir al baño. ¡Por todos los demonios, si se parece a mi ojete! —prorrumpió Akon, soltando una carcajada.

La doctora observó el bizcocho negruzco, con el centro hundido que emulaba un enorme ano listo para la evacuación. Debía de ser la manera conceptual de la artista para plasmar que cuando te casas, tu vida se va a la mierda.

—Una tarta muy profunda… —se carcajeó Jayden, ganándose una patada mía por debajo de la mesa que le hizo encogerse.

Rosita le ofreció una sonrisa.

—Sabía que la apreciaría.

Lo puso al lado de *Peppaflácida*, que no lograba remontar ni viendo el fruncido agujero.

—¿Por qué la tarta se hunde en el centro? —pregunté temerosa de la respuesta que pudiera obtener.

—Es una creación única, la última tendencia en tartas nupciales. En lugar de cortar el pastel, se hace esto.

Me agarró de la mano, tiró de mi dedo índice y lo hundió en el orificio central para sacarlo embadurnado de una sustancia pringosa y muy marrón.

—*OMG!* —exclamé. Camille se puso en pie y salió lo más rápido que pudo en dirección al baño del establecimiento.

La pastelera la contempló obnubilada.

—Discúlpela, esta mañana ha amanecido algo indispuesta, un virus estomacal —respondió Jayden, tranquilizando a la mujer.

—¡Joder, Crash, eso sí que es hurgar en la mierda! —Las carcajadas se solidificaban en mi oreja haciéndome hervir por dentro. Akon era único para este tipo de situaciones.

—Pobrecita... —suspiró Rosita—. Este es un pastel muy conceptual, además de húmedo y jugoso en su interior, como la señorita Sully ha comprobado, y una delicia sensorial para los amantes del cacao más salvaje.

—¿Y qué se supone que debe hacer la novia con el dedo ungido en esto? ¿Limpiárselo después? —inquirí con el mejunje deslizándose por mi mano.

—Como ya sabrá una organizadora de bodas tan reputada como usted, el pastel de boda era un símbolo de fertilidad. Se creía necesario para que la pareja tuviera muchos hijos durante el matrimonio y fueran muy felices, así que esto es un pequeño anticipo de lo que le espera en la noche de bodas... —Rosita agitó las cejas y extendió mi mano hacia Jayden—. La novia debería ofrecérselo al novio para lamerlo, en lugar de cortarlo con un sable.

No me diga que no es *sexy*. Dicen que el chocolate sobre la piel sabe mucho mejor.

Mi mirada voló directa a la de Jayden, que observaba como un halcón mi dedo goteante. La boca se me secó al ver la sonrisita que perfilaba sus labios, los mismos que saboreé con tanto deleite.

—Entonces tendremos que hacer la comprobación.

El angelito ubicado en mi hombro se puso a tararear la canción *trending topic* en TikTok e Instagram de Capone-N-Noreaga.

«*Oh No, oh No. Oh No, No, No. No, no, no!*», mientras su boca se cerraba alrededor de mi dedo para succionar con tanta fuerza que si fuera un calcetín, me habría dado la vuelta. Aquel lametón no podía ser sano.

Que se atreviera a hacer algo así, después de la conversación que mantuvimos ayer por teléfono, me hacía dudar de si le había quedado clara mi propuesta de olvidarnos del beso. Quería darle una oportunidad para que me convenciera de que hacía bien si me apartaba, para darle la boda que necesitaba con Camille, pero su actuación me lo ponía de lo más difícil, porque solo podía pensar en saltarle encima y degustar el chocolate en su lengua.

A duras penas controlé el jadeo que vibraba en mis cuerdas vocales.

—¿Le gusta? —cuestionó la pastelera expectante.

—Es una auténtica delicia... —respondió Jay con las pupilas fundidas en las mías y un último lametón lento antes de que abandonara su boca.

—Pues ahora deberían hacer lo contrario, voy a buscar la siguiente tarta, que ya debe estar lista —comentó entusiasmada.

Jayden fue a hundir su dedo y yo lo detuve.

—Pero ¿qué crees que haces? No voy a chuparte nada, a saber si te has lavado las manos después de echar tu meada matutina...

Él torció una sonrisa burlona a la par que yo llevaba la mano a la servilleta desprovista de su calor.

—No era para ti, sino para Cam. Y para tu información: soy muy limpio. Como los gatos...

—¡Dile que los gatos se limpian sus bajos! —prorrumpió Ash.

—Si los tíos alcanzáramos nuestra propia polla, el mundo se iría a la mierda —comentó Ak.

—Pues a partir de mañana ya puedes ir empezando con tus ejercicios de elasticidad, a ver si lo consigues —lo regañó sulfurada Ashley.

—Tranquila, Piolín, que a mí me encanta darte alpiste...

Se pusieron a discutir. Yo estaba sonrojada por culpa del equívoco, no pensaba que quisiera ofrecérselo a Camille; aun así, intenté que pareciera que no me había afectado siguiendo con la limpieza de sus babas chocolateadas.

—Yo de ti no me esforzaría, dudo que a tu futura mujer o a tu nueva familia política les apetezca tener un ojete gigante en lo alto del pastel.

—Pues no sé por qué, el sabor es bueno y la textura insuperable —pronunció, hundiendo el dedo unas cuantas veces, de un modo lento y tortuoso.

Por un instante, visualicé la escena de *American Pie* donde el chico se tira a la tarta de manzana. Mi sexo se contrajo porque, de inmediato, el prota pasó a ser Jayden y la tarta ubicada sobre la encimera, yo. Lo vi sacar el dedo para culminar con él en el interior de su boca.

—Me gusta... —susurró sin apartar la mirada de la mía.

—Pues que te la pongan en un envase para llevar, yo paso de elegir esa cosa, acabo de echar todo el desayuno. —Camille acababa de regresar a la mesa más pálida de lo normal.

—Ya le he dicho yo que no te veía lamiendo culos...

—Menos mal que me conoces. —Suspiró.

Rosita se acercó con la tercera propuesta, la recibimos con las expectativas por los suelos y un «ay» en el pecho que se evaporó al ver una bonita tarta blanca, decorada con nata, fruta fresca y algunos detalles elaborados con manga pastelera.

—¡Nos quedamos con esta! ¡Adjudicada! —exclamó Camille nada más verla. La pastelera la miró sorprendida.

—Pero si todavía no la han probado y nos quedan diez más. Les garantizo que esta es la menos sorprendente.

—Es que somos muy tradicionales, odiamos las sorpresas —masculló la doctora.

—A mí puede ponerme el ojete para llevar —anunció Jayden, divertido. Ella lo miró ofendida.

—No es un agujero de ese tipo, la tarta representa un agujero negro, soy una gran aficionada a la astronomía, por eso el interior del *cake* es entre líquido y sólido evocando el equilibrio en la descomposición de la materia.

—Lo que yo decía, un ojete —murmuró Jayden con una tos disimulada que me hizo reír.

Me gustara o no, el señor King tenía la capacidad de volatilizar mi estado anímico en un santiamén.

Ayer había pasado todo el día reflexionando sobre la decisión de si seguía queriendo destruir su posibilidad de llegar al altar y poder salvar a su hermana, y ahora el señor decidía dar un giro de tuerca llevando mi dedo a su boca para que lo deseara con tanta fuerza que me hiciera dudar.

¡Era un auténtico idiota y yo más imbécil si cabía! Si iba a destruir mi futuro, no sería por él, sino por Chas.

Camille se negó a seguir recibiendo tartas y salimos fuera habiendo escogido el pastel nupcial.

—De verdad que lamento que no haya sido el lugar más ideal del mundo... Te prometo que tenía buenas críticas... —comenté con un mohín de disculpa.

—Serían compradas, aunque la tercera no estaba mal; me gusta la nata y la fruta, harán un buen trabajo, ya lo verás —musitó, ofreciéndome ánimo —. Te estás esforzando muchísimo, apenas quedan dos semanas y unos días, así que si todo fuera perfecto, no parecería real. ¿No te parece? —Asentí—. Por cierto, tengo una invitación que darte.

—¿Una invitación? ¿A mí?

—Sí, a mi despedida de soltera.

Ni siquiera había caído en que Camille querría una despedida, aunque yo no era ni su amiga ni nada de eso; era extraño...

—¿No se supone que es una salida con amigas?

—Ajá, y con todo lo que te has esmerado, mereces el título. Jay y yo te apreciamos, así que estás invitada el fin de semana que viene… También Ashley y Akon, si les apetece...

—No sé...

—¡Sí sabes! —gritaron mis amigos—. ¡Queremos salir de fiesta y tú también!

—Oh, vamos, será divertido, con mi trabajo apenas salgo y me da que tu vida social tampoco es muy intensa... Vamos, Cas, hazme feliz —suplicó—. Te prometo que no seremos muchas; total, Las Vegas está a cuatro horas. Será ir, pasar la noche y volver. Nada demasiado extravagante, yo corro con los gastos, dime que aceptas.

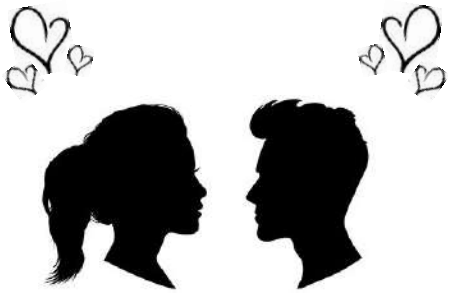
—Por favor, Cas, por favor... —rogaron mis amigos. Miré a Jayden de reojo. No decía nada, se mantenía con un gesto imperturbable en el rostro que hablaba más bien poco.

—Está bien —acepté—, seguro que mis chicos se sienten entusiasmados.

—¡Oh, qué bien! Además, lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas, seguro que te encontramos a alguien con quien enloquecer...

«No tienes ni idea».

Capítulo 37



Las Vegas, conocida como la ciudad del vicio y el pecado, abría sus puertas para que pasáramos un día inolvidable y una noche en la que la caída de Obélix en la marmita de la pócima secreta quedaría relegada a una mera anécdota de lo que me pensaba emborrachar.

De hecho, ya estaba en ello desde que abandonamos el establecimiento Atelier de Joël Robuchon, un galardonado restaurante francés con tres estrellas Michelin durante tres años consecutivos; no habíamos dejado de ingerir gelatinas de cócteles cuya graduación era de veinte grados cada una.

Disfrutamos de una partida en el casino del hotel, de un espectáculo acuático a cargo del Cirque du Soleil y de la vuelta en la *limu* para ir a Omnia, una de las mejores discotecas de la *city.*

Lo necesitaba: no pensar, divertirme, dejarme llevar, olvidarlo a él y toda la situación en la que estaba envuelta. Quizá liarme con algún tío carente de hoyuelos y esa mirada de chocolate caliente.

Las risas de las chicas contrastaban con la seriedad de mi rostro. Camille, su madre, la mía —mejor no preguntes—, Ashley y un par de amigas de la novia se lo estaban pasando de miedo desde que aterrizamos, fuimos llevadas al Bellagio, uno de los hoteles más lujosos y tranquilo que contaba con el espectáculo de fuentes más espectacular de Las Vegas. Una vez nos registramos, nos entregaron una habitación a cada una, de esas que a mamá le ponen de buen humor, además de carta blanca para arrasar en las *boutiques* del hotel, cortesía del señor Hill.

Puede que hubiera podido disfrutar si no me sintiera por dentro como mi último cactus, muerta. Cuidar de las plantas nunca había sido una de mis virtudes, ni de las de mi madre; para eso teníamos jardinero.

Solo quedaban siete días para que *lady* Camille Grosvenor, futura duquesa de Sussex, se convirtiera en la señora King.

Mi estómago se retorció y mi cerebro dio la orden inmediata de recrear los últimos nueve días. ¿Para qué enviar un equipo especialista en torturas cuando podía hacerlo yo sola?

Intenté ponerme límites, visualizar a Jayden como si fuera Chris Hemsworth: un tío que te pone muchísimo pero que está totalmente fuera de tu alcance, porque si llegara a rozarte con su martillo, Elsa Pataky te partiría la cabeza como a un melón, con uno mucho más grande.

Imaginé que lo rodeaba una especie de cerco electrificado; si me acercaba demasiado, corría el riesgo de electrocutarme, como cuando de pequeña se me ocurrió meter aquel tenedor en el enchufe porque uno de los críos del segundo marido de mi madre me dijo que tras la pared vivían duendes y que salían si metías uno, porque les encantaban los objetos brillantes.

Tenía la esperanza de descubrir manías que me repugnaran, que sus defectos fueran intolerables para mí, en plan estar lleno de prejuicios, no interesarse por mis conversaciones absurdas o no lavarse las manos después de ir al baño. No podía estar más equivocada: incluso su costumbre de gastarme bromas para que enrojeciera o aquella manera de ponerme a cien con un simple roce me entusiasmaban.

Regresé al hospital, como le prometí a Chasity, tres veces, una de ellas mi madre insistió en venir conmigo, se interesó por las iniciativas de la asociación e insistió en hacer un donativo. Mientras ambas escuchábamos con deleite la voz rasgada de Jayden leyendo un cuento, ella murmuró cerca de mi oído.

—Ese chico es fantástico.

«¡Como si no lo supiera!». Asentí emocionada, sin apartar la mirada de él, obviando cada señal que me indicaba que en ese encargo iba a perder mucho más que la opción a ganar un premio o a independizarme.

La masoquista que habitaba en mí se empleó en conocer mucho más a Camille y terminé adorándola. Hacerla sufrir gratuitamente sería lo mismo que asesinar unicornios. Era lista, divertida y tan humana que si me fueran las relaciones poliamorosas, habría rogado por tener una con ambos.

No era así, a mí solo me gustaba Jayden, y lo peor de todo es que no tenía ni idea de como hacer entrar nuestra conexión en modo avión.

Ayer mismo, cuando terminamos la clase de baile, a la que Camille no asistió y Akon gruñó en mi pinganillo un: «Acaba de follarte tan bestia que hasta lo he notado yo».

Y tenía razón, porque cuando terminamos de bailar me tenía jadeando y con ganas de más tras llegar a la parte de la coreografía en la que Jayden le cantaba a Camille —en este caso a su sustituta, o sea, yo— después de haber estado restregando cebolleta hasta creer que le iba a hacer un hijo a mi pantalón. No pude articular palabra. Todo era demasiado intenso, me alzaba, suspendida por sus brazos para deslizarme por todo su cuerpo hasta que un minúsculo espacio de aire era lo único que distanciaba nuestras bocas de nuestras ganas. Porque había muchas, la excitación era tan densa que podía cortarse.

Puede que no me besara, pero lo hizo con cada átomo de su anatomía hasta que terminó la canción y me vi sola en el asiento delantero del coche conduciendo en dirección a la Torre Hill.

«Una semana y estaría casado con Camille Grosvenor, una semana y desaparecería de mi vida para siempre».



Cheston me había citado para mantener una reunión exprés, cuyo estado nervioso era comparable al de un perro paseando por una zona de restaurantes en China.

—¿Por qué todavía están juntos y no tengo ninguna imagen comprometedora? —preguntó visiblemente alterado.

Había cambiado de bando y él no lo sabía. Mi plan pasaba por convencer al señor Hill de que Jayden no era lo que creía, que ambos nos habíamos equivocado.

—Tu futuro yerno no ha mostrado ningún tipo de interés por mí —mentí —, he hecho todo lo posible, te lo juro, incluso hice cosas bastante reprobables que espero que Camille pueda perdonarme algún día, pero no he logrado tentarlo ni una sola vez.

Agarró el vaso de licor que reposaba sobre su mesa y lo bebió mosqueado.

—Eso no es lo que pactamos.

—¡Lo sé! Es la primera vez que me encuentro con un hombre enamorado de verdad.

—Imposible, no me lo creo, eres preciosa, ningún hombre, enamorado o no, rechazaría una proposición indecente de una mujer como tú, puede que el problema sea que no has jugado todas las cartas. Ya te dije que si la traba era el dinero, pagaría lo que fuera.

—¡No es eso! —proclamé desesperada.

—Y, entonces, ¿qué es? ¿Amor? —bufó incrédulo—. Imposible, he estado con ellos, he visto cómo se miran y a mí no me la dan. No se aman, así que debes forzar la máquina. Emborráchalo, dale viagra o haz lo que te dé la santa gana, ¡lo que sea! No pienso dejar la fortuna de mi hija en manos de ese perroflauta que huele a humedad, a podredumbre y a *taxicleta*. ¡Va a arruinar a Camille!

Los adjetivos clasistas con los que premió a Jayden me supieron a cuerno quemado. Estaba demasiado ocupada mordiéndome la lengua como para agarrarle del pelo y darle un cabezazo contra la mesa.

Sentía una violencia extrema y la rabia apoderándose de todo mi ser. Intenté calmarme antes de cometer una tontería que no iba a llevarme a ninguna parte, salvo a que me despidieran, y ni siquiera me quedaran siete días para estar con Jayden.

Rozo el patetismo, lo sé.

—¡Su futuro yerno no es así! Puede que no tenga dinero, pero es un buen chico. —Cheston soltó una risotada—. Tiene un trabajo poco convencional

que le permite pagar sus gastos…

—¿Qué trabajo?

—Ayuda a personas que se sienten solas, le pagan por su compañía.

—¡¿Mi hija sale con un puto?! —rugió—. ¡¿Por qué no lo has dicho antes?! ¡Se va a enterar! —voceó alzando el teléfono.

—No, yo pensé lo mismo cuando me enteré, pero se trata de otra cosa mucho más peculiar que no podemos usar en su contra, sobre todo, porque Camille está al corriente.

—¿Y qué es esa cosa?

—Es *hado padrino*... —dije flojito, porque sabía que no lo comprendería. Su cara sufrió un espasmo.

—¡¿Qué?!

—*Hado padrino*, cumple deseos a personas que se sienten solas, en plan tirarse en paracaídas, ser su pareja de mus o ir a una boda...

—¡Menuda ridiculez!

—Puede que lo sea para alguien que hace grandes negocios como tú, pero para él no lo es. Gracias a ese trabajo, pudo pagar todas las deudas que arrastraba su familia cuando su madre murió y lo dejó al cargo de su hermana.

—¿Tiene deudas? —Vi la esperanza aleteando en sus ojos.

—Ya no, aunque sí es cierto que su hermana requiere de bastantes cuidados médicos, que paga Jayden de su bolsillo. Tal vez nunca sea rico, pero tiene mucho más criterio y amor propio que personas que nadan en la abundancia. Camille es la pediatra de Chasity, su hermana, así se conocieron. Jayden lleva años formando parte de una organización que ayuda a los niños enfermos.

—¡Todo se trata de una estratagema! ¡Vio un filón en Camille!

—No, no lo es. ¿Tanto te cuesta aceptar que se trata de una buena persona? Puede que no tenga una cuenta bancaria llena de ceros, pero tiene integridad, haría lo que fuera por esa niña y por el resto de los pacientes del hospital.

—¿Lo estás defendiendo? —Vi el asco refulgir en sus ojos oscuros. Alguien como Cheston Hill jamás entendería a una persona como Jayden y tampoco lo aprobaría, era demasiado elitista.

—Intento que entiendas lo que yo he visto, nada más.

—Lo único que veo es que te ha enredado como a Camille, si incluso te brillan los ojos contando su buen hacer. Si tan maravilloso es ese chico, quédatelo tú, no intentes que se case con mi hija.

«Ojalá pudiera», tuve ganas de responder.

—Voy a ser muy claro contigo, Cassey. Te doy el fin de semana para desenmascararlo o no me quedará más remedio que actuar.

—¿A qué te refieres?

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que ese enlace no ocurra y, si la situación lo exige, no escatimaré en medios. Te garantizo que tú eres el menor de los males para que esa unión no se produzca. Además, firmaste un acuerdo en el que tu empresa se comprometía a que no llegaran al altar, no me gustaría ser tu primer cliente fallido o que mi cheque no llegara a ingresarse en tu cuenta bancaria. Tengo todas las esperanzas en que recapacites y veas lo mismo que yo: que Jayden Hill no es para Camille. —«Claro que no lo es, pero la necesita». Su tono se relajó un poco y profundizó su mirada en la mía—. Te recuerdo que te juegas mucho, quiero votar a tu favor en los IABI, que recaiga en tus manos el premio a la mujer empresaria emprendedora más joven de este año, porque me parece que lo mereces. Quiero verte en la cima y ser parte de tu éxito. Sé que tú también quieres lo mismo, lo leí en tus ojos el mismo día en que nos vimos, así que no te dejes arrastrar, no me falles, te aseguro que la ruptura de ese compromiso es lo mejor que puede pasarnos a todos. —«¡Claro que era lo mejor, salvo para Chasity!»—. Enfócate, recupera la misión y la visión de tu empresa, y hazlo.

El señor Hill no iba a entrar en razón, nunca vería a Jayden como una opción para su hija y me daba miedo lo que pudiera hacer si yo no llevaba a cabo nuestro acuerdo.

Salí del despacho con la bilis reptando por mi cuello. Le estaba fallando a todo el mundo, a Jayden y Camille por mentirles, a mí por no perseguir mis sueños, al señor Hill por no cumplir con mi contrato; el único consuelo que me quedaba era que, si perdía el partido, Chas tendría su cura y el sacrificio merecería la pena, aunque supusiera mi destrucción.



—¡Alegra esa cara! —me espoleó Camille, chasqueando los dedos para devolverme a la realidad.

Estaba sentada a mi lado, en la limusina, con un vestido precioso lleno de lentejuelas, una banda que habían traído sus amigas donde se leía: «Mismo pene para siempre, S.O.S.». Las nuestras eran rosas y ponían: «*Team* novia 100%. Fiera sexual». Había sido reacia a ponérmela, pero no iba a ser la nota discordante.

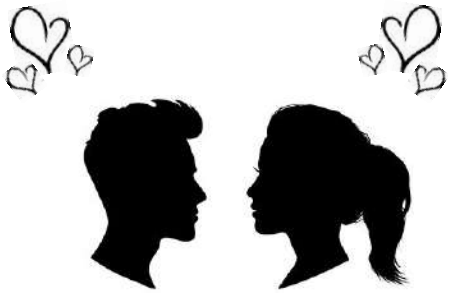
Camille me agarró la cara con los ojitos brillantes, me hizo abrir la boca y encajó en ella otra gelatina guiñándome un ojo.

—Traga, pequeña fiera —dijo, jugueteando con mi banda—, es un Sex on the Beach y tú esta noche te hartas —sugirió, agitando las cejas.

—En Las Vegas no hay playa —la corregí.

—Pero ¡esta noche vas a terminar muy mojadaaa! —aulló y las demás se pusieron a corearla. Le pidieron al conductor que subiera a tope la música para cantar un desafinado *I'm sexy and I know it* al que no me quedó más remedio que sumarme.

Capítulo 38



Jayden

—Repíteme otra vez: ¿quién cojones es el estirado del traje y qué pinta en nuestra despedida de solteros en plan amigos?

Marcus arrugó el hocico admirando a Duncan Fletcher, quien vestía un impecable y riguroso traje negro Dior.

—Es el enterrador, ¡porque esta noche vamos a terminar muertos, chavales! —exclamó Akon con una risa contagiosa.

—¿Ves? Este tío sí es de puta madre, el otro parece sacado directamente del crematorio, menudo jeta, colega.

Marcus chocó el puño con Akon, mientras que el estirado de Duncan terminaba su copa tranquilamente, charlando con su padre y el de Camille.

Cuando mi suegro se enteró de que habría despedida, quiso hacerse cargo. Dio igual que Marcus y yo nos negáramos, él se empecinó en pagar. Ello conllevaba que se apuntaba y se traía a sus amigos, ya que quien pone la pasta pone las normas.

Intenté decirle con muchísimo tacto y educación que solo íbamos a ir mi colega y yo, pero no quiso saber nada al respecto. Aprovechó para añadir en su llamada telefónica que debería empezar a acostumbrarme a hechos como aquel, que formar parte de la familia Hill implicaba un estatus y un modo de vida al que su hija estaba acostumbrada y que no merecía recibir menos porque su pareja tuviera otros hábitos.

En resumen, fue su manera de llamarme muerto de hambre sin que se notara en exceso. Sentí bastante rabia e impotencia, para qué negarlo, y si de mí hubiera dependido, le habría soltado cuatro frescas. Me contuve porque cualquier tipo de conflicto con Cheston podría alterar el orden de las cosas y estaba demasiado cerca para fallar ahora.

Las chicas se hospedaban en el Bellagio, mientras que nosotros estábamos en el Caesars Palace; el plan era simple: ellas irían por su lado, nosotros por el nuestro y terminaríamos encontrándonos en la discoteca.

—Y bien, muchachos, ¿preparados para ir en busca de las mujeres? —cuestionó Cheston acercándose.

—¿Piensas que lo dejarán entrar así vestido? —El abogado del señor Hill señaló a Marcus. El desprecio que cargaba su voz dejaba claro que era un elitista igual que su amigo, o tal vez peor.

Mi amigo nunca había sido de arreglarse en exceso y mucho menos de llevar traje.

Su evidente musculatura del torso estaba enmarcada por una camiseta de los Rolling que dejaba a la vista sus tatuajes. Se ajustaba a la cintura bajo unos Levi’s *bootcut* y unas botas negras bastante usadas.

Ninguno de los dos nadábamos en la abundancia, pero teníamos un sueldo y dinero para nuestros gastos.

—La moda ha cambiado en el último pleistoceno, padre, eso es lo que se lleva ahora —apuntó Duncan con una mirada de disculpa.

—Por mucho que haya cambiado y que me llames viejo dinosaurio, así no visten ni los de la puerta, me alegra que tú hayas salido clásico —comentó, haciendo referencia a los tipos de seguridad.

—Las cosas ya no son lo que eran, querido amigo, esta juventud no entiende de códigos o etiqueta —murmuró Cheston, restándole importancia.

—No se preocupe por mí, señor Flecha. —Mi amigo no se había ofendido ni un ápice, lidiaba con más problemas en su día a día que un señor mayor metiéndose con su gusto por la moda.

Marcus podía tener aspecto de matón, cosa que le iba genial por el barrio en el que había escogido vivir, pero quienes lo conocíamos sabíamos que

solo llegaba a las manos si era estrictamente necesario.

—Fletcher —lo corrigió el abogado.

—Eso, perdone mi confusión —se disculpó—. Si no me dejan entrar, preparo un atraco al casino en un plis plas, que eso va más acorde con mi vestuario; total, cuento con un buen par de abogados donde elegir y a Jayden se le da de maravilla conducir rápido. —Agitó las cejas.

La broma de Marcus propició una sonrisa que no llegó a los ojos en el rostro de mi suegro, mientras que Akon y Duncan tuvieron que contener la carcajada.

—No se preocupe, nunca lo llamaría; los calvos por decisión no tenemos un pelo de tontos. —Se pasó la mano por la cabeza rapada.

—¿Nos vamos? —sugirió Duncan sin dar lugar a réplica.

Con los ánimos algo caldeados, pusimos rumbo a la calle.

Estaba nervioso, llevaba toda la semana haciendo tal ejercicio de contención que tenía la muñeca amoratada de arrearme con la goma, había tenido tantos pensamientos impuros que me daban para toda una vida en el confesionario y lo peor de todo era que Cassey regresaría a su casa en una semana y desaparecería con la misma rapidez que había llegado a la mía.

Los próximos meses no iba a poder moverme de Palo Alto, así que, lo quisiera o no, se largaría y nuestros caminos tomarían rumbos muy distintos.

¿Y si en ese tiempo me olvidaba? ¿Y si conocía a alguien? El planteármelo me escocía mucho, muchísimo, me agobiaba de tal modo que me dificultaba la respiración.

Cuanto más la miraba, cuanto más me acercaba a ella, más me consumía la necesidad de hacerla mía, una tan insaciable que me daba pavor perder el control.

Mis sentidos se ponían en guardia en su presencia. La olía, la sentía, aunque no la tocara, el espacio visual se llenaba de ella al completo y su sabor se recreaba en mis papilas. Entraba en un estado de alteración sensorial que lo fundía en negro todo, salvo a ella. No necesitaba tocarla para que las yemas de mis dedos hormiguearan, para que el estómago se me

contrajera hambriento de su piel. Era suficiente el saber que aspiraba el mismo aire que yo, que compartíamos la misma habitación y que era capaz de captarme con la misma facilidad que yo a ella.

Habíamos llegado al punto de encuentro y mis músculos se contrajeron de inmediato. No de expectación, de frío o de calor; era porque Cas había llegado, no la veía, pero lo supe con la certeza del rayo que precede al trueno, o el viento a la tormenta.

Me di la vuelta y la vi.

Dicen que el negro es la ausencia de color, pues yo los veía todos reflejados en ella.

Su pelo suelto enmarcaba su precioso rostro en suaves ondas, se había ataviado con un vestido oscuro plagado de transparencias que clamaba un «Bienvenido al Infierno».

Mis ojos se hicieron prisioneros de los suyos de inmediato, incapaces de desviarse hacia otra parte que no la englobara a ella. Los demás hablaban, se movían, se presentaban y yo era incapaz de ejecutar cualquier variación que me supusiera perderla de vista.

—O dejas de follártela con los ojos o tu suegro va a volarte las pelotas en cuanto la dejes embarazada —susurró Marcus en mi oreja y tiró de la puta goma que seguía en mi mano. Bramé un improperio por lo bajo. Lo había hecho muy fuerte.

—Eso es, amigo, desvía tu mirada, aunque reconozco que si yo fuera tú, no la dejaba salir de mi cama: está excesivamente buena. —Mi cara giró hacia la suya y no hizo falta que pusiera palabras a mis pensamientos asesinos—. Lo pillo, colega, pero disimula.

Tenía razón, claro que la tenía, debía disimular, pero ¡¿qué cojones hacía si sentía mi felicidad suspendida en sus manos?!

Me vi forzado a fingir de nuevo, a aparcar cualquier tipo de emoción o sentimiento que hiciera saltar por los aires el futuro de mi hermana.

Me sumé a los saludos, y cuando llegó su turno, me temblaban las manos. Los párpados se le entrecerraban un poquito, algo más de lo necesario, igual que al resto de las chicas, que parecían de lo más achispadas.

—¿Ya has empezado a vaciar floreros? —pregunté divertido antes de estampar mis labios demasiado cerca del lóbulo de su oreja.

—No, pero auguro que mañana todas las flores de Las Vegas amanecen muertas.

—Um, qué sanguinaria... Deja que te presente a mi mejor amigo. —Necesitaba una distracción o la besaría delante de todos y de un modo muy poco apropiado—. Marcus...

Él acudió al rescate.

—Me han hablado mucho de ti.

—Espero que bien… ¿Alguna boda que preparar a la vista?

—Espero que no, me da bastante alergia el compromiso, soy más de rollos de una noche.

—Pues ya somos dos —respondió con una sonrisa desenfadada que me anudó las entrañas.

—Así que organizas bodas pero no eres de las que se casan; interesante.

—No me gusta que me echen el lazo, no creo en el amor, es un puto asco, eso se lo dejo a los románticos —arrastró la última palabra, dirigiéndome una mirada de soslayo—. Yo soy más de si te he visto, no me acuerdo y si no me acuerdo, no pasó, ¿te animas a que nos divirtamos?

Me quedé perplejo, no esperaba que Cassey agarrara el brazo de Marcus y lo arrastrara junto a ella hacia la puerta de acceso de la discoteca.

Una bestia muy oscura y retorcida me azuzaba para salir en estampida, darle un empujón a mi amigo, apartarlo de su lado y besarla hasta demostrarle que el amor no era ningún asco.

—¡Mira! Parece que tu amigo y nuestra organizadora hacen buenas migas —murmuró Camille en mi oído, agarrándose de mi brazo. Ella también parecía haberle dado a los floreros—. A ver si por fin pilla, Ashley me dijo en la *limu* que hace mucho que no... Ya me entiendes... Tiene a cierto tío en la cabeza y no consigue desembarazarse de él.

—¿En serio? —Camille asintió.

—Espero que no sea un capullo como ese mierda de Duncan, odio a mi padre por haberlo traído hoy, aunque ¿sabes?

—¿Qué?

—Me la sopla porque voy a disfrutar. —Me agarró de la cara y me dio un beso con lengua que hubiera empalmado a cualquier tío, salvo a mí.

Me aparté cuando ella lo consideró, no quedaba bien que un futuro recién casado le hiciera la cobra a su prometida. No habíamos pactado ese tipo de contacto físico, pero imaginé que si lo había hecho, era porque tenía un motivo más que suficiente.

Cuando miré a mi derecha, vi a Duncan apretar los puños, al señor Hill más serio que de costumbre y a Cassey esperándonos en la puerta con un deje de decepción que se hundió en mi corazón como una navaja afilada.

«¡Joder!».

—¿Qué habéis tomado, Cam?

Ella se enroscó en mi brazo como una gatita ronroneante.

—Unas gelatinas. —Rio achispada.

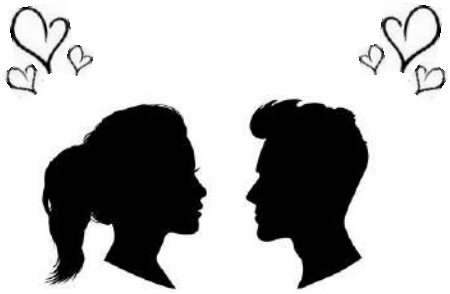
—¿Rellenas de LSD?

—Mejor que no lo sepas. —Se carcajeó—. ¿Te has enfadado conmigo por besarte?

—No.

—Mejor, porque hoy quizá me salte algunas normas... Vamos a divertirnos, cariño, que en nada te echo el lazo.

Capítulo 39



Estado etílico:

✓Suficiente alcohol en vena como para estar disfrutando de los restregones de Marcus y su movimiento de cadera.

✗Insuficiente para obviar a una novia desatada que no paraba de contonearse contra su futuro marido, el cual tenía cara de haber ingerido erizo, con púas incluidas.

Las expresiones del señor Hill y Duncan tampoco es que fueran muy risueñas. El abogado había sido pillado por banda por Daisy, una de las amigas de Camille recién separada, con claras intenciones de que le deshojaran la margarita.

Cheston estaba haciendo barra junto a Thadeus, los dos oteaban el ambiente al más puro estilo velocirraptor buscando no perderse nada de lo que ocurría a su alrededor. Yo intenté evitar mirarlo demasiado, cada vez que lo hacía cabeceaba hacia los novios con el ceño apretado. Ojalá le diera un tirón cervical que lo obligara a retirarse a su cuarto.

Mi madre y la de Camille no se contenían en mitad de la pista disfrutando del éxito de Camila Cabello y Ed Sheeran, *Bam Bam*.

A Akon y Ashley era mejor pasarlos por alto, porque me ponían verde de la envidia. A ver, me alegraba de que les fuera bien, pero es que no dejaban de comerse la boca en mitad de la pista sin importarles la diferencia de estatura o lo mucho que babeara su amiga por algo similar. Una cosa era no

creer en el amor y otra que me restregaran que ellos sí lo tenían a todas horas.

La otra amiga de Camille estaba desaparecida en combate después de adueñarse de un pódium ocupado por un *sexy* y musculoso gogó. Así que la única que flojeaba era yo.

¿Mi propósito no era desmadrarme y desatascar la tubería? Pues o mi lampista no se coscaba o debería ser más directa.

Llevé la mano de Marcus a mi cintura. El amigo de Jayden estaba muy bueno y era divertido; además de encajar bastante bien la cadera, debería servir para un servicio de emergencia, si no fuera porque mientras intentaba calentar motores mis ojos se desviaban hacia la doctora amor, que se había encaramado a Jayden de lo más seductora para decirle algo al oído.

¿Qué sería? Quizá que se le había salido el aro del sujetador y necesitaba sus manos para agarrarle las tetas, porque acto seguido le guiñó un ojo y desapareció entre el gentío cabeceando para que la siguiera.

Por la cara que puso él y la actitud libidinosa de ella, daba a entender que su proposición se salía de la tabla de la indecencia.

Mi estómago protestó: o dejaba de enfocarme en ellos o terminaría con los zapatos hundidos en el menú degustación que cené hacía horas.

Tenía que focalizar y dejarme de gilipolleces.

«Repite conmigo: olvida a Jayden y ve a por el desatascador».

Me di la vuelta y sorprendí a Marcus empujando su *pechocoraza* hasta alcanzar una columna.

«¡A la mierda Jayden y a la mierda todos!».

Me relamí los labios antes de cerrar los ojos e ir a por mi merecido morreo. No había nada peor que besar una boca reseca. Alcé la barbilla, torcí el cuello y me encontré encajada contra su sobaco.

¿En qué momento Marcus había alzado los brazos y se me había estropeado el GPS?

Me aparté con cara de haber morreado una mezcla de axila, algodón y sudor, que era lo que acababa de ocurrir. Suerte que el amigo de Jayden

llevaba manga corta y no tirantes, o habría terminado con una concentración de pelos de sobaco en la lengua.

Solo imaginarlo sentí la cena amenazando mi garganta.

—¿Se puede saber qué haces?

La voz masculina me golpeó desde atrás, por encima de la música y con demasiada mala hostia. La única persona capaz de interrumpir en un momento así era Jayden.

¡¿Cómo se atrevía a pedirme explicaciones después de que se iba a casar con otra?! Vale que era su prometida y eso le daba puntos, pero solo la quería por su dinero y él me gustaba a mí.

Mucho, demasiado, hasta el punto de que estaba dispuesta a perderlo todo por salvar a su hermana. ¿Y eso en qué posición me colocaba?

«En la de capulla, ahora vas y lo cascas».

Me di la vuelta dispuesta a cantarle las cuarenta.

—Me parece que no eres corto de vista para captar lo que ha ocurrido. Le he chupado la concavidad axilar a tu amigo, soy una viciosa de los flujos corporales y los sobacos. —Casi regurgité solo al pronunciar la frase—. Así que solo estoy dando rienda suelta a mis depravaciones ocultas. Creo que tu chica te ha invitado hace un minuto a ir a alguna parte para guarrear… Si te pone lo que has visto, se lo pides a ella, que es con quien te casas.

Comenté enfurruñada colocando las manos en mis caderas.

Jayden parecía un gato callejero de pelos erizados bufando guerra. Miró a su amigo de un modo tan feroz que supuse que ahora llegábamos a la parte del vídeo en que su cara se volvía dragón y rugía eso de «Dracarys».

El mazado de Marcus puso pies en polvorosa antes de volverse chuletón a la barbacoa. ¡Cobarde! Ahora comprendía que tanto músculo solo era para salir por patas.

—Tú te vienes conmigo. —Me agarró de la muñeca.

—Ni lo sueñes. —Me sacudí—. Hay cosas que no entran en el contrato de una *wedding planner* y eso incluye hacer tríos. Por muy guapa y buena que esté tu novia, siempre he sido de gambón, no de chirla.

—¡No pienso llevarte con Camille ni compartirte con nadie!

—Y, entonces, ¿por qué vienes a buscarme a mí?

Me estampó contra la columna que había abandonado Marcus y acarició mi vientre de un modo que se me secaron hasta las entrañas.

—Porque no puedo más con esta frustración. —Cogió mi mano y la llevó directa a su tubería, que estaba muy pero que muy llena. «Ay madre, que resultaba que la lampista era yo»—. Porque sé que no debería, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea estar contigo, porque me juré que no cruzaría más fronteras, pero me apetece salirme hasta de los márgenes de la Tierra si es contigo. Porque he estado a punto de romperle la boca a mi amigo al imaginar la tuya en ella. ¿Te parecen suficientes motivos para que tú y yo charlemos en un lugar más tranquilo?

«Con su polla en mi mano, hablar, lo que se dice hablar, como que no me apetecía».

Ahora venía la parte en la que yo lo frenaba y le decía que no, que si buscaba horno para la berenjena, que fuera en busca de su chica, pero no podía, mis labios se negaban a pronunciar esas palabras y en lugar de eso me descubrí subiendo y bajando la mano contra su rigidez.

Sus ojos de por sí oscuros, se volvieron negros, igual que mi alma, que iba derechita al infierno.

Jayden buscó mi díscola mano para tirar de ella y arrastrarme entre la gente.

«Cassey busca el foco, el foco, y céntrate».

Lo intenté, en serio, fui a por el foco y mis pupilas se clavaron como banderillas en aquel culazo que pedía a gritos mis mordiscos. No importaba el lugar hacia el que nos dirigiéramos porque en lo único que podía pensar era en que estaba con Jayden y en cómo me palpitaba la piel bajo su agarre.

«¡Qué guapo está!», lloriqueé para mis adentros.

«Estos vaqueros te hacen un culo de vicio; si no fueras a casarte en una semana, te follaba aquí mismo. Y aunque te cases, no puedo dejar de pensar en ello. Lo necesito a unos niveles que son desesperantes. ¿Y sabes qué? Te mentí, sí, porque el día de la fuente no quise la paz en el mundo, te quería a ti. Tú siempre fuiste mi deseo más profundo».

Lo vi girarse a cámara lenta y no fue hasta que vi su cara de estupor cuando comprendí que había verbalizado el pensamiento, que estábamos en el vestíbulo y la música no camuflaba ni una de mis palabras.

Y ahí estaba yo, más desnuda que nunca ante sus ojos, agobiada por la reacción que pudiera tener, hasta que me vi aplastada contra su cuerpo y sumergida en su boca.

Cómo pasamos de estar en el vestíbulo de la discoteca al ascensor de su hotel exigiría una revisión de las cámaras. Para mí que dimos con una de esas tuberías a lo Super Mario que nos permitió pasar de pantalla sin enterarnos.

Me clavó las manos en la cintura y tomó aire a trompicones. Le había sacado la camisa de los pantalones para pasar las manos bajo la tela, recreándome en cada resalto que encontraba por el camino.

Una cosa es que fuera bebida y otra que fuera gilipollas. Mis manos lo sabían y yo también.

Jayden apoyó su frente contra la mía imposibilitando que siguiera devorándole la boca.

—Te juro que he intentado evitarte por todos los medios —gruñó.

—No soy una multa de tráfico, contra mí no hay radares —respondí, descendiendo para pasar mi mano por la rigidez de su bragueta.

—Eres mucho peor... Las sanciones se pagan y desaparecen; tú, en cambio, te has clavado en mi vida como nadie.

Mordisqueé la piel de su pecho.

—Vamos bien, paso de multa a astilla... —Él me ofreció una sonrisa inclasificable.

—Tengo que casarme —musitó agobiado.

Busqué con mi mirada la suya, era tan trágica y profunda que me llegó al alma.

—Me hago una ligera idea, algo he oído sobre el tema.

—Me refiero a que pase lo que pase entre nosotros no puedo cambiar esa parte.

—Tampoco te lo iba a pedir. Entiendo que solo vamos a desquitarnos, que nos atraemos y necesitamos una noche para seguir con nuestras vidas…

Jayden me agarró de las mejillas.

—Tú nunca serías un polvo de desquite o sin importancia, jamás podrías ser eso para mí, Cassey, y si las circunstancias fueran otras, te juro que lo arriesgaría todo por ti, pero no puedo y necesito que ocurra, aunque solo sea una vez. Me muero por sentirte sin otra barrera que no sea piel, sin reservas, hacerte mía, aunque los dos sepamos que las circunstancias no sean las mejores y comprenderé si me dices que no, que soy un cretino y me cruces la cara ahora mismo por proponerte algo así. Hazlo, dime que no quieres lo mismo que yo y te juro que en cuanto lleguemos a mi planta, pulsaré el botón de bajada.

—¿Y si quiero lo mismo? ¿Y si yo también te necesito, aunque solo sea una vez? —Me mordí el labio—. ¿Y si soy tan cretina como tú?

—Entonces nadie podrá librarte de que me entregue a ti como si se terminara el mundo.

Su mano derecha descendió hasta mi muslo desprovisto de medias. Jadeé ante la intimidad de la caricia que acompasaba aquella mirada que había sentido tantas veces. Me tensé cuando llegó a la suave piel de mi ingle y trazó la humedad cubierta de encaje, con toda la tranquilidad que yo era incapaz de retener.

Él tragó con fuerza antes de apartar la tela y hundir un dedo en mi interior. Mis manos subieron a la velocidad de un relámpago para clavarlas en sus hombros.

—Dime que esto me pertenece, aunque solo sea esta noche, Cas —musitó en un vaivén lento que hizo que me contrajera alrededor de su dedo.

—Soy tuya —gemí en su oreja sin otorgarle tiempo a la frase.

Quizá porque sabía que, en el fondo, aunque Jayden no pudiera ser para mí, nos perteneceríamos el uno al otro para siempre.

Profundizó el movimiento dejándome sin aliento.

—Quiero follarte —comentó ronco—, quiero hacerte el amor. —El murmullo se suavizó—. Quiero que pronuncies mi nombre en cada

orgasmo, porque no voy a contentarme con uno solo. Voy a gozar del privilegio de esta noche como nada en la vida, porque cuando se trata de ti, soy un puto avaricioso, lo quiero todo, te quiero entera y solo para mí.

«Por favor, que no haya sufrido un coma etílico y esto se trate de un sueño vívido. No quiero despertarme en un hospital y darme cuenta de que no ha sucedido», rogué, hundiendo mi lengua en su boca.

Yo también me volvía una avariciosa cuando se trataba de Jayden. Nadie me había preparado para algo así, para quererlo con todas mis fuerzas y desear tener el poder de congelar el tiempo y quedármelo para mí.

Dolía y me llenaba de anhelo a partes iguales, porque por mucho que se me pasara por la cabeza que amarlo a él sí sería posible, ni siquiera me lo podía plantear.

Caminamos a trompicones por el pasillo que llevaba a su habitación. Era incapaz de renunciar a su boca o a su cuerpo mientras el pobre intentaba dar con la tarjeta.

Me sentía poderosa, juguetona y perversa.

Mis dedos se volvieron torpes desabrochando los botones de la camisa. Tentada estuve de hacerlos volar por los aires, y si me contuve, fue porque no quería picar a la suerte y terminar con uno incrustado en mi esclerótica.

Me sentí victoriosa cuando alcancé el último y pude llenar de besos y lengua el sendero de sus abdominales. Me acuclillé hasta llegar al botón del vaquero y mordisqueé con suavidad la bragueta arrancándole un gruñido lastimero.

—Quiero chupártela —anuncié, tratando de desabrocharle el pantalón.

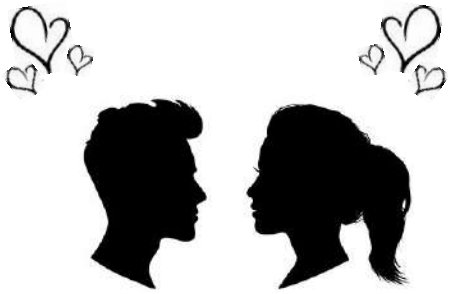
—Eso no puedes decírselo a un hombre cuyo riego sanguíneo y sus neuronas se concentran en un maldito punto mientras intenta abrir una puerta. ¡Que soy un tío y tú me estás ofreciendo un viaje a *Pollalandia*!

—Y con todos los gastos pagados... —jugueteé, agitando las cejas para después pasar la lengua por la áspera tela hasta ponerme de pie.

—Eres diabólica… —jadeó, dando por fin con la tarjeta para dar un empujón a la puerta y cargarme en brazos como si fuera yo la novia, y esta,

la noche de bodas que nunca tendríamos. Lo que pasara en Las Vegas se quedaría para siempre aquí.

Capítulo 40



Jayden

No había podido apartar los ojos de ella desde que nos encontramos fuera de la discoteca; cuando la vi contonearse con Marcus, creí que sería capaz de arrancarle la cabeza a mi amigo, y ahora que la tenía delante de mí, en el interior de la habitación, como un maldito sueño hecho realidad, temía que se desvaneciera.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Cas cuando la deposité frente a la cama.

—¿Cómo te miro?

—Como si pudiera evaporarme, como si fuera una alucinación, como si al tocarme pudiera convertirme en arena y colarme entre tus dedos.

—Porque todavía no me creo que hayas aceptado y me da miedo que al acariciarte de nuevo comprendas que no soy lo que quieres, de que no puedo darte lo que necesitas y salgas huyendo.

—¿Me ves irme a alguna parte? —preguntó sin apartar la mirada de la mía.

—No.

—Eso es porque no hay otro lugar hacia el que quiera correr que no sean tus brazos.

Sus palabras se agarraron a mi pecho como brasas encendidas.

Nos separaban un par de pasos que no tardó en recorrer. Su mano derecha ascendió hasta mi cara y la acarició.

—Escúchame bien, entiendo a la perfección nuestra situación, sé que esto empieza y termina en esta habitación y no me apetece ir en otra dirección que no sea la tuya. —Desplazó la camisa por mis hombros y pulsó los labios encima del alterado latido de mi corazón—. No quiero besar otra piel que no sea tuya —musitó, palpando mis costados hasta alcanzar la cinturilla del vaquero—. No quiero a nadie en mi interior que no seas tú.

—¿Y Marcus? —pregunté un pelín ofendido, ganándome una sonrisa pérfida de su parte.

—Marcus es divertido y está cañón, pero no eres tú. Solo quiero estar contigo sin que terceras personas enturbien lo que vaya a ocurrir entre nosotros dos. Yo también necesito esta noche, Jayden. ¿Podemos fingir que esto es lo único que importa ahora?

—Me encanta fingir contigo, pero antes… Dime que esto no es fruto del alcohol.

Otra sonrisa perfiló sus labios, aunque esta era mucho más lasciva.

—Te garantizo que ninguna sustancia que haya podido ingerir tiene nada que ver con lo que siento por ti.

Se mordió el labio, desabrochó el botón del vaquero y bajó la cremallera despacio, recreándose en el sonido previo al placer que emergió de mis cuerdas vocales cuando introdujo un dedo para recorrer mi rigidez.

—Quiero verte… —admitió ronca.

—Yo a ti también, te recuerdo que tú ya me has visto en calzoncillos, así que me llevas ventaja. —Ella ladeó una sonrisa pizpireta.

—Y me encantó lo que vi y disfruté con lo que toqué.

—Te juro que te hubiera arrastrado hacia el probador unas cuantas veces.

—Y a mí me hubiera encantado que lo hicieras. —Ambos nos miramos expectantes—. Entonces..., te concedo preferencia.

Pasé un dedo bajo el fino tirante, merecía que adorara cada porción de piel, por mucho que quisiera engullirla de golpe, quería alargar el placer al máximo, grabar cada detalle, por nimio que fuera, volcar todos mis sentidos en ella para que cuando ya no estuviera, pudiera tirar de recuerdos y rememorar esta noche que sería única.

Desplacé el tirante y lamí la parte hundida de la piel. Cassey dejó ir un ruidito de complacencia que me llevó a atravesar el escote con pequeños besos dispuestos a erizarle la piel. Llegué al otro extremo y le profesé el mismo trato.

Las manos de Cas se enredaron en mi pelo desordenado, cómo adoraba que hundiera las yemas en él al compás de nuestras exhalaciones.

Me recreé en el sonido de la tela al desvanecerse bajo sus pechos plenos, de mi saliva ungiendo su pezón para succionarlo con glotonería. Un latigazo de placer me recorrió de cabeza a pies al escuchar su murmullo grueso.

—¿Te gusta?

—Demasiado. —Sonreí volviendo a sorber hasta que tiró de mi pelo con rudeza. Me despegó de la contundente curva y me anudó a sus ojos.

Estaban oscuros, encendidos y desafiantes.

—¿Qué quieres, Cas?

—A ti.

—A mí me tuviste desde el primer día, desde que caíste literalmente de rodillas, sin un zapato y a mis pies, desde que tu mirada se conectó a la mía y lo sentí. No me preguntes cómo, ni por qué, pero te sentí aquí —llevé su mano encima de mi corazón—, en un latido sordo que se ha ido acelerando a medida que han pasado los días y que se ha extendido por cada maldita célula de mi cuerpo. Te siento en todas partes, Cas, y dudo que pueda dejar de hacerlo pase lo que pase. —Ella suspiró con un brillo triste en la mirada.

—No te enamores de mí, Jayden, sería un gran error para ambos.

«Ojalá pudiera controlar eso, ojalá pudiera llamar a nuestro encuentro sexo y no amor», pensé para mis adentros, callando lo que mi corazón tronaba.

—Esto solo es atracción, nos servirá para librarnos de este anhelo que nos consume, porque cuando deseas algo mucho, le das más importancia de la que tiene. Está comprobado que, una vez lo logras, pierde fuerza. Los dos necesitamos esta noche, encontrarnos en otro plano que nada tiene que ver con lo emocional, es deseo, solo eso. Y en esta dimensión, en la que solo

existimos tú yo y nuestras ganas, podremos liberarnos del fuego que nos consume por esta noche.

Ya me gustaría a mí que Cassey estuviera en lo cierto y que mi fiebre por ella se apagara después de nuestro encuentro, pero en el fondo sabía que no iba a ser así y que me iba a costar Dios y ayuda sacarla de debajo de mi piel.

Ella sola terminó de bajar el vestido, dejó que cayera hasta el suelo quedándose con las bragas y los tacones puestos. La contemplé como un pintor haría con una obra de arte, admirando cómo incidía la luz en cada curva, cómo su piel era besada por las sombras mientras mis labios se morían de la envidia.

—Eres jodidamente perfecta —reconocí, regresando para saborearla con la boca.

Me estrellé contra su abdomen dejando un reguero húmedo, descendiendo por la mitad de la tripa hasta alcanzar la orilla de sus bragas.

—Jayden...

El susurro llegó como el canto de una sirena desesperada y me llevó a bajar la minúscula tela besando cada tramo que descubría en su bajada.

Repasé sus piernas con mi boca y no me detuve hasta que lo único que quedó cubierto fueron sus pies. De rodillas, postrado ante ella como merecía, sin otro reclamo que nuestras miradas desnudas, hundí mi lengua para saborearla por primera vez.

Cassey curvó el cuello hacia atrás y yo separé sus pliegues para recrearme en su textura, en la manera en que se deshacía como un terrón de azúcar sobre mi saliva. Me deleité con sus resoplidos, con sus súplicas cuando uno de mis dedos se hundió en ella y mi lengua tronaba sacudiendo su clítoris.

—Para, por favor, te quiero dentro —suplicó temblorosa.

Colarme en su interior significaba saltar al vacío sin paracaídas, cruzar una línea de no retorno, porque nada sería igual después de Cas.

—Deja que te saboree un poco más —sugerí con otro lametón tentador.

—No.

Dio un paso atrás y me instó a levantarme.

—No puedo más, Jay. —Me gustó la intimidad con la que pronunciaba el diminutivo—. No tienes ni idea de cómo te deseo.

—Me lo puedo imaginar.

—Entonces quítate ese pantalón o te lo arranco con los dientes. —Reí con suavidad.

—¡Qué fiera!

—No te haces una idea…

Al final obedecí y me quedé tan desnudo como ella, con el calor emanando de sus ojos. No podía estar más duro ni más listo.

—Eres perfecto —admitió, desplazando la mano por mi muslo hasta albergar mi dureza. Me masturbó haciéndome sisear—. Siéntate en la cama, yo también quiero saborearte.

—No creo que pueda aguantar ahora mismo, estoy demasiado excitado, hace demasiado que no… —Me callé. Porque se suponía que Camille y yo éramos una pareja sexualmente funcional.

—¿Que no? —preguntó curiosa.

—Que no me la chupan.

«No era mentira», mi único alivio en el último mes había sido yo mismo.

No volvió a sugerir que me sentara en la cama, directamente se puso de rodillas y me engulló.

—¡Me cago en la puta, Cas!

Su boca caliente me hizo perder el control. Agarré las suaves ondas de pelo y me dejé mimar. Me gustaba cómo me lamía, sorbía y me repasaba por completo. Estaba tan al límite que la alcé en brazos, la llevé hasta la cama, cogí un condón de la mesilla y me lo enfundé sin tan siquiera quitarle los zapatos...

Me hundí en ella en cuanto envolvió mi cintura con sus piernas, nuestros jadeos sincopados eran la melodía más exquisita que hubiera escuchado nunca.

Me fundía en su interior mientras nuestros ojos se amaban al mismo tiempo, ninguno de los dos quería perderse su reflejo en las pupilas del otro, en cómo nuestras bocas jadeaban alientos infinitos.

Sus uñas se clavaron en mi espalda cuando aumenté el ritmo.

—Jayden… —musitó, llevándome a su boca para perderme en su lengua.

Intenté aguantar todo lo que pude, pero la deseaba demasiado. Infinidad de sensaciones me asolaban por dentro. Tenía la carne de gallina, sus uñas contra mi piel me hicieron inspirar con brusquedad aumentando la cadencia y la profundidad de mis acometidas.

Abandoné su boca por un instante para llenarla de besos hasta su oreja.

—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo sentir. —Su sexo se contrajo y yo engullí una imprecación.

Estaba más duro que nunca, el cuerpo me ardía y la noté doblar las piernas, lo que me permitió una mayor profundidad.

Cassey emitió un grito y yo apenas podía resistir más al notar que me encajaba por completo, que había llegado hasta el fondo.

—Sigue, sigue, por favor, estoy a punto.

Puse todas mis ganas, estaba tan bonita que dolía verla, con los labios hinchados por mis besos y la mirada perdida. Subí sus piernas a mis hombros y el gemido que soltó fue tan bestia que podría haber despertado a todo el hotel.

—¿Estás bien?

—Dios, sí, sigue... Estás hecho para mí.

No tenía ni idea de lo que sus palabras causaron en mí, o tal vez sí, porque después comencé un vaivén enloquecedor que terminó con un espasmo muy brutal envolviendo mi polla.

Cassey gritó con tanta fuerza que tuve que besarla para opacar el sonido y en su chillido liberador me arrastró a un delirio sin precedentes. Nada sería comparable a esta primera vez con Cas.

Si antes creía que nada volvería a ser igual, ahora estaba seguro de que sería así y sentí verdadero pavor a perderla.

Nuestras respiraciones se fueron relajando y sus piernas volvieron a mi cintura, ninguno de los dos tenía ganas de darle fin al abrazo que nos envolvía.

La besé con deleite, con suavidad, queriendo memorizar su sabor, su textura en cada una de mis papilas. Deberían ponerle su nombre a un sabor y yo me compraría siempre el helado Cas cada vez que fuera a una heladería.

—No voy a dormir, pienso pasarme la noche así... —murmuré contra la comisura.

—¿Abrazándome?

—Eso también, pero después de cada postura que quiera reproducir, me encantan tus jadeos y cómo suena mi nombre en tu boca cuando te corres.

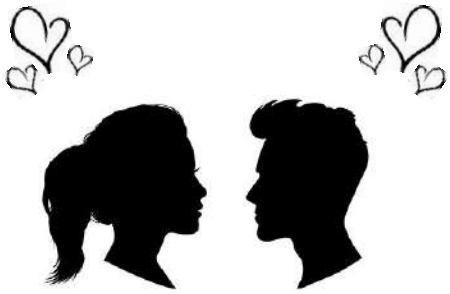
Cassey enrojeció de un modo tan adorable que me hizo pensar que mi periodo refractario terminaría antes de tiempo.

—Y a mí me encanta correrme contigo —musitó, ofreciéndome un mordisco canalla en mi labio inferior.

—Pues prepárate, porque vamos a por la maratón de Nueva York.

Besé su cuello escuchándola reír y por primera vez quise tener poderes mágicos de verdad y conseguir que esta noche no se acabara nunca.

Capítulo 41



Nunca me han gustado las despedidas y esta iba a ser menos que ninguna.

Contemplé el cuerpo exhausto de Jayden. Dormía bocabajo, con la boca abierta, exhalando profundas bocanadas de aire como un niño grande que ha caído rendido tras un día plagado de emociones en el Parque Disney.

Por lo menos había sido así para mí: redescubrir la magia por segunda vez, en un lugar alzado sobre sueños y fantasías azucaradas.

Juntos exploramos cada atracción, nos recreamos en la ingravidez de los orgasmos y el tiovivo encendido de nuestras pieles. Nuestros corazones bombearon al unísono y nos descubrimos en cada caricia, cada jadeo y cada susurro en boca del otro.

Disfrutamos de cada curva, de cada acelerón, para dejarnos caer en un abrazo lento y un beso con alma eterna.

Vivimos todo lo que se puede vivir en una noche mágica cargada de emociones y de placer absoluto.

Se durmió con mis brazos aferrados a su torso, con el murmullo de sus latidos en mi oreja y su voz suplicando un «no quiero que te acabes» que me arrugó por dentro y provocó que me hiciera la dormida para no seguir escuchando.

Los ojos me ardieron con cada pasada de sus dedos sobre mi brazo, con los pequeños besos depositados en lo alto de mi cabeza y el dulce tarareo de *Photograph* en su garganta. Aquella siempre sería nuestra canción. La que

me lo recordara, la que me pusiera en bucle una y otra vez hasta que mis ojos quedaran secos y Jayden dejara de doler.

Me dije que no lloraría, por lo menos, no por ahora; cuando llegara a mi casa, sería inevitable, aunque hacía muchos años que no me rompía frente a una despedida. Dejé de hacerlo cuando descubrí que las lágrimas no atenuaban la congoja que me reconcomía por abandonar a las personas que habían formado parte de un retazo de mi vida.

Con Jayden ya sentía mi corazón resquebrajarse, iba a ser peor que cualquier adiós y por eso esperé a que su respiración se acompasara, a que la pesadez del sueño lo acogiera entre sus brazos, disfrutando del aroma y el calor de su cuerpo por última vez, antes de levantarme.

La habitación olía a nosotros y a sexo. A almas compartidas y lujuria desatada. No recordaba haber pasado una noche igual jamás, en la que alguien me venerara con tal entrega; una llena de polvos mágicos, unos lentos, otros rápidos, incluso salvajes, para culminar con uno tan cargado de sentimientos que era mejor no pensar.

Puede que no pusiéramos palabras a lo que vivimos, o no las justas, las que expresaban la certeza de cada emoción, porque los dos sabíamos que hablar de lo sentido solo empeoraría las cosas. El pacto fue una noche y era lo que habíamos tenido. Era mejor eso que no haber yacido nunca entre sus brazos, mejor que arrepentirme de no haberlo disfrutado por lo menos una vez.

Jayden debía seguir con su camino y yo con el mío, por mucho que doliera, por mucho que, a cada paso que diera fuera de esa cama, mi pecho sonara a cristales rotos.

Eran las siete en punto y no podía quedarme por más tiempo.

Me vestí con sigilo disfrutando de su silueta recortada por los rayos de sol. La sábana estaba arremolinada a sus pies y sus deliciosas nalgas en una postura tan tentadora como la manzana que Adán mordió.

Habíamos pecado, habíamos caído y recaído en la tentación hasta que nuestros cuerpos dejaron de responder colapsados de placer.

Atesoraría cada beso, cada caricia y cada palabra. Guardaría aquella noche en el cajón de las vivencias que nunca quieres que se olviden, daba igual lo que sufriría después de abandonar aquella habitación de hotel, Jayden ya estaba dentro y sería mi mayor tesoro.

Aquí terminaba mi aventura con los Hill, me iba para no volver, no podía quedarme más tiempo junto a Jay y Camille, todo estaba listo para el enlace y los últimos detalles eran nimiedades. Ellos se casarían, Chasity obtendría su cura y yo me enfocaría en remontar después de la catástrofe que estaba a punto de alcanzarme.

Me reuniría con Ashley y con Akon, les comentaría lo que ellos ya intuían: que la candidatura al premio ya estaba perdida y que no íbamos a cobrar un solo dólar por parte de Cheston, debido a mi fracaso. No se enfadarían, ya lo habíamos hablado y los tres estábamos de acuerdo en que importaba más la vida de Chas que una mancha en nuestro expediente. Eran los mejores *amisocios* que pudiera soñar, grandes personas con un inmenso corazón, que serían mi soporte durante los próximos meses, cuando pensara que la vida era una mierda y que había perdido cualquier posibilidad de acercarme a lo que ellos llamaban amor.

Me traerían enormes tarrinas de vainilla con nueces de macadamia hasta que se me pasara el disgusto o terminara con un coma diabético.

Le dediqué una última mirada acompañada de una sonrisa triste y cogí mis zapatos para no hacer ruido.

Alcancé la puerta estremecida por dentro y, cuando la abrí, recibí un porrazo en la frente que no esperaba.

—¡Auch! —proclamé sin entender lo que ocurría. ¿Estaba en un sueño y el despertador acababa de caer en mi cabeza?

Parpadeé un par de veces y entonces me fijé en que lo que me había golpeado era el puño del señor Hill al querer llamar a la puerta.

—Madre mía, Cassey, ¿estás bien?

Lo miré sin comprender, tenía una mirada de preocupación fundida con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía que estar en un sueño y era raro de cojones.

—Sí —respondí, llevándome la mano a la frente.

Él oteó el interior de la habitación y su sonrisa se hizo más profunda, como la del gato de *Alicia en el País de las Maravillas.*

«¡Mierda!», pensé. Desde donde estaba, podía ver perfectamente el cuerpo desnudo de Jay y mis pintas.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, me vi apretada entre sus brazos y alzada para trazar un círculo en el aire como si fuera una niña pequeña.

—¡Eres maravillosa! ¡Lo lograste! —prorrumpió con un vozarrón que me hizo temblar del miedo.

«¡Cállate, vas a despertarlo!», quise decir sin éxito. Cheston pensaba que me había tirado a su futuro yerno por nuestro trato y que lo que estaba viendo podría llevarlo todo al traste.

Pero ¡¿cómo sabía que yo iba a estar en la habitación de Jayden?! ¡¿Qué hacía llamando a su puerta?!

—¡¿Qué hace aquí?! —pregunté al verme tocando tierra.

—Ahora mismo, felicitarte. No solo has cumplido con tu palabra de aniquilar al perroflauta, sino que conseguiste que ayer mi hija se casara con Duncan.

—¡¿Cómo?! —Un graznido se quedó atascado en mi garganta. ¿Camille y el abogado? ¿Cómo era eso posible?

«Nena, estás en Las Vegas, aquí la gente se casa», dijo la voz de mi conciencia ahogándome por dentro.

—Voy a cuadruplicar el importe que te prometí si conseguías que no se casaran, y te garantizo que el premio a mujer empresaria emprendedora más joven de los IABI es tuyo, yo me encargo, ¡no sabes lo feliz que me has hecho! ¡Voy a recomendar tus servicios a todo el mundo!

—¡¿Tus servicios?!

Acababa de recibir un golpe en pleno plexo. La voz me alcanzó como un puñetazo evaporando el aire de mis pulmones.

«¡No, no, no, no! Jayden no había podido escuchar lo que acababa de decir el señor Hill, ¿verdad? Tenía que ser un sueño, uno muy macabro e hijo de puta, ¡tenía que despertar!».

—Es tu fin, perroflauta. Basta de fingir. Ya no habrá boda porque mi hija se ha casado con el hombre correcto. Gracias a Cassey te has quedado sin su herencia y ya no hay manera de que puedas apoderarte de su dinero. ¿Qué pensabas? ¿Que ella podía sentirse atraída por un descastado como tú? ¿Por un *hado padrino* que no tiene ni donde caerse muerto? —Se rio sin humor—. ¡Despierta, chaval! Los muertos de hambre como tú no merecen mujeres como mi hija o Cassey Sullivan. Ella no es *wedding planner*, tiene una empresa para atrapar cazafortunas como tú y, adivina qué, eras el objetivo desde el principio.

«¡Que se acabe el maldito sueño ya!», rugí por dentro, arreándome un pellizco en el muslo, pero no desperté, seguía allí, con los ojos ardiendo y el corazón desbocado.

No podía ser real, no podía estar pasando.

Me di la vuelta y me topé con la mirada más decepcionada, herida y sangrante que hubiera visto. Toda la musculatura de Jay estaba contraída, la sábana permanecía anudada por debajo de su cadera y los labios hinchados por mis besos apretados en una fina línea.

—Dime que no es cierto —suplicó con la voz rota. A mí no me salían las palabras, solo tenía ganas de llorar, de arrodillarme ante él y suplicarle que me perdonara. El silencio se hizo espeso y me sentenció. ¡¿Cómo podía haber salido tan mal?!—. ¡Dime que no es cierto! —rugió desatado.

La puerta de la habitación contigua se abrió y un soñoliento Marcus emergió en calzoncillos.

—¿Qué está pasando?

—Que tu amigo ha perdido la partida y se le acaba de caer la venda de los ojos —masculló el señor Hill triunfante.

—Jayden... —Alargué un brazo temerosa. Él se apartó como si pudiera envenenarse con mi contacto.

—¡Ni se te ocurra tocarme! ¡Largo!

—Pero...

—¡Que te largues antes de que te diga o haga algo de lo que me pueda arrepentir el resto de mi vida! ¡Eres una puta mentirosa! ¿Era esto lo que

querías? ¿Destruirme? ¿Acabar con las posibilidades de Chasity? ¡Pues ya lo tienes! ¡Ahora vete! ¡Largo! ¡No quiero volver a verte en mi puta vida! ¡¿Me oyes?!

—Vamos, Cassey, estos donnadie de la periferia no están hechos para codearse con gente como nosotros...

—Vigile sus palabras si no quiere terminar con mi puño en su cara —lo amenazó Marcus.

Cheston me tomó del brazo para apartarme, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, dolor y frustración. Sabía que nada de lo que dijera arreglaría el jarrón que acababa de romper, se había hecho añicos de un modo irreparable.

No solo había destrozado a Jayden, sino también la posibilidad de que Chasity pudiera recuperarse; me había convertido en el peor monstruo posible ante sus ojos y ante los míos. No iba a ser capaz de perdonarme nunca.

¿Cómo era posible que Camille se hubiera casado con el abogado? ¿Qué había ocurrido?

Marcus arrastró a su amigo hacia el interior de la habitación y cerró la puerta, las voces y los sonidos de objetos romperse me sacudieron por dentro.

—Pienso decir que les carguen a ese par de neandertales todo lo que rompan, no voy a correr con los gastos de sus malos modos. Vamos, pequeña, deja que te acompañe a tu hotel, esto hay que celebrarlo.

Sorbí por la nariz.

—No, no lo entiendo —mascullé titubeante.

—Yo te lo explico de camino; tranquila, no tiembles, estás segura conmigo, nunca dejaría que ese engendro te dañara.

—¡Él nunca me haría daño! —exclamé.

Estaba en *shock*, había vivido la mejor noche de mi vida y tenido el peor despertar de mi existencia.

—Bueno, no es por meter el dedo en la llaga, pero acaba de amenazarte; si quieres, ponemos una denuncia, seguro que Duncan nos ayuda a interponer

una orden de alejamiento.

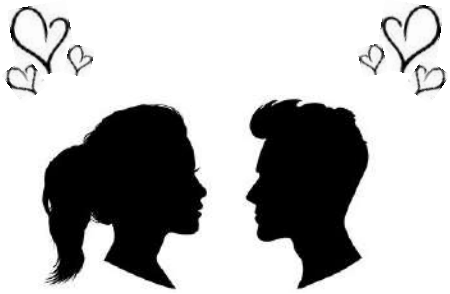
«¿Orden de alejamiento? Si precisamente lo que yo quería era todo lo contrario».

—¿Qué has venido a hacer aquí? —pregunté.

—Vine porque quería ser el primero en ver la cara que se le quedaba al conocer la noticia, pero me alegra haber podido asestarle el golpe de gracia desvelando quién eras, si hubieses visto cómo se descomponía su cara. Debería darle vergüenza pensar que una mujer como tú podría fijarse en alguien como él. Eres oro puro, Cassey, va a lloverte el trabajo, yo me ocuparé de ello, la lista FORBES se va a quedar corta para ti —murmuró, llevándome hasta el ascensor.

Las piernas me fallaban, las fuerzas me flaqueaban y no me llegaba suficiente volumen de aire a los pulmones. Mi tensión se desplomaba y las extremidades no obedecían al cerebro, que las forzaba a mantenerme en pie. Estaba colapsando y no podía hacer nada por remontar, dolía demasiado, todo se volvía negro.

Capítulo 42



No podía llorar más, era imposible, me había hecho un ovillo en la cama del hotel, me abrazaba las rodillas sintiendo un frío desgarrador y poco importaba que en media hora tuviera que abandonar la habitación o que dos más tarde despegara mi vuelo, no me sentía con fuerzas de mover un solo músculo que no implicara lagrimear o sorber por la nariz; no desde que Jayden se había enterado de lo que era y la decepción más absoluta cubriera sus ojos al mirarme.

Fue como verme de repente a través del espejo de la madrastra de Blancanieves y asumir que tras ese rostro hermoso vivía la mujer más malvada e inmunda del cuento. ¡Yo era la bruja! ¡Yo era el cazador que dejó a Bambi sin madre, la barracuda que se zampó a la familia de Nemo y Úrsula jodiendo la marrana con Ariel!

No iba a poder perdonarme en la vida, me sentía morir por dentro, y lo peor de todo era que lo merecía, debería ser yo quien estuviera en esa cama de hospital y no Chasity, yo la que tomara de mi propia medicina y no pudiera curarme debido a mi cagada monumental.

Tendría que haberlo parado todo antes o, por lo menos, contarle la verdad a Jayden, que supiera que era una malvada arrepentida, que iba a poner remedio al desaguisado. Y podría haberlo hecho, si en lugar de tirármelo se lo hubiera explicado. Tal vez de esa manera Camille no habría terminado casada con otro que no fuera él.

Todavía me hacía cruces de cómo había podido ocurrir, aunque, claro, teniendo en cuenta que uno se casaba en Las Vegas con la misma facilidad que perdía su patrimonio, tenía todo el sentido del mundo.

Fuera como fuere, ahora no había marcha atrás, había destruido cualquier posibilidad de recuperación de Chasity y, por el camino, lo perdí a él.

No es que hubiera sido mío, por mucho que nos lo dijéramos anoche. Aquellas palabras fueron fruto del deseo, de la pasión, de un anhelo oculto que ambos sabíamos imposible. No obstante, en un lugar remoto y muy pequeño de mi corazón, albergaba la esperanza de que podía pasarnos como en una de esas pelis románticas: que nos viéramos en otro lugar, en el tiempo y la distancia correcta como para poder plantearnos un «tal vez».

Chas estaría curada, tendría una vida normal y nosotros coincidiríamos por casualidad en un bar, donde al girarme lo vería y sentiría que el tiempo no había pasado entre nosotros. Estaría divorciado y jodidamente guapo. Nadie habría entrado en su vida porque, por muchos rollos que hubiera tenido con posterioridad a su divorcio, no habría logrado superar nuestra noche.

Ambos sonreiríamos, hablaríamos, le confesaría que no creía en el amor hasta que lo conocí y que tenía un hurón al que me vi la necesidad de apodar King. Nos acercaríamos, nos besaríamos rememorando aquel primer beso en la calle y terminaríamos hechos una maraña de brazos y piernas, esa vez en mi apartamento… porque ya me habría independizado.

Al despertarnos, lo haríamos sonrientes y perezosos, Jayden prepararía el desayuno solo con un delantal y su perfecto culo al aire, y yo pensaría, apalancada en el taburete de la barra americana, que había sido una idiota por tener tanto miedo a algo tan bonito y perfecto.

Por fin echaría raíces y Jayden se convertiría en el lugar perfecto para mí, uno que no querría abandonar nunca.

Habría sido una peli preciosa si mi desfachatez no nos hubiera hundido en la más absoluta miseria. Un estremecimiento me recorrió la columna al escuchar varios golpes al otro lado de la puerta.

—Crash, ¿puedes abrirnos?, por favor.

No me hacía falta tirar del «espejito, espejito», para saber quién había al otro lado del reino.

Ashley, Akon y mi madre llevaban un buen rato llamándome y yo me negaba a abrirles, lo único que deseaba era hundirme en el colchón y que me escupiera en una realidad paralela en la que poder arreglar las cosas.

—¡Dejadme! —exclamé, hundiendo la nariz en la capa de mocos y lágrimas que empapaba la almohada.

—No podemos dejarte, tenemos que ver cómo estás y ayudarte con la maleta, nuestro vuelo sale en un par de horas y nos han avisado que tienes que hacer el *check out* en quince minutos o te cobrarán otra noche —comentó Ak.

—¡Me la suda el avión, el hotel y que el mundo se vaya a la mierda! ¡Que me cobren lo que quieran! ¡Ya he perdido todo lo importante! ¡Me da igual ser todavía más miserable!

—Cassey, cariño —carraspeó mi madre—, no estás bien, nos necesitas, haz el favor de abrir la puerta para que podamos consolarte.

Consolarme, eso quería decir que sabía lo que me había pasado y que su intención era sacarme de mi refugio.

—No voy a salir, madre, por mucho que me enseñes la patita blanca por debajo de la puerta, sé que eres el lobo. —Mi sollozo fue enorme. La oí lanzar un improperio.

—¡Se acabó, Cassey Sullivan, vas a abrir esa puerta te guste o no!

La visualicé llenando sus pulmones de aire hasta tirar la puerta abajo, aunque, claro, era la señora X, a ella no le hacía falta soplar, le bastaba bajar a recepción, agitar las pestañas y... ¡Tachán!

Acababa de entrar con un duplicado de la tarjeta, con la palabra «determinación» como pintura de guerra y una mirada que fue perdiendo brillo a medida que se acercaba a la cama y veía mi estado, que bien se podría haber tildado de gurruño emocional.

Hundí la cabeza todavía más en mi lecho de fluidos corporales poco recomendables y obvié la lástima que intuí en el tono apocado que me dedicó Ashley.

—Cas...

Fue la primera en llegar y en acariciarme la espalda.

—Ha sido horrible, horrible, ni siquiera puedo pe-pensar en ello y no echarme a llorar, lo que menos necesito ahora es hablar. Si le hubieras visto la cara, si hubieses visto el dolor con el que me contemplaba. ¡He sido su mayor decepción, Ashley! ¡Me odia! ¡Y yo también me odio!

—Vamos, vamos, cariño, no seas tan dura contigo misma... —exigió mi madre, quien se tumbó frente a mí obviando el lamentable estado del cojín.

—No lo estoy siendo, mamá, lo que he dicho es poco para lo que merezco.

Ashley se aferró a mi espalda y apoyó la mejilla contra ella. Akon formó parte de aquella *bukkake* de lágrimas, en la que los cuatro nos vimos comprobando la resistencia del somier y el colchón.

—¿Tan horrible ha sido? —Ese fue mi amigo, quien me dio un ligero apretón en la pantorrilla. No había chistes, cero de su particular humor, únicamente una voz profunda, sólida, como un muro al que aferrarse.

—He pasado la mejor noche de mi vida y el peor amanecer de mi existencia —confesé en un murmullo—. Nunca me había sentido así con nadie, nunca, y os juro que ambos teníamos muy claro que solo iba a ser una noche, que no había un «nosotros» más allá de esa habitación —admití —. Me vestí, no me calcé porque quería marcharme como si lo nuestro hubiera sido un sueño que se termina al despertar y, al abrir la puerta, me di de bruces con el señor Hill, quien me felicitaba por mi trabajo y me daba la noticia de la boda de Camille. Todo saltó por los aires... —Tres manos me estaban acariciando, ofreciéndome su apoyo para que me desahogara. Las palabras se me atascaban, las lágrimas seguían fluyendo, y aunque en un principio pensaba que no podría contarlo, lo hice—. Su cara, ¡Dios! Nadie me había mirado nunca así, como si lo hubiera roto en miles de pedazos irrecuperables, con la decepción atravesando cada rasgo, cada facción. Con la desesperación del que no puede creer lo que está escuchando —sollocé. Mi madre besó mi frente y me apretó contra ella—. Y no pude refutar nada, lo peor de todo fue que cuando me preguntó si era cierto, porque su corazón

se sujetaba por un pequeño trozo, no pude decir que era mentira, porque todo lo que dijo Cheston era cierto: yo soy esa abominación que iba a impedir que su hermanita tuviera la vida que merecía, una normal, sin dolor, en la que poder acudir a un colegio sin temer que un pequeño golpe pudiera terminar con ella en el hospital.

—Tú no eres una abominación —me corrigió mi madre—, querías hacer las cosas bien, solo que no se dieron las circunstancias, a veces la vida nos reconduce por caminos que pretendemos evitar.

—Mira a esa mujer que el GPS llevó a su coche por unas escaleras... —susurró Ashley.

—O a esa empresa de demoliciones a tirar la casa de aquel tío en el Condado de Carroll, Georgia. Debido a un error en las coordenadas del GPS, destrozaron su vivienda en lugar de la que estaba al otro lado de la calle —anotó Akon.

—Pues a mí acaban de meterme un cohete por el culo con dirección al espacio, que dicen que huele a huevos podridos, no voy a poder remontar después de esto...

—¡No digas tonterías! —me espoleó mi madre—. Eres una mujer fuerte, valiente, decidida...

—¡Que la ha cagado estrepitosamente! Cheston llegó a decir que nos iba a pagar el cuádruple y que el premio era mío... ¡Jayden lo oyó todo, mamá! Nominada a ganar en la categoría a la persona más despreciable del mundo. —Akon silbó.

—¡¿El cuádruple?!

—¿Solo has oído eso?

—No, es que, joder, eso es una pasta...

—¡Me importa una mierda su dinero! ¡No lo quiero! ¡Lo único que deseo es volver a ayer por la noche, llevarme a Camille a cualquier parte y evitar esa condenada boda! ¿Cómo pudo casarse? ¿Cómo pudo hacerle eso a Jayden?

—Iba muy bebida... —la disculpó mi madre—, puede que no esté todo perdido.

—Si yo no me hubiera ido con Jayden, no habría pasado nada de esto...

—Vamos a ver, necesitas enfriar un poco la cabeza, Cas... ¿No ibas a renunciar a culminar el trabajo?

—Sí —afirmé rotunda.

—¿Cuánto vale el tratamiento de Chasity?

—No-no estoy segura. —Sorbí por la nariz.

—Pues entérate, ya sabes que Ash y yo estábamos dispuestos a olvidarnos de este curro. Donaremos íntegramente el cheque que el señor Hill te dé para su recuperación —sugirió Akon.

—¿Ha-haríais eso? —la voz me titubeó cargada de emoción.

—Y si falta dinero, lo pondré yo —se ofreció mi madre. La miré.

—¿Tú?

—Sí, yo; sé que no me consideras una buena persona, pero... —La abracé con todas mis fuerzas.

—Lo siento mucho, mamá, muchísimo, estaba completamente equivocada contigo, no sabes cuánto me arrepiento…

Ella me acarició la cabeza.

—No pasa nada, ahora lo importante es conseguir el dinero para Chasity, y para ello necesitamos el importe.

—Yo me ocupo —se ofreció Ashley—, seguro que mis padres saben cómo obtenerlo.

—Dios mío, no sé cómo os pagaré esto.

—No tienes nada que pagarnos, Cas —susurró mi amiga—. Te queremos y todos deseamos que esa niña se recupere, es lo importante.

Me incorporé en la cama, me daba igual el aspecto deplorable que estaría ofreciendo; como decía mamá, necesitaba mantener la cabeza fría.

—Ne-necesito hablar con Jayden, le explicaré cómo fue todo, le pediré perdón, aunque tenga que ponerme de rodillas. Es prioritario que le confiese todo lo que ha pasado...

Si donábamos todos los beneficios y mi madre hacía una generosa aportación para Chasity, no estaba todo perdido. Me enjugué los ojos y alcé la barbilla.

—No vas a encontrarlo —masculló Ak.

—¿Por qué no?

—Se largó con Marcus sin despedirse de nadie, se lo escuché decir al señor Hill durante el desayuno.

Me pasé las manos por el nido de pájaros de mi cabeza y masajeé mis sienes. No podía haberse marchado sin aclarar las cosas, no podía dejarlo estar.

Mi madre palmeó mi mano.

—No es tan grave, seguro que han vuelto a Los Ángeles, estará preocupado por lo de Chasity, es mejor que le des un poco de espacio, que consigamos el dinero y que cuando lo veas, sea para decirle que lo lamentas mucho y que no tiene que preocuparse por su hermana, que corres con los gastos.

No era mala idea, salvo que dudaba de que, aun así, sirviera para que me perdonara. No iba a rendirme, no sin luchar. Daba igual que me hubiera comportado como una cerda y me mereciera que Jayden no volviera a dirigirme la palabra nunca. Iba a suplicar las veces que hiciera falta, porque era alguien muy importante en mi vida.

Mi madre me obligó a meterme en la ducha mientras ella recogía con Ash las cuatro cosas que tenía.

Al salir, Ashley había logrado contactar con sus padres, los cuales se ofrecieron a llamarnos en cuanto supieran la cantidad de dinero y cómo teníamos que hacerlo para pagar el tratamiento.

Akon me reconfortó en un abrazo de oso.

—Vamos a salir de esta, Crash, ese tío te quiere, lo veía a través de la cámara cada vez que te miraba. Estaba ahí, en cada gesto, en cada palabra.

—Puede… Sin embargo, ahora mismo me detesta.

—Remontaremos, te lo prometo. —Besó mi coronilla y me estrechó con afecto.

Nada que pudieran decirme aliviaría mi sufrimiento, yo era la única responsable del que estaba sufriendo Jay.

Con la maleta hecha, nos dirigimos al *hall* del hotel. Mi madre me había prestado una de sus gigantescas gafas de sol que cubrían el cincuenta por ciento de mi cara. Aun así, el malestar que sufría era palpable, no quise comer nada, estaba convencida de que lo habría vomitado y tenía la punta de la nariz como el reno de Santa Claus.

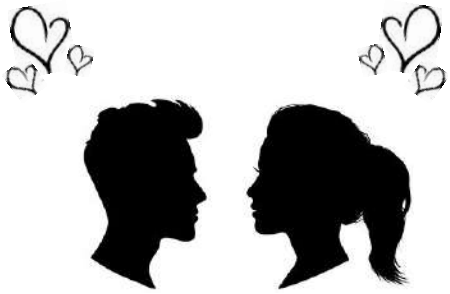
No solo tenía que pedirle perdón a Jayden, también a Camille: seguro que se sentía igual de traicionada por haber mentido respecto a quién era.

Según nos informaron, ella no estaba ya en el hotel, ni los Hill, ni los Fletcher, ni sus amigas. Un coche nos estaba esperando fuera para llevarnos al aeropuerto rumbo a Los Ángeles.

En cuanto me acomodé en el asiento trasero del coche, saqué el móvil. Si esperaba encontrar un mensaje de Jayden, iba lista. Sabía que no eran maneras, que por mucho que le escribiera, lo suyo era que diera la cara, y lo haría, pero necesitaba por lo menos mandarle la primera disculpa.

Lo siento, te prometo que arreglaré las cosas. Confía en mí aunque no lo merezca, te juro que me ocuparé de todo.

Capítulo 43



Jayden

«¡¿Cómo había podido ser tan imbécil?! ¿Enamorada? ¡Y una mierda! Cassey estaba contratada, con-tra-ta-da, y yo pensando que su falta de apego emocional-infantil era lo que provocaba que tuviera miedo a sus sentimientos. ¡Y un cuerno!». Había caído de cuatro patas como un memo y, lo peor de todo, es que no lo esperaba.

Me desperté al escuchar ruido en la puerta, al principio pensé que se trataba del servicio de habitaciones, que Cassey habría pedido que nos trajeran el desayuno a la cama, pero al ver que pasaba tanto rato en la entrada con los zapatos en la mano y observar la rigidez de su espalda, supuse que algo no iba bien.

Me centré en la conversación mientras me ponía en pie y anudaba la sábana a mi cintura. Al comprender lo que estaba escuchando, el aire abandonó mis pulmones; era imposible, lo que oía no tenía sentido, ella jamás me haría algo así.

Sentí cómo un par de garras invisibles me abrían el pecho, me arrancaban el corazón y lo pulverizaban frente a mis ojos cuando me dio por interceder y preguntar si era verdad lo que estaba escuchando.

En el fondo, no quería creerlo, necesitaba que Cas, la mujer a la que quería, a la que adoraba, a la que había entregado mi órgano vital sin pretenderlo, me corroborara que todo aquello se trataba de un malentendido. Suplicaba porque fuera así y la hubiera creído, sin reservas,

apostándolo todo a una sola carta, porque el amor es así: un salto de fe hacia la otra persona.

Y, entonces, vi la verdad silenciada en sus ojos, la que ella callaba como una cadena perpetua. Había sido una maldita diana a la que Cheston Hill y Cassey Sullivan, porque ni siquiera se llamaba Sully, habían lanzado sus dardos envenenados. Me dieron ganas de aplaudirles por la actuación, de preguntarle cómo se sentía después de haberme jodido en la cama y fuera de ella, y cómo celebrarían haber matado en vida a mi hermana pequeña.

¡Por todos los infiernos, Chas! ¡Ella era lo único importante! Y Cassey lo sabía, la había conocido en el hospital, entendía la importancia de mi boda con Camille y, aun así… aun así, le importó una mierda.

No daba crédito a la expresión de triunfo del señor Hill al reconocer que su hija se había casado con Duncan y no con un pordiosero. No es que no pudiera comprender que existiera gente elitista y que él estuviera velando por los intereses de Camille, la gente poderosa suele dudar de la intencionalidad de los que carecemos del mismo estatus que ellos, eso podía llegar a entenderlo. Era la forma, la argucia, el cómo había planeado mi destrucción con total sangre fría ayudándose de Cas.

Camille se había casado con Duncan...

Un sudor frío recorrió mi espalda. Lo había perdido todo de un plumazo. La posibilidad de salvar a mi hermana y la mujer de quien estaba enamorado. Porque lo estaba, que hubiera resultado la mayor villana de la historia no significaba que hubiera borrado los sentimientos; estaban ahí, latiendo alborotados al verla despeinada, con los labios hinchados y mi olor en su piel.

Cassey era un jodido veneno y yo me lo había bebido entero, apurando hasta la última gota.

Alargó la mano hacia mí con una expresión facial que no se correspondía con lo que estaba ocurriendo, como si de algún modo le doliera lo que había hecho. Reculé y preso de la devastación más absoluta le pedí que se largara mientras Marcus salía a mi encuentro.

No podía soportar su presencia, el contacto de su piel con la mía cuando me sentía tan resquebrajado. Me entregué al cien por cien, nadé contracorriente aun a sabiendas de que no era lo correcto, porque la amaba… ¿Y qué había conseguido?

Mi hermanita, mi dulce hermanita...

Estaba tan fuera de mí, que la rabia, ira, destrucción, me dominaron por completo. Marcus me arrastró hasta la habitación para evitar que cometiera otra tontería y me puse a destrozarlo todo, necesitaba acabar con lo que fuera, que cuanto estaba a mi alrededor terminara tan roto como yo. Me daba igual el dinero que me costara o que me echaran del hotel, Cassey ya se había encargado de echarme de mi propia existencia.

Donde antes latía amor, ahora solo quedaba desprecio y devastación.

La hija de puta de mi cabeza no dejaba de arrojarme imágenes. ¿Cómo no lo había visto? Esa coquetería, esos mensajes, esa manera de seguirme el juego desde el principio. Dios mío, ¡si incluso aceptó conocer a Chas! ¡Lloró en el hospital durante una de mis lecturas! ¡Trajo incluso a su madre! ¡La puesta en escena había sido brutal!

Estaba conmocionado. Vale que conmigo no sintiera nada, que fuera todo fingido, pero ¿con Chas? ¿Qué tipo de ser sin escrúpulos acepta pisotear a una niña? ¿Cómo había sido capaz de jugar con su vida?

Las lágrimas caían como puños por mis mejillas mientras descargaba mi frustración estampando la silla contra la pantalla del televisor.

Fue Marcus quien me agarró, no podía dominar mis impulsos. Grité, rugí, intenté liberarme de él y lo hubiera logrado si no me sacara veinte kilos de puro músculo y tuviera las suficientes técnicas de reducción para aplastarme contra la moqueta.

Me vi en el suelo con las lágrimas abrasando mi piel y una congoja que me hacía resollar barriéndome las entrañas.

Debería estar habituado al dolor, a la pérdida, a pasar del cien al cero en una milésima de segundo. No era así, cada pérdida era una nueva muesca en el cabecero, una que te devuelve al punto de partida más jodido que al principio, porque sabes que no va a ser la última. Primero mi padre, mi

ejemplo, el hombre de las sonrisas que me alborotaba el pelo al llegar del trabajo. Después mi madre, mi pilar, la representación del amor eterno e incondicional, la que peleó por nosotros hasta que la vida la expulsó del tablero… Y ahora Cas. Con ella lo había perdido todo, incluso la dignidad, la palabra y la vida de mi hermana.

Cuando conseguí sosegarme, tuve unas ganas inexorables de huir, necesitaba salir corriendo, ir al hospital y pedirle perdón a mi hermana por ser tan necio. Ya no habría viaje a Palo Alto, ni cura, ni posibilidad de que pudiera ir al instituto como una niña que no está enferma.

También tenía que hablar con Cam, no tenía ni idea de lo que había pasado o de cómo se podía sentir ella, el problema es que en ese momento estaba desbordado y no me saldrían las palabras correctas.

Marcus acarició mi espalda, me ofreció consuelo y me aferré a él como un náufrago.

—Necesito salir de aquí, largarme ahora mismo y no volver —mascullé agotado.

—El avión sale... —Negué.

—No quiero ni puedo regresar con ellos...

—Está bien, yo me ocupo, pero prométeme que te estarás quieto, ya no queda nada más que destrozar. —Asentí sin rechistar.

Mi amigo se encargó de recoger mis cuatro cosas sin hacer preguntas e ir a por las suyas. Bajamos a la recepción y pedimos un coche de alquiler que entregaríamos en la sucursal de Los Ángeles. Marcus pidió que cargaran todos los desperfectos de mi habitación a su tarjeta de crédito, el recepcionista lo miró incrédulo.

—Uno que tiene mal perder con la ruleta —se excusó. No debía ser la primera vez por la cara del tipo.

Al salir, le comenté que no hacía falta, que yo pagaría, él me ofreció una sonrisa pesarosa y me comentó que ya saldaríamos cuentas. Lo importante era salir de Las Vegas cuanto antes.

Durante la primera hora de trayecto, fuimos en silencio, me dejó mi espacio, Marcus me conocía lo suficiente para saber que hablaría con él

cuando estuviera preparado.

Frente a la pérdida o las noticias impactantes, el ser humano reacciona de maneras muy distintas, entendí de pequeño que necesitaba un lugar en el que recluirme, donde hacer un ejercicio de introspección, algo así como pasar lista de los acontecimientos, de repasar lo que había sido mi trayecto vital con aquella persona, de entender si cambiaría algo, qué me había quedado por hacer. Lo último era una gilipollez, porque cuando las cosas ya están hechas, no hay marcha atrás. Sin embargo, el cerebro te empuja directo al pasado para que alces la fusta de lo que has hecho mal y te atices con todas tus fuerzas.

Lo hice, ya lo creo que lo hice, salvo que esa vez el sentimiento era muy distinto a la pérdida de mi familia; cuando alguien muere, lloras porque ya no vas a volver a verlo, porque te va a faltar en tu vida; cuando alguien te traiciona, te pisotea y te vapulea, la rotura es absoluta y tu desesperación tan palpable que afrontarla sin sentirte un gilipollas es imposible.

Me enjugué los ojos y fijé la vista hacia delante en el horizonte. El sol brillaba con toda su fuerza convirtiendo la aridez que nos rodeaba en un reflejo de mi interior.

Marcus se puso a manipular la radio, intentaba que se conectara a su teléfono para reproducir la lista de los temas que tenía guardada en él.

—¿Te parece si lo hago yo antes de que nos estampemos contra un cactus? —pregunté, rompiendo el silencio. Él sonrió.

—Si te ofreces...

Tres minutos más tarde, ya tenía los dispositivos vinculados, Marcus me dijo dónde tenía que buscar y el inconfundible inicio de *Eye of the tiger*, de Survivor, sonó más fuerte de lo necesario.

—¿En serio? —cuestioné con un bufido. Mi colega se encogió de hombros.

—Está en modo aleatorio, así que alguien de ahí arriba —cabeceó hacia el cielo— debe pensar que la necesitas.

—Y que seas un fan acérrimo de *Rocky* y este sea uno de tus temas favoritos no tiene nada que ver, ¿no?

—Puede que eso también influya.

Sus dedos pulgares siguieron el ritmo del conocido arranque hasta que llegó la letra y se puso a cantar como si afinar no supusiera un desafío para él.

Ascendiendo, de vuelta a las calles,
me tomé mi tiempo, aproveché mis oportunidades.
Pasó el tiempo, la distancia,
ahora estoy de nuevo en pie,
solo un hombre y su voluntad de sobrevivir.

Lo miré y él agitó las cejas con descaro y asintió, en un sonoro «¿lo ves?» porque esa primera estrofa encajaba con ambos muy bien.

Tantas veces,
ocurre demasiado rápido,
intercambias tu pasión por gloria.
No pierdas de vista los sueños del pasado,
debes pelear para mantenerlos vivos.

—Vamos, tío, canta conmigo, te la sabes de sobra y la música alivia el alma. —Claro que lo sabía. La música estaba muy presente en mi vida, era una de las terapias que mejor me funcionaban: recrearme en estrofas de temas que de algún modo me influían y cantar. Negué con la cabeza porque mi ánimo todavía no me lo permitía—. Quien canta sus males espanta, ¡vamos!— proclamó, azuzándome.

Es la mirada del tigre,
es el estremecimiento de la pelea,
levantándose ante el desafío de nuestro rival.

Me arreó un codazo y lo premié con media sonrisa seguida de un carraspeo que daba inicio a mi voz más áspera que nunca.

Y el último superviviente conocido
acecha a su presa en la noche,
y nos está mirando a todos nosotros,
con la mirada del tigre.

—¡Eso es! —me felicitó.

Terminamos el tema y a este le siguieron unos cuantos más, pensar en la letra de la canción en lugar de lo que me había ocurrido me hacía sentir un poco más ligero, sobre todo, cuando llegaron los AC/DC rasgando guitarras en *Thunderstruck.*

Pasamos media hora más coreando canciones que cantábamos en mi adolescencia, me dejé fluir hasta hacer parada en la gasolinera. Las tripas de Marcus rugían más fuerte que Marilyn Manson. No habíamos desayunado y sus cien kilos de masa muscular protestaban porque necesitaban alimento.

Pedimos café, un plato de tortitas, que mi amigo regó en sirope de arce, beicon y huevos revueltos.

No llevaba ni dos viajes a su boca con el tenedor cargado cuando me sentí preparado para abrir la mía, y no para comer, precisamente.

—Todo fue una puta mentira, Cassey estaba contratada por el padre de Cam para joder mi matrimonio con Camille. Soy un imbécil, caí en la trampa y ahora Chasity no va a poder curarse por mi ineptitud —mascullé, revolviendo el contenido del plato sin llevarme nada a la boca—. Camille se ha casado con el estirado de Duncan y no tengo la pasta suficiente para costear el carísimo tratamiento a mi hermana, ni siquiera sé cómo podré mirar a Chas para contárselo, la he jodido pero bien…

Marcus se limpió la boca y carraspeó.

—Recapitulemos. Que Camille se haya casado con otro no es culpa tuya y no quiere decir que todo esté perdido o que no te vaya a dar la pasta, igual se divorcia mañana mismo. Además, lo vuestro fue idea de la doctora, ¿no? No tendría sentido, aunque se hubiera casado con otro, que no quisiera ayudarte ahora.

—Puede que por su parte no, pero viste cómo es esa gente: ese tío es abogado, es imposible que dejen que Camille me entregue su herencia.

—La doctora no es una mujer de las que se achantan, tómatelo con calma, habla con ella antes de cometer una estupidez y decirle a tu hermana que no se va a curar. A lo mejor te equivocas y Chas sí que obtiene el dinero para curarse.

—Ojalá... —Tamborileé los dedos sobre la mesa.

Mi móvil vibró con un wasap entrante de Cassey. Contraje el rictus con rabia y el estómago se me encogió porque el imbécil de mi corazón hizo un redoble de entusiasmo.

—¿Es ella? —Por el tono empleado por Marcus, sabía que no se refería a Camille. Asentí—. No la conozco mucho, pero en la discoteca me pareció que sí le gustabas, que no era un papel.

—Que les pongo a la mayoría de las tías es una realidad, puede que no le fuera desagradable llevarme a la cama, pero estaba fingiendo cada puta emoción. Marcus, no me quería, cuando le pregunté, no negó nada, ¡nada! —Di un golpe sobre la mesa que hizo tambalear la cubertería, los platos y las tazas de café.

La camarera me miró con el ceño fruncido y le ofrecí un gesto de disculpa.

—Hoy ya has hecho el cupo de roturas, así que controla —bufó.

—Lo siento.

—Bueno, la vida me ha enseñado que antes de juzgar a alguien es bueno escuchar lo que tenga que decir, porque a veces te sorprenden los motivos. ¿Por qué no lees el mensaje y así salimos de dudas? Si te ha puesto un «que te jodan» o un dedo haciendo una peineta, lo más probable es que ahora mismo esté tomándose un margarita en una tumbona; si es otro tipo de mensaje... No sé, puede que estemos equivocados. Si te soy franco, no le vi cara de felicidad extrema.

Negué.

—Si se hubiera arrepentido, me lo habría dicho antes; sabía muy bien lo que hacía y lo que suponía para mí el enlace con Cam. ¿Por qué crees que el señor Hill llamó a mi puerta? ¿Para darme los buenos días? ¡No! ¡Sabía que ella estaba conmigo! Llevó el encargo hasta el final, hasta le ofreció más dinero y ganar no sé qué mierda de premio por lo contento que estaba. —Marcus bufó y se reclinó en el asiento.

—No sirve de nada que eches sal en la herida. ¿Por qué no llamas a Camille? Seguro que tampoco lo está pasando bien y se estará preguntando

dónde nos hemos metido.

Le hice caso a Marcus, la llamé, pero su teléfono estaba apagado o se había quedado sin batería. Le dejé un mensaje diciéndole que no se preocupara por mí, que volvía a casa con Marcus y le pedí que me llamara para hablar sobre lo ocurrido. Intenté suavizar el tono.

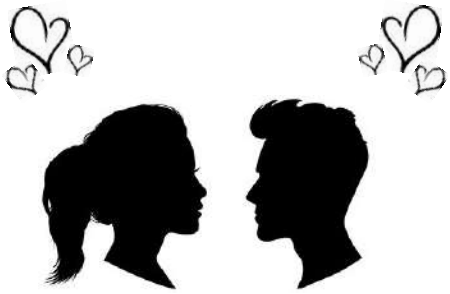
—Lo has hecho genial —me felicitó mi amigo—. Ahora es mejor que llenes la tripa y tomes perspectiva, que te alejes, y si no te apetece leer el mensaje, pues no lo hagas, tienes tiempo para decidir si lo abres o directamente lo borras, aunque no te lo recomiendo: quedarte con la duda es lo peor que podrías hacer en estos casos.

—Lo peor de todo es que pensé que la había encontrado, que era la mujer de mi vida, aunque no pudiera ser por las circunstancias. Me había llegado a plantear pedirle permiso a Camille después de la boda para revelárselo todo a Cas y rogarle que me esperara. —Marcus me palmeó el brazo, pinchó parte de su comida y me la ofreció.

—Come, no mitigará el dolor, pero calmará el hambre que no sabes que tienes. —Abrí la boca y la cerré alrededor de la comida—. Ya sabes que Dios tiene un plan para todos, a veces las cosas no salen como queremos o creemos que necesitamos por algo; date margen, es lo mejor que puedes hacer ahora mismo.

Seguro que Marcus tenía razón, el problema era que sacarme a Cassey Sullivan de la cabeza iba a ser todo un suplicio.

Capítulo 44



No me respondió. Ni siquiera leyó el mensaje. Tampoco es que le pudiera achacar que lo hiciera y no quería resultar pesada. Tanto Ashley como Akon o mi madre me sugirieron que no lo agobiara, era mejor darle espacio y solucionar las cosas empezando por la base.

En cuanto llegamos al aeropuerto y pasamos por el mostrador de facturación, fui en busca de Camille. Quería hablar con ella, disculparme y rezar para que pudiera interceder un poquito con Jayden. Quería decirle que yo me encargaría de pagar los gastos de Chas y esperaba que fuera suficiente para que no quisiera acabar con mi vida en el caso de que terminara en su mesa de operaciones.

Ya, ya sé que es pediatra, pero si un asteroide llegara a impactar contra la Tierra y se desatara el caos mundial y yo terminara en el servicio de Pediatría de su hospital, no íbamos a andarnos con remilgos.

Nos dirigimos hacia la zona de embarque, se suponía que los Hill y los Fletcher habían llegado antes junto a las amigas de la doctora, por lo que ya debían de estar allí.

Agucé la vista y vi a Camille de espaldas, con su madre, su recién estrenado marido y los consuegros. Estaban frente a la sala VIP, esperando a Cheston.

Fue pensar en él y aparecer con un par de cafés para llevar en la mano. Me interceptó antes de que pudiera llegar a su hija y abordarla.

—Cassey, qué bien que ya estéis aquí, estaba un poco preocupado por que perdierais el vuelo. Me dijeron que no te sentías demasiado bien. ¿Estás mejor? —Menos mal que seguía llevando las gafas de mamá y ocultaban la cara de culo que tenía.

«¡Suéltaselo, Cassey, dile lo que piensas de él, que es un hombre sin escrúpulos, que Jayden no lo merecía como consuegro, porque es mucho más íntegro y buena persona que lo que él será nunca. Dile que se meta el premio y el dinero por el culo a ver si se convierte en US Mint[1]».

No podía soltarle todo eso, no si pretendía pagar con el cheque que iba a extenderme Cheston. Los padres de Ashley ya nos habían dado el monto, no solo se trataba del tratamiento, que duraba varios meses, también incluían el alojamiento para el familiar que se quedara con Chasity, por lo que la factura subía bastante.

—Sí, gracias, señor Hill. Quería hacerle una pregunta, esta mañana dijo que iba a cuadruplicar la suma de mis servicios. ¿Iba en serio?

—Jovencita, yo nunca bromeo cuando se trata de dinero y siempre cumplo mis promesas, mañana mismo podrás pasar por la oficina, tendré listo el cheque para cuando vengas.

—Muchas gracias.

—Las gracias te las tengo que dar yo a ti, no puedo estar más contento. —Señaló a la pareja de recién casados—. Como ya te dije, te auguro un futuro brillante, señorita Sullivan.

—Si me permite, voy a darle la enhorabuena a su hija por el enlace.

—Mejor dásela en otro momento, hoy no es el día adecuado y el vuelo sale en nada —comentó, cerrándome el paso para que no la alcanzara.

Su mirada de advertencia no me dio pie a desobedecer. Si no hablaba hoy con Camille, lo haría mañana, cuando el dinero estuviera en mi poder. «Mente fría», me recordé.

—Por supuesto, entonces felicítela de mi parte.

—Lo haré.

El señor Hill retomó el paso en dirección a su familia y los Fletcher para arrastrarlos hacia la zona VIP. Nosotros nos quedamos en la sala de espera

común con las amigas de la doctora, que se habían arrellanado en algunas de las sillas y se estaban enseñando las fotos de la despedida.

—¿Quieres que pague el acceso a la zona VIP y entramos? —me preguntó mi madre, solícita.

—No, está bien así, casi que mejor quedarnos aquí. —Apunté a una hilera de asientos vacíos—. Cheston no estaba por la labor de arriesgar la nube de felicidad de su hija, y yo seguro que le mandaba un rayo y terminaba estropeándolo todo. No quiero equivocarme más por hoy, mañana cobraré el dinero, iré a hablar con la doctora y, si tú me ayudas con el resto, haré el ingreso para el tratamiento de Chas.

Ocupamos las sillas vacías. El plástico se pegó a la piel de mis muslos en cuanto me acomodé. Ni el aire acondicionado mitigaba el sofocante calor de Nevada.

—Cariño, ya te dije que sí, lo mío es tuyo, y si puedo contribuir a salvar a esa niña, propiciando que tú seas feliz, haré todo lo que esté en mi mano.

—Gracias —admití, fundiéndome en un abrazo que ambas disfrutamos—. Pero recuerda que solo es un préstamo, hasta que remonte y te lo pueda devolver.

—No es necesario que me lo devuelvas.

—Pero quiero que sea así.

—Muy bien, seré tu banquera personal al 0 % de interés.

Le ofrecí una sonrisa sincera y volví a arrebujarme en la calidez de su cuerpo, como hacía cuando era pequeña y todavía estaba casada con mi padre.

—¿Has sabido algo de él?

—¿De quién?

—De papá. —Su mano paseaba por mi pelo con tranquilidad. La sentí sonreír con tristeza.

—Lo último que supe de él era que estaba en Montecarlo, pero… no sé, puede que ya no viva allí, nunca se sabe.

Hacía demasiado tiempo que dejé de recibir llamadas o felicitaciones suyas, no sabía si el motivo era la vergüenza de su situación financiera o

porque no le interesaba mantener una relación conmigo. Lo recordaba como un padre divertido, cariñoso, que se fue diluyendo en un desconocido al cual cada vez veía menos.

—¿Lo echas en falta? Me refiero a lo que compartisteis...

—Al principio, muchísimo, cuando dejas a alguien porque ves que puede llevarte de cabeza al precipicio, lo odias. No comprendía cómo, si nos quería, podía estar haciéndonos eso. Después comprendes que las personas son como son y nadie viene a este mundo para cambiar a nadie. Llega la etapa del perdón y la de recrear los buenos momentos. No fue fácil, ya te he dicho que tu padre fue el primer hombre del que me enamoré. Recuerdo que cuando me separé, todavía dolía.

—Siento no haber hablado nunca contigo de cómo te sentías, yo…

—Eras muy pequeña. —Negué.

—Te prejuzgué, siempre lo he hecho. Para mí tú fuiste quien lo dejó, tú eras la culpable.

—No tenías edad para entender ciertas cosas.

—Pero fui autoalimentando ese concepto de ti con cada separación, mi odio hacia lo que se suponía que eras sin apreciar lo más importante. —Hice una pausa—. Tú siempre estuviste ahí para mí, nunca me abandonaste y me apoyabas en cada una de mis decisiones.

—Salvo en la de no mudarnos. —Me encogí de hombros.

—Efectos secundarios.

—Soy tu madre, Cassey, siempre te apoyaré en lo que pueda.

—Perdóname por no fijarme en todo lo que has llegado a hacer por mí. —Lloriqueé bajo sus gafas oscuras.

—No necesitas disculparte conmigo, ni llorar más, o al final te deshidratarás. —Enjugó una lágrima que caía por mi mejilla—. Ak, ve a por un Aquarius para Cas, por favor.

—Marchando, señora X.

—Necesitas sales minerales e hidratación. ¿Dejarás que cuide de ti y ejerza mi papel los días que estés de bajón?

—Sí, y no solo esos, quiero que recuperemos nuestra relación —admití con el corazón en la mano; es más, lo deseaba, quería pasar tiempo con ella, descubrir a la verdadera Sophia.

Mi madre me dedicó una sonrisa entusiasmada.

—Haremos muchísimas cosas y te ayudaré a que ese chico te perdone y vea todo lo bueno que hay en ti.

—No sé si podré recuperar a Jayden.

—La esperanza es lo último que se debe perder. Theodore Roosevelt dijo: «Cuando estés al final de la cuerda, haz un nudo y agárrate». Yo sé hacerlos marineros. —Me guiñó el ojo.

Jayden me había dicho en más de una ocasión que era afortunada por tener a mi madre conmigo, ¿cómo podía haber estado tan ciega?

A lo mejor porque solemos dejar de apreciar a aquellas personas que pensamos que deben estar ahí porque les corresponde, solemos tratarlas peor por el mero hecho de que forman parte de nuestra cotidianidad. Les buscamos los defectos, les restamos valor, no solemos decirles «te quiero» con la frecuencia que merece el que está ahí, a tu lado, ofreciéndote su hombro o animándote a seguir. No apreciamos que lo hacen continuamente porque nos apoyan, pensamos que forma parte de su obligación por estar en nuestra vida y descuidamos lo importantes que son en nuestro día a día.

Tendemos a hacer más caso a las opiniones alejadas de nuestro círculo vital, sobre todo, si quien nos infunde esas palabras es alguien por el que sentimos algún tipo de admiración, y no nos damos cuenta de que, en el fondo, los que nos acompañan en el viaje lo hacen porque nos quieren, no nos abandonan porque seamos la joya de la corona, sino porque, aunque caigamos, lo importante es llegar a la meta juntos.

No pensaba desperdiciar más instantes con ella, mi madre no merecía ni la opinión ni el papel que le había otorgado en la película de mi vida, se merecía un Óscar a la mejor producción, dirección, realización y actriz protagonista. Mejor o peor, siempre se había ocupado de mí, y todos tenemos derecho a equivocarnos creyendo que hacemos lo mejor para las

personas que nos importan. Ese tipo de errores no deberían contar, no iban a hacerlo, por lo menos, para mí.

Me prometí que me esforzaría por deshacer la distancia que yo misma había interpuesto y que el tiempo que viviéramos juntas, que sería bastante debido al importe de la deuda que iba a adquirir, le repetiría cada día lo bueno que veía en ella y lo mucho que la quería, hasta que se lo creyera.

Me había dicho de mí que era una mujer lista, valiente y decidida; ahora sabía de quién había heredado todas esas virtudes: de la persona más magnífica de todas.

—Te quiero, mamá.

—Yo a ti también, hija —suspiró, ofreciéndome una sonrisa que la hacía todavía más guapa de lo que era.

—No entiendo cómo anoche no ligaste…

Ella torció una mueca llenándola de coquetería.

—¿Quién dice que no? Ese tal Marcus es tremendo en la cama.

—¡Mamá! —exclamé con los ojos exorbitados.

—¡¿Qué?! Solo fue sexo, no iba a la caza de un marido...

—¡Por todos los cielos! ¡Le sacas más de veinte años!

—A mi edad, los de la suya son los mejores, sobre todo, cuando lo que buscas es una noche bien tórrida. Lo que voy a decirte es una verdad universal, así que más vale que te la grabes en la cabeza: a las mujeres no se nos agota el sexo, mientras que ellos tienen que tirar de pastillita; cuando tengas mis años, lo entenderás.

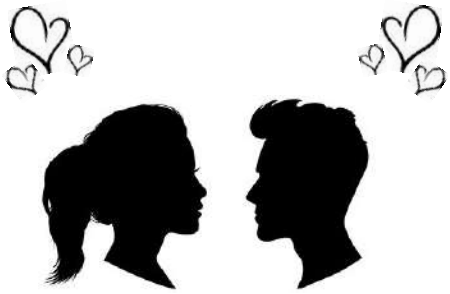
Esperaba que no, porque la imagen que acudía a mi cerebro cuando me veía con la edad de mi madre era en una cama con vistas a Bahía Vizcaína y Jayden desnudo en mi colchón.

Menos mal que no creía en el amor, porque estaba absoluta y rematadamente enamorada de Jayden King.

---

[1] US Mint: La fábrica de divisas americana, lo que vendría a ser la de moneda y timbre en España.

Capítulo 45



El cheque ya estaba en mi poder, mi madre aguardó en la cafetería del edificio hasta que bajé con él en la mano.

Antes de poner un pie en la Torre Hill, se ocupó de telefonear al director del banco para programar una visita con él en cuanto saliéramos del edificio.

Me alegró comprobar que el señor Hill no había mentido: la cifra que aparecía era el cuádruple de lo pactado. En cuanto subí a su planta, la secretaria ya me estaba esperando, Cheston había tenido que salir hacia una de las obras y no podía atenderme, por lo que lo dejó listo a la espera de que yo acudiera.

Me quedé con las ganas de verlo y decirle lo que pensaba, aunque, como dijo mamá, tampoco hubiera sacado nada de ello: el que nace elitista muere elitista.

Al director del banco solo le hizo falta ponernos una alfombra roja en cuanto nos vio aparecer, se notaba que antes de nuestra llegada le había echado un ojo a la cuenta bancaria de mi madre…, y ahora a su escote. Sudaba profusamente, poco importaba que el aire acondicionado funcionara a toda máquina, porque el hombre no dejaba de secarse la calva con un pañuelo de hilo bordado.

Le explicamos las circunstancias que nos habían llevado hasta su sucursal, y se puso manos a la obra de inmediato. Si mi madre de compras era letal, no te puedes hacer una idea de lo efectiva que era manejando sus cuentas.

En un visto y no visto, mi cheque y la cantidad faltante que salió de su bolsillo estaban transferidos a la cuenta de destino para que Chasity recibiera su tratamiento y Jayden el alojamiento mientras este durara.

Le pedí un comprobante donde quedara reflejado el concepto de la transferencia, quién hacía la aportación y el nombre de la paciente; no quería que hubiera dudas al respecto. Impreso en mano, le pedí a mi madre que me acercara al hospital.

Ella había quedado con una conocida para tomar un café, así que me comentó que cuando estuviera lista, que la llamara.

En cuanto subí a la planta de Pediatría, la enfermera me explicó que Camille estaba operando, que tenía el día complicado y repleto de cirugías, no tenía idea de cuándo me podría atender. Le pregunté si le importaba que me quedara en la sala de espera y no puso impedimento, no pensaba irme sin hablar con ella, lo tenía claro.

Avisé a mi madre que tenía para rato y le pedí que se fuera cuando terminara, que ya pillaría un taxi para volver a casa. Mi intención era pasar por el apartamento de Jayden en cuanto charlara con Camille, tenía su dirección, me la facilitó el señor Hill cuando tuve que completar su ficha.

El cuerpo me dolía debido a la tensión muscular del último día, mis ojos estaban irritados y terrosos, unas ojeras violáceas trazaban el contorno inferior de ambos y, aunque no estaba en mi mejor momento, no pensaba rendirme sin pelear.

Me descubrí cabeceando en alguna ocasión. El agotamiento estaba haciendo mella en mí, apenas había podido dormir en toda la noche, nunca se me había dado bien cagarla, especialmente, si eso equivalía a destrozar la vida de una persona, y en esa ocasión de dos.

Pensar en Jayden era quedarme sin aire, mi cuerpo temblaba y el pulso se me aceleraba sin remedio hasta que el dolor estallaba en mi pecho. Nadie te avisa de los efectos adversos del amor, de cómo duele cuando te falla, o en este caso, cuando tú le fallas. Todavía me costaba hacerme a la idea de que un sentimiento así hubiera podido florecer en mí, aunque, visto lo visto, ¿no rompen las flores el asfalto? Pues Jayden me había roto a mí.

El cielo estaba gris plomizo, a juego con mi humor indeterminado; por un lado, estaba feliz porque Chasity iba a recibir su cura y, por el otro, agobiada por las circunstancias.

Pasé el tiempo muerto mirando el teléfono, Jayden seguía sin leer el mensaje y los dedos me ardían de ganas de mandarle otro.

«Paciencia», resoplé, era mejor enfrentarlo cara a cara.

Mis esperanzas estaban puestas en que al ver en lo que había empleado el dinero, pudiera compensarlo y no sintiera una animadversión tan grande hacia mí. Debía de estar preocupadísimo; si yo lo estaba pasando mal, no quería ni imaginar cómo estaba él.

Sabía que, aunque le diera la solución para Chas, no significaría su perdón. Era consciente de ello, sin embargo, esperaba que fuera el inicio de una nueva oportunidad, lo deseaba con todas mis fuerzas. Unas pisadas me hicieron alzar la cabeza.

—Te llamabas Cassey, ¿verdad?

Reconocí a Terry, la jefa de enfermeras de la planta de Pediatría, con la que coincidí las dos veces que estuve en el hospital.

—Qué buena memoria…

—Cuando trabajas con críos, parece que las neuronas se contagian de su sabiduría, se me dan bien las caras —comentó amable—. Me han dicho que esperas a la doctora Grosvenor, ¿es así?

—Sí, ya me han explicado que está bastante liada, pero es que necesito hablar con ella, no puedo esperar un día más, es urgente y no me importa aguardar aquí a que termine.

—Pues siéntete en tu casa, al final del pasillo está la máquina de *vending*, el sándwich de atún no está del todo mal, por si te interesa comer algo.

—Lo tendré en cuenta, gracias. —Sonreí.

Terry se retiró en dirección al pasillo en el que estaba la habitación de la hermana de Jay.

Tenerla tan cerca me generaba una sensación extraña; por un lado, me apetecía pasar a verla y darle la noticia de que su viaje a Palo Alto estaba a la vuelta de la esquina y, por otro, sentía miedo. Yo no era la más indicada

para darle la noticia, ese era su hermano y no podía arrebatarle lo que era suyo; además, los niños solían hacer muchas preguntas y no estaba segura de poder darle determinadas respuestas.

Pasé más de seis horas calentando silla. Mi cuello estaba rígido y los párpados cada vez me pesaban más. Si Camille no hubiera aparecido, estaba convencida de que habría dado una cabezada final y me habría pillado roncando.

Me alegró que se acercara a mí y no llevara un escalpelo en la mano, su mirada no era de odio y ello me calmó, era una buena señal.

—Disculpa, Cas, me han dicho que llevas muchísimas horas aquí, ha sido un día complicado.

Tenía el rostro perlado en sudor y se notaba que estaba cansada.

—Tranquila, ya me avisaron de que estabas muy ocupada y ver la labor que hacéis aquí resulta inspirador.

—No sé si es la palabra que ahora mismo escogería, yo diría que es agotador y gratificante, de eso no hay duda.

—¿Podemos hablar en algún lugar privado? —Ella asintió y caminamos hasta su despacho.

—Por favor, siéntate. ¿Quieres tomar algo? Aquí solo tengo agua, pero...

—Un vaso de agua estará bien.

Nos sirvió uno a cada una y se acomodó en el asiento que quedaba a mi lado. No quería andarme por las ramas, así que fui directa al problema.

—Tu padre me contrató para que no llegaras al altar. —Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Lo sé, ayer hablé largo y tendido con él, no fue una conversación de lo más agradable, eso te lo garantizo —exhaló.

—Imagino, por eso he venido a disculparme. Siento muchísimo cómo han ido las cosas, te juro que no esperaba encontrarme a alguien como Jayden, en los casos en los que intervengo los cazafortunas son verdaderos crápulas, pero en el vuestro…

—Te diste cuenta de que no. —Asentí.

—Admito que la falta de tiempo no jugó ni en mi favor ni en el vuestro, todo tenía que ser extremadamente rápido y debí haberme cerciorado mejor, aunque te juro que, antes de ir a Las Vegas, intenté convencer a tu padre de la bondad de Jayden y él me acusó de haber caído como tú en sus redes.

—Y te enamoraste de él. —No fue una pregunta, sino una aseveración sin reproches.

—Como una idiota. Pero te juro que no quería; es más, yo nunca creí en el amor, me resistí con todas mis fuerzas y siento muchísimo que sucediera. Entenderé que no quieras volver a hablarme en la vida después de que me acostara con él —lo dije con la boca pequeña, temiendo lo peor.

El calor rebasó mi mejilla y supe que la primera lágrima había caído.

—No tienes de qué preocuparte, entré él y yo nunca hubo amor, yo contraté a Jayden para que se casara conmigo.

—¡¿Cómo?!

—Él no fue quien tuvo la idea; es más, me costó convencerlo. Somos amigos, lo máximo que hemos llegado a compartir es sofá, manta y peli. Y adoro a Chasity, necesitaba poder rescatar ese dinero. —El corazón me iba a mil—. Yo tenía la posibilidad de desbloquearlo, solo necesitaba que nos casáramos.

—¡Dios! ¡Yo no lo sabía!

—Ni tú ni nadie, le hice prometer a Jayden que no revelaría nuestro secreto.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo...

—Escuché una conversación indebida que ahora mismo no viene a cuento, procedente del hombre con el que sorprendentemente estoy casada. —Ella alzó la mano—. Pensé que me quería por lo mismo que todos y preferí adelantarme y entregar mi fortuna a alguien que la necesitara de verdad. —No tenía derecho a preguntar qué había pasado entre ellos, aunque la curiosidad me pellizcaba por dentro.

—¿Estás muy cabreada conmigo? —titubeé, ella suspiró.

—No voy a negarte que me has decepcionado, aunque, por otra parte, comprendo que no nos conocías y que estabas contratada para eso, así que

no me habría cabreado si no hubieras despedazado a mi mejor amigo.

—¿Cómo está? —pregunté temerosa de la respuesta—. No ha querido abrir mi mensaje.

—Jodido, nunca lo había visto así. En cuanto te conoció y te miró como nunca había hecho conmigo, supe que eras distinta. —Mi corazón se alborotó.

—No sé si va a poder perdonarme por lo que hice, pero he dado el primer paso: he decidido usar el dinero que he recibido de tu padre para el tratamiento de Chasity; de hecho..., lo he pagado —confesé, mordiéndome el labio.

—¡¿Cómo?! —Sus ojos se ampliaron exorbitados.

—Esta mañana fui al banco en cuanto me entregaron el cheque y solicité un préstamo a mi madre por la cantidad faltante.

—¡Yo iba a pagarlo! —exclamó—. Si no he ido a hacer el ingreso es porque hasta el jueves no estarán todos los papeles listos, Duncan se estaba encargando del papeleo.

—¿Y él está de acuerdo en que dones tu dinero a la hermana de Jayden? —Camille asintió.

—Y aunque no lo hubiera estado, lo habría hecho igualmente; como bien has dicho, es mi dinero y hago con él lo que quiero, esté con Duncan o con cualquier otro. Chas es tan importante para mí como Jayden, ayer se lo dejé muy claro a mi padre.

—He sido una imbécil... —Me llevé las manos a la cara.

—Si quieres esperar hasta el jueves, puedo hacerte una transferencia por lo que has pagado.

—¡No! ¡De ninguna manera! No me refería a eso, quiero hacerme cargo del tratamiento, ese dinero nunca debería haber llegado a mis manos, porque yo debí evaluar bien el caso y comprender lo que pasaba, no debí aceptar ni inmiscuirme en vuestro acuerdo.

—No estoy de acuerdo en eso, porque si tú no hubieras aceptado, Jayden no se habría enamorado perdidamente de ti, ni habría pasado la noche de nuestra despedida contigo; por lo tanto, yo me habría casado con la persona

equivocada por un maldito malentendido. Si quieres un consejo, nunca presupongas nada, si escuchas una conversación ajena y piensas que va contigo, no salgas corriendo y afróntala.

«Jayden está perdidamente enamorado de ti, de ti». Acababa de decirlo Camille y yo ya no podía escuchar otra cosa. Vacié el vaso de agua, me sentía sedienta y alterada.

—Quiero ir a ver a Jayden.

—Está muy herido, no te lo aconsejo —me advirtió.

—Es que lo necesito...

—Jayden no suele ser una persona rencorosa, se le terminará pasando, aunque tengo mis reservas sobre el tiempo que va a precisar; nunca lo había visto tan alterado.

—Ya contaba con ello, pero es que tengo que deshacer este nudo que no me deja respirar desde ayer.

—Lo comprendo, yo estaría igual. Me quedé a cero de batería y en el aeropuerto tuve que cargar el móvil. Lo llamé en cuanto tuve una rayita de cobertura para tranquilizarlo y fui a verlo con Duncan en cuanto aterricé. Ambos necesitábamos hablar, explicarle lo ocurrido y tranquilizarlo respecto al tratamiento de Chas. Por ese lado ya no está preocupado, el problema es que te has cargado su corazón, no el físico, el cual se podría trasplantar, sino el emocional; y para Jayden, el amor lo es todo.

Sus palabras me encogieron por dentro.

—Ni siquiera sé cómo podré mirarlo a la cara —confesé con la segunda lágrima cayendo en mi regazo.

—Hazlo como lo estás haciendo conmigo, desde el fondo de tu alma, confío en que podáis arreglar las cosas. Si Jay está tan dolido es porque te ama, solo el amor es capaz de destrozar a alguien como tú lo has hecho.

—No puedo dar marcha atrás, así que tengo que cargar con las consecuencias y tener fe en que, en algún momento, pueda llegar a perdonarme.

—¿Quieres recuperarlo?

—Con todo mi corazón.

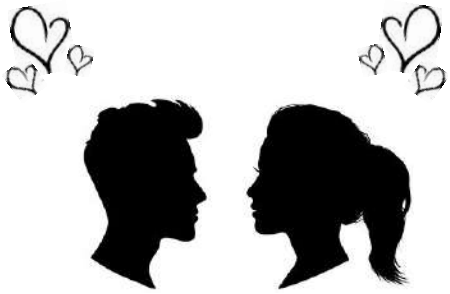
—Pues, entonces, no te rindas, demuéstrale que te equivocaste, que lo quieres y que vas a apostarlo todo por él. No me decepciones ni te decepciones a ti misma.

—No lo haré. Gracias por todo, Camille.

—Suerte —murmuró.

Las dos nos pusimos en pie y ella me dio un abrazo de despedida.

Capítulo 46



Jayden

Había roto a llover.

Las gotas empañaban mi visión e ir en moto no ayudaba, había gente a la que le entusiasmaba conducir bajo la lluvia, yo lo veía un acto peligroso e innecesario. Por suerte, solo estaba a una manzana del hospital.

Pese a tener un humor de mierda, acorde con el día, hablar con Camille ayer y asumir que Chas seguía teniendo una oportunidad me había relajado un poco.

Gracias al cielo que Cam era una buena persona y su marido no era un capullo integral.

Lo primero que hizo después de llamarme cuando consiguió algo de batería, fue venir a verme con Duncan al aterrizar.

—¿Estás bien? —Camille se abrazó a mí con preocupación.

—No.

—Qué pregunta más estúpida, ¿verdad? No tienes que preocuparte por Chasity porque me haya casado con Duncan. —Cabeceó hacia él—. Aunque te lo avancé por teléfono, necesitaba explicártelo cara a cara. Mi marido conoce la situación y voy a ocuparme de que le den el tratamiento como te prometí.

—Pero ahora estáis casados, sería comprensible que...

—No vayas por ahí, sigue siendo lo mismo, Jay, ni mi marido ni yo necesitamos esa herencia y quiero mantener la promesa que te hice. —El alivio me inundó por dentro.

—G-gracias, os juro que os lo devolveré.

—No, ¿recuerdas?, ese dinero es para Chas, tú no tienes nada que ver. Te casabas conmigo porque te contraté, la boda era un medio para alcanzar un fin y, por fortuna, el jueves lo

tendremos resuelto gracias a Duncan. —El abogado se mantenía en un segundo plano, concentrado en la conversación que estábamos teniendo, por su expresión parecía estar de acuerdo en todo—. Él y yo hemos arreglado nuestras diferencias, ya te lo contaré con más tiempo y un café, pero quiero que sepas que no me arrepiento de lo que he hecho, que soy feliz y que queremos contribuir en una mejor calidad de vida para Chasity.

—Os estaré eternamente agradecido. Voy a deberos la vida de mi hermana.

—A nosotros no nos deberás nada, con tu amistad nos conformamos.

El alivio que sentí debería haber bastado para que volviera a recuperar mi pasión por respirar. No fue así. Parecía haber olvidado cómo se hacía. Estaba triste, taciturno, cabreado con el mundo y, sobre todo, con Cas.

Me arrepentía enormemente de haberla conocido y abrirme a ella sin reservas. De lo único que me había servido fue para que me diera la patada más dolorosa de mi vida, una que me constreñía por dentro y me daban ganas de encerrarme en una habitación oscura para no salir nunca. Lo peor de todo es que no podía parar de recrear cada uno de nuestros encuentros, de fustigarme con cada sensación que despertaba en mi cuerpo y, por supuesto, nuestra última noche. Esa maldita noche en la que me entregué a corazón abierto y lo perdí sin remedio.

Lo único bueno que había salido de tanta mierda era que Duncan Fletcher parecía un tío legal, y Camille no dejaba de sonreír cada vez que él la apretaba contra sí para besarla a la mínima oportunidad. Mi amiga se merecía ser feliz más que nadie en el planeta.

Chasity estaba emocionadísima, me había pedido una guía de viajes, porque le prometí que cuando estuviera recuperada, veríamos lo más interesante de la Costa Oeste, alquilaría una autocaravana y haríamos unas pequeñas vacaciones que incluirían todos los lugares que quisiera visitar. Su energía contagiosa mitigó por un rato el dolor que me carcomía por dentro. Cassey Sullivan me había arrastrado con sus argucias a un pozo negro del cual me iba a costar salir.

Llegué a la zona de aparcamiento exterior del hospital y me fijé en una solitaria figura que estiraba el cuello bajo el aguacero. Estaba frente a la parada de taxi sin saber que Los Ángeles, con lluvia y tráfico, era lo peor.

No había un solo vehículo disponible y con el atasco en la carretera de acceso tardaría en llegar.

Un latigazo de reconocimiento me azotó la columna en cuanto recorrí los últimos metros. Por poca visión que tuviera, la reconocería en cualquier parte.

Mi némesis, mi talón de Aquiles, mi *amodiada* archienemiga: Cassey Sullivan.

¿Estaba loca? ¿Por qué no se metía dentro y esperaba a que lo peor de la tormenta pasara? Solo se le ocurría a ella quedarse ahí, bajo el aguacero. Un coche pasó demasiado rápido por el charco que quedaba frente a ella, en la calzada. Arrojó la suficiente agua para empaparle el corto vestido blanco, si no fuera porque ya estaba chorreando.

Ella gritó un improperio que no alcancé a oír y agitó el puño en el aire.

No debería haberme hecho gracia el gesto, tampoco importarme si cogía una neumonía o no; es más, debería alegrarme de que tuviera que invertir todo ese dinero que había ganado gracias a mí en gastos médicos y que su aspecto fuera el de huevo pasado por agua. Tenía el pelo aplastado contra las mejillas y aquel maldito vestido pegado a cada maldito centímetro de su anatomía.

Mi polla dio un sobresalto informándome de que los únicos huevos pasados por agua eran los míos, que, por cierto, ya estaban adquiriendo la consistencia de duros, muy a mi pesar.

Dejé ir una imprecación mientras aparcaba y trataba de explicarle a mi erección que no se desea al enemigo. Coloqué la pata de cabra y apreté los puños con fuerza cuando al alzar la cabeza me fijé en que sus ojos habían dado conmigo.

Si yo había podido reconocerla, ella también lo había hecho.

No me avergonzaba reconocer que no había conseguido reunir el coraje suficiente como para abrir el mensaje que me mandó, me dije que ya lo haría cuando estuviera menos agonizante. La vida era tan cabrona que, en lugar de darme una taza caliente de té, me había vaciado la tetera en la cabeza.

«*Fuck!*, lo que me falta, tener que verla».

Un rayo zigzagueó en el cielo y un trueno reverberó en señal de protesta.

«Menudo día de mierda». Tenía la esperanza de llegar al hospital antes de que me atrapara la tormenta. Lo habría logrado si en el último momento a Marcus no le hubiera dado por salir a repartir telas impermeables para los sin techo. No iba a dejarlo solo cuando parecía que el cielo iba a desatar el juicio final.

Con la tarea terminada, monté en la moto y conduje todo lo deprisa que me permitió el tráfico y los límites de velocidad. ¿He dicho ya que odio conducir bajo la lluvia? Pues lo odio.

—J-Jayden. —El susurró me alcanzó con la misma mala leche que el rayo y mi interior se revolvió con la rudeza del trueno crujiendo el cielo.

Tenía puestos los ojos en un calzado de lo más inapropiado para pasear bajo la lluvia. Las piernas que los precedían dejaban ver sin pudor regueros de agua lamiendo su piel. Y pensar que yo me había movido entre ellas mientras las enroscaba en mi cintura...

Subí de inmediato hacia aquellos ojos de gata que amenazaban la poca estabilidad emocional que me quedaba.

Intenté evitarla, no hay mayor castigo que la ignorancia. Pasé por su lado como si su presencia fuera la de un fantasma que era incapaz de ver y no la destructora que había terminado con el amor de mi vida.

Su brazo se alargó. No llegó a tocarme, aunque no le faltó intención. Sentí la misma descarga eléctrica que habría percibido si nuestras pieles se rozaran bajo el agua. Di tres amplias zancadas ignorándola, cuatro más y habría alcanzado la puerta de cristal y me habría librado de ella.

«Aguanta, Jayden, aguanta», me espoleé. «No la mires, no la...», la advertencia murió en mi cerebro cuando me encontré con su reflejo en el cristal. Tuvo el mismo efecto en mí que si me hubiera mirado Medusa: acababa de convertirme en piedra.

Sus hombros se sacudían con violencia, el cuerpo femenino se agitaba como una hoja y la mano derecha limpiaba lo que bien podría haber sido una lágrima.

«Es solo lluvia».

Me cabreé, me mosqueé mucho, en parte porque me superaba que me doliera verla, que me muriera por ir hasta ella, hasta sus labios para castigarla, para demostrarle que en el fondo sí me quería, que lo único que pasaba es que era una obtusa y que había estado tan equivocada que ni siquiera se había percatado de lo que sentía por mí.

«¡Imbécil! Esa no es ella, esa no es la mujer de la que te enamoraste, solo interpretaba un papel, uno hecho a medida para ti», me escupí.

Había buscado información sobre su empresa, y ahora sabía muy bien a lo que se dedicaba, a joderles la vida a estúpidos como yo.

Abrí y cerré los puños, no me importaba estar calándome como ella, tenía que cerrar la herida para poder seguir adelante, tenía que enfrentarla, y cuanto antes lo hiciera, mejor. Me di la vuelta y la encaré.

—¡¿Qué cojones pretendes, Cassey?! —bramé de malas maneras—. ¿Que sienta lástima por ti? ¿Que te vea como la víctima cuando has sido el verdugo?

—Yo-yo sé que no he hecho bien las cosas, pero... quiero arreglarlo.

Alzó la voz para que esta se oyera por encima de la furia del agua.

—¡¿Arreglarlo?! ¡No puedo ni mirarte a la cara!

Eso era cierto, porque si lo hacía, podría llegar a sucumbir, mi corazón sangraba por ella y lo único que clamaba era que la quería recuperar, por muy autodestructiva y cabrona que fuera.

—Jayden, escúchame —rogó dando dos pasos hacia mí—. Cuando me contrataron, yo no sabía quién eras ni cómo eras, mi empresa intenta ayudar a las personas, no hundirlas...

—¡Ja! Te he buscado en internet, sé a lo que te dedicas: rompebodas. —Ella torció el gesto.

—No todas las personas tienen buenas intenciones como tú.

—Pues deberías cerciorarte en medio de qué matrimonio te metes antes de aceptar un encargo.

—Lo hacemos, lo hago, te lo juro. Akon, Ashley y yo llevamos un control muy riguroso y exhaustivo de los cazafortunas, solo que esta vez no

tuvimos tiempo... El señor Hill nos dio muy poco margen de actuación y teníamos que resolverlo rápido. Yo nunca actúo de cebo.

—Pues deberías, se te da de puta madre —gruñí irascible.

—Me equivoqué, Jayden, la pifié contigo. Si bien es cierto que te movía un interés, no era el que nosotros creíamos.

—¡¿Y?! ¿Eso te exculpa? ¿Hace menos malo lo que has hecho? Sabías lo que empezaba a sentir por ti, sabías lo que suponía para mí el enlace con Camille, y te dio igual, preferiste engañarnos para cobrar el puto cheque y ganar el premio que te prometió Cheston. —Aplaudí, y el sonido quedó amortiguado por el agua—. Bravo, enhorabuena, eres lo puto mejor, ¿ya has conseguido lo que querías?

—¡¿Y qué pasa si lo que quiero es a ti?!

—¿A mí? —Dejé ir una risa amarga, porque sus palabras eran lo que más habría deseado hacía dos días. La ponzoña de la rabia colapsó mis arterias —. Que te equivocarías de lleno —respondí con inquina—, porque yo nunca podría estar con una persona como tú. Me equivoqué contigo, señorita Sullivan, me enamoré de una mujer inexistente, una que se preocupaba por mis gustos, una que se reía con mis bromas y se sonrojaba con nuestros tonteos. Una a la. que le importaba lo que fuera a sucederle a mi hermana, una mujer con corazón, pero está visto que tú careces de él. No eres la mujer de la que me creí enamorado, esa solo fue una ilusión creada en tu laboratorio del amor.

—¡No! —Vino hasta mí con el rostro cubierto de desesperación y agua—. Todo eso que viste soy yo, no fingí, puede que al principio sí que sobreactuara un poco y fuera más lanzada de lo que habitualmente soy, pero... Yo soy esa mujer, te lo juro, me gustas, muchísimo, más de lo que soy capaz de admitir, más de lo que me ha gustado nunca nadie.

—Pues si llegas a odiarme, no sé qué habrías hecho conmigo, ¿arrancarme los ojos y servírselos para el desayuno al señor Hill? —Ella apretó los labios.

—Quise contarte la verdad...

—¿Cuándo? ¿Antes o después de abrirte de piernas? ¿Antes o después de que Cheston «nos pillara»? Ay, no, que no nos pilló, que estaba esperándote al otro lado de la puerta para ver si habías cumplido la misión.

—¡Eso no es justo! ¡Yo no sabía que estaba ahí!

—¡Claro! Como tampoco sabías que si hacías lo que él te pedía, la balanza se inclinaría a tu favor en los IABI... —Se mordió el labio. Todo el amor que sentía por ella se estaba volviendo una rabia tan oscura y densa que amenazaba con ahogarme.

—Eso sí lo sabía —admitió—, pero te prometo que mi intención era largarme, coger el primer vuelo y que no me volvieras a ver para que pudieras casarte con Camille. No quería ser un obstáculo para ti.

—Bonita forma de quererme.

—¡¿Y qué querías que hiciera?! ¡¿Que arruinara la boda?! ¡¿Que no pudiera soportar tu imagen en el altar junto a ella y que cuando el cura preguntara si alguien conocía un motivo por el cual no podríais casaros yo interviniera para decir que no podías hacerlo porque te quiero?! —gritó.

«Ojalá hubiera sido así, pero de verdad, no porque estuviera interpretando un papel».

—Eso ya da lo mismo, no importa lo que yo quisiera, porque el daño ya está hecho. A ti te vino genial que folláramos y que Cam se casara: cuadruplicaste tus beneficios y a cambio solo te supuso un sacrificio repleto de orgasmos, ¿o también fingiste que te corrías? Igual llevas un sistema integrado de fluidos...

Sus ojos verdes se tiñeron de ira y arremetió contra mí dándome un empujón.

—Eres un necio, un estúpido y un idiota. No tienes ni idea de lo que siento o de lo que sería capaz de hacer por ti. —La agarré con fuerza de las muñecas, la zarandeé y la miré a los ojos.

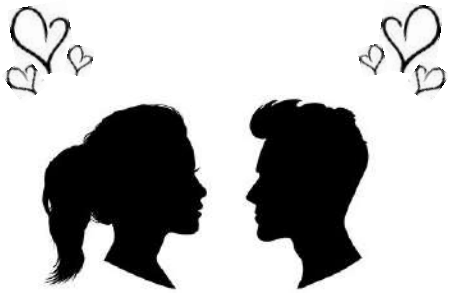
—No quiero saberlo porque ya no me importas. Dices que me quieres, ¿no es cierto? Pues demuéstramelo. ¡Lárgate y no vuelvas a cruzarte en mi camino en tu puta vida, ni en la mía! Haznos un favor y olvídate de que alguna vez me conociste. ¡No quiero verte, no quiero oírte, no quiero volver

a sentirte, no quiero nada de ti! ¿Lo comprendes? ¿O busco a alguien que te lo explique? Jamás voy a poder mirarte del mismo modo, Cas, nunca.

Ella rompió a llorar con fuerza y yo me di la vuelta, me alejé hacia el interior del hospital, esa vez sin buscar su reflejo, porque temía que si lo hacía, terminaría sucumbiendo, correría hasta deshacer la distancia, la tomaría en brazos y la besaría hasta que no le quedara más remedio que enamorarse de mí. Así de estúpido era.

Desoí su voz al llamarme. No podía, no quería tener a mi lado a una persona que podía destruirme de un plumazo; en realidad, ya lo había hecho, por mucho que la amara.

Capítulo 47



Un mes y quince días después, con más helado en el cuerpo que la fábrica de Ben & Jerry’s y los Akasho, como había bautizado a la tríada conformada por Akon, Ash y mi madre, tenía a los tres flanqueando mi cama para sacarme por los pelos.

Reconozco que me hundí mucho, muchísimo, me cerré en banda y me acogí a las últimas palabras de Jayden en las que me pedía que, si lo quería, no volviera a cruzarme con él. Creo que lo que más me dolió fue que me dijera que nunca más podría verme con los mismos ojos que antes de que «lo traicionara».

Volví a casa calada hasta los huesos y, por mucho que me dijeron mi madre o mis amigos, les pedí que compraran los billetes de vuelta y regresáramos a Miami. Quedarme en Los Ángeles solo me destrozaría más de lo que ya estaba.

—Arriba te hemos dicho. —Mi madre tiró de la sábana y un tarro de helado vacío cayó rodando.

—No es por criticar, pero me recuerdas a ese crío que lo adoptó una manada de lobos, ¿eso son uñas o armas mortales? —profirió Akon, apuntando hacia mis pies.

—Eso es una peli, ¡idiota! Y deja en paz a mis uñas o te rebano el cuello con ellas.

—¡A la ducha! —exclamó mi madre, logrando que Akon me tomara en brazos—. Tu etapa dedicada a la autocompasión y el fustigamiento ha

finalizado.

—No pienso meterme en la ducha con vosotros tres... —les comenté sin dejar de mirarlos.

—Ni yo contigo hasta que no te desprendas de ese olor, pequeña mofeta.

Ak arrugó la nariz.

—Es un mecanismo de defensa —comenté, levantando la axila y por poco me lanzó como si fuera un balón.

Lo admito, había entrado en una especie de huracán autodestructivo en el que todo me parecía un sacrificio, incluso entrar en la ducha.

Estábamos a finales de agosto y llevaba enclaustrada en mi habitación desde julio. Apenas salía para comer, Ashley y Akon venían a visitarme día sí y día también, aunque a veces ni siquiera me apetecía hablarles.

Sabía por los padres de Ash que Chasity ya estaba en Palo Alto y que el tratamiento estaba funcionando bien; esa parte me tranquilizaba, por lo menos, el dinero había servido para algo positivo.

En Miami rondábamos los noventa y un grados Fahrenheit y seguía haciendo un calor de narices.

Los tres atravesaron la puerta de mi baño. Ak conmigo en brazos.

—He pillado la indirecta, y vale, me voy a bañar.

—Asegúrate de restregar bien detrás de las orejas, creo que he visto asomar un suricato bajo esa maraña de pelo encrespado... —se carcajeó Akon, bajándome al suelo.

—¿Eso es un lamparón de helado? —Ashley señaló varios churretes que recorrían mi camiseta de tirantes.

—Es el estampado tendencia, *print guarrial* —regresó su novio al contraataque.

—¿Queréis largaros de una vez y dejarme en paz? Ya lo he pillado, genio. —Apunté mirando a mi amigo, que seguía con aquel rictus desenfadado.

—Te esperamos en la piscina, tómate el tiempo que precises, hay mucha mugre que rascar... Si no terminas limpia del todo, te llevo al lavadero de coches y te desincrusto con la lanza... —apostilló el malnacido de Ak.

—¡Si me llevas al lavadero terminarás con esa lanza a modo de lavativa!

—¡Esa es mi Crash! ¿Dónde estabas metida? Te hemos echado mucho de menos... —Entonces comprendí que solo me estaba picando para que volviera a ser yo misma, le ofrecí una sonrisa apagada y un abrazo que no rechazó.

—Esperadme fuera.

Pasé un buen rato en el baño, como decía Ak, había mucho que desincrustar. Con la mugre largándose por el desagüe y tres kilos menos de peso, me enfundé en un mono de tirantes de pantalón corto y oteé mi imagen en el espejo. Se me veía triste, apagada, sin brillo, un reflejo bastante pobre de la mujer que había sido.

Me coloqué el pelo húmedo detrás de las orejas y me dije que ya estaba bien. Puede que Jayden no volviera a estar nunca en mi vida, pero yo no tenía por qué autoculpabilizarme más, ni dejar de vivir, ya me había autocastigado suficiente y tocaba echarle un par de ovarios…, además de una analítica completa para corroborar mis niveles de azúcar en sangre.

Ni siquiera había tomado el sol en esas seis semanas, volverse un despojo humano tiene su intríngulis y, aunque los Akasho intentaron con todas sus fuerzas que remontara, yo necesitaba mi propio periodo de *stand by.*

—¿Es un ácaro? ¿Es un trol? ¡No, es superCas! —bromeó Ak, envolviéndome en un abrazo—. ¡Y ya no huele a mofeta sin alma, sino a flores silvestres! ¡Gracias, Dios mío, por esta mutación a humano!

—¡¿Quieres dejar de hacer el payaso?! —lo empujé sonriente.

—¿Eso es una sonrisa? Señora X, prepare esos labios, creo que voy a infartar y necesitaré su boca.

Mi sonrisa dio paso a una carcajada y el sol calentó mis mejillas. Ashley me apretujó encantada y susurró un «te he echado mucho de menos» que me llegó al corazón.

Mis amigos se habían estado haciendo cargo de la empresa durante ese período de «baja voluntaria». Les dije que lo que ganaran sería íntegro para ellos, pero no quisieron aceptar; en lugar de eso, mi madre se ofreció para echarles un cable y ocupar mi lugar.

Sí, como lo oyes, mientras yo me ahogaba en pena y miseria, ellos hacían un equipo que ya querría para sí la NFL.

El señor Hill volvió a cumplir su promesa de hacernos buena publicidad y, en cuanto pusimos los pies en Miami, nos cayeron varios encargos.

Mi madre resultó un gran descubrimiento, no le costó nada hacerse con las riendas y ocupar mi puesto, se le daba genial; si yo tenía visión del negocio, ella tenía mucha más, olía a un cazafortunas a kilómetros y había dado en el clavo con los dos encargos que habían admitido este mes y medio. Ya estaban trabajando con los futuros tentadores e incluso teníamos lista de espera. Solo les pedí una cosa: que cotejaran con lupa cada caso, que analizaran si verdaderamente el proyecto era necesario. No quería otra metedura de pata como la de Jayden.

—Ven, Cassey, siéntate y desayuna. —Mi madre palmeó una de las sillas.

No había escatimado en medios saludables, fruta fresca, zumo natural, frutos secos y semillas de todo tipo...

—¿Acabo de convertirme en ardilla?

—Con tu alimentación de las últimas seis semanas necesitas un poco de dieta *détox*, tus poros supuran vainilla con macadamia y tus arterias están al borde de la saturación.

Era verdad, necesitaba cuidarme un poquito más y agradecía que mi madre se preocupara por ello.

—Gracias.

Di un buen trago al zumo y me fijé en la expresión de los tres: aquí había gato encerrado, y no me refería a mi olor.

—¿Qué? —Los conocía demasiado bien como para saber que tramaban algo.

—Tenemos una nueva línea en el negocio y queremos comentarla contigo —dijo mi madre.

—¿Una nueva línea? —pregunté incrédula—. ¿Y cuándo ha surgido la idea?

—No sé si fue mientras estabas llorando o con aquel ataque de hiperglucemia —argumentó Akon con el dedo índice golpeando su barbilla.

—Bobo. —Le lancé un grano de uva y lo cazó al vuelo con la boca—. Venga, iluminadme, ¿de qué se trata...? —Ashley carraspeó y tomó el mando de la situación, lo que significaba que seguramente sería algo que no me iba a gustar, porque mi amiga tenía el don de darme la vuelta ante decisiones a las que de otro modo hubiera dicho que no.

—A ver, todo superhéroe necesita un villano, porque, si no, como que la bondad no brilla. En tu caso, tú actuaste de villana en la relación entre Jayden y Camille —puse los ojos en blanco, sabía que no me iba a gustar —, así que la idea sería reconvertirte en superheroína...

—¿Por qué habéis nombrado al innombrable? —Les tenía prohibido sacar el tema de Jay porque, aunque no quisiera, me seguía afectando.

—Porque para poner en marcha la nueva línea necesitamos un experimento y tú eres la prueba piloto para ver si funciona. Queremos rescatar relaciones que se han roto, pero que estaban destinadas a salir bien...

—¡Eso es una puñetera locura! ¿Cómo vamos a saber si verdaderamente estaban destinadas a salir bien?

—Igual que hacemos con las relaciones que queremos romper: estudio, análisis y una App nueva que han patentado unas chicas, que está dando unos resultados geniales sobre compatibilidad emocional. Ak está negociando con ellas para hacernos con la patente... ¡¿No te parece una puta pasada?! —exclamó Ashley entusiasmada.

—Que el hombre pisara la Luna es una puta pasada, que Graham Bell inventara el teléfono es una puta pasada y que la doctora Sandra Lee consiga extirparle a un tío un bulto con el tamaño de Canadá en las pelotas es una puta pasada...

—¡Amén, hermana! —prorrumpió Akon.

—Pero que queráis utilizarme como conejillo de Indias para intentar arreglar lo mío con Jayden, sabiendo que no me quiere ni ver y que yo lo he pasado fatal, es un jodido suicidio.

La expresión de Ashley se apagó un poco, aunque la de mi madre se llenó de determinación, mientras Ak se cruzaba de brazos.

—Estás equivocada —anunció mi progenitora.

—¿Equivocada?

—Sí.

Bufé con algo parecido a la esperanza aleteándome en el pecho. Mi yo interior se armó con un *spray* antinsectos y la pulverizó.

«¡Muérete, mariposa!».

—Te dije que te ayudaría —prosiguió mi madre convencida—, y los cinco creemos que ha llegado el momento de que des un paso al frente y arregles lo que se estropeó. Cuando una lavadora se avería, no hace falta cambiarla por otra, a veces se trata de una pequeña obstrucción y se soluciona con una llamada al lampista.

—¿Estás comparando lo mío con Jayden con el funcionamiento de un electrodoméstico?

—Solo es para que lo entiendas.

—¿Y qué cinco, mamá? Sois tres, que yo no estoy de acuerdo y tú no tienes personalidad múltiple.

—Te habla de Marcus y Camille —apostilló Ash. Ante la revelación, me quedé estupefacta.

—¡¿Qué tienen que ver ellos en todo esto?! Mamá, ¡¿te has seguido zumbando a Marcus mientras yo me aletargaba?!

—Solo fue una vez, Marcus y yo hemos mantenido el contacto, pero no por lo que piensas, estoy contribuyendo de manera activa en su ONG y también porque me interesaba saber de primera mano cómo estaba mi futuro yerno.

—Dios, tu madre es mi heroína —suspiró Ashley con adoración—. A su edad quiero ser como usted, señora X.

—Tú no vas a cepillarte a Marcus —la riñó Akon.

—No necesito que pasen veinte años para montármelo con él —lo chinchó ella.

Akon la cogió entre sus brazos y le arreó un morreo con el que la dejó sin ganas de buscar en otra parte.

—¿Decías? —preguntó estoico.

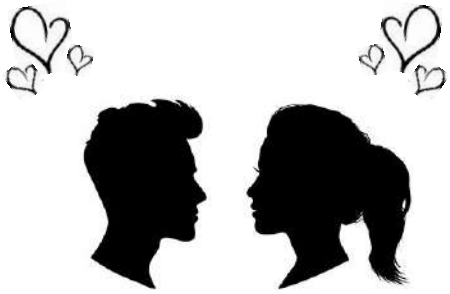
—Engreído.

—¿Podemos hacer el favor de centrarnos?, tenemos que explicarle el plan a Cassey y vuestros manoseos no contribuyen —les riñó mi madre.

—¡¿Qué plan?!

—Mañana te vas a Palo Alto —prosiguió— y ninguno de los tres va a aceptar una negativa por tu parte, aunque tengamos que drogarte para meterte en el avión. Y vas a ir a por él, Cassey, vas a luchar para recuperar lo que os corresponde, porque ni tú has olvidado a Jayden ni él a ti, y vas a encargarte de demostrarle personalmente por qué.

Capítulo 48



Jayden

No podía estar más contento, el tratamiento estaba siendo todo un éxito y, según los médicos, Chasity evolucionaba de una forma extraordinaria; si todo iba bien, en un mes y medio estaría fuera del hospital y podría considerarse «curada».

Joder, todavía no podía creerme esa palabra; si mi madre estuviera con vida, seguro que estaría llorando de la emoción.

Camille me decía que todavía debíamos ser prudentes, que el tratamiento era muy experimental, que la fase dos, la anterior a la que le aplicaban a Chas, fue todo un éxito, pero funcionaba de manera local, es decir, no curaba la enfermedad; solo hacía que las heridas cicatrizaran más rápido y mejor, ayudando a la formación de nuevo colágeno que aumenta la estabilidad de la piel gracias a un gel, pero en ningún caso actuaba de cura porque no conseguía modificar el curso de la enfermedad y que el gen defectuoso fuera eliminado.

Ahora, con los últimos descubrimientos de los investigadores de la Universidad de Standford y una colaboración externa con la doctora Hoxha, del prestigioso laboratorio australiano GenTech, habían dado con la fórmula específica para que el virus permaneciera en las células a través de la nanotecnología, un avance increíble mediante el cual Chasity tendría la oportunidad de llevar una vida como la de cualquier niña de su edad.

La miré de soslayo mientras disputábamos una partida al Rabbids Party Of Legends; se había convertido en toda una experta y me daba unas palizas de miedo.

Su piel estaba mucho mejor, una dermatóloga del hospital le aplicaba un tratamiento que había mejorado muchísimo las marcas de las heridas, se notaba que estaba más lisa, tersa y renovada.

—¡Síií! —exclamó, soltando el mando para subirse a la cama y hacer el baile de la victoria.

—¡No vale! ¡Has hecho trampas! —me quejé ceñudo.

—No hago trampas y lo sabes, es que tú eres soberanamente malo en este minijuego.

—Por eso te empeñas en que juguemos solo a este.

—No es por eso, listillo, es porque la práctica perfecciona y yo quiero seguir siendo la mejor para vencer a mis compañeros en el torneo del mes que viene.

—Pues podrías perder alguna partida contra mí por compasión —refunfuñé.

—Vencer sin merecerlo no es bueno para nadie —masculló, volviendo a sentarse como una india—. Tienes que practicar más.

—Si practico más, mis dedos van a convertirse en muñones y el lector de huellas del móvil no va a reconocer mi pulgar.

—Venga, echemos otra más... —sugirió.

La habitación era muy amplia, luminosa, individual y contaba con todas las comodidades que podría necesitar una niña de once años; para nada parecía la de un hospital, salvo por los cuatro trastos que te recordaban que sí lo era.

Chasity se había hecho rapidísimo al nuevo entorno, algunas de las enfermeras la apodaban Shinning Star, porque en cuanto llegó, quiso pasarse por las habitaciones del resto de pacientes de la planta para presentarse. Cada vez que entraba en un cuarto, era precedida por el sonido de las risas; por eso las sanitarias decían que era como una estrella brillante cuya aparición siempre te levanta una sonrisa.

No tardé ni cinco minutos en volver a perder. Chas lanzó un grito de júbilo que se vio interrumpido por su doctora.

—¿Qué son estos chillidos, señorita? —el tono empleado era dulce y divertido, aunque estuviera arrugando el entrecejo y tuviera los brazos en jarras.

La doctora Anderson era la pediatra asignada a Chasity. Camille mantenía una estrecha comunicación con ella, por lo menos, se llamaban un par de veces en semana, ya que mi mejor amiga no quería perderse los avances; Chas siempre sería muy importante para Cam.

Blair se situó en la entrada de la habitación y agitó las cejas. Era bonita, no despampanante, pero sí lo suficientemente atractiva para que cuando Marcus vino de visita la semana pasada, me preguntara si ya me la había tirado.

Como era lógico, le respondí que no, y que veía fantasmas donde solo había sábanas.

Él contraatacó alegando que el modo en que agitaba las pestañas y las caderas la doctora Anderson era un claro indicio de que sábanas sí que quería…, pero para tumbarse sobre ellas conmigo encima.

Quise restarle importancia y eso fue todavía peor porque entonces sacó el tema de Cassey: que si no había salido con una chica tan *sexy* como la doctora era porque en el fondo seguía sin poder quitármela de la cabeza.

Ojalá solo fuera de la cabeza y no del corazón. Su imagen, sus sonrisas, el color de sus ojos y los jadeos que escapaban de sus labios cuando hicimos el amor me perseguían a todas partes. Todo era muy reciente como para olvidarme de ella con tanta facilidad y, aunque intentaba apartarla cada vez que afloraba en mi imaginación, se me hacía muy cuesta arriba. No la había superado y que ella resultara la persona que pagara el tratamiento fue como si me clavaran otro puñal en el corazón.

Me enteré el día de nuestra pelea bajo la lluvia. Estaba tan frustrado, tan cabreado, que cuando Camille me lo contó, reaccioné todavía peor.

Me daba igual que Cam pensara que una mala persona jamás me hubiera entregado el dinero de la deshonra, porque yo estaba seguro de que, si lo

había hecho, no era por amor, sino por la culpa, el remordimiento, el cargo de conciencia de dejar a una niña sin su cura.

El fantasma de su falta la habría acosado por los restos, le habría impedido dormir por la noche y el temor a la falta de sueño fue lo único que la motivó. Nada más.

Al día siguiente, Marcus se pasó por casa y me dijo que eso era una soberana gilipollez. Que estaba convencido de que ella se arrepentía y que quedaría como un imbécil pretencioso si por lo menos no le daba las gracias después de contribuir en la recuperación de la salud de mi hermana, saliera el dinero de donde saliera.

Llamé varias veces al timbre, pero nadie me abrió la puerta, sabía dónde vivía porque uno de los días la había seguido hasta su casa. Sí, exacto, rollo acosador, ¡menuda vergüenza!

Un vecino me dijo que no hacía falta que quemara el timbre, que se habían ido el día anterior. Decidí tomármelo como una señal: cuanto antes desapareciera de mi vida, mejor que mejor, aunque no estaba siendo una tarea sencilla.

—¿Y bien? ¿Me lo vais a contar? —prosiguió Blair, haciéndome regresar al presente. Tenía una bonita sonrisa de dientes parejos y un cuerpo que muchos hombres se habrían parado a mirar.

—Esta diabla me ha vuelto a ganar —contesté—. No hay forma de vencerla.

—Jay es pésimo, doctora, tendría que verlo jugar...

—¿Tan malo eres? —preguntó divertida.

—El peor —bufé, desordenándome el pelo.

—A mí ese juego no se me da mal, quizá podría darte alguna clase particular... —Se mordió el labio—. ¿Tienes planes, digamos, en... media hora? —Miró su reloj.

Al parecer, la doctora Anderson se había cansado de estar en el banquillo y había decidido salir por su propia cuenta y riesgo al terreno de juego.

Volví a analizar su rostro en forma de corazón, la melena castaña con reflejos cobrizos recogida en una coleta y aquellos cálidos ojos color miel,

que no eran tan verdes como me gustaría, pero que tal vez merecían que los conociera algo mejor.

—No —me escuché responder. Ella pareció animarse.

—Entonces, si te parece..., ¿quedamos a las seis en el vestíbulo? Ya habré terminado mi turno y el horario de visitas.

—Entonces a las seis —aseveré.

—Voy a seguir con la ronda, no me gusta llegar tarde a las clases particulares —su tono se volvió rotundo y *sexy.* Pues sí que jugaba fuerte, sí. Blair se acercó una mano a la boca para dirigirse a mi hermana como si se tratara de un secreto—. Tranquila, no tiene pinta de aprender rápido. —Después le guiñó un ojo y se marchó con su particular contoneo.

En cuanto cerró la puerta, Chasity se giró hacia mí.

—¡Por fin!

—Por fin, ¿qué?

—¡Por fin has quedado con ella! ¡La doctora Anderson ha estado intentando ligar contigo desde que llegamos y tú no parecías darte cuenta!

Y ahí estaba, esa inteligencia sensorial que obtienen las mujeres de fábrica mientras que nosotros decidimos si es mejor rascarnos los huevos o comernos los mocos.

—Pero ¿qué dices? Solo hemos quedado para que me enseñe a no morir cada vez que juego contigo.

—Eso solo es una excusa; le gustas, te mira como yo al pastel de queso. —Su comparativa me hizo sonreír—. Es muy guapa y lista, y es doctora. —Su argumentación no tenía desperdicio.

—A mí también me ha dado la impresión de que es médico, a juzgar por su bata blanca y esa cosa que lleva siempre colgada al cuello. ¿Cómo se llama... *pedoscopio*?

Mi hermana soltó una risilla nerviosa, seguida de un aspaviento en la mano. Era consciente de que en un año más hablar de gases ya no causaría furor en ella.

—Fonendoscopio —me corrigió—. Lo de los pedos debe ser otra cosa. Pero, entonces, ¿te gusta o no?

—¿Tú quieres que me guste?

—Yo quiero que te enamores como en las pelis, que ya te estás haciendo mayor y el otro día vi por la tele que la calidad de los espermatozoides va a peor cada año que pasa, y yo tengo muchas ganas de tener un sobrino...

¿En qué momento pasamos de hablar de su color favorito de *My little pony* a la calidad de mi esperma? La estaba perdiendo, el hablar de métodos anticonceptivos y tíos capullos estaba a la vuelta de la esquina.

—¿Acabas de llamarme viejo y azuzarme para que sea padre? Créeme, contigo he tenido bastante, ahora mismo no entra en mis planes traer bebés al mundo.

Su mirada se ensombreció un poco.

—Sé que no ha sido fácil para ti criarme, ¿tan malo ha sido?

Se encendieron todas las alarmas y noté cómo mi esófago se hacía un ocho. Pasé el brazo con cuidado sobre ella.

—Para nada. No he escogido bien mis palabras si te he hecho sentir así. Disculpa. Tú eres lo mejor que yo tengo en el universo, no te cambiaría por nada en el mundo; por nada —reiteré.

—¿Ni por una hermana normal y unos padres que no estuvieran muertos?

Sus ojos brillaban prudentes y expectantes al mismo tiempo.

—Ni siquiera por eso —afirmé rotundo—. Tú me has enseñado muchas más cosas que yo a ti en todos estos años, como, por ejemplo, la perseverancia del que nunca tira la toalla, la fortaleza del que enferma y sigue con una sonrisa en los labios ocurra lo que ocurra, la empatía de la que hacías gala con cada niño de la planta de Pediatría y en este hospital. Por mucho que te duelan tus heridas, por mucho que se te infecten o supuren, jamás te quejas y has esperado con infinita paciencia y sin derrumbarte a que dieran con una cura. Tu coraje es de admirar, Chasity, eres la persona más valiente y buena que conozco y te garantizo que nunca, nunca, jamás de los jamases, te cambiaría por nadie.

Mi hermanita me abrazó con fuerza y yo besé su pelo con adoración.

Cada una de mis palabras iban muy en serio: aunque me hubiera encantado recuperar a mis padres o que mi hermana no sufriera una

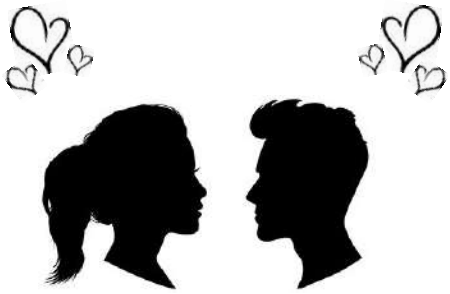
enfermedad tan dura como aquella, jamás la cambiaría por otra por sana que estuviera.

Chasity se apartó de mi pecho y me ofreció una sonrisa esplendorosa.

—Yo tampoco te cambiaría por otro hermano, aunque seas pésimo al minijuego. ¿Echamos una última partida antes de tu cita?

—Las que quieras. —Sonreí a sabiendas de que el amor más puro siempre le pertenecería a ella.

Capítulo 49



Estaba hecha un flan.

Reconozco que comprender que Camille y Marcus apoyaban mi intento de recuperar a Jayden me dio el empujón definitivo. Porque una cosa era que mis amigos y mi madre confiaran en que todavía tenía alguna posibilidad y otra que ellos, quienes lo conocían mucho mejor, apoyaran mi candidatura pese a lo mucho que lo había decepcionado.

Estaba en Palo Alto, me temblaba hasta la última de las pestañas por lo que pudiera decir al verme.

Temía otra bronca descomunal como la que tuvimos bajo la lluvia y sentía pavor a perderlo.

Ash me había regalado un libro breve, pero muy incisivo, donde narraba a la perfección lo que me ocurría; se llamaba apego evitativo y solía darse en personas que, en su tierna infancia, no percibían que se atendieran sus necesidades físicas y emocionales.

Me costaba construir relaciones sólidas, confiar en los demás, compartir mis pensamientos y emociones, porque en el fondo creía que me iban a dejar. Con él fue así desde el principio, sabía que por mucho que me atrajera, todo estaba en contra, de una forma u otra estábamos predestinados al fracaso, así que no podía esperar demasiado. Frente al primer obstáculo, me vine abajo y me aparté sin pelear, en el fondo no me creía merecedora de ningún buen sentimiento por su parte, era imposible que me perdonara con todo lo que le había hecho. Me refugié en mi concha y lo dejé en paz,

me alejé, perdí de nuevo a la única persona con la que veía posibilidades de futuro, por miedo, por cobardía, porque no estaba lista para afrontar mis necesidades afectivas y necesitaba regresar a la seguridad que me otorgaba el estar sola. Había intentado abrirme y obtuve un pésimo resultado, las heridas eran demasiado profundas como para querer un empujón más.

Hice de la distancia mi refugio, hasta que entendí que no existía un espacio suficiente que me llevara a olvidarme de Jayden y sus hoyuelos.

Que si quería construir una relación profunda, significativa y duradera, debería jugar fuerte y apostar.

Ashley no solo me regaló aquel libro, también una posible solución para acercarme a él. El hospital donde estaba ingresada Chasity también contaba con un equipo de voluntarios que trabajaban para que los niños lo pasaran mejor en sus ingresos.

Gracias a ellos y con un generoso donativo de mi madre, había conseguido una entrevista con el jefe de Pediatría, quien seguía muy de cerca a todos los miembros del grupo de voluntariado. Si conseguía pasar la entrevista, me concederían la plaza vacante y, por consiguiente, una posibilidad de que Jay me conociera de verdad.

Estaba apostada al otro lado de la calle, frente a la fachada del hospital, con los nervios enroscándose en mis tripas, debatiéndome entre la necesidad de meter mi cabeza en una bolsa de papel para controlar el ritmo de mi respiración o salir huyendo.

«No, huir no era una opción», venía repitiéndomelo durante todo el viaje y no iba a cambiar de parecer, aunque mis rodillas sonaran como un par de sonajeros de bebés. Debía personarme en el interior del hospital, quedaban diez minutos para la reunión, así que ya podía dejar de temblar.

Todo se resumía en una sola cosa: miedo al reencuentro, y a la negativa de Jayden.

Su no era distinto a cualquiera que hubiera recibido en mi vida y por eso estaba en aquel estado lamentable.

«Vamos, Cassey, *In for a dime in for a dollar*[2]».

Respiré hondo y casi me partí un tobillo al ir a bajar a la calzada porque mi peor pesadilla acababa de emerger por la puerta de acceso.

Di un giro de ciento ochenta grados que por poco me partió el pie y me agarré al fino tronco de un arbolillo como si fuera Gene Kelly en *Cantando Bajo la Lluvia*, con la diferencia de que ni yo era él, ni cantaba, ni me regaban sobre la cabeza para emular el mítico chaparrón.

Apoyé la espalda en él y respiré agitada. Aquel tronco era incapaz de ocultar mi silueta curvilínea, al igual que yo lo era de moverme porque Jayden no estaba solo.

Le había sujetado la puerta a una atractiva morena que le sonreía y lo miraba con adoración. Mi corazón golpeaba con tanta rudeza que si antes me costaba respirar, ahora me incapacitaba a hacerlo.

Al coche que estaba aparcado a mi lado se le encendieron todas las luces e hizo el característico sonido de que alguien le había dado al mando.

Di un grito aterrador y me encogí a ras de suelo convirtiéndome en un puto *Critter*.

Los pasos tronaron a mis espaldas del mismo modo que ocurriría en una peli de terror, y yo no sabría qué decir cuando me pillaran convertida en una bola humana a los pies del arbolillo.

«Cassey, ¿eres tú?», preguntaría Jayden extrañado, y yo alzaría la cabeza, roja como un pimiento, ante mi incapacidad de largarme rodando.

Un sudor frío recorrió mi espalda cuando se abrieron las dos puertas delanteras del coche.

Esperé la señal de reconocimiento, la que me evidenciara como peor tarada-acosadora de la historia, pero no llegó… Alcé la cabeza y observé que los ocupantes del vehículo no eran Jayden y la morena, sino un anciano que me miraba a través del espejo retrovisor farfullando que el Gobierno cada vez hacía menos por los sin techo, arrojó unas monedas por la ventana y arrancó.

«¡Menuda vergüenza!»; no ser una persona sin hogar, sino actuar de aquel modo tan infantil.

Me puse en pie sacudiéndome las palmas de las manos, viendo cómo ellos caminaban calle abajo, alejándose del lugar en el que yo estaba. Ni siquiera me habían visto, estaban demasiado concentrados el uno en el otro como para prestarme atención. La chica fingió un resbalón y se agarró a Jayden restregando su cuerpo.

«¡Qué truco más viejo!», me subió una náusea por el esófago.

Mi móvil vibró en mi bolso. Lo saqué porque podía hacerme una idea de quién se trataba.

—¿Cómo va? —cuestionó la voz al otro lado de la línea.

—Lo he visto y sin necesidad de entrar al hospital.

—¡¿Y qué te ha dicho?! —exclamó Ash al otro lado de la línea.

—No me ha visto a mí, estaba demasiado ocupado con una lagarta con la que va paseando.

—¡¿Te refieres a que se lo ha hecho con una iguana?!

—No, no tiene mucha pinta de iguana, aunque sí de tener la lengua muy larga. Es una mujer. —El grito de Ash zumbó en mi tímpano.

—¡¿Qué mujer?!

—¡Y yo que sé! No me ha dado tiempo a presentarme, estaba demasiado ocupada volviéndome bola, pero es guapa y le sonreía...

—Dios, Cassey, ¡el Creador no te dio el poder de volverte una cambiaformas! Deberías haberte puesto la cámara y el pinganillo, hacerte así el seguimiento es una mierda. ¿Dónde dejaste la confianza en ti misma? ¿Cómo vamos a saber de quién se trata?

—Ha sido una reacción involuntaria, no esperaba verlo acompañado, me he acobardado.

—Vale, no pasa nada, ¿los estás siguiendo?

—No, estoy detrás de un árbol muy delgado y pequeño.

—¿Por qué has pensado que podrían confundirte con la de parques y jardines?

—No, porque me he asustado, pensaba que venían hacia mí y... ¡Déjalo, ha sido una idea absurda! ¿Cómo iban a confundirme con la de parques y jardines?

—¡Porque estás como una regadera! Mueve tu culo y síguelos, necesitamos info sobre quién es ella.

—No puedo, tengo la reunión con el jefe de pediatría en... *Fuck!* ¡Ya mismo! Tengo que colgar.

—Vale, pero infórmanos... Te quiero y estamos contigo. ¡Hazte un bolso con la piel de esa lagarta y demuéstrale que vienes a por todas!

«Madre mía, todo lo que tenía de dulce lo tenía de violenta cuando entraba en modo competición», solo así pudo hacerse capitana de las animadoras.

—Yo también os quiero a todos. Luego os llamo.

Crucé la calle y me dirigí a la puerta de acceso. Si Jay no estaba allí, estaría más tranquila y esperaba hacerme con el puesto, no iba a ser peor que estudiar dos carreras; además, a mí las entrevistas se me daban bien.

Pregunté por el señor Smith y me personé en su despacho. El hombre, de unos cuarenta y largos, ya me estaba esperando. Dejé el nerviosismo fuera y me dispuse a pasar con nota. Llevábamos diez minutos de entrevista cuando una de las enfermeras vino en su busca por una emergencia, se puso a parlotear muy deprisa, tenía que ser algo grave porque decía que había avisado antes a la doctora Anderson y esta venía de camino.

El hombre me pidió disculpas y salió precipitadamente de la estancia, me puse en pie y me asomé a la puerta, médicos y enfermeras correteaban con premura hacia una de las habitaciones.

No llevaba ni cinco minutos esperando cuando vi aparecer a la morena que iba con Jayden con gesto desencajado. Por un momento, llegué a pensar que lo vería a él, no fue así, ella pasó de largo pidiendo información y una de las enfermeras la puso al día dirigiéndose a ella como doctora Anderson.

Vale, así que la famosa desconocida que había visto con Jay era médica. ¿La habría acompañado al hospital? ¿Estaría esperando a que terminara?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una auxiliar, me comentó que el doctor Smith no podría atenderme, pero que me traía un mensaje de su parte: estaba dentro. El jefe de voluntarios se pondría en contacto conmigo

para darme el horario y esperaban que mi estancia en el Lucile Packard Children's Hospital fuera una experiencia agradable.

Cuando llegué a la puerta, lo hice con el pulso desatado y el corazón en un puño. Me asomé esperando encontrar su figura alta recortada por la luz del atardecer. La decepción me inundó al contemplar que no estaba, no había rastro de él; quizá fuera lo mejor, tendría más tiempo para preparar nuestro encuentro y buscar información sobre la doctora para entender mejor a mi rival.

Me encaminé en dirección al *parking*, donde tenía aparcado el coche de alquiler, y me puse a rebuscar en el bolso las llaves. No me fijé en que había un bordillo, tropecé y me vi impulsada hacia delante cayendo de rodillas contra el suelo.

El dolor llegó de inmediato, seguido de mi improperio al notar la grava clavándose en mi piel.

—¿Se encuentra bien? —La voz masculina me alcanzó del mismo modo que hizo la primera vez que la escuché, con la fuerza de un tsunami capaz de arrastrar mi cordura.

Alcé los ojos y los suyos recibieron el impacto de los míos, se había agachado para ayudarme, pero al verme dio un salto atrás como si tuviera delante de él al mismísimo diablo. No es que estuviera muy desencaminado, porque quería llevarlo a un lugar muy cálido, oscuro y devorarlo con mis llamas.

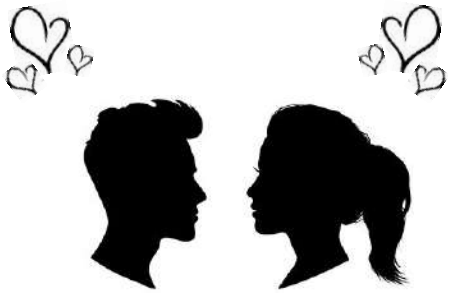
—¡¿Qué narices haces aquí?! —rugió desencajado sin que todavía me hubiera alzado del suelo. Apreté los dientes y solté la frase que tantas veces había estado ensayando frente al espejo.

—He venido a por ti.

---

[2] *In for a dime in for a dollar*: expresión americana que vendría a ser: de perdidos al río.

Capítulo 50



Jayden

Apenas podía respirar, era consciente de que no había podido superarla, pero verla ahí de rodillas, como en nuestro primer encuentro, y aquella frase lapidaria saliendo por su boca fue como uno de los codazos de Marcus en pleno plexo. Una vez me dio uno y me costó cinco minutos volver a hacerlo con normalidad.

—¿A por mí? —pregunté, escupiendo las palabras—. ¿Tu nueva profesión es ser el fantasma de las navidades del pasado o algo así?

Cassey se puso en pie sin mi ayuda, se había lastimado la piel de las manos y las rodillas. Lo hizo con un gesto de dolor que me ablandó; pese a lo que me había hecho, no me gustaba verla herida.

—Estamos en agosto, un poco pronto para eso, ¿no crees? —respondió, recogiendo su bolso.

—Viniendo de ti, puedo esperarme cualquier cosa. Aunque, pensándolo mejor, tras dedicarte a arruinar bodas, quizá deberías plantearte el fastidiar a los niños la Navidad y convertirte en el Grinch.

—Lo tendré en cuenta... —masculló tensa.

«¿Por qué narices tenía que estar tan guapa y mi cuerpo reaccionar a cada una de sus respiraciones?», debería estar huyendo en sentido contrario para alejarme cuanto más mejor y no quedarme ahí como un idiota para que me embaucara con sus cantos de sirena.

—Lo de la sangre ya no funciona conmigo. —Señalé a sus manos y rodillas.

—Créeme si te digo que caerme de rodillas ante ti no era lo que tenía planeado.

—¿Y qué tenías planeado? —Estreché la mirada mientras ella apretó los labios.

—Dudaba que cruzaras una palabra conmigo en cuanto me vieras y agradezco que no hayas llamado a la Policía para interponer una orden de alejamiento. Es mucho más de lo que esperaba.

«¿Una orden de alejamiento?». Si fuera listo, es lo que debería haber hecho, porque mis manos se morían por acariciarla y atenderla como si fuera lo más precioso para mí. Era un maldito necio».

No podía apartar mis ojos de las heridas, y ella lo percibió.

—Son solo unos rasguños sin importancia, no pueden compararse al daño que te hice —susurró con la sangre deslizándose por sus extremidades.

Contraje el gesto. Mi cabeza debería estar exigiéndome que me mantuviera firme, no obstante, no lo hacía y mi corazón me presionaba para que hiciera algo en lugar de quedarme estático.

Cada vez que veía una herida, mi cerebro entraba en pánico por mucho que tratara de quitarle hierro al asunto. Tenía complejo de plaqueta, los dedos me picaban y era incapaz de mantenerme al margen, en lo único que podía pensar era en desinfectar y cortar la hemorragia por nimia que fuera.

La enfermedad de mi hermana me había dejado secuelas respecto a la visión de piel abierta.

—¿Tienes un kit de primeros auxilios en el bolso? Porque, dada tu predilección por besar el suelo, deberías planteártelo.

—No llevo nada, seguro que hay alguna fuente por aquí...

—¿Fuente? Eso de ahí atrás es un hospital, dudo que les falten gasas y antisépticos. Deberíamos entrar.

—¿Deberíamos? —preguntó cauta.

—Sí, mi código ético me impide dejarte sola y sangrando pese a tu amenaza rollo Carrie. —Ella sonrió con suavidad, y yo fruncí el ceño

intentando que aquel minúsculo gesto no me afectara tanto.

—Con la salvedad de que yo no vengo a buscar venganza, ni sangre...

—Cualquiera lo diría.

Me metí las manos en los bolsillos para no sucumbir a la tentación de acariciarla y me puse a andar en dirección a la entrada del hospital. No quería siquiera contemplarla de soslayo porque Cas era mi mayor debilidad.

El tiempo había sosegado la intensidad de mis emociones negativas hacia ella. No es que careciera de importancia para mí lo que había hecho, el problema es que yo no era una persona rencorosa y Cassey me gustaba demasiado.

Joder, ¡cómo la había extrañado! ¡Era un masoquista emocional! Seguro que si ahora sacara unos grilletes del bolso, le tendería las manos para que me secuestrara. Pedazo de síndrome de Estocolmo que me provocaba, y más si me imaginaba esposado en la cama y con ella...

¡Basta! ¡Cassey, KK! Aporreé a mi cerebro e intenté pensar en la mujer con la que había estado hacía cinco minutos y que tuvo que largarse antes de empezar la cita.

No llevábamos recorrida ni una manzana cuando le sonó el móvil a Blair y la decepción tiñó su rostro, tenía una emergencia y estaba de guardia, así que le tocaba volver y que anuláramos nuestra clase particular... Para mí fue un alivio, porque no paraba de lanzarme indirectas sobre que ella prefería más el *joystick* que el mando...

Como soy un caballero, me ofrecí a acompañarla a la puerta; de todas formas, tenía la moto en el estacionamiento, ya que la doctora vivía a un par de manzanas del hospital y pensé en recogerla después; prefería tenerla vigilada.

Ni siquiera me dio tiempo a sacar el casco. Estaba respondiendo un mensaje que acababa de mandarme Marcus cuando escuché el tropezón. Sin pensar, fui a socorrerla. ¡Quién iba a decirme que se trataría de Cassey!

Recorrimos los metros que nos distanciaban hasta la entrada en silencio. Me dirigí al mostrador y pedí si nos podían prestar el botiquín. Una de las auxiliares que había entrado para comentarle algo a la recepcionista se

preocupó de inmediato al ver las heridas de Cassey, también tuvo que saber quién era yo por la inmediatez con la que nos atendió. Fue ella misma quien se ocupó de Cas y la hizo pasar a un box.

Me quedé fuera aguardando.

¿Cómo debería tomarme que estuviera en Palo Alto y su «he venido a por ti»? ¿Qué implicaba aquella afirmación? Quizá quisiera pedirme el dinero del tratamiento de Chasity, porque no habría querido decir que venía a por mí como hombre, ¿no?

Mi pulso se aceleraba ante esa expectativa.

«No puedes ni debes ilusionarte, Jayden», me reñí, intentando hacer memoria y recuperar los motivos que me llevaron a no querer saber nada más de ella.

Cassey me había manipulado, engañado y creado un personaje. No la conocía, no sabía nada de esa mujer que se hizo pasar por mi *wedding planner*, salvo que era incapaz de sacármela de debajo de la piel, de olvidar el sabor de sus besos o cuánto me gustaban sus caricias.

Apenas tardó unos minutos en salir. Le dio las gracias a la enfermera y volví a encontrarme con ella, a solas, en el exterior.

Me di la vuelta y la enfrenté fijándome mucho más. Había perdido peso, los ojos no le brillaban tanto y tenía la piel bastante apagada; aun así, seguía estando preciosa con aquel pantalón corto negro, unas sandalias de tacón medio y una blusa de florecitas rosa y blanca. Llevaba el pelo recogido en una coleta despejando el cuello. Me obligué a regresar a sus ojos antes de volverme vampiro y clavar mis dientes en él.

—¿Y bien? —pregunté sin querer perder el tiempo—. Si vienes para que te devuelva el dinero...

—¡No! —me frenó ella—. Nunca te pediría ese dinero, tenía claro que necesitaba emplearlo en tu hermana, era lo correcto; si he venido hasta aquí no es para nada de eso. Por cierto, ¿cómo está?

—Bien, el tratamiento está funcionando mejor de lo esperado, los médicos están muy contentos.

Una sonrisa franca iluminó sus facciones.

—Me alegro, de verdad, jamás me habría perdonado que por mi culpa tu hermana no hubiera recibido su cura.

Necesitaba irme y zanjar la conversación antes de cometer una equivocación atroz.

—Pues tú dirás qué haces aquí.

La vi tomar aire y clavar sus iris verdes en los míos, se notaba que estaba nerviosa, aunque decidida.

—He venido a demostrarte que te equivocas, que sí soy yo la mujer a la que conociste y de la que te enamoraste —la boca se le puso pequeña al decir la última palabra que no era mentira, porque era cierto que me enamoré de Cas como un loco. Un leve temblor sacudió su labio inferior y un golpe sordo retumbó en mi pecho—. Quiero que sepas que puedo hacer que vuelvas a mirarme como a esa persona que creías que era, que estabas equivocado y que estoy dispuesta a enseñártelo si me dejas.

—No digas cosas que no puedes cumplir.

—¡Es que puedo cumplirlas! —exhaló suplicante—. Por eso estoy aquí. He necesitado seis semanas para entender que ni el tiempo ni la distancia van a hacer mella en mí, que no volver a verte en ningún caso significará que dejes de estar en mi vida, en mis pensamientos o en mi corazón. Asumo y acepto que cuando nos conocimos no eran las circunstancias ideales, pero permíteme que te diga que sí éramos las personas correctas.

No estaba preparado para escuchar esas palabras de su boca ni el revuelo que iban a causar en mí. Apreté los puños con fuerza, ahogado por la intensidad de la confesión. ¿Qué otro motivo podía llevarla hasta Palo Alto que no fuera lo que estaba diciendo?

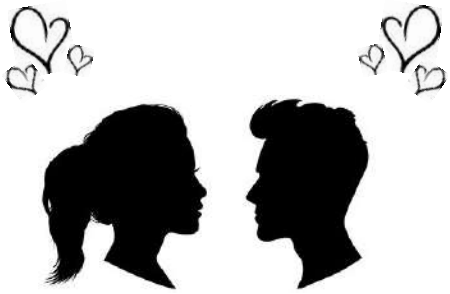
No podía hacer lo que mi cuerpo exigía, porque estaba acojonado; no podía cogerle la cara y besarla con la añoranza que sentían mis labios, porque la desconfianza seguía estando presente y ese sentimiento no era la base adecuada ni para una amistad ni para una relación.

—No puedo hacerme esto, Cassey —mascullé sobrecogido—. ¿Lo entiendes? Por mucho que desee creerte, no puedo dejar que vengas aquí,

me llenes de palabras bonitas, por las que habría dado la vida, y decirte que sí. ¡Me destrozaste!

—¿Y piensas que no me arrepiento? No he hecho otra cosa en todo este tiempo que fustigarme, culparme por haber dicho que sí al señor Hill y no haber sabido parar a tiempo. Quiero que sepas que yo también me destrocé, que nunca había sentido por nadie lo mismo que por ti, y quiero arreglarlo, necesito arreglarlo. Me niego a que lo nuestro no tenga solución y por eso he venido a por ti. No voy a renunciar sin presentar batalla, por mucho que me lo pidas, no voy a hacerme a un lado, he venido a que me perdones, me conozcas y me des una oportunidad. —Se aclaró la voz visiblemente emocionada y extendió su mano—. Hola, soy Cassey Sullivan y estoy aquí porque quiero que te vuelvas a enamorar de mí.

Capítulo 51



Lo único que conseguí con mi declaración en plena calle fue asustarlo. De inmediato, me dijo que tenía prisa por llegar a casa, que no podía darme una respuesta y me dejó allí, más plantada que un cactus.

Seguro que tenía que llegar rápido, porque se le olvidó regar las flores de plástico o comprobar que no se había dejado el gas de la vitrocerámica encendido...

Ambos sabíamos que la única prisa que le había entrado era la de huir de mí, ninguna más.

Llegué tan alicaída que ni la videollamada con Ashley y Akon logró que sonriera.

Me hice una ensalada y picoteé cuatro hojas. Estaba cansada, anímicamente derrotada y con unas perspectivas no muy halagüeñas sobre mi relación con Jay. Eso no significaba que me fuera a rendir; eso nunca, quedaba mucho partido por delante, como diría Ak. Me fui a dormir pensando en que al día siguiente amanecería de mejor humor y con la mente más despejada.

El responsable del voluntariado me llamó a media mañana, había aprovechado para dar un paseo por la ciudad rememorando mi etapa estudiantil, no había vuelto a Standford desde entonces...

Extrañaba que mamá, Ash y Ak no estuvieran conmigo; entendía que no fuera así, bastante hacían encargándose de la empresa mientras yo jugaba a ser la ayudante de Cupido.

Mi madre me había alquilado un apartamento coqueto a tres manzanas del hospital. Estaba amueblado, tenía muchísima luz y lo imprescindible para que pudiera quedarme el mes completo. Ese era el tiempo que me había otorgado para revertir la situación y que Jay pudiera conocer a la Cassey auténtica, una capaz de reconocer que ahora estaba abierta al amor si se trataba de Jayden.

Tenía un plan de conquista: los primeros cinco días deberían servir para que Jayden se habituara a mi presencia y llamar su curiosidad. El fin de semana tenía un as en la manga, cortesía de Marcus, que iba a disfrutar a lo grande, y las siguientes semanas iría subiendo la apuesta hasta que no tuviera más remedio que admitir que no sería un error si volviera a enamorarse de mí.

Me senté en una cafetería preciosa y, mientras tomaba una infusión, recibí la llamada que estaba aguardando. Mi turno en el hospital era de tres a seis, y Florence, la voluntaria del anterior, me explicaría el funcionamiento y lo que se esperaba de mí. Debería estar en el hospital a las dos y media.

Miré la hora, tenía tiempo de pasarme por la librería y la maravillosa tienda de decoración que había al lado. En el escaparate vi un objeto que llevaba un nombre implícito en él e iba a comprarlo.

Cargada con un par de bolsas, hice una última parada en el súper y subí al apartamento para comer algo rápido e ir al hospital.

No me había arreglado mucho, apenas llevaba maquillaje y mi ropa era de lo más casual; esta era yo, la que pillaba una camiseta color rosa y unas mallas de colores sin preocuparme si el estampado combinaba o no.



Florence me esperaba con una sonrisa que habría cegado al sol, rondaba los cuarenta, era afroamericana y su pelo estaba lleno de cuentas de colores que sonaban a cada paso que daba. Me contó, nada más presentarnos, que llevaba cinco años de voluntaria desde que superó la pérdida de su única hija por culpa de una neumonía.

Había tomado la decisión de ser madre soltera, porque no tenía pareja y el ginecólogo le dijo que o era madre ya o no podría serlo por sus problemas de ovarios.

Janelle le regaló los cinco años más felices y agotadores de su existencia. Como la misma Florence los catalogaba.

Me sentí muy triste al pensar en aquella pequeña y preciosa niña batallando por respirar, y en lo mal que lo debió pasar Florence.

Lejos de ser una mujer triste, taciturna, se mostraba divertida y sonriente. Con una fortaleza sin mácula que te hacía admirarla desde el primer segundo. Era escucharla y comprender que Florence era un ser de luz, al que, como ella decía, la pérdida de Janelle hizo que comprendiera los designios de Dios, que la muerte forma parte de la vida y que su hijita la había llevado hasta este hospital para llevar fe y esperanza a quienes más lo necesitaban. Su fin vital era ayudar a los demás y Janelle siempre estaría acompañándola en su corazón.

Se me escaparon un par de lágrimas al escucharla y Florence me reconfortó. En parte, me recordaba a Jayden.

Me presentó a todos los niños de la planta; al llegar frente a la habitación de Chasity, sentí un nudo en el pecho pensando en cómo reaccionaría al verme.

¿Habría pensado alguna vez en mí? ¿Jayden le habría contado algo de lo ocurrido? Suponía que no, apenas me había visto un par de veces y era una niña; si hubiera sido mi hermana, yo no se lo habría dicho. Iba a averiguarlo de inmediato, porque Florence acababa de llamar y ya estaba empujando la puerta.

En cuanto sus ojos castaños dieron con los míos, no pudo contener el grito de júbilo.

—¡Cassey! —prorrumpió, incontenible, levantándose encima de la cama.

Estaba preciosa. Llevaba dos coletas en lo alto de la cabeza que despejaban su bonito rostro. La piel le había mejorado muchísimo desde la última vez que nos vimos.

—¿Os conocéis? —preguntó sorprendida Florence.

Me había saltado esa parte y ahora la mujer me miraba interrogante.

—¡Claro que nos conocemos! Cassey es mi ángel de la guarda —proclamó la niña sin ambages—, ella es quien ha pagado mi tratamiento. —Eso sí que no lo esperaba, creía que Jay no querría que su hermana se enterara.

—¿En serio?

Florence estaba bastante alucinada, y yo un pelín avergonzada por la manera como lo pagué.

—¡Sí! Me lo contó Camille. Quise darte las gracias, pero Jayden me dijo que estabas ocupada con el trabajo y que era mejor no molestarte. ¿Has venido a visitarme?

—En parte —confesé, acercándome a la cama. Chas bajó de ella y se puso en pie—, también he venido de voluntaria un tiempo, para ayudar, como Florence.

El chillido debió oírse en toda la planta, porque, acto seguido, la puerta rebotó contra la pared y la doctora que había visto ayer con Jayden entró de forma brusca.

—¡Chasity! ¿Estás bien?

—Sí, doctora Anderson. ¡Es que ha venido a verme Cassey y va a quedarse de voluntaria en el hospital! —Ella soltó el aire y nos miró a Florence y a mí. Era mucho más atractiva de lo que me había parecido ayer y tenía buen gusto para la moda. Mi vocecilla interior se convirtió en mamá alzando un dedo para regañarme con un «¿lo ves?, y tú con estas pintas», que ahogué de inmediato.

—Solo por una temporada —mascullé.

—¿Tú eres quien pagó el tratamiento de Chasity? —Vaya, a ella también se lo habían contado. ¿Sería lo único que le había dicho Jayden? Igual la había utilizado como pañuelo de lágrimas. Una amplia sonrisa encumbró sus labios—. Encantada de conocerte, yo soy Blair, la doctora Anderson, y trato a Chas. Es un placer conocerte, ojalá existiera más gente en el mundo como tú o como Florence. Bienvenida.

Me estrechó la mano con gesto afectuoso. Habría esperado cualquier cosa menos eso.

—Yo... Encantada, pero tampoco he hecho demasiado, solo un donativo.

—Un donativo que permitirá a esta niña llevar una vida normal es prácticamente un milagro, no deberías quitarte mérito; lo que has hecho es muy loable.

—¡Cassey es lo más y ha vivido en un montón de Estados!

—¡Qué guay! —celebró la doctora—. Un día de estos me encantará tomar un café contigo y que charlemos, ahora voy a seguir con la ronda, y tú, señorita —llegó hasta Chasity para tocarle la punta de la nariz con afecto—, vas a tener que pagarme las visitas al cardiólogo; entre ayer y hoy por poco me matas.

—¿Qué tal fue con mi hermano? —cuestionó Chasity, pizpireta. A la doctora se le enrojecieron las mejillas.

—Quedó con Jayden, ¿doctora? —se interesó Florence. Mi estómago dio un espasmo de disgusto—. Ese muchacho es un partidazo y usted también.

—¿De qué va todo esto? —señaló ella—, sois un par de chismosas, mis labios están sellados y tengo trabajo, ya os lo he dicho.

Se marchó antes de que pudieran aguijonearla a preguntas, entonces Florence se puso a sonsacarle a la niña si habría o no romance nuevo en el hospital, cuando la puerta se volvió a abrir y entró el protagonista masculino en escena.

Nuestras miradas cruzaron espadas y sus labios carnosos se tensaron.

—Jay, ¡mira quién está aquí! —«Como si no lo supiera»—. ¡¿Sabías que Cassey es voluntaria en el hospital?! ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Era una sorpresa?

—Una muy grande —masculló, arrugando el ceño—. ¿Tienes un instante, Cassey? Tengo que comentarte algo. —Miré a Florence de soslayo y esta asintió.

—Ahora mismo vuelvo —me disculpé con Florence.

Su expresión era taciturna cuando alcanzamos el pasillo. Caminaba demasiado rápido y había cerrado las manos. No era buena señal. Me

condujo con la lengua fuera al rellano de la escalera.

—¿Quieres que hablemos aquí? —pregunté indecisa.

—Poca gente utiliza la escalera, la mayoría prefieren el ascensor.

—A no ser que se trate de un narco que esté siendo perseguido por la Policía por haber intentado matar a su oponente en el hospital. —¿Querría matarme Jayden? Por su expresión, era probable.

—Has visto demasiadas pelis. Voy a preguntártelo una vez y espero que me des una respuesta que pueda creer. ¿Qué haces aquí?

—No te entiendo, ¿ayer me di un golpe además de en las rodillas en la cabeza y te retransmití en suajili?, ¿por eso te largaste corriendo?, ¿porque no entendiste ni una palabra de lo que decía? —inquirí con ironía. El bufó y se pasó las manos por el pelo con nerviosismo.

—Ayer te dedicaste a poner mi mundo patas arriba, y hoy...

«¿He puesto su mundo patas arriba? Eso es bueno, ¿no?».

—Hoy te da por visitar a mi hermana e infiltrarte en el hospital como voluntaria. Si tu nuevo trabajo es pertenecer a una red ilegal de trasplante de órganos, te advierto que ya me robaste el corazón una vez y sigue estando hueco. —Apuntó a su pecho.

—¿Eso quiere decir que eres un zombi comecerebros?

—Cassey... —comentó con tono de advertencia.

—Ya te dije a lo que venía.

—No es buena idea.

—¿Por qué?

—Porque estás mezclando a mi hermana en tu intento de... —se calló.

—¿De enamorarte? —cuestioné, cruzándome de brazos.

—Todavía no tengo claro que sea eso lo que quieres.

—Estoy en la otra punta de Estados Unidos, he alquilado un apartamento para estar a tu lado. ¿Qué podría querer si no es a ti?

—Te juro que no lo sé, llevo toda la noche dándole vueltas y no he logrado llegar a ninguna conclusión que me convenza.

Me lamí los labios y sus pupilas se dispararon hacia ellos; la atracción seguía ahí, abrasadora, acuciante.

—Si no podías dormir..., haberme llamado, sigo conservando el mismo número de teléfono, aunque me hayas bloqueado.

—Yo no te he bloqueado.

—¿En serio? —Di un paso hacia él y lo vi ponerse en guardia—. Pues entonces llámame si sufres de insomnio, se me da bien hablar hasta que la otra persona cae abatida por mis insufribles curiosidades, los adormezco del aburrimiento.

—Dudo que aburrimiento y tú podáis uniros en una misma frase.

Estaba receptivo, eso era buena señal.

—Ponme a prueba y te daré la cita más aburrida de la historia... ¿Cuándo quedamos?

—Cas...

—Jay... —lo imité, recortando la distancia un poco más—. ¿Sabes? La otra vez creo que fallé. —Él frunció el ceño sin comprender, y yo coloqué la palma de la mano sobre aquella camiseta con *slogan* de: «Me gusta la salsa de tomate»—. Aquí todavía late algo —susurré con las yemas en su pecho.

Tenía las pupilas dilatadas y el pulso acelerado, notaba su corazón contra mi palma caliente. Si ahora subiera la mano hasta alcanzar la nuca, podría ponerme de puntillas e intentar besarlo...

—No me mires así —musitó ronco.

—Así, ¿cómo?

Si pudiera haber oído sus pensamientos, habría escuchado alto y claro un «como si pudieras follarme con la boca» que me habría dado ganas de hacerlo.

—Así —zanjó cogiéndome la muñeca para hacer descender mi mano sin soltarme. El contacto me sacudió por dentro—. ¿Por qué me pones las cosas tan difíciles?

—No hay dificultad, somos las personas las que tendemos a convertir tareas de lo más sencillas en montañas altas y escarpadas. Te di mis motivos y los mantengo, he venido a por ti y voy a por todas a no ser que… ¿Estás con alguien? —cuestioné con miedo.

—No, Cassey, no estoy con nadie, esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? Sé que no eres rencoroso, me lo demostraste ayer cuando no me dejaste tirada en el suelo. ¿Es que no quieres que podamos conocernos de nuevo, sin mentiras, sin presiones, siendo solo nosotros?

—Me dueles, Cassey —aclaró agobiado—, todavía no te has cerrado, sigues ahí igual que una herida abierta que se reblandece con tu presencia y no llega a cerrarse. Que estés aquí provoca que me asalten tanto los buenos como los malos momentos. Que sienta las mismas ganas de besarte como de salir huyendo, y me aterra que vuelvas a hundirme, porque Chasity solo me tiene a mí y no puedo permitirme el lujo de volver a cagarla y que me destroces de nuevo.

—No lo haré, tienes mi palabra; aunque para ti no valga mucho por ahora, te garantizo que cuando la doy, siempre la cumplo. Iremos despacio, a tu ritmo, sin presiones de ningún tipo, pasaremos juntos solo el tiempo que tú me quieras dedicar. ¿Puedes concedernos la oportunidad de empezar de cero? —inquirí esperanzada—. Por favor —supliqué.

—La Cassey que conocí no dejó de mentir.

—Ni una mentira más, te lo juro. —Le tendí el dedo meñique. Y él me sonrió mirándolo divertido.

—Eso es una apuesta muy fuerte. Las promesas de meñique son inquebrantables.

—Sagradas —respondí entre seria y juguetona.

—Hagamos una prueba a ver si es cierto que puedes decir la verdad, ¿en qué estás pensando ahora mismo?

—No quieras saberlo.

—Ponme a prueba…. ¿Es muy cerdo? —Él alzó las cejas interesado.

—Mucho.

—¿Mucho? —Asen—. Dilo.

—Tú, yo y una gigantesca montaña de helado de vainilla con nueces de macadamia extracrujientes.

—Sí que suena sucio, sí. —Rio por lo bajo.

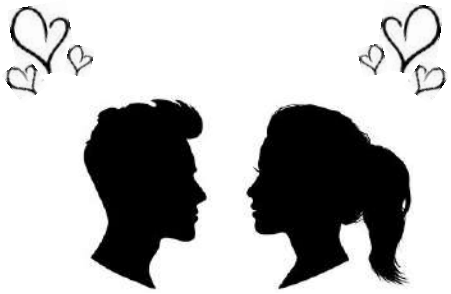
—Te lo advertí, soy muy cerda cuando se trata de mi helado favorito y tú estás en la ecuación. —Me tendió el dedo y nuestro roce me hizo estremecer.

—Tenemos un trato: tú, yo y una tarrina de helado.

—Que sea de litro, salgo a las seis.

—A las seis.

Capítulo 52



Jayden

—¡¿Cómo puedes ser tan jodidamente buena?!

«Y estarlo», eso me lo ahorré.

—Esa bocaaa —me riñó Chasity, disfrutando como una enana por la paliza que Cassey me estaba metiendo al puñetero minijuego; al final pensaría que había un complot contra mí.

Tras finalizar nuestra conversación, Cas regresó con Florence y estuvo visitando a todos los pequeños. Era la comidilla de la planta, al final los hospitales son como pueblos pequeños y todo el mundo se conoce.

Había vuelto a la nuestra hacía quince minutos y fue acaparada de inmediato por mi hermanita, quien ya me tenía enganchado al Rabbids Party Of Legends, regalito de Marcus.

—Quería decir inusitadamente —me corregí, haciendo rodar los ojos.

—Tarde, le debes un dólar a mi hucha de los tacos —señaló el tarro de cristal.

—Yo subiría a cinco, ¿para qué vas a usar el dinero? —intercedió Cas, dándole a los botones sin apartar la vista del televisor.

—Quiero ir a Disney.

—Entonces, diez.

—¿Podéis dejar de intentar arruinarme, además de vapulearme entre las dos?

—Hablar bien no debería costar dinero y le estás dando un buen ejemplo a Chas; no te quejes o puedo subir la cifra...

—¡Amén, hermana! —exclamó la mía.

Que se llevaran tan bien en tan poco tiempo era terrorífico. Nunca había sido muy miedoso, excepto en lo que se refería a la enfermedad de Chasity; ahora tenía que sumar a Cas, que era peor que una maratón de *Viernes Trece*.

—Estás haciendo trampas. Esos pulgares no se consiguen así como así —protesté contemplando el perfil de mi rival, que había vuelto a vencerme y me observaba con una sonrisilla triunfante que me daba ganas de borrar con mis labios.

Estaba sentada como una india, ubicada en los pies de la cama, mientras yo lo hacía en una silla, a su lado.

Nunca la había visto tan poco maquillada, arreglada y *sexy*.

Si la Cassey arreglada quitaba el sentido, la que tenía a mi lado me robaba el aliento.

—Akon —confesó traviesa, paseando su mirada triunfal de mí a Chasity para explicarle de quién se trataba—. Mi mejor amigo es un viciado a todo lo que implique competitividad.

—Mola...

—Yo no es que sea una fanática de los videojuegos, pero, como a él le entusiasman, a mi otra mejor amiga, Ashley, y a mí no nos quedaba más remedio que jugar con él. Después de tantas partidas a *Super Mario*, he ido cogiendo habilidad dactilar.

Movió ambas falanges con rapidez.

—¿Y qué otras habilidades te ha hecho coger Akon? —pregunté perspicaz, provocando que ella se mordiera el labio y desviara la atención hacia a mí.

—Un mago nunca revela sus trucos...

—¿Y a su ayudante?

—¿Te estás postulando?

—Puede...

—Tienes las piernas demasiado peludas para ponerte en maillot, a Chas le quedaría mejor.

—¿Me discriminas por no depilarme?

—Y por *pulgarlento*. —Contuve la sonrisa y recordé lo mucho que me gustaban nuestras pullas.

—Eso me ha dolido. —Me llevé el puño al pecho mientras mi hermanita se reía al escucharnos.

—Llevo aquí demasiado tiempo, van a echarme por acaparadora —comentó, dejando el mando sobre la cama.

—Solo cinco minutos más, toca duelo de campeonas —protestó Chasity, haciendo un puchero.

—Cassey tiene razón: lleva mucho rato en la habitación y hay más niños... No podemos absorberla, no queremos que la echen el primer día, ¿no?

Una imagen muy poco apropiada que incluía el cuerpo de mi rival de consola y mi lengua me sacudió el cerebro y la entrepierna.

—Te prometo venir a despedirme cuando acabe mi turno; mientras, puedes seguir apalizando a Jayden.

—Muchas gracias, Pulganiquiladora. —Cas agitó los dedos.

—De nada, además, tengo un premio para Chas si logra derrotarte en cada una de las partidas que disputéis.

—Eso, tú añade leña al fuego, que mi hermana necesita incentivos.

Cassey abandonó la cama de un brinco y se puso en pie. Nunca la había visto así vestida, tan *sport*, tan natural, tan… ella.

A ver cómo iba a resistir mis impulsos *sexicidas* viéndola enfundada en esas mallas con una cuchara de helado en la boca.

—¿Qué es?

Mi hermana la curiosa estiraba el cuello por si veía el trofeo.

—No lo tengo aquí, está en el despacho, solo lo verás si lo fulminas. —Le guiñó un ojo.

—Hecho —aseveró Chasity con una sonrisa aniquiladora.

—Nos vemos luego.

—Cassey —la detuvo mi hermanita—. Gracias por encargarte de mi tratamiento y por haber venido, eres genial.

Se me formuló otro nudo en el pecho e incluso sentí un chasquido. ¿Y si me estaba equivocando dándole una oportunidad? No quería que también le rompiera el corazón a Chas, puede que me hubiera precipitado al aceptar y no estuviera pensando con coherencia. Los pómulos de Cassey se sombrearon en rojo.

—No tienes que agradecerme nada, te lo mereces, y yo no hice más que lo que debía. Las gracias debes dárselas a Jayden y Camille por cuidarte siempre y estar ahí, también a tus nuevos doctores y a los investigadores que han hecho posible este milagro. Yo soy la pieza menos importante en todo esto.

—A mí no me lo parece, tú eres muy importante. ¿Verdad que sí, hado padrino? —Chas empleaba aquel apelativo de tanto en cuanto, le hacía mucha gracia mi profesión. Cas me observaba prudente.

—Lo es —cercioré. Me gustara la idea o no, yo también lo sentía así.

—Después me paso —musitó Cassey con un brillo cálido en la mirada que me sacudió por completo.

Mi corazón nunca estaría preparado para todo lo que su presencia hacía en mí, debería ser como los pulpos y tener tres.

Cuando nos quedamos a solas, mi hermana se dedicó a cantar las alabanzas de Cassey hasta que Blair llamó a la puerta. Había llegado la hora de su revisión diaria.

Chasity se puso muy contenta al verla y no paró de parlotear sobre lo maravillosa que era Cas mientras duró la exploración. Me sentí un pelín incómodo: vale que entre ella y yo no había nada, pero la doctora no dejaba de echarme miraditas suspicaces hasta terminar.

—Parece que lo has pasado de maravilla, me alegro mucho.

—Sí, es genial y va a darme un premio por ser la ganadora del minijuego, Jayden no aprendió mucho ayer.

—Eso es porque me llamaron por una emergencia y no pudimos practicar; danos tiempo, seguro que lo convierto en un campeón —jugueteó. Ahora sí

que estaba agobiado: Blair era una tía cojonuda, pero con Cas aquí, o puede que incluso sin ella, no me veía teniendo una cita romántica, como sospechaba que quería la doctora.

—Hemos terminado, ya puedes seguir con lo que hacías. Jayden, ¿puedes acompañarme un minuto fuera? Necesito hablar contigo...

Acompañé sin replicar a la doctora hasta el pasillo y cerré la puerta; estaba preocupado, ella no solía pedirme hablar en privado.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? ¿Es el tratamiento?

—Tranquilo, es solo que quería hablar a solas contigo. —Su mano se puso en mi pecho, donde el pulso rebotaba desatado por el susto. Ella sonrió al notarlo y bajó la mano con suavidad—. La recuperación de tu hermana va a las mil maravillas; si todo sigue igual, dentro de mes y medio podréis volver a Los Ángeles como acordamos, y que la doctora Grosvenor pueda seguir administrándole el tratamiento desde allí, como solicitasteis. Yo bajaré una vez al mes durante el siguiente año para las visitas de control.

—Eso es una buena noticia.

—Lo es. Me alegra muchísimo que tu hermana esté evolucionando tan bien. Es un paso para la ciencia y uno enorme en su calidad de vida; la semana que viene vendrán a verla de los laboratorios australianos que han trabajado con Standford, espero que no te importe.

—No, por supuesto.

—Bien, tendrás que firmar una autorización al tratarse de una menor.

—¿Eso es lo que querías decirme?

—No. Quería hablar sobre lo de ayer, siento muchísimo lo que pasó.

—Fue una emergencia.

—Ya, pero es que me apetecía mucho que saliéramos; si quieres, podemos hacerlo hoy, no tengo guardia y había pensado en que podíamos comprar comida en un japo que hay debajo de mi casa y cenar juntos... —musitó sugerente—. ¿Te gusta el *sushi*?

—Lo-lo siento, he quedado...

—Oh —musitó con la boca pequeña—. ¿Mañana? Igual puedo mover el turno y...

—Blair —la frené.

—¿Sí?

—No me gustaría que te hicieras falsas ilusiones, yo puedo ser tu amigo, pero nada más. Hay alguien en mi vida.

—Pe-pensaba que no salías con nadie.

—Bueno, es complicado, tú eres una tía estupenda y no querría que hubiera un malentendido entre nosotros.

—Ayer no parecía que hubiera nadie...

—Ayer cambiaron las cosas. —Ella abrió mucho los ojos y entonces Cassey salió de una de las habitaciones con una niñita rubia agarrada de la mano.

Nuestras miradas volvieron a conectarse y sus mejillas se arrebolaron.

—Entiendo. —Una risa sin humor escapó de los labios de la médico. Perdí la conexión visual con Cas para centrarme en Blair—. Tú y ella tenéis algo, por eso pagó el tratamiento de Chasity. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Tuvimos algo, sí, ya te he dicho que es complicado...

—Hablas en pasado.

—Ha venido para arreglar las cosas, lo nuestro fue difícil.

—El amor no debería serlo; si te cansas de pasar dificultades, sigue en pie mi invitación. Hoy me dedicaré a recuperar horas de sueño, que buena falta me hacen.

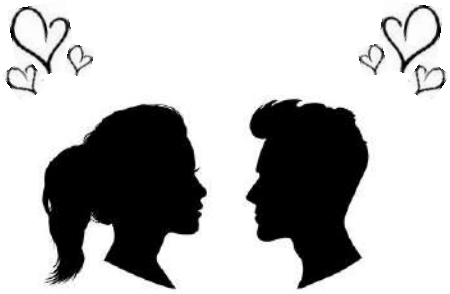
—¿Estás enfadada?

—No, si me conocieras bien, sabrías que yo no me enfado cuando un tío que me atrae es sincero conmigo y no juega con mis sentimientos. Intento alejarme de los capullos y la actitud que has tenido de enfrentar el tema sin tapujos ni anestesia dice mucho de ti. Te lo agradezco y mi invitación sigue en pie si lo vuestro no funciona. Sigo currando. —Se separó de mí con una caricia suave en el brazo.

Blair se dirigió al mismo lugar del que había emergido Cas, quien ya no estaba, y yo regresé al interior de la habitación maldiciéndome por aquel batiburrillo emocional en el que estaba sumergido.

Ojalá me hubiera gustado la doctora, habría sido de lo más sencillo, pero no, yo prefería una jornada de salto al vacío que una de japo y futón. Solo esperaba no arrepentirme de ello y que la fina cuerda a la que estaba amarrado soportara el peso de mis dudas.

Capítulo 53



Estaba emocionada, tenía que reconocerlo.

La semana había ido mejor de lo esperado. A Chasity le encantó mi regalo: un libro sobre curiosidades de países del mundo, una libreta donde anotar el primer viaje que hiciera, un boli a juego y una cortina de tiras compuestas por mariposas que emulaban un arcoíris, porque cada tira era de un color.

Le pedía ayuda a Jayden para colocarla en la ventana de la habitación de Chas, mientras él me contemplaba con los ojos llenos de cautela y emoción.

Comprendía sus reticencias respecto a mí, lo había herido mucho y ahora me correspondía sanar sus heridas, no solo a través de las palabras, también de mis actos.

A nuestra tarde de helado, el mío de vainilla con nueces de macadamia y el suyo de caramelo salado, le siguió una tarde de chocolate caliente con nubes de colores, y otra en la que pasear por Standford.

Me pidió que le enseñara los lugares predilectos a los que iba con Akon y Ashley en mi etapa universitaria. Terminamos cenando en un local de lo más cutre, pero que hacía unas hamburguesas para morirse.

Lo estaba intentando con todas mis fuerzas y había logrado que Jayden me mirara a mí con más apetito que a la hamburguesa. Admito que las conversaciones que mantuvimos siempre tenían un trasfondo interpretable que ponía a derrapar mis hormonas en una carretera llena de curvas y resaltos.

Llegamos al viernes y yo tenía mi as en la manga, cortesía de Marcus, y lo llevaba en el bolsillo trasero del vaquero.

Miré nerviosa el reloj. Eran las seis, nuestra hora mágica, por lo que me despedí de mi operación a corazón abierto en la sala de juegos con varios de los pequeños y fui a la habitación de Chasity, quería verla porque ya no lo haría de nuevo hasta el lunes. Jayden estaba tumbado a su lado terminando de contarle uno de los cuentos que hoy mismo le había regalado.

Si había algo que me gustara más que Jay, era Jay leyéndole un cuento con su voz rasgada y aquellos ojos oscuros repletos de amor por su hermana. Podía imaginarlo en nuestro apartamento anclado sobre Bahía Vizcaína, sin camiseta y en una cama mullida de sábanas blancas mientras la brisa nocturna lamía su piel bronceada. No estaba solo, una hecha a su imagen y semejanza yacía a su lado y lo escuchaba con atención. Tenía la boca abierta y unos ojos tan verdes como los míos.

Hijos. ¿En serio estaba pensando en un niño con Jayden sin haber arreglado todavía nuestra relación?

Pues sí. Yo, la autoproclamada reina de la independencia, me vislumbraba con ese hombre guapísimo y un cachorro de ambos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando sus ojos se anudaron a los míos y sentí la necesidad de abrazar mis brazos desnudos.

Le dio un beso a su hermana y ella se despidió de nosotros con una sonrisa pícara y un «pasadlo bien» arrastrado.

Chas se había convertido en mi cómplice sin pedirlo. Florence me advirtió esa misma tarde que la pequeña estaba encantada de que su hermano saliera cada tarde conmigo y que me prefiriera a la doctora Blair.

Aquella afirmación me puso blandito el corazón, porque a mí Chasity me caía de maravilla y nada me hacía más feliz que caerle bien a mi futura cuñada…, o eso esperaba.

Sonreí para mis adentros al imaginarla como tal.

—¿Estás sonriendo? —preguntó mi cita al alcanzarme.

Estaba tan guapo como siempre, con una camiseta blanca, unos vaqueros azules y una sudadera en un tono más oscuro que llevaba desabrochada por

si refrescaba. Parecía que nos hubiéramos puesto de acuerdo, porque yo también llevaba una camiseta de algodón de manga corta en color blanco y un jersey finito anudado en la cintura.

—Tú siempre me haces sonreír, incluso en el pensamiento.

—¿Piensas mucho en mí?

—Todo lo que puedo.

—Entonces tendré que cobrarte entrada. ¿A dónde vamos hoy?

Me gustó que diera por supuesto que íbamos a alguna parte.

—¿Quieres salir conmigo, señor King? —Jayden alzó las cejas.

—¿Tengo otra opción? —Yo arrugué la nariz.

—Podrías negarte, lo que no quiere decir que no te persiguiera como una loca perturbada hasta que me llevaras a alguna parte. —Jay se puso a reír.

—Si todas las locas perturbadas fueran tan guapas como tú, la mayoría de los tíos estudiarían Psicología.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Eso ha sido un golpe de realidad. ¿A dónde vamos?

—A un sitio en el que permiten personas con tendencia a usar camisa de fuerza —advertí divertida encaminándonos hacia las escaleras.

—¿No me lo piensas decir?

—Es sorpresa... —susurré, empujando la puerta—. El acosado primero. —Extendí la mano y Jayden pasó por la abertura sin problema.

Llegamos al Stanford Maples Pavilion en un periquete. Era un estadio de usos múltiples de 7392 asientos ubicado en el campus de la Universidad de Stanford.

Estacioné el coche en el aparcamiento, de casualidad, porque el lugar estaba abarrotado. Jayden me miró extrañado. No sé si por el volumen de vehículos que había fuera o por el lugar al que lo había traído.

—¿Tu sorpresa es traerme a un *parking* al aire libre lleno de universitarios para hacer botellón? ¿O porque quieres hacer guarrerías en el asiento trasero?

—¡No! —Estallé entre risas, aunque lo de las guarrerías me gustaba bastante—. ¿Habrías aceptado si te hubiera propuesto lo segundo? —

pregunté pícara.

—Nunca lo sabrás —respondió con las cejas trepando hacia su pelo desordenado.

Abrí la guantera, cogí una bolsita y se la tendí.

—Esto es para ti. —Nuestros dedos se rozaron y noté un deseo irrefrenable de ir más allá que un simple roce.

Lo tomó sorprendido.

—¿Condones?

—¿Por quién me has tomado? Esos los llevo en el bolso. —Su mirada se encendió y yo noté cierto calorcillo en el bajo vientre. Podía imaginar a Akon sonriendo ante mi respuesta.

—Entonces, ¿es un regalo?

—Podría decirse que sí.

Se puso a desenvolverlo y apareció una gorra.

—¿Es tu manera de decirme que nunca me peino?

—No, tonto, ¿de quién es la gorra?

—De los Lakers.

—¿En serio? Juraría que te la encargué de los Bulls —aseveré pensativa.

—Yo no soy de los... Un momento, eso ya lo sabías.

—Pues claro que sí, porque van a juego con esto.

Levanté el culo del asiento y saqué las entradas, sus ojos resplandecieron.

—Imposible. ¿Son para ver a los Lakers? —Asentí

—Juegan un partido benéfico contra los chicos de Standford y son para dentro de media hora, aquí, en el estadio. —Cabeceé hacia fuera. Su expresión era la de un crío al que le habían hecho el mejor regalo de su vida.

—No te creo.

—Pues si no me crees, vas a perdértelos.

Iba a darle las gracias a Marcus hasta los restos.

—Madre mía, Cas, esto es...

—¿Increíble?

—¡Una puta pasada! —exclamó, agarrándome la cara. Ante el contacto, todo mi cuerpo se puso a arder y mi boca a desearlo. Tragué con fuerza cuando lo oí decir «gracias» y besarme tan cerca de los labios.

—Son diez dólares —carraspeé, extendiendo la mano.

—¿La entrada? —se extrañó.

—¡No! ¡La palabrota! Tengo que contribuir al viaje de tu hermana...

Él me ofreció una sonrisa de hoyuelos que me derritió las bragas, menos mal que llevaba vaqueros o tendría que haber dado muchas explicaciones sobre por qué se me bajaban.

—Os habéis compinchado contra mí.

—Puede, ahora suelta la pasta...—Hice el gesto con la mano.

—En cuanto cambie el billete que llevo, te prometo que te los doy. Madre mía, Cassey, ¡esto es un sueño!

—Me alegra ser yo quien lo cumpla, igual te quito el puesto y me monto mi propia empresa de conceder deseos...

—Si lo haces, que sea lejos de este estado.

—¿Por la competencia?

—Porque me arruinaría llamando.

«¡Dios!, ¿se podía ser más mono? No, no se podía».

—Sería buena idea que fuéramos entrando y nos hiciéramos con algo para comer.

—Sí, no vayamos a morir por inanición.

Fuimos a por un par de perritos calientes con extra de beicon y cebolla crujiente, y Jayden nos pidió dos cervezas.

—Lo prometido es deuda —comentó, tendiéndome un par de billetes de cinco, que guardé gustosamente en el bolsillo.

Tomé mis cosas y le di un buen mordisco a la salchicha.

—Mmm, está buenísima.

—La mía está mejor —comentó jocoso sin haber probado la suya...

—¿Puedo comértela? —Sus pupilas se dilataron al instante y sin darle tiempo a réplica abrí la boca y di una dentellada a su perrito sin apartar las pupilas de las suyas. Jayden dio un trago largo de saliva y yo me perdí en la

bajada y subida de su nuez—. No está mal... —ronroneé, relamiéndome el kétchup de los labios.

—Vayamos a sentarnos o ya te diré yo lo mal que está... —Mis ojos apuntaron a su bragueta, que estaba de lo más tensa.

—Eso se puede aliviar, solo tienes que pedirlo —incidí, obteniendo un gruñido y un «vamos» demasiado intenso.

Había estado en el estadio con anterioridad, los estudiantes, eufóricos, se debatían entre animar a su equipo o a los Lakers, quienes fueron recibidos con una gran ovación.

Tras una charla del decano, un bailecito de las animadoras y la presentación de la alineación, dio inicio el partido. Los universitarios iban a por todas y no se amedrentaban por tener a sus estrellas delante.

Jayden estaba de los nervios, comentaba cada una de las jugadas, y yo era incapaz de no sonreír por lo intenso que se ponía. Nunca había disfrutado de un partido como en ese momento.

Llegamos a la media parte con una moderada ventaja por parte de los Lakers. Jayden estaba despotricando sobre si estaban dejando que los estudiantes ganaran, que entendía que eran fines benéficos y que no se emplearan al cien por cien, pero que él quería ver un partido épico. Estaba tan enfrascado en su monólogo que no se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Nuestras caras estaban en la pantalla, rodeadas por un gigantesco corazón hecho de conchas, y el cangrejo Sebastián cantaba *Kiss the girl*.

Le di un codazo a Jay para que se callara y me prestara atención.

—¡*Auch*! No hace falta que me partas una costilla para decirme que no estás de acuerdo.

—No es eso, mira. —Apoyé mi mano en su hombro y cabeceé hacia la pantalla.

Él vio lo que quería decirle. Nos enfocaban, y cuando la cámara apuntaba a una pareja, solo se esperaba una cosa: que los filmados se besaran.

—¡Bésala, tío! —exclamó un estudiante sentado en la fila de detrás.

—No es necesario si no quieres —comenté nerviosa, mordiéndome el labio—. También puedes darme uno en la mejilla...

«¡Que me morree, que me morree!». «¡Callaos, malditas hormonas de pacotilla!».

—Si quieres, puedo hacerlo yo —se ofreció el estudiante.

Jayden lo miró de soslayo y me dio la impresión de que habría podido arrancarle la cabeza.

—Ni en tus mejores sueños, chaval, este beso es mío —le respondió, mirando mi boca con codicia.

Había esperado un pico intenso; de hecho, puse la boca fruncida y estaba algo rígida esperando eso, y no el barrido al que fui sometida, porque lo que me estaba dando Jayden no era un beso, sino un orgasmo bucal que me recorrió por completo.

Sus labios se amoldaron perfectamente a los míos, mullidos, provocadores, ávidos. Con una lentitud exasperante que me llevó a gemir en su boca.

Su lengua chocó contra la mía con tanta lascivia que me extrañó que la onda expansiva no los babeara a todos.

Torcí el cuello para amoldarme mejor y, lejos de frenar, Jayden puso primera y ahondó todavía más. Mis manos ascendieron hasta su nuca para enredarse en la suavidad de su pelo y volví a jadear ante la calidez de su contacto.

Un mes y tres semanas sin sentirlo, sin saborearlo, sin percibirlo de aquel modo tan intenso y abrumador.

—Tres a uno a que le toca una teta.

—Yo creo que se levantan, van al baño y se la folla.

Jayden puso fin al beso de un modo abrupto y resollante.

—Cinco a cero a que o dejáis al margen vuestros comentarios inapropiados o Lebron James sale de aquí con un collar hecho con vuestros dientes...

Casi se me escapó la risa, porque no veía yo muy a Jay de meterse en riñas universitarias.

—Calma, tío, solo bromeábamos —lo tranquilizó el chaval, alzando las manos mientras yo trataba de recomponerme.

—De-déjalos, son unos críos. —Tironeé de su camiseta para que me prestara atención.

Tenía los labios enrojecidos y la mirada nublada. Estaba tan apetecible...

—¿En qué estás pensando?

—¿La verdad?

—Siempre. —Me tendió el meñique y se lo tuve que estrechar.

Me acerqué a su oído.

—En que si dependiera de mí, habría perdido la apuesta del baño —murmuré, sumándole un mordisco en el lóbulo de la oreja.

Tenía la vena del cuello tan hinchada que podría haber alimentado a una segunda generación de vampiros.

Paseé de nuevo mis ojos por su boca, recordando el hormigueo que había dejado sobre mi piel.

—No me mires así —gruñó, desordenándose el pelo.

—Así, ¿cómo?

—Como si quisieras quedarte a vivir en mis besos.

—¿Lo dices por las maletas que se me han atascado entre los dientes?

Sonreí pasándome la punta de la lengua entre ellos para rebajar un poco la tensión que crecía entre nosotros.

Él parecía estar manteniendo una batalla de voluntades que yo habría querido zanjar.

No es que pensara que el sexo podía arreglar las cosas entre nosotros, es que lo necesitaba de una forma antinatural.

El sonido que daba pie al inicio del partido hizo que centrara mi atención en la pista. Me sentía abrumada, excitada y confundida.

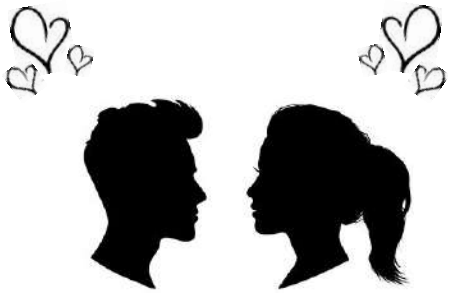
¿Podía besarme de aquel modo y seguir como si no hubiera pasado nada entre nosotros?

No podía concentrarme en el juego.

Paré a un chico que iba con una bandeja de bebidas y pedí que nos sirvieran un par de cervezas más para apagar la hoguera que me consumía.

Iba a ser la segunda parte más larga de la historia.

Capítulo 54



Jayden

Otra semana más así e iba a tener un serio problema; de hecho, ya lo estaba teniendo: llevaba siete días rememorando el jodido beso del viernes pasado.

Siete días en los que creía que iba a estallar de un momento a otro porque o Cassey fingía de puta madre o tenía razón, y, pese a haber mentido sobre su profesión, su conducta era la misma.

Mi hermana estaba encantada con ella, y yo… No tenía palabras para expresar cómo alteraba mi existencia.

Cada noche me acostaba pensando en que quería que fueran las seis, me pasaba el día nervioso, despistado, hasta que la veía aparecer por la puerta, con sus enormes ojos brillantes y esos labios, que me hacían pensar en indecencias, coronados por una bonita sonrisa.

Cada tarde me sorprendía con algo distinto, sin contar que el sábado posterior al partido me despertó un repartidor con una preciosa cajita de desayunos, un ramo de narcisos y una tarrina de helado con sabor a caramelo salado acompañado de una nota.

Sabe a mí, que lo disfrutes.

En cuanto la leí, me puse duro como una roca y no quieras saber lo que tuve que hacer con los últimos resquicios de helado en la lengua.

Me habría encantado escribirle, decirle que quería compartir su regalo con ella y el resto de los días de mi vida, pero no podía hacerlo: era muy pronto

y necesitaba la certeza de que esta vez las cosas saldrían bien, aunque aquella distancia autoimpuesta por mí mismo me estuviera haciendo agonizar.

—Tío, no sé qué más quieres que haga la chica... —Estábamos a viernes y tuve la necesidad de llamar a Marcus—. Ha cruzado el país, se ha hecho voluntaria en el hospital, te llevó a ver los putos Lakers, ¿qué narices esperas? ¿que cruce los Estados Unidos desnuda, de rodillas, con una corona de espino en la cabeza para suplicarte perdón? Estoy de acuerdo en que lo hizo mal, pero está demostrándote que le importas, que quiere intentarlo, y no se anda con remilgos, mientras tú te limitas a deshojar margaritas. ¡Despierta! La paciencia de una mujer no es infinita.

—Lo sé, tienes razón y entiendo que es cosa mía, que ella está haciendo todo lo posible, pero...

—¿Pero? ¿Estás de puta broma? Si una mujer estuviera haciendo por mí lo que Cas por ti, me replantearía mi soltería. De hecho, estoy por llamarla.

—Marcus...

—¡¿Qué?! Estás perdiendo el tiempo y ambos sabemos que no es algo fácil de recuperar.

—Imagino que se trata de miedo —reconocí—, y no tengo muy claro qué es lo que necesito para atreverme a dar un paso más.

—Pues yo sí: se llama echarle un par de huevos y un buen polvo; eso también lo necesitas.

—Marcus… —le advertí de nuevo.

—¿Qué? Por lo que me contaste el sábado, ella quería follar y desaprovechaste la oportunidad. Dudo que no le tengas unas ganas infernales.

—Se las tengo, pero no habría sido justo; para mí, el sexo con Cassey es mucho más que un desahogo físico.

—¿Y por qué no cambias las tornas y preparas algo chulo para ella? Estarás conmigo en que se lo merece, y a ti se te dan bien esas mierdas románticas, será una especie de declaración de intenciones con la que le dirás que, aunque no estés claudicando, crees que lo vuestro puede

funcionar. Tiene que ser desesperante estar estrujándose la cabeza por una persona que no te da una maldita señal con claridad. Cassey también tiene sentimientos y dudo que lo esté pasando bien al ver que no reaccionas como haría cualquier tío con los huevos llenos.

—Eres un puto animal.

—Soy sincero.

Mi amigo tenía razón, me estaba portando como un capullo, y si quería a Cas, yo también tenía que poner de mi parte.

—Vale, pensaré algo...

—Ese es mi chico; por cierto, un pajarito me ha dicho que la semana que viene es la gala de los IABI, que cierta morena que bebe los vientos por ti está nominada y la entrega de premios será en Los Ángeles, puedo conseguir que estés en la lista y la sorprendas... —Apreté los puños.

—Dile a Cam que no creo que sea buena idea que yo esté allí.

—Si ella te importa...

—Una cosa es que me importe y otra que esté de acuerdo con lo que la llevara a ganar ese premio.

—Vale, tú verás si quieres o no asistir, según Cam, es un hito para una mujer tan joven como Cas. Un premio como ese no se entrega todos los días. Intuyo que ella querría que estuvieras, y ya sabes lo que pienso: si no fuera por ese curro, tú nunca la habrías conocido.

—Eso ya me lo has dicho con anterioridad.

—Pues empieza a valorar que las situaciones no son malas o buenas, a veces, de las peores cagadas surgen grandes aciertos. Todos tenemos derecho a equivocarnos y a tratar de enmendar lo que hemos hecho. Cas lo está haciendo con nota, eres tú el que está siendo un pelín capullo.

—Gracias, Marcus, yo también te quiero. Debo dejarte, tengo un fin de semana que planear.

—Eso suena de puta madre. Te dejo, e intenta no hacer el gamba, a no ser que dejes que ella te chupe la cabeza.

—¡Cállate, mamón, voy a colgar!

—Demasiado tar... —Pulsé el botón de fin de llamada y me puse manos a la obra; tenía un par de horas antes de ir al hospital, deberían bastar para hacer un plan en condiciones.



Cuando vi a Cassey, el corazón se me disparó. Estaba en la sala de juegos rodeada de pequeños cirujanos enfrascados en una operación a corazón abierto. Ella llevaba una bata que le había prestado una de las enfermeras, con un gorrito, mascarilla, guantes y un bisturí de juguete que blandía concentrada sobre el pecho mullido.

—¿Cómo va la operación del osito Teddy, doctora Shirley? —preguntó, dirigiéndose a una pequeña con camisón azul que bombeaba oxígeno al distinguido paciente con pajarita.

—Sus constantes vitales parecen estables —respondió la pequeña.

—¡Cuidado! La saturación de oxígeno está bajando —exclamó otro niño con una camiseta roja. Shirley bombeó con más afán y otro de los niños que ejercía de enfermero le secó el sudor.

—Gracias, Aaron. —El pequeño le sonrió.

Caminé con sigilo hasta colocarme detrás de la jefa de Cirugía.

—Con toda esta nueva generación de cirujanos, siento que mi corazón está por primera vez a salvo —susurré cerca de su oído.

La piel de su cuello se erizó y tuve ganas de lamerla con suavidad. Como es lógico, me contuve ante tan selecta audiencia.

Los siete pares de ojos infantiles me repasaron curiosos. Cas despegó la vista del paciente y me observó de soslayo. Se apreciaba un amago de sonrisa en la mirada que fruncía las comisuras de sus ojos.

—¿Puede ocupar mi lugar, doctor Jeoffrey? Tenemos un intruso en el quirófano y debo explicarle las normas —aclaró, dirigiéndose a un chico de rasgos asiáticos que seguía con la mirada puesta en la mía.

—Por supuesto, doctora Sullivan, puede confiar en mí; no dejaré morir a Teddy.

Ella se hizo a un lado, se bajó la mascarilla y dio unos pasos para alejarse del grupo. Tenía ganas de tomarla por la cintura, apretarla contra mi cuerpo y recorrer con mi boca la suya. Cada vez me era más difícil no sucumbir a gestos de afecto.

—Hola —me saludó sonriente.

—Un trabajo impresionante el del osito Teddy, me pareció ver a este paciente toda la semana, ¿va a sobrevivir a tantas operaciones?

—Es bastante propenso a los accidentes, hacemos todo lo que podemos por él, ya que es un caso especial: me parece que va a ser el paciente más operado del hospital. —Sonrió. Estaba tan guapa que dolía.

—Quizá fuera buena idea mandarlo una temporada a las Bahamas.

—¿Rodeado de tiburones? Seguro que lo atacan.

—Entonces, búscale un hueco en esa estantería, el león de al lado tiene pinta de necesitar un balón gástrico.

Ambos reímos porque el peluche al que me refería era una especie de pelota gigante con cara de rey de la selva.

—Buena anotación. Por cierto, he pensado que hoy podríamos...

—No.

—¿No? —cuestionó sorprendida.

—Lo siento, he venido a decirte que hoy no hagas planes; en cuanto acabe el horario de visitas, me marcho, voy a pasar el fin de con alguien...

—Oh. —Su mirada se llenó de decepción—. ¿Vas a ver a Marcus o a Camille? —Negué.

—Es con una doctora preciosa, tendrías que verla operar, hace magia con las manos. —Sus ojos se volvieron acuosos y le tembló el labio—. Igual la conoces...

—¿B-Blair? —preguntó comedida.

No tenía ganas de hacerla sufrir más, en el fondo, era un blando.

—Mmm, no, se dedica a operaciones de alto riesgo en ositos de peluche y, para tu información —me acerqué a su oído—, es mayor de edad. —Anoté en un susurro mientras mi mano se posaba en su cintura. Me aparté un poco

para no perderme su expresión, entre sorprendida e ilusionada. Cassey era mi jodida perdición.

—¿Yo? —Su pecho ascendía y descendía alterado.

—¿Conoces a alguien más? —Ella negó—. ¿Tienes planes para este fin de semana, doctora Sullivan? Me gustaría invitarte a pasar el finde conmigo, si quieres, claro.

—¿Me tomas el pelo?

—No es mi intención. —No pude contener la sonrisa que se amplió junto con la suya.

—¡Código rojo, código rojo! ¡Lo perdemos, doctora Sullivan! ¡Rápido, la necesitamos!

Nos interrumpió la voz gritona de Jeoffrey.

—Lo siento, tengo una emergencia, pero... Me encantaría pasar el fin de semana contigo. ¿Nos vemos cuando termine?

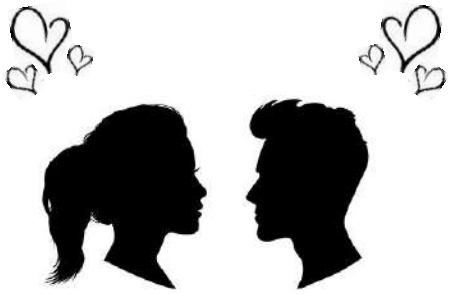
—Por supuesto. —«Te esperaría toda la vida»—. Teddy y tu equipo médico te necesitan.

Se subió la mascarilla cubriendo aquella maravillosa sonrisa que llevaba a mi corazón al borde del colapso.

Aparté la mano de su cintura y ella retomó la ardua tarea de reanimar al osito.

Marcus tenía razón: si la perdía, iba a sentirme muy estúpido.

Capítulo 55



—¿No piensas decirme a dónde vamos? —pregunté nerviosa. Jayden agitó la cabeza, con la mirada cubierta por las Ray-Ban de aviador y puesta en la carretera.

Una mano agarraba el volante con firmeza, mientras el codo del otro brazo quedaba suspendido en la ventanilla abierta. El pelo revoltoso se movía con suavidad por el viento y una sonrisa traviesa empujaba las comisuras de sus labios.

—Ten un poco de paciencia, no falta mucho.

«¿Paciencia?».

Estaba atacadísima después de que me dijera que íbamos a pasar el finde juntos. ¡Juntos!

Llevaba una semana nefasta comiéndome la cabeza tras el beso. Desde el cruce de labios frente a la cámara del estadio y mi pretensión de empotramiento susurrada en su oído, había vuelto a tomar cierta distancia reservada en cuanto al contacto físico.

Seguimos quedando todos los días; yo me curré cada cita, manteníamos el jugueteo tonto, pero nada de dar un paso más allá, lo que me tenía estresada perdida.

Me moría por besarlo, por lamerlo, por abrazarlo, por restregarme contra él en cualquier superficie, mientras Jayden mantenía un control tácito que me daba ganas de hacer saltar por los aires.

Por poco me dio un chungo cuando me dijo que se iba con una doctora de finde, pensé que Blair me había ganado la partida y que ese era el motivo por el que se mostraba reticente al contacto físico.

El alivio me embargó al comprender que me estaba tomando el pelo y que era yo con quien pretendía pasarlo; casi hizo que rompiera a llorar de la alegría.

La gravedad del osito Teddy fue lo único que impidió que terminara arrojándome a sus brazos, rompiendo todo protocolo frente a mi joven equipo médico y arrearle un morreo poco apto para todos los públicos.

Al terminar el turno, me acompañó al apartamento, las indicaciones fueron más bien escasas: tenía veinte minutos para coger lo que cupiera en una mochila.

Le rogué que me dijera qué tenía que meter dentro mientras paseaba la mirada por mi minúsculo apartamento. Se encogió de hombros y dijo que cualquier cosa con la que me sintiera yo misma.

No lo pensé demasiado, estaba tan nerviosa que en lo único en lo que me concentré fue en tener suficientes bragas limpias, el cepillo de dientes y los condones. Así que igual había combinado rayas con rombos y lunares con flores.

La ropa era lo de menos porque, si podía, pensaba pasarme desnuda el fin de semana. Al pensarlo, me acaloré y terminé de colocarlo todo deprisa y corriendo.

Jayden me preguntó si prefería que fuéramos en mi coche o en su moto; aunque la idea de ir aferrada a su espalda me tentaba mucho, decidí que era más práctico ir en el coche. No sabía qué distancia pretendía recorrer, no soltaba prenda y lo que menos me apetecía era empezar el fin de semana pareciendo una *cowgirl* sin haberlo montado.

Él dejó la moto aparcada bajo mi apartamento y me pidió las llaves. Iba a conducir, por lo que terminé de copiloto en mi propio vehículo, con los pies desnudos en el salpicadero y mi selección musical favorita acompañándonos rumbo a alguna parte.

Losing my religion, de Rem, sonaba en el momento en que volvió a retomar la conversación.

—Mi hermana te adora.

—Es que soy muy adorable. —Agité las pestañas, y Jayden me ofreció una sonrisa canalla.

—No te lo voy a discutir. La cautivaste desde el primer día en que te conoció, hablándole de tu infancia de trotamundos...

—Quise quitarle un poco de importancia, pero te aseguro que no fue fácil y sigue sin serlo por mucho que haya aclarado las cosas con mi madre y me haya dado cuenta de que el monstruo de mi armario estaba más en mi cabeza que en otra parte.

—Suele pasar, los peores monstruos son los que habitan en nuestro interior.

—Ashley me regaló un libro que me ha ayudado bastante a comprenderme mejor. Sufro de apego evitativo y eso me hace desconfiar de las relaciones sólidas, aunque sea lo que en mi subconsciente siempre he deseado. Nunca he tenido un novio como tal por mi miedo a que me dejaran o a no ser suficiente. —Jayden se mantuvo en silencio mientras yo me abría —. No es sencillo asumir que tu padre prefiere jugar a la ruleta en Mónaco antes que visitar a su hija en Navidad. Tampoco que tu madre viva permanentemente en busca de su felicidad. Al escucharla, entendí su punto de vista, pero mi niña interior solo sabe que se sintió sola, desprotegida y rodeada de un montón de gente que al final se terminaría quedando en su hogar mientras yo me veía forzada a ir a otro distinto. Odiaba las mudanzas con todo mi ser, todo lo que implicara volver a empezar una y otra vez, cuando lo único que yo quería era quedarme en alguna parte.

»No me gustó ser la nueva, la del acento raro, la de la madre guapísima que con un simple pestañeo se convertía en la envidia de las madres del colegio y el objeto de codicia de sus maridos.

»Mamá siempre fue un pájaro exótico de bonito plumaje que sabía cómo acicalarlo, mientras que yo lo único que quería era pasar inadvertida,

porque, si alguien reparaba en mi presencia, corría el riesgo de hacer nuevos amigos y dolía demasiado cuando los perdía.

»Ella se empeñó en darme alas cuando yo solo pedía raíces. Nunca aprendí del todo a volar; por eso, cuando en la universidad conocí a Ash y Ak, los convertí en mi refugio, en mi familia de elección, y me sentí afortunada de que quisieran formar parte de mi proyecto de futuro. Por eso siempre me gustaron los pingüinos: tienen alas y los pies en el hielo.

—A mí me gustan los pingüinos, cierta mujer me comparó una vez con uno imperial y creo que me lanzó una propuesta encubierta sobre calentar huevos. —Reí desprendiéndome de la tensión que acumulé durante mi monólogo.

—Veo que te acuerdas…

—Hay pocas cosas que no recuerde de ti. —Suspiró—. Es lógico que te sintieras como narras. Los niños tienen un alto sentido de la pertenencia, necesitan rutinas, un entorno seguro al que aferrarse. Te lo digo yo, que he criado a una.

—Muy bien, por cierto, Chasity es una niña estupenda.

—Gracias, criarla ha sido duro pero gratificante, y eso que ya la conoces, se muere por ver mundo y viajar. Las montañas rusas están bien, pero no a todos nos gusta vivir montados en una. ¿Quién puede culparte por tener miedo después de la infancia que has vivido? —Me gustaba que fuera tan comprensivo y que supiera escuchar—. Todos tenemos pavor a algo, el mío siempre fue no encontrar una mujer con la que compartir lo mismo que disfrutaron mis padres.

»Somos la suma de nuestras vivencias, las circunstancias, las ausencias, las pérdidas, las renuncias; esas emociones que se enroscan en lo más profundo y nos hacen percibir cada una de nuestras debilidades y fortalezas. También somos un compendio de sueños y esperanzas. De caídas y puestas en pie, de fracasos e intentos que a veces no salen del todo bien. No importa las veces que nos equivoquemos intentando alcanzar aquello que nos hace felices, lo que importa es que no dejemos de hacerlo.

»Lo único que te pasaba era que tenías miedo a que te hicieran daño, a que te abandonaran; por eso decidiste que no merecías amor, porque nadie puede perder lo que nunca alcanza.

Mi corazón reverberó en el pecho porque Jayden era lo que a mí me hacía feliz.

—¿Aunque se trate de una cazadora de fortunas que te jodió la vida con sus mierdas? —resumí conmovida por sus palabras.

—Bueno, como dice un buen amigo mío, si esa no hubiera sido tu profesión, nunca te habrías cruzado en mi camino y, aunque hay cosas que todavía escuecen, estoy dispuesto a dejar de deshojar margaritas por ti.

—¿Deshojar margaritas? —pregunté, buscándole el sentido.

—Cosas mías, Caramelo Salado. Por cierto, hemos llegado.

Ni siquiera había sido consciente del último tramo del trayecto. Estaba tan concentrada en él, en sus palabras, que me había perdido la magnificencia de todo lo que nos rodeaba.

No pude contener la exclamación al vernos envueltos de viñedos, frente a una preciosa casita entre las ramas retorcidas y cargadas de uva.

—*Wow*! ¡Es un viñedo!

—¿Te gusta? —había duda en su voz—. Sé que la playa es uno de tus lugares predilectos, pero esta vez quería un lugar envuelto en raíces, tierra y posibilidades.

Mi pulso galopaba incontenible.

—No podía ser más perfecto —confesé.

—Pues todavía no has visto lo mejor...

Se bajó del coche para dar la vuelta y abrir mi puerta para que saliera.

—Adelante, señorita Sullivan, bienvenida a Napa Valley. —Acepté de buen grado su mano para salir, y no contuve el gemido de complacencia en cuanto me vi envuelta por su cuerpo.

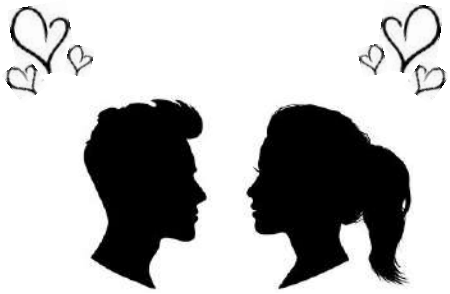
Jayden se apoyó contra el coche y mantuvo mi espalda en su pecho, mientras sus manos envolvían mi vientre.

—¿A qué huele? —preguntó, paseando la nariz por el lateral de mi cuello.

Tomé aire con firmeza, dejando que los últimos rayos de sol calentaran mis mejillas.

—Yo huelo a futuro.

Capítulo 56



Jayden

Le había dado instrucciones muy concretas al dueño de la casita. Si había optado por ella fue porque cada detalle rezumaba romanticismo.

Desde el porche de madera con un balancín en el que contemplar el atardecer con una copa de vino, hasta el salón dotado de una chimenea eléctrica que emulaba el efecto de las llamas, con opción a emitir calor o no.

Una habitación de ensueño con bañera alta, redonda, a los pies de la cama, para dos personas. Y la joya de la corona: un jardín trasero que contaba con una bonita piscina climatizada, barbacoa y un rincón con proyector para poder ver pelis bajo las estrellas.

Los árboles estaban decorados con minúsculas lucecitas blancas, como las que se usan en los abetos en Navidad. Había un montón de cojines distribuidos por el suelo, encima de una cómoda manta fina en la que poder tumbarse y una mesita baja donde cenar sin demasiadas pretensiones.

El dueño sabía nuestra hora exacta de llegada. Todo estaba calculado al milímetro. Cogí la llave de debajo del felpudo y le pedí a Cassey que cerrara los ojos mientras yo me encargaba de abrir la puerta.

En cuanto lo hice, cubrí su mirada con mis dedos para asegurarme de que no hiciera trampa y la insté a que caminara delante de mí, dándole indicaciones hasta llegar a la cristalera que daba al jardín.

Aparté las manos, tan nervioso como ilusionado, y murmuré un «ya puedes abrir los ojos» que me mantuvo expectante hasta que oí su exclamación contenida.

Se dejó caer contra mi cuerpo y la sentí temblar mientras la abrazaba.

—¡Es increíble, Jay! —exclamó con la vista puesta en el exterior.

—¿Te gusta?

—¡Me flipa! ¿Podemos quedarnos a vivir aquí para siempre? —preguntó entusiasmada.

—Podríamos intentarlo, pero dudo que a los próximos clientes les haga gracia compartirla con nosotros, y te recuerdo que el lunes nos esperan a ambos en el hospital.

Cassey se dio la vuelta y me miró con los ojos brillantes, echó las manos a mi cuello y se apretó contra mí.

—Gracias, nadie había hecho algo tan bonito por mí.

Sus palabras me conmovieron, acaricié su rostro con ternura y junté mi frente con la suya.

—No mereces menos que esto. —Suspiré cogiendo sus manos para anudar sus dedos a los míos—. Salgamos, que la cena nos aguarda.

En la mesita baja estaban depositadas varias cajitas de cartón cerradas; en cuanto las abrí, el inconfundible aroma a comida mexicana llegó a Cassey.

—¿Fajitas?

—Y burritos, enchiladas... Pedí un surtido variado en Viva México.

—¿Sabes cuánto me gustan? ¡Es mi cadena de restaurantes mexicanos favorito!

—Sí, creo que lo mencionaste una vez, menuda suerte la mía —me hice el despistado. Conocía cada uno de sus gustos y preferencias, todo estaba pensado por y para ella—. Siéntate y deja que sirva la comida antes de que empiece la peli.

—¿Qué peli? No será una de miedo.

—Odias las de miedo y no tengo ganas de que infartes o pases el fin de semana corriendo entre los viñedos porque pienses que va a atacarte un

asesino en serie —comenté, sirviendo los platos—. He optado por algo que nos guste a ambos.

Cas alargó el brazo para coger las cervezas de la cubitera y las abrió, tomó las rodajitas de limón y las puso en el extremo.

Me senté a su lado pensando en que yo no necesitaba más que eso para ser feliz.

—Por este fin de semana de ensueño. —Alzó la cerveza para entrechocarla.

—Por las mujeres que no se rinden y los idiotas que casi las pierden.

Fue a empujar el limón dentro de la botella y la detuve.

—Espera, a mí me gusta más así.

Dejé mi botellín, cogí el suyo, froté la pulpa ácida por todo el borde y empujé el limón. Di un trago largo desoyendo sus protestas, y con la boca llena de cerveza mexicana fui directo a por sus labios, que me dieron una bienvenida más que agradable.

Cassey tragó, lamió y mordió mi labio inferior en un beso subido de tono que la llevó a subirse sin pudor encima de mí. Confieso que yo estaba como una moto desde el tórrido beso del viernes pasado y ella me encendía con sus contoneos provocadores.

Mis manos volaron a su culo mientras ella se frotaba indecente contra mi erección.

—Cassey... —gruñí con los dedos femeninos tirando de mi pelo—. La cena... —mascullé por lo bajo, ahogándome en deseo.

—Prefiero cenarte a ti.

—No podemos empezar por el postre... —protesté con la bragueta tensa.

—Es una norma estúpida; además, prefiero abrir el apetito, porque follar me da mucha hambre —anotó, aumentando la cadencia de la fricción.

—Nos la comeremos fría.

—Ya pongo yo el plato caliente; cuando termine contigo, algo fresquito nos irá mejor.

—Joder, Cas... —gruñí antes de que volviera a atraparme el labio inferior para tirar de él y me apremió con un lametón.

—Eso es, jodamos —jugueteó ronca.

Las camisetas volaron por encima de nuestras cabezas y el sujetador de Cas corrió el mismo destino. Nunca un beso me había dado tanta sed. Alargué el brazo, cogí la cerveza y la dejé caer por sus pechos para llevarme un pezón a la boca.

Cassey gimió por el efecto frío calor, y yo succioné. Mi lengua la saboreaba con total desvergüenza mientras ella se agitaba encima de mi erección.

Cambié las tornas y la coloqué sobre los cojines para salpicar su abdomen de besos mojados. Llevé sus pantalones lejos de su alcance y me recreé al verla solo cubierta por una braga de algodón rosa que tenía el centro húmedo y un lacito en la goma.

Sus mejillas se encendieron al percatarse de lo que llevaba puesto.

—Yo, lo siento —musitó avergonzada—, no pensé que fuéramos a...

—Me encantan... —Sonreí separando sus muslos para pasar la lengua justo por la marca mojada.

—¡Dios! ¡Jayden!

Aparté la tela sin remilgos decidido a intervenir la zona de conflicto. Introduje un dedo acompañado de un lengüetazo descomunal. Ella jadeó con fuerza, empujó las caderas al encuentro de mi boca y hundió sus dedos en mi pelo.

—He extrañado mucho tu sabor —lamí—, tu textura —sorbí— y esa manera tan tuya de retorcerte en mi lengua.

—Si no hicieras estas cosas tan «OMG», no me retorcería con tanta fuerza —protestó a la par que yo ahondaba la penetración con un segundo dedo para seguir engulléndola.

—Jay, por favor...

Tenía los labios brillantes cubiertos por su placer y los dedos empapados. Me desabroché con premura el pantalón y ella se deshizo de las bragas.

—Tengo los condones en el...

—Shhh...

La silencié volviendo a tumbarla para pasear mi polla entre sus pliegues, sin hundirme en ella, solo por el placer de notar mi carne contra la suya, mientras volvía a adorar sus pechos.

Me gustaba cómo se arqueaba contra mí, abriendo su boca con un hambre atroz que nada tenía que ver con la cena.

Quería alargar el momento al máximo, paladearla, engullirla, acariciarla, olfatear su deseo y prometerle que conmigo encontraría esa raíz fuerte y estable en la que formar una familia, además de tener mucho sexo.

Le metí el dedo pulgar en la boca y no hizo falta que le pidiera nada: ella lo chupó con el verde de su mirada tan oscuro como un bosque a medianoche.

En mi puta vida había tenido tantas ganas de estar con alguien.

—Cas, estás empapada. —Era cierto, tenía mi erección totalmente bañada.

—Métemela. —Negué.

—No vamos a hacerlo sin protección.

—Quiero sentirte por completo, tomo anticonceptivos e imagino que tú no tendrás ninguna enfermedad venérea.

—No.

—Pues, entonces, hazlo, por favor, Jay, sin barreras entre nosotros, solo tú y yo.

¿Cómo iba a resistirme a una petición así?

Me hundí en ella. Me balanceé entre sus muslos con sus pezones arañando los míos, sus piernas abiertas y las manos femeninas amasando mi trasero. Su boca se ahogaba en placer y los ojos felinos permanecían aferrados a los míos.

—Eres preciosa.

—Tú también. —Sonreí, estaba tan perdida que no tenía idea de lo que acababa de decir.

Me alcé sobre las rodillas sin perder la cadencia de la penetración. Agarré sus piernas y contemplé como su pecho se bamboleaba fruto de mis acometidas. Me convertí en *voyeur* de nuestra propia carne entrechocando.

Cassey llevó una mano a su clítoris y la otra al pezón derecho para absoluto deleite de mis sentidos. Me gustaba escucharla decir frases cortas y entrecortadas como: «más», «así», «perfecto» u «¡oh, Dios mío, no puedo más!» hasta alcanzar mi anhelado «me corro», que se quedó suspendido en su boca mientras yo descargaba en su interior espoleado por los últimos azotes de su placer.

Abandoné su calidez y me tumbé a su lado. Cassey no perdió tiempo y enroscó su cuerpo salpicado en sudor en el mío. Disfruté de esa cercanía placentera y del silencio roto por nuestras respiraciones agitadas.

Su estómago rugió, y yo reí ronco.

—Ya te había advertido que me entraría hambre —susurró, dando un lametón en mi tetilla.

Se puso en pie y fue a la ducha de la piscina.

Podría pasarme la vida viéndola ducharse; de hecho, podría pasármela viéndola hacer cualquier cosa, de cualquier forma y en cualquier parte.

No dudé en ir junto a ella, refrescarnos mientras la llenaba de besos y caricias. Me moría de ganas de decirle que la quería, pero todavía no podía, la declaración se me quedaba atascada en la garganta porque el miedo seguía enroscado en mi bajo vientre; esperaba poder hacerlo durante el fin de semana.

—Si sigues besándome así, volveré a olvidarme de la cena.

—De eso nada.

Cerré la llave del agua y cogí el par de toallas que había en las hamacas, cortesía del dueño. Nos secamos y envolvimos nuestros cuerpos en ellas para regresar a la mesa.

Recolocamos los cojines y devoramos el 75 % de los manjares casi sin respirar. Todo estaba buenísimo, aunque Cassey estuviera mejor.

—¿Y la peli? —preguntó, llevándose un burrito entre los labios.

—No sé si estás preparada para verla...

—Es de miedo, ¿no? Si es que lo sabía...

—Un poco de miedito sí que da, sí —la piqué.

Cogí el mando a distancia, apunté al proyector, le di al *play* y la inconfundible música de Disney con su mágico castillo mágico apareció en la pantalla.

—¿Estás de broma?—Parpadeó confusa.

—*Nop,* con Walt no se juega.

Ella se quedó con la mirada puesta en las imágenes y, al ver el título que había elegido, dio un salto que le hizo perder la toalla y medio burrito.

—¡Son Timón y Pumba! —exclamó, arrojándose a mis brazos. Suerte que yo ya había engullido el mío y estaba listo para recibirla.

—Tu peli favorita... —acoté, y a Cas se le llenaron los ojos de lágrimas—. Eh, que me han garantizado que es de risa, no un drama como el inicio de *Bambi* —mascullé, apartándole un mechón húmedo del rostro.

—Es que todo esto me sobrepasa... Tú... Yo... Dios, ¡tienes que pensar que soy una ridícula! Has montado todo esto, y a mí me da por llorar.

—Lo que pienso es que eres preciosa y que me alegra tocarte la fibra, porque esto espero que no sea de tristeza —dije, arrastrando una lágrima con el dedo—, sino de alegría.

—Es que no sé si lo merezco.

—Si no lo sabes es que la he cagado mucho; siento haberme equivocado contigo, Cas, me gustas muchísimo, antes, ahora e intuyo que siempre. —Ella contuvo la respiración esperanzada—. Ven aquí —palmeé el espacio entre mis piernas—, terminemos de cenar viendo a tu jabalí favorito, que después le toca a mi Hada Madrina.

—¿La segunda es la *Cenicienta*?

—¿Lo dudabas?

—No, me parece un plan perfecto y quiero que sepas que te adoro, dudo que alguna vez puedas decepcionarme como yo hice contigo.

—Basta, ese episodio ha quedado cerrado, ya está hablado y relegado a un segundo plano, no quiero que vuelvas a fustigarte por ello; lo que pasó pasó y, como dice Marcus, si no, tú y yo nunca nos hubiéramos encontrado.

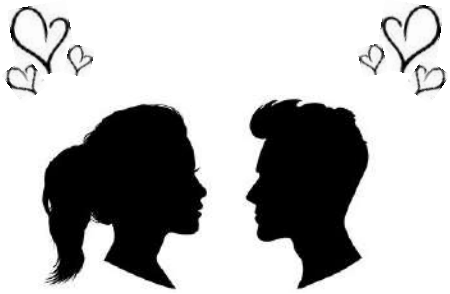
—Eres lo mejor que me ha pasado, Jayden King.

—Y tú la peor compañera para ver pelis de la historia. Siéntate de una maldita vez y quédate callada, o no podré darte los motivos de por qué mi peli es mejor que la tuya.

—Eso no va a pasar nunca —musitó, premiándome con un beso suave lleno de gratitud.

Se colocó entre mis muslos y supe que aquella iba a ser la primera de muchas cenas, en la que el sexo no era postre ni las lágrimas tristeza.

Capítulo 57



Miré a mi madre y a Ashley mordiéndome el labio.

—¿Estáis seguras de que tengo que posar en el *photocall*? Me da la impresión de que en cuanto dé dos pasos, me enredaré como una sirena a la que acaban de darle las piernas y pasaré de ser nominada a los premios IABI a ganadora por la caída más ridícula de la historia —refunfuñé plantada sin moverme.

Mi madre me había regalado para la ocasión un vestidazo de seda color maquillaje con cuerpo ceñido, asimétrico y escote corazón de la colección Zuhair Murad Alta Costura de inspiración griega. Tenía una larga cola tan preciosa como terrorífica, ya me había enganchado el tacón de los Jimmy Choo al bajar de la limusina que alquiló Akon para la ocasión y por poco termino de rodillas en una alcantarilla pasto de las ratas.

Después de un inolvidable y muy desnudo fin de semana en brazos de Jayden, y un regreso a la realidad lleno de arrumacos, pasé una de las noches que precedieron al evento dando rienda suelta a la pasión en cualquier parte. Dormimos juntos y desperté sobre su cuerpo, tan contenta como saciada.

Sabía de antemano que no quería acompañarme a la gala, por lo que no insistí, ni siquiera se lo mencioné cuando nos despedimos esa mañana y yo le dije que nos veríamos el lunes en Palo Alto. A mí tampoco es que me apeteciera mucho ir, pero no podía faltar.

Ashley se había esmerado con el maquillaje y peinando mi melena hacia atrás en suaves ondas. Mamá decía que era el *look* que más me favorecía. Ellas también estaban preciosas con unos vestidos de noche espectaculares, acompañadas de Ak.

—Vamos, nominada, es tu turno —me espoleó mi amigo—. Te prometo grabarlo por si te dejas los dientes en la alfombra roja y así conseguir pasta para tus piños nuevos cuando el vídeo se haga viral —se carcajeó tomando a su chica por la cintura.

—Todo un detalle por tu parte lo de preocuparte por mis dientes.

—A mandar. —Me guiñó un ojo, pícaro.

Por suerte, no me accidenté y, aunque lo mío no fuera posar ante las cámaras, no lo hice del todo mal.

La gala tuvo lugar en el interior del Globe Theatre, en el centro de Los Ángeles, uno de los teatros más antiguos de Broadway que seguía en funcionamiento.

Tenía capacidad para unas mil trescientas personas, aunque con la distribución que habían hecho, que incluía cuarenta y cinco mesas redondas para la cena previa a la entrega, rondábamos los cuatrocientos cincuenta.

Había dos bonitas barras de bar ubicadas a cada extremo de la sala, y al fondo emergía el imponente teatro, donde una cantante de *jazz* con su banda amenizarían la noche.

Me alegró sentirme arropada por mis amigos y mi madre; no obstante, me faltaba Jayden. Se había vuelto un imprescindible en mi vida y, aunque de su boca no hubiera vuelto a salir un «te quiero», sabía que era cuestión de tiempo, porque el amor se reflejaba en cada uno de sus actos, en su forma de acariciarme, mirarme, besarme o hacerme el amor.

No tenía duda de sus sentimientos, y estaba a un *click* de volver al punto en el que encontrábamos antes de aquella fatídica mañana en la que Cheston Hill lo hizo saltar todo por los aires.

Me habían llamado la noche anterior, desde la organización, para asegurarse de que no faltaba y eso solo podía querer decir una cosa: me

habían otorgado un premio, el de finalista o el de vencedora. Sea como fuere, era todo un logro, y sería retransmitido por la televisión nacional.

—¿Nerviosa? —preguntó Ash, aferrándose a mi brazo.

—Atacada.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer?

—Sí, y tú ocúpate de que Ak me grabe, en lugar de que tenga la lengua en tu garganta.

—Te he oído —rezongó mi amigo.

—¡Pues mejor!

—Vas a salir en la tele —me advirtió mi amiga—. No hace falta que Akon te grabe.

—Me da igual, por si acaso, no puedo arriesgarme a que haya un apagón y mi discurso no sea retransmitido; quiero que Jay lo oiga.

—Vale, tú eres la que manda, el premio te lo darán a ti, así que nosotros no tenemos nada que añadir —proclamó Akon—, salvo que Jayden es un necio si no se da cuenta de una maldita vez de todo lo que significa para ti. Quizá una patada en los huevos habría sido más eficaz.

—¡Deja a sus huevos en paz y ocúpate de los tuyos! —le advertí mientras nos encaminábamos a la zona de las mesas.

Me gustó encontrarme con Camille y su marido en la nuestra. Se les veía bien, muy enamorados y risueños. Habían sentado a la doctora a mi izquierda, por lo que estuve dialogando con ella sobre lo bien que estaba Chasity y lo mucho que me alegraba. Nuestra charla duró casi toda la cena, me encantó no perderme la adoración con la que la trataba Duncan y lo mucho que la complacía a ella.

Al final sí que iba a ser cierto que mi intervención en su boda con Jay había puesto todo en su sitio. Ella había terminado con el hombre de sus sueños, y yo con el de los míos.

Su padre estaba con los jueces, por lo que solo me dedicó un saludo cordial y no se entretuvo demasiado cuando nos cruzamos. Imaginé que sería para que nadie pensara que había tongo, aunque la realidad fuera muy distinta.

Cheston Hill dijo que se posicionaría a mi favor y estaba convencida de que lo había hecho, por mucho que insistieran mis amigos en que lo merecía, que mi trabajo había sido excelente y que por eso estaba nominada, que si Jayden me había perdonado no era necesario que renunciara a aquel reconocimiento.

Apenas pude comer nada, los nervios no me dejaban, aunque sí que cayeron tres copas de Merlot para darme la confianza necesaria.

La hora de la verdad había llegado, el presentador subió al escenario, nombró las categorías una a una y las caras de los premiados emergieron enfocadas en la gran pantalla por las cámaras que estaban distribuidas por la gran sala.

Los minutos transcurrían de manera muy lenta, o eso me parecía a mí. Mi madre apretó mi mano por debajo de la mesa.

—Tranquila, decidas lo que decidas, todos vamos a apoyarte, por eso estamos aquí.

Asentí y tragué con fuerza, que los tres hubieran cruzado el país para estar a mi lado en un momento como ese decía mucho de cuánto me querían.

—Gracias por acompañarme.

—No tienes que darlas.

Los aplausos acompañaron al tercer ganador en la categoría de innovaciones tecnológicas.

—Muy bien —anunció el presentador—, y ahora vamos a pasar a la categoría de mujeres empresarias emprendedoras más jóvenes, y las nominadas son: Kate Novak, con su empresa The Nana Dreams, cuyo elemento estrella es una cuna para bebés que emula el dulce ronroneo del motor de un coche y hace que hasta los pequeñines más rebeldes se duerman en menos de quince minutos. Pamela Chu y su fabulosa Kinderplant, una guardería para plantas que ya cuenta con una sede en cada uno de nuestros Estados, que garantiza cuidar de nuestras amigas verdes cuando nosotros no podemos y cuyo *slogan* es: «Ellas nunca te plantarían». Y, por último, pero no menos impresionante, Cassey Sullivan con Wedding Crush Enterprise. La señorita Sullivan se ha especializado en librar del

matrimonio a personas que han estado a punto de perder toda su fortuna a través de un ingenioso sistema para cazar aprovechados. Si alguien teme por su cuenta bancaria, tiene que llamar antes del «Sí, quiero». —Los aplausos dieron fin a la presentación de las candidaturas—. Y, sin más preámbulos, abriré el sobre que nos dará la finalista y ganadora de esta categoría, aunque debo decir que ha estado muy reñido y que las tres lo merecían. Finalista, obsequiada con la medalla de plata y un cheque por valor de diez mil dólares: Pamela Chu y su empresa Kinderplant.

La señorita Chu, vestida íntegramente de verde, ofreció una sonrisa tímida a cámara, recibió las felicitaciones de su marido y se puso en pie para dirigirse al escenario a recoger su premio. Tras unas escuetas palabras de conciencia medioambiental y de no abandonar a nuestras plantas, se quedó al lado del presentador.

—Muchas gracias, señorita Chu, y ahora ha llegado la hora de revelar a la premiada. Linda, por favor. —La azafata trajo otro sobre, que Ken no dudó en abrir bajo la expectación de todos los invitados. Las manos me sudaban. Porque yo ya tenía claro que si Pamela era segunda yo era...—. ¡Cassey Sullivan! —proclamó con entusiasmo.

Camille y mi madre me espolearon a alzarme porque había entrado en una especie de *shock* que me impedía moverme. Duncan tuvo la amabilidad de levantarse para ayudarme con la silla y Akon me tendió la mano y depositó un beso en el dorso para que me calmara.

—Adelante, Crash, hazlo y no te caigas. —Me guiñó el ojo. Caminé entre las mesas con un nudo en el estómago que ni el Merlot había podido disolver.

Por suerte, me ayudaron a subir y no me estampé. La ovación hizo que mis rodillas se volvieran gelatina y agradecí que Ken me tomara por los hombros para darme la enhorabuena.

Notaba los *flashes* disparándose sobre nosotros mientras anunciaba que me entregaba la cantidad más suculenta de la noche: quinientos mil dólares de premio y un reconocimiento que haría que los millonarios del país llamaran a nuestra puerta.

No podía catalogar mi estado emocional; por un lado, me alegraba y, por otro… Por otro sentía que no era justo.

Me dirigí al atril para dar mi discurso. Vi al señor Hill admirándome con orgullo, a Ashley, mi madre, Camille y su marido. Los rostros de todos los que estaban allí reunidos, excepto el más importante, el único que yo quería tener a mi lado y en mi vida.

Me aclaré la voz.

—En primer lugar, quiero dar las gracias a mis socios en el negocio, Akon Williams y Ashley Carrigan. Si ellos no hubieran aceptado mi loca idea, hoy yo no estaría aquí. También a mi madre, que fue fuente de inspiración para este negocio y quien me ha sustituido en los últimos dos meses por motivos personales. Sé que debería sentirme muy orgullosa, porque no saben cuánto me he enfocado en ganar esto —agité la estatuilla—, pero no es así. En mi último encargo, las cosas no fueron como esperaba y... me di cuenta de que es muy difícil discernir entre un cazafortunas de manual y la persona más maravillosa del planeta, y de la cual estoy completamente enamorada. —Se oyeron sonidos de contención—. Es por ello por lo que quiero renunciar a este premio y entregárselo a la señorita Chu y su guardería para plantas, porque lo mejor que me ha dado mi trabajo no es este reconocimiento, sino el hombre de mi vida.

—¡No puedes devolverlo! —Se oyó una voz al final de la sala que me hizo temblar de cabeza a pies.

Allí plantado, con el traje que debería haber llevado el día de su boda, un esmoquin en blanco y negro impoluto, estaba Jayden con su maravilloso pelo desordenado. Me agarré con fuerza al atril porque temí que las piernas no me sostuvieran.

Él avanzó entre las mesas con su mirada puesta en la mía y un ramo de tulipanes de colores entre las manos.

Me llevé una mano a la boca cuando lo vi dejar las flores en el suelo del escenario y ascender de un salto para plantarse frente a mí con la mirada brillante.

—Hola, Cas, espero que no te importe que me haya presentado aquí, pero es que no podía perderme el día más importante de la mujer que amo. —El micro estaba encendido, por lo que sus palabras podía escucharlas toda la sala.

—Jayden, yo... —Él negó.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el atril, y yo accedí; me ofreció una caricia y se dio la vuelta frente a la nube de *flashes* y rostros sorprendidos.

—Disculpen la interrupción, pero no podía negarle a esta mujer increíble el reconocimiento que merece. Soy Jayden King y, como bien ha dicho, espero ser el hombre que la merezca para el resto de su vida. —Se oyeron varios suspiros femeninos junto al mío—. Yo he sido el último trabajo que le propusieron a Cassey, uno muy precipitado, lo que llevó a la señorita Sullivan a tener que aceptar un encargo que no contaba con los tempos que su empresa marca para lograr lo que anuncia. Aun así, tuvo la buena voluntad de impedir mi enlace porque su olfato le decía que yo no amaba a la mujer con la que iba a casarme y que mi objetivo era económico.

»No estaba equivocada. Yo necesitaba el dinero de la mujer con la que iba a casarme. —Se escuchó un «oh» contenido.

—Jay, esto no es necesario —comenté, tirándole de la manga.

—Sí lo es. Porque tú solo estabas equivocada en parte, lo mío con Camille era un pacto. —Él volvió a girarse hacia la audiencia—. Tengo una preciosa hermana con una enfermedad que no tenía cura, si me casaba con la doctora Grosvenor —apuntó, y un foco iluminó a Cam—, ella podría desbloquear su herencia; de hecho, me había contratado para casarme con ella, aunque eso no lo sabía ni la señorita Sullivan ni su familia, debido a nuestro pacto de silencio y confidencialidad.

»Con lo que nunca conté fue con enamorarme de la persona que pretendía desenmascararme. Debo decir que Cassey logró su objetivo: la boda no se realizó y ahora la doctora Grosvenor es la doctora Fletcher y está casada con un tipo cojonudo que la adora. Y mi hermanita pudo obtener su tratamiento, porque esta maravillosa mujer —me señaló— donó todo lo que

había ganado al impedir mi enlace y pidió un préstamo para que mi hermana recibiera el tratamiento que le garantizaría una vida «normal».

»Yo la desprecié, la aparté de mi lado porque me sentía muy dolido, porque pensaba que me había enamorado de un espejismo y no de la Cassey Sullivan de verdad, pero ¿saben lo que hizo? No se rindió y me demostró que me equivocaba, cruzó medio país, se hizo voluntaria en el hospital en el que está ingresada mi hermana, ¿y todo para qué? Para que yo la perdonara por cumplir con su trabajo y enamorarse de mí.

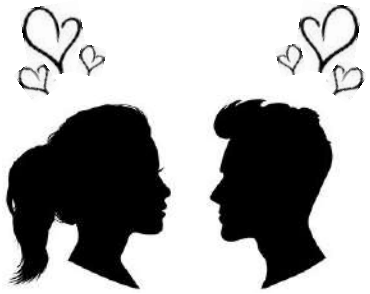
»Lo siento, Cas, siento no haberme dado cuenta de que en realidad eras tú, que en eso no mentías. Siento haber tenido miedo y acobardarme, no haber sabido gestionarlo mejor y hacerte cargar con todas las culpas. No puedes devolver ese premio, porque es fruto de tu esfuerzo, tu trabajo y tu buen hacer. Solo espero que me perdones por apartarte como lo hice, y por eso te traigo mis sentimientos hechos flores.

Jayden se agachó, fue a por el ramo y me lo entregó mientras mi cara se inundaba en lágrimas.

—En su lenguaje, el tulipán simboliza una declaración de amor sincera. El multicolor es sueño con un amor loco y extravagante, el blanco es un amor extremo y el amarillo, un amor sin esperanza. Aunque espero que no me quites la mía. —El público rio—. El rojo simboliza amor eterno y el jaspeado que la persona amada tiene unos ojos preciosos, como los tuyos. Te quiero, Cassey Sullivan, siempre hemos sido inevitables y espero que ahora lo seamos más que nunca.

No pude contenerme más y me arrojé a sus brazos para besarlo delante de todos, sin importarme otra cosa que no fuera su boca, su abrazo y su amor, porque Jayden King era el premio más mayúsculo de toda esta historia.

Epílogo



Un año y diez meses más tarde

Removí el café de mi taza sentada en la mesita de desayuno, ubicada en la terraza que daba a Bahía Vizcaína.

Por fin había podido cumplir mi sueño de independizarme y salir cada mañana a tomar un café frente al mar.

No es que fuera excesivamente grande, pero suficiente como para albergar a las dos personas que alegraban mi día a día y organizar cenas con los amigos.

El salón era la zona más amplia de la casa, cosa que agradecía porque nuestro pequeño hogar parecía ser el punto de reunión.

Sí, he dicho nuestro: Jayden y su hermana se habían mudado, y ahora vivíamos los tres juntos.

Chasity estaba más que recuperada, había encajado maravillosamente en el instituto. Era una niña sorprendente y mi madre estaba enamorada de su verborrea y su gusto por los viajes y la moda.

No era de extrañar que le pidiera a Jayden que la dejara llevársela de fin de semana mientras nosotros disfrutábamos de nuestro nidito de amor y que el verano pasado se hubieran hecho un viaje a Europa las dos juntas, del que Chas volvió enamorada de Italia y mi madre de un experto en capuchinos. Mamá era incorregible con el amor.

La empresa iba viento en popa, la intervención de Jayden en los premios no espantó a la clientela; al contrario, nos vieron como una prueba de amor

para parejas. De hecho, tuvimos que cambiarle el nombre a la empresa fruto de la actual demanda, y ahora nos llamábamos Test your love.

Abrimos sucursales en siete Estados y estábamos en plena expansión, con mi madre como jefa de Desarrollo y Jayden con un puesto al cargo de la Comunicación.

Akon era el responsable de Formación y Producto, y Ashley de RRHH.

No podíamos quejarnos, la previsión era abrir otras siete oficinas en el próximo año e incluso ya teníamos unos interesados en exportar nuestra idea a Europa.

Los Fletcher formaban parte de nuestra vida, teníamos un contacto con ellos muy estrecho, ya que Camille seguía encargándose de los controles rutinarios de Chasity y Duncan era el abogado de la empresa, ¿y sabes qué? Cam estaba embarazada y esperaban la llegada del bebé para otoño.

¿A que es fantástico? Nos habían pedido a Jay y a mí que fuéramos los padrinos de la criatura y estamos deseando saber si será niño o niña.

—Hola, preciosa. —La voz rasgada de mi chico llegó por detrás de mí, además de sus manos, que no dudaron en colarse por el interior del albornoz para cubrir mis pechos.

Estaba recién salido de la ducha, olía a jabón, sus antebrazos estaban salpicados por pequeñas gotas de agua y aquellos labios torturadores buscaban la zona sensible de mi cuello.

—Se te va a enfriar el café y dudo que un espectáculo porno sea lo que quieran ver nuestros octogenarios vecinos, a las siete de la mañana.

—Alucinarías con las cosas que hacen los Meyers en su balcón... ¿Sabías que son nudistas y que la señora Meyers fue una *vedette* consagrada en París? —Le ofrecí una risita nerviosa junto a un suspiro de deleite.

—¡No me digas! ¿Y tú cómo sabes eso?

—Ya sabes que se me da bien hablar con la gente...

Jayden ocupó la silla que había a mi lado y tomó su taza para dar un sorbo, con las pupilas puestas en mis ojos y los hoyuelos sobresaliendo de la porcelana; mi corazón dio un brinco lleno de amor por aquel hombre.

Estaba guapo a rabiar, con los mechones húmedos cayendo sin control por su frente. Era domingo, Chasity se había quedado con mi madre porque anoche la llevó a ver un musical, y nosotros nos dedicamos a gemir nuestros nombres hasta quedarnos roncos.

—¿Qué pasa? —pregunté con una sonrisilla incitante.

—Que quiero llevarte a un sitio.

—¿En serio? Yo pensaba que íbamos a pasar la mañana en la cama... —ronroneé, acariciando la prenda de rizo. La abrí lo suficiente como para que tuviera claro el efecto que causaban en mí sus caricias.

—No me tientes... y deja eso para cuando volvamos. —Apuró de un trago el café helado y me dio un beso sonoro en los labios—. Vístete.

Pues sí que tenía prisa.

Opté por un sencillo vestido de tirantes y unas deportivas. Jayden iba en bermudas y camiseta blanca. Me monté detrás de él en la moto y condujo hasta un lugar que no me era nada desconocido.

No podía creer que me hubiera llevado al aeropuerto, que hubiéramos volado hasta Los Ángeles y una moto de alquiler nos aguardara en el *parking*.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Ya lo verás...

Cuando aparcó frente a un establecimiento que conocía demasiado bien, su sonrisa de tunante hizo que tuviera ganas de besarlo de nuevo.

—En serio, Jayden, ¿qué representa esto?

—No seas impaciente.

Dejamos los cascos en el interior del asiento de la moto, mi chico cruzó los dedos de su mano derecha con los de mi izquierda y, tras saludar al encargado del local, me llevó con impaciencia frente a la fuente de los deseos del SmogShoppe para sacar del bolsillo trasero del pantalón una moneda.

—¡No! —exclamé incrédula—. ¿Sigues guardándola?

—¿Cómo iba a perderla? —Jayden la hizo girar entre los dedos, la misma moneda que arrojé junto a él en esa misma fuente y que a mí me llenó la

emoción. Se aclaró la garganta, me miró con intensidad, la besó y le susurró un «dame suerte». Después clavó la calidez de sus pupilas en mí—. Cassey, eres la persona con la que quiero hablar, a la que quiero escuchar, besar, acariciar y hacer el amor todas las veces que pueda. Eres por la que quiero arrebatar monedas a una maldita fuente hasta que pida el deseo correcto, hasta que me pida a mí, para siempre, en su vida. —Mi corazón tronó con fuerza—. El amor son solo cuatro letras conectadas entre sí, hasta que alguien llega y les da sentido, tú eres la persona que se lo ha dado para mí, la única capaz de hacer que mi mundo se vuelva del revés una y otra vez. He vivido todos estos años pidiendo el deseo equivocado, porque no era amor lo que buscaba, sino justo lo que tengo delante, a ti. —Noté que los ojos se me humedecían. Jayden era único para tocarme la fibra—. Hoy no voy a arrojar esta moneda a la fuente.

—¿No? —pregunté trémula.

Él negó. Lo vi descalzarse y hundirse en el agua mientras yo temblaba de emoción.

—Ven conmigo, Cas. —Extendió sus manos. No lo dudé.

Me quité las deportivas sin pensarlo y entré con él.

—¿Me quieres? —preguntó solemne.

—Más que a nada, más de lo que creí posible. —Sus nudillos acariciaron mi rostro.

—¿Quieres cumplir mi deseo?

—Por supuesto —afirmé rotunda.

—¿Aun sin saber de qué se trata? ¿O lo que voy a pedir?

—Haría cualquier cosa por ti —susurré, y era cierto.

Jay metió la mano libre en el bolsillo y sacó algo, una especie de aro con un engarce especial. Tomó mi mano izquierda, la alzó e introdujo mi dedo anular en su boca para lamerlo untuoso. Un gemido escapó de mis labios mientras mi bajo vientre se contraía. Lo sacó de mi boca y deslizó el aro por él, sin dificultad alguna.

—No puedo prometerte que nuestro devenir sea tan fácil como encajar esta pieza en tu dedo, pero sí que pondré todo mi empeño en hacerte feliz.

—Era incapaz de controlar el ritmo de mis pulsaciones cuando enganchó la moneda en aquel engarce pensado para conformar un anillo tan único y especial como el hombre al que amaba—. Tú siempre serás mi mayor deseo, por eso hoy te pido a ti, en esta fuente y para los restos; y aunque ya hayas accedido a cumplir mi petición sin saber cuál sería mi exigencia, me veo con la necesidad de hacerte la pregunta para ser justo. ¿Quieres casarte conmigo, Cassey Sullivan?

La canción de *Photograph* se puso a sonar por los altavoces del jardín, y yo no pude evitar que las lágrimas más emotivas y llenas de amor rodaran por mis mejillas.

—Sí, quiero, por supuesto que quiero —susurré, abrazándome a él para besarlo con toda el alma, mientras el agua lamía nuestros pies y los contoneos acompasados marcaban el ritmo de mi felicidad más absoluta.

No dejamos de besarnos, de hacernos promesas mudas, hasta que la música se disipó y quise encontrar mi reflejo en sus ojos. Los aplausos y silbidos llegaron como una ola suave que me hizo girar.

Allí estaban todas las personas que nos importaban, aquellos que formaban parte de nuestras vidas, que podía considerar amigos y familia.

—Nosotros somos tu lugar en el mundo, Cas —susurró Jayden, apoyando su barbilla en mi hombro. Tan cerca de mi oído que un escalofrío de deleite recorrió mi columna—. También tus raíces, y por eso he querido que todos estuvieran aquí en un día tan importante como hoy, para que sepas que vamos a estar contigo siempre.

Si estallar de felicidad fuera posible, ahora mismo estaría hecha pedacitos. Porque él lo era todo: pasado, presente, futuro y felicidad absoluta. Porque tenía razón, sí que había encontrado mi lugar en el mundo, y porque, como Jayden decía, el amor no tenía sentido si no era con él.

Nota de la autora

Un momento, espera, ¿cómo dices? Ah... ¿Que te quedaste con las ganas de saber qué pasó entre Camille y Duncan en las Vegas? Pues eso lo soluciono yo en un periquete con este capítulo extra narrado por Camille. Y recuerda que: lo que pasa en Las Vegas se queda en las Vegas.

Capítulo Extra



Camille, Las Vegas, 2 años antes

Una cosa era despertarse con la cabeza hecha papilla y un martilleo incesante perforándome el cerebro y otra muy distinta con un muslo velludo encima del cuerpo cuando se suponía que dormía sola.

Miré de refilón y seguí el rastro de músculo y piel tostada. ¿Habría terminado liándome con alguno de los bailarines de la discoteca por culpa de mi banda?

Ahogué un grito al percatarme de quién se trataba.

«No, no, no, y ¡no! ¡Imposible!». ¡No podía pertenecerle a mi archienemigo!

Tenía que tratarse de una pesadilla, una muy desagradable que implicaba dos cuerpos desnudos, muy juntos y su mano izquierda rodeando mi pecho, como si mi teta fuese su peluche predilecto.

Fui a moverme y me encontré con una boca besando mi cuello, frotó la parte baja de la barbilla a sabiendas de que ese movimiento me encogería los dedos de los pies y ronroneó un «buenos días, mi amor» que me erizó como un puercoespín.

—¡Buenos días serán para ti! —rugí, saltando de la cama como si me hubieran atizado con un hierro candente.

Un dolor agudo me hizo apretar los párpados y respirar tres veces para estabilizarme. Cuando los abrí, él seguía ahí.

Con aquella mirada de sinvergüenza, recorriendo mi cuerpo 0 % materia textil y con una erección muy descarada entre las piernas.

—¡Apaga eso de inmediato, Duncan! —bramé.

Me hice con una de las dos almohadas para cubrir mi cuerpo.

—Lo haría con mucho gusto, pero no es un despertador.

—Pues parecía bien despierto.

—Ya lo creo, porque tener tu culo pegado a mi entrepierna alza hasta un muerto.

—¡Muerto te quiero yo! ¡Haz el favor de vestirte y largarte!

—Te recuerdo que estás en mi habitación.

«¡Mierda! Era verdad, aquel no era mi cuarto ni esa mi cama».

—Muy bien, pues me voy yo, pero que sepas que esto —nos señalé a ambos— nunca ha pasado.

Una risa ronca escapó de sus labios y me obligó a mirarlo.

¡Era una putada que estuviera tan bueno y que al observarlo visualizara algún que otro retazo de lo que había ocurrido la noche anterior!

Él estaba muy desnudo, yo también, y jadeaba como una posesa mientras lo montaba arañándole el pecho que ahora lucía las marcas de mis uñas.

¡Joder! Nunca más iba a tomar más cócteles en formato gelatina.

Recordaba haber ingerido muchas y el problema es que a mí el alcohol me pone como una moto. Llevaba un mes y medio sin sexo desde que... Mejor olvidarlo.

Recuerdo marcarme aquellos bailecitos con Jayden mientras Duncan se comía los muñones al vernos. Era justo lo que pretendía: hacerlo sufrir al máximo, ¡que le dieran! Como él me había jodido a mí después de que pensara que era el hombre de mi vida y lo pillara siendo el más cabrón de todos.

Parecía que los tíos eran incapaces de ver otra cosa en mí que no fuera la maldita herencia. A mí no me importaba el dinero, pero ellos la codiciaban y querían echarme el lazo como fuera.

Por eso decidí hacer algo útil con ella, ofrecérsela a Jayden y casarnos. Al fin y al cabo, él nunca me había mentido, sabía que solo nos unía una amistad y era un hombre con principios, no como el que tenía delante.

—¡Te odio! —escupí en un vano intento de dar con mis bragas. ¿Dónde narices las había puesto?

—Anoche no decías lo mismo.

—Anoche estaba borracha; si no, jamás me habría vuelto a acostar contigo, debí beberme la última parte de cordura que me quedaba.

Él arrugó el ceño.

—Nunca me he acostado con una mujer contra su voluntad, Cami.

—¡No me llames así! ¡¿Dónde están mis malditas bragas?!

—Se las regalaste a un tío cuando salimos del ascensor... Le dijiste que no ibas a necesitarlas.

Me puse roja de inmediato. ¿Yo había hecho algo así? Definitivamente, no iba a volver a tomar gelatina.

Di la vuelta en redondo intentando dar con mi vestido.

—Adoro tu culo. —Volví a darme la vuelta enfadada.

—¡Deja de mirarme!

—Imposible, ¿por qué no vuelves a la cama? —Palmeó el colchón.

«¿Es que se había dado un golpe en la cabeza mientras dormía? ¡Ni loca volvería a meterme en el nido de la víbora!».

Duncan era «el elegido», el tío que le gustaba a mi padre, el que intentó meterme con calzador y casi lo consiguió. Mi padre insistía en que le diera una oportunidad, y a mí me daba mucha pereza. Lo veía un tío estirado, demasiado correcto, un sin sangre. Atractivo, pero del mismo modo que puede serlo un jarrón que colocas en un mueble de casa.

Intentaba verlo lo menos posible, me negaba a tener una cita con él, hasta que el destino quiso que coincidiéramos en un restaurante; yo iba con unos colegas de profesión después de un congreso y él estaba con unos clientes. No estoy muy segura de cómo terminamos tomando una copa, coincidimos al pagar y... No sé, yo no tenía sueño como para volver a casa y él se me antojaba especialmente guapo y risueño. Me descubrí fijándome en aquellos ojos azul oscuro, en lo grandes que tenía las manos y lo atractivo que me resultaba el hoyito de su barbilla.

Me pregunté cómo sería desnudo y despeinado, y terminamos follando como animales en un polvo épico. Todo lo que tenía de serio lo tenía de apasionado en la cama. Descubrí que, cuando no estaba en modo trabajo,

tenía un sentido del humor que me hacía gracia, puede que no como para catalogarlo como el tío más divertido del año, pero sí para hacer que las comisuras de mis labios se alzaran.

Nada más despertarnos, volvimos a hacerlo y pasamos la mañana enredados entre las sábanas, sudados y hambrientos de las posibilidades que nos ofrecíamos el uno al otro.

Desayunamos juntos y quedamos que de tanto en tanto podíamos vernos para follar.

Yo no quería nada más con él. Por lo menos, al principio. El problema era que Duncan Fletcher era un tío atento, que sabía darme justo la dosis necesaria para mantenerme intrigada, encendida y entusiasmada.

Me descubrí esperando sus mensajes y nuestras quedadas.

¿Podría mi padre haber acertado?

Le pedí que no se emocionara, que no hablara a nadie sobre nuestra «no relación», me daba miedo que nuestras familias empezaran con los planes de boda y yo ni siquiera supiera en qué punto estaba con Duncan. Necesitaba tiempo y él accedió.

Nos estuvimos viendo durante semanas, me ilusioné hasta el punto de comentarle a Jay que había encontrado a un hombre que me gustaba... Él me dio la enhorabuena porque si alguien creía en el amor, ese era Jayden King. Siempre se le llenaba la boca hablando de sus padres, de su infancia y que él aspiraba a vivir una historia así, que no se conformaría con menos y que yo debía hacer lo mismo. Ingenuos...

Llegué a creerme el cuento de hadas… Hasta que la vida se encargó de ponerme en mi sitio y el día que había decidido decirle a Duncan que quería que se lo contáramos a nuestras familias, que quería apostar por lo nuestro, me enteré de que había estado follando con el enemigo, que me había dejado engatusar por aquel Voldemort con piel de cordero; que era un Indeseable con mayúsculas, un chupaherencias sin escrúpulos que me había destrozado el corazón.

¡¿Cómo podía haber terminado acostándome de nuevo con él?!

—¡Te aprovechaste de mí anoche! —escupí cabreada.

Ni siquiera se había levantado de la cama, el muy capullo se había puesto de lado con toda aquella masa de músculos cincelados y su sonrisa cargada de suficiencia.

El pelo, que casi siempre estaba engominado, lucía desordenado como si alguien se hubiera metido en aquella mata de ondas negras para tironear con ganas. Podía hacerme una idea de quién.

—¿Yo? Si mal no recuerdo, tú fuiste la que me pediste que te follara.

Rebobiné la cinta y recordé haber subido hasta el *rooftop* de Omnia, estar balanceándome contra la balaustrada, verlo aparecer enfundado en aquel jodido traje negro y sentir unas ganas inmensas de arrancárselo. Porque sí, vale que era un cabrón sin escrúpulos, pero yo estaba con la excitación por las nubes y no había podido olvidar lo bien que lo pasábamos en la cama.

—¿Y tú haces siempre lo que te dicen?

—Depende de si quien me lo pide es mi mujer. —Me entró la risa floja.

—¿Tu mujer? Ni en tus sueños sería yo tu mujer.

Alargó la mano y me mostró una alianza que no recordaba que estuviera ahí anoche.

—¿Quieres quedarte conmigo? No te va a salir bien la jugada. ¡Yo nunca me habría casado contigo!

—¿Eso piensas? —Cabeceó hacia mi mano y grité con estupor olvidándome de la almohada.

Era imposible, yo no podía haberme casado con aquella bestia inmunda hija de la maldad más ruin y absoluta. ¡Yo no le podía haber hecho eso a Jayden!

Duncan saltó de la cama con agilidad felina y me envolvió entre sus brazos.

—Eres mi mujer, te pongas como te pongas —musitó en mi oreja, ronco, con aquella monstruosidad clavándose en mi barriga

—¡Ni de broma! —Lo empujé queriendo zafarme de su agarre.

—Anoche no te parecía tan mala idea.

—¡Anoche me había bebido Las Vegas y tú te aprovechaste!

—Anoche sabías muy bien lo que hacías y yo también. Joder, Cami, ni siquiera sé por qué desapareciste de golpe aquella mañana y dejaste de responder a mis mensajes y mis llamadas.

—¿Te suena de algo un... no quería saber nada de ti salvo tu funeral?

—¡¿Por qué?! ¡Pensaba que estábamos bien! ¡Me enamoré de ti y te juro que pensé que tú de mí también!

—¡Ja! ¡Tú no me quieres! ¡Suéltame! ¡Lo único que quisiste siempre fue mi herencia! ¡Que te den! ¡¿Me oyes, Duncan?! ¡Quiero el divorcio! —bramé, logrando desembarazarme de él.

Él me observó como si le estuviera hablando en mandarín.

—¿De qué demonios hablas? Yo no quiero tu dinero, ¡tengo más que suficiente con lo que gano!

—¡Y un cuerno! ¡Te oí!

—¿Que me oíste? —Se cruzó de brazos sobre aquel pecho amplio—. ¿Qué se supone que oíste?

—El miércoles que íbamos a comer con mis padres, el que me largué. Tú creías que yo estaba en la ducha, pero salí a buscar una toalla porque no quedaban en el baño y te escuché. Hablabas por teléfono y decías: «Ya la tengo, está a nada de aceptar. Sí, por supuesto, obtendremos la herencia antes de lo esperado, yo me encargo, no tienes de qué preocuparte; te garantizo que tendremos el dinero antes de que termine el año, ya puedes ir abriendo la botella de *champagne*, vamos a ser ricos» —reproduje la conversación palabra por palabra.

En aquel momento me sentí como si me clavaran un puñal en el pecho, solo había sido un objetivo para él. Nada más. Me vestí y salí huyendo sin apagar la ducha. Rechacé cada llamada, cada visita suya al hospital, no merecía ningún tipo de explicación después de lo que había oído.

La expresión de Duncan mutó y el color abandonó su rostro.

—¿Por eso te largaste sin avisar? ¿Por eso dejaste de verme y pasaste de mi culo como si hubiera cometido un asesinato atroz?

—¡Aniquilaste mi corazón! ¿Qué pensabas? ¿Que después de enterarme de que tu único interés por mí era por la herencia iba a claudicar? ¿Por

quién me tomas?

—¡No! ¿Por quién me tomas a mí? —Parecía muy enfadado. Sus ojos se habían llenado de cólera—. A mí tu dinero me la trae floja, puede que no sea tan rico como tú, pero me sobra y, para tu información, si en lugar de largarte por la retaguardia me hubieras preguntado, te habría aclarado que no hablaba de ti, sino que charlaba con un cliente del bufete sobre una herencia que se había encallado y que parecía muy difícil de poder cobrar. Soy abogado, por si te has olvidado —bufó indignado.

—¡No te creo! ¡Le dijiste que ibais a ser ricos!

—Porque mi comisión era muy cuantiosa, estamos hablando de una herencia que implicaba una explotación petrolífera tejana y varias gasolineras, ¿sabes de cuantos ceros era la operación? No puedes hacerte una idea de la cantidad de la que estábamos hablando. Mi cliente me había prometido un veinte por ciento y algunas acciones en la empresa, porque había dado el asunto por perdido. —La barbilla me temblaba, no era posible que me hubiera confundido tanto, no podía tratarse de un error, ¿verdad?—. Cami, a mí nunca me has gustado por tu dinero, sino porque eres preciosa, inteligente, me pegas unas palizas inhumanas al Risk y me fascina cómo jadeas mi nombre cuando te corres. Adoro que seas pésima en la cocina, que no te importe lavarte los dientes con mi cepillo cuando estás en mi piso y que te encante beberlo todo con pajita.

»Llevo un mes y medio volviéndome loco, intentando entender cómo había podido cagarla tanto contigo sin saber qué había hecho mal. Cuando no quisiste saber nada de mí, y al ver tus miradas cargadas de desprecio… No sabía ni qué pensar. Cuando mis padres recibieron la invitación para tu boda, me sentí morir. ¡Joder, Cami, me gustabas más que ninguna mujer que hubiera conocido nunca! Y... te quiero, madre mía si te quiero... Y vale, puede que anoche podría haber evitado que nos diéramos el «sí quiero», pero no podía, ¿puedes entender que eres lo más jodidamente maravilloso que me ha pasado en la vida y que no podía desaprovechar la oportunidad?

—Yo, yo... —titubeé. Sonaba tan sincero. Me llevé las manos a la cara—. No puedo hacerle esto a Jayden...

—Pues ya lo has hecho.

—Tenemos que divorciarnos.

—¡Y un cuerno! —exclamó—. Eres la mujer de mi vida, Camille Grosvenor, dime que yo no soy el hombre de la tuya e igual me lo pienso...

Me mordí el labio pensando la respuesta. Si lo que Duncan decía era cierto, si todo había sido un malentendido... Dios, también era el hombre de la mía.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó—. Cariño, por favor, dime qué tengo que hacer para que me creas, renunciaré a todo tu dinero, llamaremos a mi cliente, lo único que quiero es a ti. —Sus enormes manos acunaron mi cara y noté mis ojos arder—. Te quiero mucho, muchísimo, con tanta desesperación que haré lo que sea para mantenerte a mi lado. Ayer te casaste conmigo y, vale, asumo que tu tasa de alcohol daba como para una retirada de carné, que quizá hice algo que no fue muy legal, porque usé esa misma mañana a una actriz para que se hiciera pasar por ti con un carnet falso para conseguir la licencia de matrimonio, porque albergaba la esperanza de que entraras en razón, pero te pregunté varias veces si estabas segura de que diéramos el paso, antes de que me arrastraras a esa capilla en la que nos convertimos en marido y mujer.

—Dime una cosa, ¿por qué te arrastré? —Una sonrisilla maligna perfiló sus labios plenos.

—Porque te dije que no follaríamos a menos que fueras mi mujer.

—¡Coacción! ¡Letrado! ¡Eso invalida el enlace! Además de haber usurpado mi identidad…

—Volvería a hacerlo otra vez —sus labios buscaron los míos, tentadores, para darme un pico suave—, y otra —me besó otra vez—, y otra...

A cada beso yo me derretía más.

—Pero es que no lo entiendes... Aunque yo hubiera metido la pata hasta el fondo, me comprometí con Jayden.

—Pues lo lamento por él, no va a tocarte de nuevo, no va a volver a acariciar a mi mujer. —Su boca ahondó el beso, y yo me derretí en ella.

—Duncan… —susurré.

Mi malhumor había descendido y mi necesidad por creerlo aumentado un 200 %.

Jadeé con su lengua envolviendo la mía mientras sus manos masajeaban mi culo.

—Me vuelves loco, Cami —musitó ronco, descendiendo hacia mis pechos para lamerlos.

—¿En serio que no te importaría lo que quisiera hacer con el dinero?

—Nena, ya te lo he dicho: puedes hacer con él lo que te convenga.

Mi última reticencia murió en su boca cuando me llevó en volandas a la cama y me penetró de una estocada.

En cuanto terminara, hablaría con Jayden, no tendría que preocuparse por el dinero para Chas, puede que me hubiera casado con otro, pero su hermanita recibiría el tratamiento.

Agradecimientos




Apreciado lector, que hayas escogido este libro para que forme parte de tus lecturas, es todo un placer para mí y espero que un acierto.

Las hermanas Brontë escribían sus libros como válvula de escape de una sociedad opresora con las mujeres. Hoy, un par de siglos más tarde, seguimos utilizando las historias como ventana para asomarnos a la desconexión y, por qué no, vivir otra vida sin movernos de la comodidad que nos ofrece la nuestra.

En *La Rompebodas* encontrarás una comedia romántica, un libro sin otra pretensión que acariciarte el alma, que busca arrancarte sonrisas, suspiros, que se te acelere el corazón y te emocione.

Valores cosas como la amistad, la generosidad, el perdón, luchar por nuestros objetivos y, sobre todo, amar con todas las letras y sin guardarnos nada.

Aunque muchos denuesten la novela romántica, no hay sentimiento más universal que el amor, y se ha escrito sobre él desde los inicios de los tiempos. Motor de nuestra existencia, de nuestras decisiones: a veces, buenas; otras, no tanto, y, sin embargo, ¿qué sería de nosotros sin él?

Siéntete orgulloso de lo que lees, porque lo importante no es el género, sino que te haga sentir, que lo disfrutes, por mucho que otros opinen lo contrario. #Yoleoromántica ¿Y tú?

Quiero dar las gracias tanto a Gala, mi editora, como a Jorge y todo el equipo de la Colección Mil Amores de Lantia Publishing, por haber confiado en esta historia. Por su trato cercano, su mimo y tener en cuenta cada una de mis percepciones sobre el proyecto.

Los que me conocéis sabéis que soy muy mía, que trato a cada libro como si fuera un pequeño tesoro y quiero que llegue a vuestras manos con todo el cariño que merecéis.

Así que gracias, chicos, por tenerme en cuenta a lo largo del proceso.

También quiero dar las gracias a mi familia literaria, mi equipo, el que siempre arropa cada una de estas líneas antes de que sean publicadas. Sus observaciones, correcciones y opiniones enriquecen esta obra para que sea de máxima calidad.

Noni, Sonia, Marisa, Esme, Vane, Nani e Irene. Gracias por vuestra sinceridad y ese trabajo que no se ve pero está. Os agradezco de todo corazón que sigáis a mi lado, libro tras libro, y cada una de vuestras aportaciones, sois lo mejor y os llevo siempre en mi corazón.

A mi familia, por los ratos robados, por los «déjame que estoy escribiendo», o por no oírles cuando me están hablando porque mi cabeza está en un mundo diferente. Por acompañarme en el camino, por comprender que escribir es mi pasión, mi válvula de escape y mi trabajo. Os quiero.

A mi ilustradora @arte.ensaturno, por crear a Cassey y Jayden tal cual los imaginé y plasmar un pedacito de su saber hacer en este libro.

A los bookstagrammers, librerías, booktokers y todos aquellos que le dan difusión a los libros, gracias por hacer que nuestras historias vuelen lejos y lleguen a lectores como tú.

Y regreso a ti para cerrar el círculo, gracias por la oportunidad, por darme un espacio en tu vida, por los minutos que te voy a robar y por leerme con el corazón. Espero que encuentres lo que buscas.

Disfruta de la lectura.

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de

COLECCIÓN milamores



VIVIRÉ PARA SIEMPRE EN TU SONRISA

Rose Gate

‘Una admirable historia de amor aderezada con portentosas lecciones sobre la vida, la amistad, la superación personal y la belleza del aquí y el ahora’

Leer ahora



K-ROMANCE

Rachel RP

«¿Pueden los doramas coreanos amplificarse y mejorarse sobre el papel? La respuesta es sí y lleva el nombre de K-Romance».

Leer ahora

Índice




Introducción 7
Capítulo 1 11
Capítulo 2 17
Capítulo 3 25
Capítulo 4 33
Capítulo 5 45
Capítulo 6 55
Capítulo 7 63
Capítulo 8 75
Capítulo 9 81
Capítulo 10 91
Capítulo 11 99
Capítulo 12 109
Capítulo 13 117
Capítulo 14 127
Capítulo 15 135
Capítulo 16 147
Capítulo 17 155
Capítulo 18 163
Capítulo 19 173
Capítulo 20 183
Capítulo 21 189
Capítulo 22 199

Capítulo 23 209
Capítulo 24 219
Capítulo 25 227
Capítulo 26 235
Capítulo 27 247
Capítulo 28 255
Capítulo 29 261
Capítulo 30 273
Capítulo 31 279
Capítulo 32 289
Capítulo 33 297
Capítulo 34 305
Capítulo 35 313
Capítulo 36 321
Capítulo 37 329
Capítulo 38 337
Capítulo 39 345
Capítulo 40 355
Capítulo 41 363
Capítulo 42 371
Capítulo 43 381
Capítulo 44 391
Capítulo 45 399
Capítulo 46 407
Capítulo 47 417
Capítulo 48 425
Capítulo 49 433
Capítulo 50 441

Capítulo 51 449
Capítulo 52 459
Capítulo 53 467
Capítulo 54 477
Capítulo 55 485
Capítulo 56 491
Capítulo 57 501
Epílogo 511
Nota de la autora 517
Capítulo Extra 519
Agradecimientos 529